

El accidente del teletransporte

Ned Beaman



Lectulandia

La historia es «algo que sucede mientras estás colgado». Por eso, a pesar de que *El accidente del teletransporte* empieza en Berlín y en pleno auge del nazismo, no es una novela sobre los nazis. La novela trata de las dos obsesiones del escenógrafo Egon Loeser: volver a hacer el amor con una mujer y montar un escenario que reproduzca un artilugio inventado en el Renacimiento capaz de mover a los actores en el espacio y en el tiempo. Una novela de aventuras llena de guiños históricos donde, como telón de fondo, se reconstruye el ambiente de las fiestas del Berlín de la década de 1930 y donde aparecen Brecht, Sartre, el París de Hemingway y Picasso y el Los Ángeles de los judíos exilados, los millonarios y los excomunistas. Un homenaje a la imaginación.

Lectulandia

Ned Beaman

El accidente del teletransporte

ePub r1.0

Titivillus 19.02.16

Título original: *The Teleportation Accident*
Ned Beaman, 2012
Traducción: Juan Sebastián Cárdenas
Diseño de cubierta: Moll & Cotliarenco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Odio la política y confío en ella: hace a los hombres arrogantes, doctrinarios, obstinados e inhumanos.

THOMAS MANN, *Consideraciones de un apolítico*

... solo tenía que bajar al metro. Allí abajo era como pescar. Bajaba al metro y subía con una chica.

PHILIP ROTH, *La mancha humana*

El accidente del teletransporte

Ned Beaman

Traducción

Juan Sebastián Cárdenas

Primera parte.
Realismo literario

1. Berlín, 1931

Un azucarero derramado en la alfombra de tu anfitrión es una parodia de la avalancha que mató a su padre y a su madre, así como la forma en pico de pato de los labios de tu nueva novia cuando trata de poner morritos seductores es una cita del graznido que tu última novia emitía en la cama. El timbre del teléfono en plena noche cuando un extraño da una extensión equivocada a la operadora es un tributo al inadvertido equívoco de telegramas que acabó con el adúltero matrimonio con tu prima, así como el sonoro hueco que produce el contoneo bamboleante de la clavícula de tu nueva novia es una refutación de la aparente belleza del carnoso escote de la última. O eso es, por lo menos, lo que le parecía a Egon Loeser. Y es que, a sus ojos, los dos asuntos más hostiles a los que había de enfrentarse todo hombre en la vida de modo constante, consciente y con newtoniano proceder eran los accidentes y las mujeres. Y le daba la sensación de que la única manera de evitar que este temible par de asuntos le hicieran caer una y otra vez en la locura era no tratarlos como prodigios, sino como un texto que debe ser estudiado. De ahí el principio: los accidentes, como las mujeres, son alegóricos. Tales alegorías no dejan de ser ingeniosas ni astutas porque sean inconscientes, de hecho lo son más por serlo. Y es una de las razones por las que probablemente sea un error construirlas conscientemente. La otra razón es que todo el mundo llegaría a la conclusión de que eres un perfecto imbécil.

Ésa fue la última preocupación que ocupó la mente de Egon Loeser antes de tirar de la palanca de su «dispositivo de teletransporte» una mañana de abril de 1931. Si la cosa iba mal, todos dirían: ¿se puede saber qué fue lo que te llevó a ponerle a tu prototipo experimental el mismo nombre que al más calamitoso prototipo experimental de la historia del teatro? ¿Por qué semejante alegoría? ¿Por qué complicarse poniendo a correr juntos a estos dos caballos?

Pinta al demonio en la pared y el demonio vendrá. Lo sabe cualquier niño. O pasándolo al alemán por el cedazo de la traducción: no tientes a la suerte. Pero Loeser era tan poco supersticioso que su escepticismo se convertía en superstición. Una vez se subió al escenario del teatro Allien media hora antes de una representación para gritar «Macbeth» hasta quedarse afónico. Uno de los pacientes psiquiátricos más antiguos de su padre fue un financiero estadounidense que, guiado por el mismo principio, llamó a su yate Titanic, a sus hijas Goneril y Regan, y a su empresa Grupo Financiero Imperio Romano. Así pues, no podía dar crédito a la caracterización inglesa del destino como un escritorzuelo de dramas que nunca pierde la oportunidad de trabajar en una irónica metedura de pata. Ni mucho menos a la caracterización

alemana del demonio como un engreído actor que revisa cada columna de chismes de cada periódico cada mañana por si hacen alguna referencia a él (aunque es posible que Dios sí que sea uno de éstos). Los accidentes alegorizan, pero no imitan. Nombrar una cosa con el nombre de otra no puede incrementar, lógicamente, las posibilidades de que la nueva cosa concluya como la vieja. Pero si la prueba de hoy fuera una ruina estrepitosa la gente seguirá diciendo que no tenía que haberlo llamado dispositivo de teletransporte.

Porque en realidad, ¿qué otra opción tenía? En un principio su máquina iba a usarse en una obra sobre la vida de Adriano Lavicini, el mayor escenógrafo del siglo XVII cuyo clímax retrataría el espantoso fracaso de su «extraordinario mecanismo para teletransportar casi instantáneamente personas de un lugar a otro», más conocido como «dispositivo de teletransporte». Egon Loeser creía ser el equivalente contemporáneo más cercano a Lavicini ya que su nuevo dispositivo de teletransporte, igual que el de Lavicini, era su creación más sofisticada, negar el paralelo entre ambos habría sido aún más perverso que darle la oportunidad de hacerlo valer.

Sea como fuere, Lavicini pintó al demonio en la pared con un trazo mucho más audaz que el de Loeser.

Vuelta a 1679. El dispositivo de teletransporte no pudo ser probado previamente. Como si se tratara de un arma de asedio, fue construido en total secreto. Ningún tramoyista había visto más de una pieza del proyecto. Ni siquiera Auguste de Gorge, el autoritario propietario del Théâtre des Encornets, tenía permiso para echar un vistazo y aún más, en el ensayo general del nuevo *ballet* de Montand, *El príncipe lagarto*, la máquina todavía no estaba operativa, así que ni los bailarines ni los coreógrafos tuvieron la más mínima idea de lo que les esperaba la noche del estreno. Sin embargo, Lavicini insistía en que las operaciones del dispositivo de teletransporte eran tan precisas que no importaba y que lo esencial era que no cundiesen rumores sobre la naturaleza de la máquina.

La comparación con un arma de asedio era en este caso especialmente adecuada, pensaba siempre Loeser, y es que en el siglo XVII la lucha por la supremacía entre los grandes teatros y las casas de la ópera de toda la cristiandad parecían una carrera armamentística. Para la familia dominante de cualquier ciudad importante de Italia habría supuesto una catástrofe política el hecho de quedarse atrás. Incluso dentro del mismo París la competencia era feroz. Ésa era la razón por la que un escenógrafo como Lavicini, que una vez trabajara en el Arsenal veneciano, pudiera verse blindado con un contrato de trabajo como si se tratara de un científico en la guerra bacteriológica del siglo XX. (Naturalmente, su salario era lo suficientemente generoso para compensarlo). Era una época en la que el público esperaba ver esfinges tirando de carros, dioses bailando en el aire, leones transformándose en niñas, cometas que destruyen murallas... y toda la mejor parte, por supuesto, en mitad de la obra: durante el primer acto podías estar todavía de camino al teatro y por el quinto acto ya estarías

más aburrido que una ostra. Un típico libreto de mano podía ostentar la lista de los diecinueve artilugios que se iban a poner en funcionamiento durante la actuación y sin embargo olvidar el nombre del compositor. Los empresarios se arruinaban por decenas e iluminados críticos se quejaban de que los verdaderos valores del drama se habían rendido a esta obsesión por «lo maravilloso», continuando un debate sobre el abuso de efectos especiales que comenzó en la Reforma y que presumiblemente no acabará hasta que Hollywood se hunda en la falla de San Andrés.

Así pues, el patrón podía perdonarle a Lavicini que mantuviera el dispositivo de teletransporte en total secreto. Aunque por entonces todo el mundo —incluso De Gorge, que una vez estranguló a un hombre mientras le dictaba una carta de amor— debía de andar un poco nervioso, como andaría también toda la enjoyada élite de París, incluyendo al mismo Luis XIV y a su reina, que llegaron al Théâtre des Encornets para la *première* de *El príncipe lagarto* saludándose entre ellos con besos en la mano con tal formalidad y ostentación que parecían miniaturas de *ballet*. Por enésima vez tuvo que recordarse a sí mismo lo que una vez le enseñara su mentor Lunaire: que, como empresario, no debías creer que tenías parte alguna en el espectáculo. No podías conjurar un éxito. Tu trabajo se limitaba a vender entradas. Si has dado lo mejor de ti, decía Lunaire, lo único que te queda por hacer es rezar para que entre el público no llegue nadie con un perro más grande que un niño o una pistola más grande que un martillo de tapicero. Y todo sin siquiera haber ensayado con la nueva máquina: eso era pintar al demonio en la pared.

Por el contrario, el dispositivo de teletransporte estaba a punto de ponerse a prueba en el pequeño teatro Allien de Berlín frente a dos únicas personas: Adolf Klugweil, la supuesta estrella de *Lavicini*, e Immanuel Blumstein, el supuesto autor-director. Este último, a los cuarenta años, era lo suficientemente mayor para haber sido miembro fundador del famoso Grupo Noviembre, lo que para sus más jóvenes colaboradores quería decir viejo. A sus espaldas se mofaban de su alopecia, se mofaban de su nostalgia y se mofaban de la forma que tenía de cachearse cada vez que pensaba que podía haber perdido su cartera o su pipa (que era siempre): lo hacía con tal impaciencia, tal brutalidad y tal completa indiferencia por la localización de sus bolsillos que parecía una especie de ritual erótico-religioso de autoflagelación. Y pese a todo, respetaban enormemente el rechazo de su mentor a abandonar, junto con su pelo, las convicciones de su juventud. Compartían la creencia de que el expresionismo no había llegado lo suficientemente lejos. «El expresionismo no es una forma de teatro más de lo que la revolución puede ser una forma de Estado», había escrito Fritz Kortzner. Quizá, pero en tal caso la revolución había sido una chapuza. La nueva objetividad, que había sustituido al expresionismo a mediados de la década de 1920, no era más que el viejo Estado con un nuevo gabinete. En respuesta a ello, el nuevo expresionismo habría de ser la vieja revolución con nuevas bombas.

Entretanto, Klugweil era un joven de veinticuatro años tan lánguido que parecía

casi líquido, excepto en los momentos en que se subía al escenario y liberaba una especie de aislamiento interior de gritos y contorsiones, mirada salvaje y dientes al descubierto: lo que significa no solo que se ajustara a la perfección a una interpretación expresionista, sino que resultaba absurdo para cualquier otro tipo de interpretación. Había estado en la universidad con Loeser, y aunque siempre se había preguntado cómo sería en la cama, jamás tuvo el descaro de preguntárselo a su insípida novia.

—¿Todos listos? —preguntó Loeser entre bambalinas con la mano en la palanca. El teatro Allien había sido un anticuado auditorio antes de que lo tomara Blumstein y las reformas todavía estaban a medias, así que, tras unas pocas horas entre bambalinas, los peinados y los vestidos estaban tan llenos de salpicaduras de pintura, polvo, hilos sueltos, relleno de butacas, telarañas y astillas que los actores se sentían como chuletas de ternera empanadas.

—Sí, dale ya —respondió Blumstein, sentado en la butaca 3F del auditorio vacío.

—Esto pincha en los sobacos —dijo Klugweil, que andaba en el escenario amarrado a un arnés como un piloto de pruebas perdido en un aeroplano.

El extraordinario mecanismo para teletransportar casi instantáneamente personas de un lugar a otro de Lavicini fue, como se vio después, extraordinariamente ingenioso. Al principio, para cambiar de escena se necesitaban nada menos que dieciséis tramoyistas comunicados mediante silbidos. La invención de Giacomo Torelli de un único eje rotativo había hecho posible el movimiento simultáneo de múltiples plantas, reduciendo el número de dieciséis a uno. Pero ese paso adelante se convertiría en una ocurrencia trivial gracias al magnífico dispositivo de teletransporte de Lavicini. Al final de la primera escena, cuando el escenario echó a volar repentinamente como una bandada de pájaros, el público dejó escapar un suspiro tan fuerte que se podría haber registrado en un barómetro. Un oculto montaje de cuerdas, grúas, ruedas, resortes, rieles, caballetes, poleas, pesas y contrapesas levantaba en el aire cada parte de la escena, la reorganizaba en un revuelo de precipitados movimientos, rotaciones y giros para volver a posarla otra vez con un golpe apenas audible. El tercer templo de los lagartos se transformó en una tranquila cueva del dragón ante un público en vilo, casi sin aliento. Todos los violinistas se perdieron en la partitura y una bailarina se desmayó, pero los vítores posteriores fueron tan resonantes que nada de eso importó. Entre bastidores, Auguste de Gorge pensó que, después de haberse ido a la cama con ocho putas tras la última *première* y con cinco tras la *première* anterior, esa noche tendría que acostarse con trece. (Hacía poco alguien le había hablado de la secuencia del Fibonacci y se la había tomado como un reto). Entre bambalinas, Adriano Lavicini se alejaba de los controles con una temperada sonrisa. Una maquina teatral tan ambiciosa que resultaba imposible distinguirla de la magia: eso era pintar al demonio en la pared.

En cambio, el dispositivo de teletransporte de Loeser no era espectacular. Solo era el medio para alcanzar un fin. La primera mitad de *Lavicini*, después de la emigración

del protagonista a París, tendría lugar durante el Carnaval de Venecia, cuando la ciudad al completo se cubre de máscaras: cuando los abogados podían llevar máscaras durante un pleito en la corte, las sirvientas podían llevar máscaras al ir al mercado y las madres podían poner máscaras a sus neonatos. Y no solo máscaras, en la mayor parte de los casos también una larga capa de dominó. Así pues, era imposible distinguir a un hombre de una mujer hasta que no comenzaba a hablar. Cualquiera podía ir a cualquier parte y todos se podían mezclar con todos: «príncipes con súbditos —como escribió Casanova—, el hombre ordinario con el destacado, hermosos junto a espantosos». No había leyes en curso, tampoco legisladores. La Inquisición, omnisciente y omnipotente el resto del año, ese día claudicaba por completo. Para Loeser y Blumstein, el *glamour* e intriga del viejo Carnaval no era nada comparado con su desconocido radicalismo político. ¿En qué otro momento de la historia había tenido lugar un experimento social a tal escala? Ningún bolchevique había tenido tantas agallas. Las obras en las que Loeser y Blumstein colaboraban siempre hacían hincapié en una noción que llamaban «equivalencia»: los comunistas habían demostrado no ser muy diferentes de los nazis, los monjes de los mafiosos, la esposa en cueros de la prostituta en botas militares. El Carnaval se ajustaba perfectamente a sus temas. Y así también el dispositivo de teletransporte. Como la máquina de Lavicini, la máquina de Loeser usaba muelles, poleas y contrapesos, pero en vez de hacer como la máquina de Lavicini y mover los decorados alrededor del reparto, la máquina de Loeser sencillamente movía al reparto alrededor de los decorados, que era mucho más sencillo. La idea era que un actor con arnés pudiera hacer un parlamento como agente de bolsa en el pequeño banco de la parte superior derecha del escenario, desapareciera de la vista, fuera lanzado hasta el pequeño casino de la parte inferior izquierda y volviera a aparecer ante la vista de todos como un compulsivo ludópata. Sería una forma efectiva y poco sutil de reiterar la idea de que ambos espacios eran el mismo. Y si en esta nueva obra se incluían cosas relacionadas con máscaras y capas que entran y salen, el efecto podría ser aún más impactante.

En el Théâtre des Encornets, cuando el segundo acto estaba terminando, el dispositivo de teletransporte era una novedad y las clases altas parisinas todavía no se habían aburrido de él. La preciosa *Danza del medio-pep medio-mujer* de Montand llegaba a su fin, los bailarines se apremiaban a salir del escenario para dejar lugar al interludio orquestal y los decorados comenzaban una vez más a levantarse en el aire. Y otra vez ese estruendoso sonido como de trueno mezclado con mortero.

No hay dos relatos que coincidan a la hora de contar lo que ocurrió después. La confusión era comprensible. Solo Loeser sabía que el Théâtre des Encornets comenzaría a temblar; no el edificio entero, por fortuna, sino solo la esquina del sudeste, esto es, un lado del escenario y varios de los palcos privados más cercanos. Hubo una estampida. Incluso después de todos estos siglos, quizá con lágrimas en los ojos, se recuerda el trágico e insensato sacrificio de uno de los diseños más delirantes

y bellos de la historia antigua de los soportes. La mayoría de los pobladores de ese soporte resultaron ilesos; así también los músicos, que se libraron de que les cayera encima el mármol por la posición del foso de la orquesta, y también los bailarines, que gracias a una increíble buena suerte habían salido por el lado derecho de la escena y no por el izquierdo. Finalmente, la muerte les llegó a unas veinticinco personas de los palcos privados más cercanos al derrumbe; sacadas de los escombros después de haber extinguido el fuego, todas, sin excepción, estaban irreconocibles: la desmayada bailarina —que en lugar de quedarse con su hermana entre bastidores se había ido a un sofá de camerinos—, *Monsieur Merde* —el gato del Théâtre des Encornets— y el mismísimo Adriano Lavicini.

Entretanto, el dispositivo de teletransporte había desaparecido junto con todo el edificio. Ninguna parte pudo ser rescatada para una investigación sobre las causas del fallo ni tampoco se encontraron en el taller de Lavicini planos o esbozos. Auguste de Gorge estaba, por supuesto, arruinado. Y Luis XIV no volvió a ir al teatro jamás.

Dos siglos y medio después, en el teatro Allien irrumpía la primavera. Un contrapeso bajaba. Un actor cruzaba disparado el escenario. Y se escuchaba un alarido.

El dispositivo de teletransporte original no era célebre solamente porque aquélla fuera la primera vez que un escenógrafo se hiciera famoso por haber destruido de modo suicida un teatro entero y aplastado a una parte del público. Era célebre también por las declaraciones del cataclismo que aparecieron en algunos informes. Testigos fiables recordaban que justo antes del final del segundo acto habían percibido un mal olor, algo entre metal podrido y comida oxidada. Otros habían sentido una corriente de aire frío atravesando el teatro. Y un (no muy fiable) marqués le insistía a sus amigos que, mientras huía, vio tentáculos grises, gruesos como columnas dóricas, deslizarse húmedos por detrás del arco del proscenio. Corrieron rumores de que... bueno, de que el antes mencionado dicho alemán era aquí literalmente más aplicable que lo que cualquier historiador posilustrado estaría dispuesto a creer. Tras su muerte y después de todo, a Lavicini lo apodaron *El Brujo*.

Sea cual sea la verdad, ése fue el accidente del teletransporte de Lavicini. Por su parte, el accidente del teletransporte de Loeser no fue ni de lejos tan horrible. Nadie murió. El teatro Allien no se vino abajo. Klugweil solo se dislocó los brazos.

No obstante, todo esto no fue confirmado hasta más tarde. Todo lo que Loeser y Blumstein pudieron ver mientras corrían fue a Klugweil medio descolgado del arnés, miembros retorcidos, cara pálida, ojos desorbitados. El efecto general le recordaba a Loeser a un abultado paquete de lívidos genitales masculinos dolorosamente mal colocados en una malla de atleta.

—¿Se puede saber, tonto del culo, a cuento de qué le tuviste que llamar a esto dispositivo de teletransporte? —le chilló Blumstein a Loeser mientras luchaban por desenmarañar al actor—. Sabía que esto pasaría.

—No seas irracional —dijo Loeser—. Habría podido ir mal más allá de cómo le

hubiera llamado. —A juzgar por el cabezazo que recibió en ese momento del pendulante Klugweil, a este último no debió de parecerle una contestación nada satisfactoria.

Dos horas más tarde Loeser llegó al Wild West, un bar que había dentro del Haus Vaterland en Potsdamer Platz, para encontrarse con su mejor amigo, que ya estaba allí esperándole.

—¿Qué le pasó a tu nariz? —preguntó Achleitner.

—Por responder a tu pregunta —farfulló Loeser—: no creo que esta noche vayamos a poder sacarle a Klugweil toda la coca que planeábamos —encendió un cigarrillo y miró con disgusto alrededor. El Haus Vaterland, abierto hacía dos años por un turbio empresario llamado Kempinski, era increíblemente complejo, una Babel *kitsch* llena de bares, cines, escenarios, galerías, restaurantes y salas de fiesta, donde cada sala estaba ambientada con una temática nacional (italiana, española, austriaca, húngara... pero no británica ni francesa, por lo de Versalles), cada cual con su propia decoración, música, vestimenta y comida. Sentados en el Wild West se encontraban ahora Loeser y Achleitner mientras una hosca banda de jazz negro actuaba sobre el escenario con sombreros de vaquero, lo que servía como ejemplo del obstinado compromiso del Haus Vaterland con la verosimilitud cultural. Mientras tanto, si se bajaban las escaleras se podía tomar un «Crucero por el Rin» con luces artificiales, truenos y lluvia como en una de las óperas de Lavicini. Era como si en un distrito del infierno ya pasado de moda los nuevos vecinos hubieran establecido una topografía aleatoria de pequeños suburbios, cada uno decorado para parecerse a esa patria que, tras mil años en el purgatorio, solo se recuerda vagamente. Todo el lugar estaba lleno de turistas venidos de provincias que no paraban de pasear, parar, dar la vuelta y otra vez a pasear y parar sin razón aparente, como si estuvieran practicando unas decadentes maniobras militares pero con el ruido de cien patios de recreo. Sin embargo, Achleitner insistió en venir aquí, sosteniendo que era un buen entrenamiento para vivir en el futuro. Loeser debió de pensar que el siglo xx iba a parecerse a una pintura de George Grosz, todo lleno de soldados gordos con monóculo, furcias sin dientes y lúgubres calles de adoquines; no obstante, tal visión de oscuridad y corrupción, ese Berlín gótico, era a su manera tan artificial y sentimental como el trabajo de cualquier acuarelista aficionado de provincias. Cuando Loeser discutió el profetismo de Kempinski, Achleitner se limitó a mentar a Marlene, la exnovia de Loeser.

Loeser había roto con Marlene Schibelsky hacía tres semanas tras una relación de siete u ocho meses. Era una chica superficial; Loeser sabía que no debía liarse con chicas superficiales, pero era buena en la cama y no parecía que pudiera haber esperanza de cambio, al menos hasta el día en que su cerebro o bien su pene obtuviera una mayoría operativa en el Reichstag interior de Loeser. Lo que finalmente dio al traste con el punto muerto fue una cosa que sucedió en una pequeña fiesta de reparto en un café de Strandow.

Bien entrada la noche, Loeser oyó por casualidad parte de una conversación en un reservado cercano sobre el diletantismo en la vida cultural de Berlín y uno de los cinco o seis ocupantes de ese reservado era el compositor Jascha Drabsfarben. Ello resultó sorprendente por dos razones. En primer lugar fue una total sorpresa ver a Drabsfarben en una fiesta, porque Drabsfarben no iba a fiestas. Y, en segundo lugar, era sorprendente escuchar que se sacara ese tema en particular estando allí sentado Drabsfarben, porque en cualquier discusión sobre el diletantismo en la vida cultural de Berlín, Drabsfarben era el contraejemplo más evidente e inevitable; así que en cierto modo que alguien hubiera podido invocar la reputación de Drabsfarben en presencia del mismo Drabsfarben podría ser incómodo para todos puesto que habría sonado a adulación y no se puede adular a un hombre como Drabsfarben. O también podría no haberlo hecho nadie, lo que resultaría embarazoso para todos porque tal elusión habría azuzado mucho más notablemente la discusión que se estaba teniendo.

Loeser, como la mayor parte de sus amigos, era, como suele ser habitual, moderadamente entusiasta en lo tocante a su trabajo artístico, pero Drabsfarben era conocido por profesar tal formidable devoción que de haber naufragado en una costa rocosa con toda seguridad habría construido un piano con algas marinas secas y huesos de gaviota antes que tolerar que se interrumpiera su trabajo siquiera por una tarde. El sexo no significaba nada para él; la política no significaba nada para él; la fama no significaba nada para él; la sociedad no significaba nada para él, excepto cuando pensaba que un director, promotor o crítico concreto podían ayudarle a que su trabajo fuera escuchado, en cuyo caso podía aparecer puntualmente en tantas cenas y recepciones como hiciera falta para conseguir que ese individuo se pusiera de su lado. Su trabajo más reciente era un concierto atonal de piano derivado de la tabla estadística de accidentes de globo aerostático de un actuario; en verdad, la mayor parte de su música parecía requerir en sus oyentes, como poco, la misma tenacidad intelectual que la de su creador. Drabsfarben, en otras palabras, hacía sentir a Loeser un poco como un farsante. Aunque normalmente a Loeser no le afectaba mucho. De hecho, a veces Loeser sentía que Drabsfarben debía de ser el único hombre en Berlín al que realmente respetaba. Y por eso le molestó cuando Hecht dijo:

—Hay mucha gente que parece haber llegado a los primeros puestos del teatro por haber llevado una agenda social narcisista; ya sabes, como... como... —Y después Drabsfarben, que se había mantenido casi en silencio hasta ese punto, dijo:

—¿Como Loeser?

Sobrio, Loeser habría podido restarle importancia a la cosa, pero dos botellas de vino tinto peleón lo habían transmutado en el equivalente emocional de esas extrañas ranas peruanas de piel transparente que tienen a la vista sus asustadizos pequeños corazones. Se escabulló corriendo de la fiesta; Marlene le siguió hasta la fría calle, donde le encontró sentado en el bordillo de la acera, sobre una alcantarilla, llorando, casi gimoteando.

—¿Es eso lo que todos piensan de mí? ¿De verdad es eso lo que todos piensan de

mí? —Pese a que casi con seguridad a la mañana siguiente esa pequeña crisis quedaría en el olvido, incluso tal vez en cuanto terminara la fiesta, ella hizo lo que pudo para consolarle.

Y entonces fue cuando se lo dijo:

—No resbales en la oscuridad, querido. No resbales en la oscuridad.

Incluso borracho, Loeser reconoció al momento estas palabras. Provenían de un atroz melodrama americano llamado *Cicatrices de deseo* que habían visto en un cine de Ranekstrasse. Loeser se había mofado de la película durante toda la cena y volvió a su apartamento de un modo que le pareció tan divertido que pensó que podría escribir una pieza satírica para alguna revista. Y estaba seguro de que Marlene estaría de acuerdo, pero al acabar percibió en ella un discreto sollozo y entonces ella le confesó que la película le había encantado, que sentía que estaba hecha «justo para [ella]». Él dejó el tema. Marlene fue a ver *Cicatrices de deseo* cuatro veces más, dos con amigas de sexo femenino, dos sola. Para resumir: al final de la película el varón romántico principal tiene una conmoción moral sobre su matrimonio con la hembra romántica protagonista, que previamente había estado comprometida con su hermano, al que habían matado en la guerra. Él comienza a llorar y a golpearse contra los muebles y entonces el espectador percibe que no está realmente enfadado con su nueva novia, sino por la muerte sin sentido de su hermano. La hembra romántica protagonista trata de apelar a sus sentimientos susurrándole: «No resbales en la oscuridad, querido. No resbales en la oscuridad».

El problema no era que Marlene estuviera utilizando una cita de la película, aunque ello de por sí ya era algo lo bastante malo. El problema era que dijo la línea como si proviniera no de cualquier película, sino de lo más hondo de su corazón. Había interiorizado el perezoso producto de algún perezoso guionista hasta el punto en que no era siquiera mínimamente consciente de sus orígenes comerciales. *Cicatrices de deseo* se había incrustado en su personalidad como una prótesis plástica.

Naturalmente rompió con ella al día siguiente.

—¿Estás diciéndome que Marlene es una especie de avatar del siglo xx? —dijo Loeser dándole un sorbo al aguardiente.

—Sí —respondió Achleitner—. Ella cuida de sentimientos que le han vendido con la misma fidelidad que si fueran propios. O quizá incluso con más fidelidad. Como una urraca con huevos de cuco con descuento. ¿Nunca la trajiste aquí?

—Una vez, recuerdo. Estuviste con nosotros.

—¿No le gustó? Habría pensado que se encontraba como en casa.

La banda de jazz concluyó *Georgia on My Mind* y salió del escenario desfilando, probablemente preparada para volver a una especie de sucio rancho *art deco*.

—Es cruel —dijo Loeser—. Sabes que probablemente estará en la fiesta de esta noche, ¿no? Así que no, no iré de ninguna manera si no conseguimos algo de cocaína.

—Egon, ¿por qué cada vez que estás obligado a compartir habitación con alguna

de tus exnovias lo tienes que convertir en un gran drama? Es increíblemente aburrido.

—¡Venga ya! Sabes de qué va. Te das cuenta de la presencia de un viejo amor y comienzas a sentir en la piel el mismo cosquilleo primario que sentiría un zorro encerrado en una habitación junto a un sabueso. Y después te toca pasarte la noche aparentando estar despreocupado, triunfante, exultante, fingimiento al que estás por alguna razón abocado sin opción, incluso aunque sepas que ellas están mejor calificadas que nadie más en el mundo para detectar inmediatamente que sigues siendo la misma desgraciada piltrafa de siempre.

—Eso es de adolescentes. La neurosis que tienes con tus antiguas amantes te convierte en afortunado a la vez que delata que has tenido muy pocas. Es uno de esos elegantes sistemas de autorregulación que tan a menudo encuentra uno en la naturaleza.

—No puedo salir perdiendo de esta ruptura. Todos hemos visto lo que pasa con los derrotados.

—Ni siquiera te gusta.

—Lo sé. Pero al menos tenía sexo conmigo. Y es realmente buena. ¿Cuándo volveré a tener otra vez sexo con alguien más? Es decir, sin pagar. Sinceramente: ¿cuándo? A veces me gustaría ser marica como tú. Nunca te he visto preocupado por esto. ¿Aproximadamente a cuántos afortunados peregrinos se te ha concedido la gracia de bendecir este año?

—Ni idea. Dejé de llevar la cuenta cuando estaba todavía en el colegio. Recuérdamelo, ¿en cuántas andas tú ya?

—Cinco. Todavía. En toda mi vida. Sin contar las fulanas. A veces, cuando bajo por la calle, las miro y siento como si hubiera sido colgado de una cruz hecha por una mujer bella. A veces, cuando salgo del baño me sorprendo mirándome al espejo y siento que incluso mi propio pene está amargamente en desacuerdo conmigo.

A lo largo de los años veinte, Alemania estaba llena de profesores, doctores, psicoanalistas, sociólogos, poetas y novelistas deseosos de hablar de sexo. Estaban deseosos de decir que el sexo era natural, que el sexo debía de ser agradable y que todo el mundo tenía derecho a una vida sexual satisfactoria. Loeser estaba de acuerdo en términos generales con las primeras dos afirmaciones, e incluso estaba de acuerdo, en principio, con la tercera, pero, dada su presente situación, la instauración de un paraíso obrero marxista global parecía un objetivo modesto y plausible en comparación con esa visión desmesuradamente optimista de un mundo en el que él, Egon Loeser, estuviera efectivamente cerca de una vulva no mercenaria cada cierto tiempo. Estos bienintencionados expertos parecían creer honestamente que desde el momento en que a la gente se le dijera que tenía que practicar sexo, comenzaría inmediatamente a practicarlo, como si el único posible obstáculo para no tener eróticas celebraciones todo el día fuera la renuencia moral. «¡Vaya, muchas gracias! —quería decirles Loeser—. Me es de mucha ayuda. Debería disfrutar de un sexo fantástico todo el tiempo, ¿no es así? No se me había ocurrido hasta que lo

mencionasteis. Ahora que he sido liberado por vuestras inspiradoras palabras, saldré ya mismo a disfrutar de un fantástico sexo».

Por otra parte, a veces cabía la posibilidad de hacer uso de esas tonterías en beneficio propio. Parece que hubo un maravilloso breve período a principios del siglo xx en el que todo lo que tenías que hacer para que una chica se acostara contigo era convencerla de que estaba inhibida y que no hacerlo sería políticamente reaccionario, de un modo más parecido a la forma en que acosarías a alguien para que contribuyera a la caja de resistencia de una huelga. Se podría citar a toda clase de pensadores progresistas, a veces por capítulo y parágrafo. Pero el truco caducó mucho tiempo antes de que Loeser fuera lo suficientemente mayor para poder usarlo.

Loeser se sentía particularmente desafortunado puesto que, como joven que despuntaba en la escena teatral experimental de Berlín, se movía en uno de los círculos sociales tal vez más promiscuos de la tal vez más promiscua ciudad de toda Europa. Si hubiera vivido, digamos, en una población a la afueras de Delft, el contraste probablemente no habría sido tan angustioso. Medio envidiaba a Lavicini, aplastado veinte años antes de que Venecia entrara en su centuria de completo desorden carnal. Loeser odiaba la política, pero sabía que estaba llena de políticos que querían revertir el descenso alemán al libertinaje y les deseaba lo mejor. Solo un poco de buena y vieja represión sexual podía mejorar su situación comparativa. Antes, en la década de 1890, por ejemplo, no se habría sentido ni de lejos tan deprimido por no haber follado nunca porque ninguna otra persona habría podido follar tampoco. El mismo principio se aplicaba en Rusia con las patatas, la electricidad, etcétera. Antes de la Gran Guerra, las mujeres sabían que sus padres habían pasado años ahorrando para pagarles un matrimonio, luego querían que su noche de bodas fuera algo significativo. Pero una vez que todas estas dotes se convirtieran en hojas secas por la inflación, las mujeres se percatarían de que sencillamente también podían divertirse. Sea como fuere, ésa era la teoría de Loeser.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo llevas esta vez? —dijo Achleitner.

—Desde el día que rompí con Marlene.

—¿Antes o después de decírselo?

—Poco antes.

Esta indulgente estrategia final le había resultado a Loeser especialmente agradable porque por una vez no se había tenido que preocupar por producirle a Marlene un orgasmo. Normalmente solo había una detestable manera de hacerlo: Loeser se incorporaba en la cama con la espalda contra el muro como un inválido recibiendo el desayuno, Marlene lo montaba a horcajadas, comenzaban a mecerse adelante y atrás y entonces Loeser comenzaba simultáneamente a meter su lengua en lo más profundo de su oreja y la mano entre sus dos vientres para... bien. A veces tenía luego sueños donde era un veterinario esposado que tiene que ayudar a dar a luz a un minúsculo minúsculo ternero de una minúscula minúscula vaca. El procedimiento con Marlene era increíblemente poco elegante, llevaba tanto tiempo

que se le arrugaban las yemas de los dedos y hacia el final sufría en muñeca y antebrazo tales calambres que apenas tenía la paciencia de atender las necesidades de ningún otro apéndice. Pese a ello, la mayoría del tiempo que pasaron juntos había estado completamente a gusto con este pequeño deber, puesto que ella era una amante excepcional en cualquier otra categoría.

—Así que hace tres semanas —le dijo Achleitner—. ¿Tres semanas? Antes ya habías pasado más de tres semanas.

—Pues claro que había pasado más de tres semanas. Me parece recordar una vez cuando tenía diecinueve años.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—Si mi pelotón se extravía en las montañas y se agotan los víveres, ¿no tengo derecho a preocuparme hasta que de verdad comience el hambre?

—No pasaría mucho tiempo hasta que comenzaras a recurrir al canibalismo, imagino.

—Anton, recurrí al canibalismo una tarde de 1921 y desde entonces casi no he podido parar. El punto es: podrían pasar otros seis meses antes incluso de que las más rudimentarias líneas de suministro se pudieran restablecer. Podría pasar un año. O, ¿quién sabe? Puede que nunca vuelva a tener sexo sin pagar. Nunca. Podría ocurrir.

—Conocerás a alguien.

—Eso es un cálculo probabilístico infundado y por tanto sin valor. Pensaba que eras lo suficientemente listo para no tratar de consolarme. No hay nada más enfermizo que el consuelo.

—Si vas a estar así toda la noche, entonces yo también necesitaré algo de coca. Te agradecería que no sacaras de quicio a Klugweil.

Y Littau estaba en Múnich y ambos le debían dinero a Tetzner y el encargado del aseo de Borchardt les vendería aspirinas machacadas.

—¿Y el tipo de Mauve Door? —dijo finalmente Achleitner—. El que no tiene orejas.

—Todavía peor; no sé lo que nos vendió la última vez pero casi me lo hago encima en la calle de vuelta a casa de Brogmann. Estoy harto de comprarle a extraños. Venga, tenemos que ser capaces de pensar en alguien. Vosotros los patos —palabra con la que Loeser quería decir homosexuales— siempre parecéis saber el doble que mucha gente sobre este tipo de cosas.

—Gracias por tu confianza, pero no creo que pueda ayudarte en este caso. Oh, aunque ese inglés de anoche llevaba encima un excelente material.

—¿Qué inglés?

—Un ambicioso escritor rubio de Londres. Le conocí en el bar Edén. Te ponía como uno de esos gigantes nórdicos del ciclo del *Anillo*.

—¿Podemos volver a encontrarle?

—Creo que tengo el número de su casa de huéspedes.

Loeser suspiró.

—Escucha, Anton, cuando recuerdo con afecto las muchas muchas noches de nuestra juventud que malgastamos corriendo por Berlín buscando en vano las drogas adecuadas, me doy cuenta de que esta noche no tengo el ánimo adecuado. Y, sea como sea, mi septo todavía está convaleciente.

—Tenemos que estar en esa fiesta. He oído que Brecht estará allí.

—¡Ja! —No había en Berlín nadie al que Loeser aborreciera más que a Bertolt Brecht y no había nada en lo tocante a las fiestas teatrales berlinesas que aborreciera más que el ubicuo grito de «he oído que Brecht estará allí».

—Y Adele Hitler.

—¿Cómo?

—Ha vuelto de Suiza, por lo visto.

Adele Hitler era una atontada adolescente de buena familia de la que Loeser fue mentor de poesía durante dos lucrativos años antes de que ella acabara el colegio.

—¿Y? Me pararé a hablarle si la veo por la calle pero no pienso ir a la fiesta solo para ponerme al día de su última colección de muñecas.

—Tiene dieciocho años —dijo Achleitner, levantando una ceja.

—¿Qué estás insinuando? Es poco probable que intente llevármela a la cama.

—¿Ética pedagógica?

—No, en absoluto, solo que es una cosita grotescamente gorda.

—Dicen que ahora está muy cambiada. El patito feo y esas cosas.

Loeser lo tuvo en consideración.

—Siempre pensé que se había enamorado un poquito de mí. —Acabó su bebida—. Pues de acuerdo, tampoco es que me quede ninguna dignidad que perder. Busquemos a ese galante wagneriano tuyo.

Una hora después se encontraron con el inglés frente a su casa de hospedaje en Konigslandstrasse. La noche era borrascosa y por los alrededores un vendedor de globos jorobado con dos docenas de globos rojos colocaba su peso para resistir los envites de aire como un zepelín que saca a pasear a toda una camada de excitables cachorros.

—Me gustaría presentaros —dijo Achleitner girándose hacia el inglés—, pero me temo que en la servilleta con tu teléfono solo escribí «De Londres, rubio, incomparable manubrio».

—Rupert Rackenham. Para ser más exactos, soy originalmente de Devon. ¿Ha tenido una pelea? —le preguntó a Loeser.

—En cierto modo.

—Nos estábamos preguntando si te queda algo de esa coca —dijo Achleitner.

—Un buen alijo, sí —dijo Rackenham. Hablaba un buen alemán.

—¿Podemos comprar una poca? —preguntó Loeser—. Vamos a ir a una fiesta y es la única manera que conocemos de aguantar la compañía de nuestros amigos.

—¿Qué tipo de fiesta?

—Es en una vieja fábrica de corsés en Puppenberg —dijo Achleitner—. Se han

puesto de moda este tipo de fiestas: en salones de baile en desuso, almacenes de féretros en quiebra, *gymnasium* en ruina.

La postura de Loeser era que si el lugar estaba abandonado lo estaba probablemente por alguna razón y reanimarlo voluntariamente era algo de veras perverso.

—Bien, ahora que hemos intimado, ¿por qué no me aceptan unas rayas de regalo? Quizá entonces serían tan amables de llevarme con ustedes a esa fiesta y presentarme a algunos pocos más de esos inaguantables amigos que mencionaban.

—¿De cuántas rayas estamos hablando?

—Digamos que un soneto.

Achleitner se encogió de hombros mirando a Loeser y éste le devolvió a Achleitner el gesto. Así que Achleitner dijo:

—Bien. Diría que una vez allí venderás el resto de tus existencias en unos treinta segundos.

—Espléndido. Subo las escaleras y cojo mi cámara.

Tenía unas formas educadas, irónicas, muy inglesas, a la vez marcadamente agudas y afablemente distantes, como las de alguien que siempre ganaba las apuestas que hacía con extraños en las bodas sobre la duración de un matrimonio pero nunca se molestaba en cobrar el dinero.

—Buscaremos un taxi.

Cuando volvió a bajar, Rackenham llevaba una Leica en una correa alrededor del cuello. Tomó una foto de Loeser y Achleitner y el taxi salió para Puppenberg. En la esquina, un cochero estaba alimentando con un cubo a su jaco y las palomas picoteaban a regañadientes los granos de avena como si lo que realmente buscaran fuera unos pocos trozos de carne fresca de caballo.

—Doy por supuesto que es usted artista de alguna clase, *Herr Loeser* —dijo Rackenham.

—¿Por qué lo da por supuesto?

—Porque desde que llegué a Berlín no parece que haya conocido a nadie que no sea artista. Al menos según su propia descripción.

Loeser pensó en lo que escuchó por casualidad en aquella fiesta de reparto.

—Sí, es un estado de cosas que me resulta bastante enfermizo, pero al que, como correctamente supuso, soy culpable de contribuir. Soy escenógrafo. Trabajo sobre todo en el teatro Allien.

—¿En qué está ahora mismo ocupado?

—Nada todavía. Estamos comenzando precisamente un nuevo proyecto.

Loeser le dio a Rackenham un breve bosquejo de *Lavicini* tal cual estaba concebido en ese momento. Siempre le daba un poco de pudor hablar de su obra delante del oído de los taxistas.

—Entonces, ¿es un drama histórico? Espero que no se lo tome como una ofensa, *Herr Loeser*, pero nunca le he visto el punto al drama histórico. O a la ficción

histórica, lo mismo da. Una vez pensé escribir una novela de esa clase, pero entonces comencé a preguntarme cuánta paciencia tendría el público con un joven suficientemente arrogante para creer que tiene algo nuevo que decir sobre una época cuyo único conocimiento le llega hojeando apáticamente libros de historia o diarios de viaje. Así que me aferro al tiempo presente. De veras pienso que es el tiempo presente el que reclama nuestra atención.

—Por casualidad, *Herr Rackenham*, me ha llevado usted a uno de los grandes temas del teatro del nuevo expresionismo —dijo Loeser y explicó su teoría de la *equivalencia*. Sí, cada vez que uno comienza una obra o una novela hay que tomar una decisión: si planear la trama del curso de tu zepelín en el Berlín del día presente, en el París del siglo XVII, en el Londres del futuro o en algún otro destino completamente distinto. Pero la elección no significa nada. Piénsese en Alemania bajo la República de Weimar en 1931. Trece años desde su comienzo, cinco años desde su cenit reconocido, dos años desde que se acabó la buena coca. En pocas palabras: una cultura demasiado vieja que los periodistas están todavía comenzando a juzgar en retrospectiva, como historia. Y la llamaron Edad de Oro, un florecimiento sin precedentes. Pero si fuiste parte de ella, e incluso si fuiste parte solo de su decadencia, como Loeser, no puedes hacer nada más que decirte: «Estos miles de jóvenes, todos ellos de barrios de la periferia, se llaman a sí mismos artistas», como Rackenham había dicho. Y todo este tiempo libre. Y todas estas inauguraciones, todas estas *premières* y todas estas fiestas. Toda esta charla, charla, charla y comida y más charla. Durante casi quince años. Todo esto. ¿Y qué produjo de suficiente valor en ocho décadas para que cualquiera lo quisiera cambiar por una mala botella de Riesling? Unas pocas obras, unas pocas pinturas, unos pocos conciertos; la mayoría de los cuales, con todo, pasaron prácticamente desapercibidos por los chicos y chicas que armaban tanto escándalo por estar en el corazón de todo esto. Si eso fue una Edad de Oro, un inversor astuto tomaría en consideración vender su oro antes de que su valor cayera mucho más. Ha habido en verdad muchas Edades de Oro y Loeser estaba seguro de que todas eran la misma y que siempre lo serían. Compara la Venecia del Renacimiento tardío, donde Lavicini envejeció, con el Berlín de Weimar, o compara el Berlín de Weimar con cualquier ciudad que se convierta en la más famosa en 2012 y encontrarás la misma gente vacía yendo a las mismas fiestas vacías y haciendo los mismos comentarios vacíos sobre los mismos esfuerzos vanos, con tan solo unos pocos espasmos de arte digno de consideración en las extremidades desnudas. Nada cambia nunca. Esto es la *equivalencia*. Diseña un itinerario para otro país, otra época y lo mejor que podrás esperar será circunnavegar el globo por accidente y llegar a la costa opuesta de tu propia tierra, atracar tu zepelín trepidantemente en barro para encontrar una tribu que habla un lenguaje que no podrías entender. Si Loeser pudiera hacer alguna vez que su dispositivo de teletransporte funcionara, en un futuro las producciones podrían lanzar a los actores no solo a través del espacio, sino a través del tiempo.

—Eso de la equivalencia está muy bien —dijo Rackenham—. Pero las condiciones políticas, al menos, han de cambiar. Y para un dramaturgo revolucionario eso ha de significar algo.

—¡Por piedad!, no me hables de política —dijo Loeser—. En los trece años que han pasado desde la guerra, ¿cuántos gobiernos ha habido, Anton?

—¿Quince? —aventuro Achleitner—. ¿Diecisiete?

—Exactamente. ¿Y se supone que seguimos mordiéndonos las uñas mientras esperamos el arbitrario desarrollo de la siguiente trama? La política apesta. Hindenburg, MacDonald, Luis XIV, no eran más que hombres. Te apuesto lo que quieras a que... Anton, tú todavía lees periódicos: nombra a alguien que esté ahora mismo generando mucho alboroto.

—Hitler.

—Te apuesto lo que quieras... Perdona, ¿Hitler? ¿Te refieres al padre de Adele?

—No tienen relación.

—Cierto. Como iba diciendo, te apuesto lo que quieras a que este otro Hitler, sea quien sea, no cambiará mi vida ni un ápice.

—Cuidado, Egon —dijo Achleitner—. Éste es el tipo de observación que la gente anota en sus memorias más tarde como excelso ejemplo de ironía histórica.

—¿Y qué hay de la inflación? —preguntó Rackenham—. Eso es un error político. Y es difícil que digas que no te afecta.

—De hecho, sí que es capaz de decirlo —respondió Achleitner—. Es un caso especial. Sus padres son psiquiatras y la mayoría de sus clientes pagan en francos suizos o en dólares americanos. La familia Loeser soluciona la inflación con mucha facilidad. Ésa es la razón por la que es un pequeño mimado. No comía pasteles hechos de hongos como el resto de nosotros.

—Anton lleva en parte razón —añadió Loeser— pero se olvida de mencionar que mis padres murieron en un accidente de coche. Ello anula cualquier sentido igualitario de culpa que de lo contrario tendría que haber sentido.

—Siento escuchar esto —dijo Rackenham.

—Sí, pienso a menudo en ellos.

—No, lo que lamento escuchar es que la gente de aquí se siente culpable de crecer en la comodidad. En Inglaterra ni siquiera mis amigos socialistas serían tan fastidiosos.

—Y esta llamada Depresión no hace distinciones entre cualquiera de nosotros —dijo Achleitner—. Seis millones de desempleados no parecen tantos cuando, en principio, ninguno de nosotros tiene esperanza alguna de un trabajo real.

—¿Y qué se supone que hay que hacer con seis millones de personas de más? —preguntó Rackenham.

—Quizá todos se puedan convertir en escenógrafos a tiempo completo —respondió Achleitner.

—Mejor paramos y conseguimos algo de vino —dijo Loeser—. No habrá nada

abierto cerca de la fiesta.

Cuando Loeser volvió con cuatro botellas baratas el conductor seguía esperando así que pudieron probar un poco de la coca de Rackenham. Él se ofreció a abrir la parte de atrás de su cámara y tomó un pequeño paquete de papel parecido a una ración de comida para ratones.

—¿Es ahí donde guardas siempre tu coca? —preguntó Loeser.

—Sí.

—¿Allí no es donde se supone que va la película?

—Sí.

—¿Y cómo hace las fotos?

—No seas tan literal. La fotografía, como gesto ceremonial, es una vía adecuada de hacer que la gente sienta que está pasando un buen rato; los detalles técnicos son un aburrimiento. Me hice con esta cámara por una miseria porque no funcionaría aunque tuviera película. Entretanto, me atrevo a señalar que el taxímetro está corriendo.

No había ninguna superficie horizontal cerca así que esnifaron la coca del dorso de la mano y lamieron los restos. Una de las grandes habilidades que se habían desarrollado en la vida social de Berlín era convertir este torpe movimiento de hozarse en la mano en un gesto elegante; Loeser sabía que parecía un colegial tratando de aprender a hacer un cunnilingus. Justo después, siempre la misma mirada furtiva, sobresaltada, como si solo uno notara que no están solos en la habitación.

El taxi reanudó la marcha. Cuando ya se divisaba a lo lejos Puppenberg, la mayoría de los edificios que pasaban tenían los ladrillos ennegrecidos y las ventanas desencajadas.

—Al margen de lo que haya podido decir estos días sobre las drogas, esta mercancía no es mala —dijo Loeser. Finalmente llegaron a la entrada de la fábrica de corsés.

Nadie recordaba quién había organizado la fiesta. Dentro, largas hileras negras de máquinas de coser todavía dispuestas como vacas lecheras. Con la electricidad desconectada, toda la fábrica había sido iluminada con candelabros y al lejano fondo una banda de jazz (caucásicos, sin sombrero) tocaba en un escenario hecho de cajas de madera apiladas, todo lo cual le habría parecido a Loeser muy fresco e imaginativo hace cuatro o cinco años.

Los primeros rostros familiares que se encontraron fueron los de Dieter Ziesel y Hans Heijenhoort, lo que no era precisamente un comienzo prometedor. Ambos eran investigadores en física que pendían de un arbusto que a su vez colgaba al extremo del peñasco del círculo social de Loeser con la ayuda de algunos viejos colegas universitarios marchitos pero todavía no muertos.

Ambos eran unos sosos de campeonato, pero Loeser sentía no obstante un especial afecto por Dieter Ziesel desde una tarde de borrachera en tercer año de licenciatura.

Habían estado en la cantina de la facultad y ocurrió algo —ahora no podía recordar qué, pero seguramente tuvo que ver con el rechazo de alguna chica— y eso lo sumió en la misma clase de hastío que en su día había resultado fatal para su relación con Marlene Schibelsky.

—Sé perfectamente que soy mejor que cualquiera de los que me rodean aquí, excepto quizá Drabsfarben —le dijo a Achleitner—. Pero ¿por qué no se nota la diferencia? Es decir, si a las chicas no parece importarles, ¿por qué habría de preocuparle al resto del mundo? Si consiguiera hacer algo realmente importante, no me preocuparía ser infeliz, y si al final fuera realmente feliz, supongo que podría tolerar no conseguir nada importante. Pero ¿y si no logro nada? Toda mi vida he desdeñado a cualquiera que se encontrara en paz con el fracaso, pero ¿y si tengo que ser yo uno de éstos? No todos pueden llegar a la cima. Alguien tiene que estar abajo. Puede ocurrir. Salvo que me consuma antes en mi propio rencor.

—Tú nunca estarás abajo —decía Achleitner.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Por Dieter Ziesel.

—¿Quién es éste?

Achleitner estaba señalando y Loeser echó un ojo y vio a un antiguo compañero con el típico buen aspecto y la definida musculatura de un maniquí sumergido en una tarta helada de cumpleaños sentado solo con un vaso de cerveza. Ziesel había sido de su misma promoción en la universidad, explicó Achleitner, pero casi nadie lo conocía. Todavía era virgen porque le ponía muy nervioso desnudarse delante de una prostituta, de hecho ni siquiera había besado nunca a una chica. Vomitaba cada vez que se tomaba más de dos copas. Era lamentablemente consciente del bamboleo arriba y abajo de sus mallas cada vez que corría para no perder el tranvía, cosa que pasaba con frecuencia porque siempre iba tarde. Cada fin de semana tomaba el tren de vuelta a casa de sus padres en Lemberg y pasaba toda la tarde llorando en el regazo de su madre mientras ésta le arrullaba como si fuera un bebé. Se pasaba las noches dibujando planetas imaginarios.

—¡Incluso toca la tuba! ¿No es demasiado perfecto? Piensas que tiene que ser un genio de las matemáticas, ¿verdad? Se dan pocos especímenes como él. Pero no lo es. Siempre le van bien los exámenes, pasa muchas horas en la biblioteca sin que siquiera le preocupe lavarse, pero todos sus profesores dicen que le falta un interés real por la materia.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Dejó por ahí su diario y alguien lo encontró. La cosa es que no importa lo mala que te parezca tu vida, puedes estar seguro de que la de Dieter Ziesel es peor. Nunca vas a estar abajo del todo, puesto que Dieter Ziesel estará debajo. En términos matemáticos sería n menos uno.

—Puede que sea la cosa más reconfortante que he escuchado jamás —dijo Loeser.

—Sí. Dieter Ziesel es un regalo para todos nosotros. Siento a menudo que en cierto modo es nuestro Jesús.

En los años que siguieron, Loeser tomó fuerza miles de veces pensando en Dieter Ziesel. Llegó hasta el punto de considerar la posibilidad de encargarse de un pequeño retrato de Ziesel y llevarlo en la cartera. Que su gran redentor obtuviera una prestigiosa beca de investigación supuso un pequeño mazazo, pero supuestamente fue un profesor en particular el que había defendido la causa de Ziesel ante el comité de selección, habiéndose sin duda apiadado del becario al ser consciente de que no tenía ninguna expectativa de futuro en otra forma de vida.

Lo que le pareció especialmente hilarante a Loeser era que Ziesel todavía se negaba a aceptar su papel. Cuando escuchaba hablar de una fiesta organizada por alguien conocido siempre se presentaba, incluso cuando quedaba claro que nadie le quería allí. Había comprado hacía poco un traje del burdo estilo estadounidense que ahora estaba de moda entre la gente medio cultivada: grandes hombreras, pernera estrecha, cinturón de cuero; como si de repente todo el mundo fuera a cambiar su opinión sobre él en cuanto tuvieran la oportunidad de admirar ese atuendo a la última. Y, lo más absurdo de todo, continuaba manteniendo su abusiva relación con Heijenhoort. Ambos fueron buenos amigos en la universidad, pero en un momento Ziesel tuvo que darse cuenta de que su escuálido compañero de clase era la única persona a la que podía intimidar sin que le respondiera con más acoso. Esto ocurría solo porque era —un poco a la manera de Jesús, pero de un modo menos eficaz— el hombre más bueno del mundo entero. No era para nada encantador ni divertido, era sencillamente agradable. Tenía unas incomprensibles reservas de amabilidad, optimismo, humildad, generosidad y tacto. Una cuadrilla de estibadores podían darle una patada en el hocico en medio de la calle, e incluso sus estertores de muerte serían comedidos. Ziesel estaba a salvo con Heijenhoort. No paraba de hacer pequeñas bromas a costa de Heijenhoort cada vez que estaba en presencia de cualquiera a quien pensaba que podía impresionar, con la esperanza de que se elevara su estatus social en un grado al menos infinitesimal, como un vasallo civil de provincias que escribe a un ministro sobre la incompetencia de un colega y espera en agradecimiento ser ascendido. Pero en verdad esto solo tenía el efecto de darle a Ziesel una mayor apariencia de fracasado desde el momento en que ninguna persona en su sano juicio podría sentir aversión por Heijenhoort.

Ninguna persona en su sano juicio, en efecto, salvo Egon Loeser. Ser tan agradable todo el tiempo, pensaba Loeser, simplemente no tenía sentido. Era inhumano, ilógico, empalagoso y cobarde. No puedes amar de verdad nada si no odias al menos algo. De hecho, quizá no puedas amar de verdad nada si no odias al menos casi todo. ¿Qué significaría, se preguntaba, realmente ser «amigo» de Heijenhoort sabiendo que Heijenhoort, la leche desnatada para la mantequilla rancia de Ziesel, otorgaba su insípido afecto de un modo tan indiscriminado? Pero como incluso Achleitner decía que no le importaba nada Heijenhoort, Loeser se aplicó a sí

mismo la indiferencia.

Loeser presentó a Rackenham a los dos desiguales mesías y preguntó cómo iba la fiesta.

—No muy bien —respondió Ziesel—. No hay sacacorchos.

—¿A qué te refieres? —dijo Achleitner.

—No hay sacacorchos —repitió Ziesel—. Nadie puede abrir su vino. Y no hay tiendas cerca.

—Debe de haber aquí doscientas personas. ¿Cómo no puede haber un solo sacacorchos?

—Hildkraut tiene una navaja de mano que tiene sacacorchos pero la quiere alquilar y nadie quiere pagarle —dijo Heijenhoort.

—Ya ha habido algunas bajas. Brogmann, al parecer, estrelló su botella contra el muro para romper el cuello y tratar de beber lo que quedaba y se cortó el labio en el intento mientras que Tetzner le ha dicho a Hannah Czenowitz que, dado su *curriculum vitae*, no debería tener problema en absorber el corcho y ella le ha propinado un puñetazo en el ojo.

—Eso es ridículo —dijo Achleitner.

—Sí, qué desilusión, pero al menos se supone que Brecht llegará más tarde —comentó Ziesel.

—Si no hay vino, gracias a Dios que encontramos algo de coca —dijo Loeser. Notó entonces un golpecito en el hombro y se volvió.

Achleitner llevaba razón: Adele Hitler había cambiado.

La primera cosa en la que Loeser se fijó fue su pelo: estaba pasado de moda sin paliativos. Donde todas sus amigas llevaban un *bob* que parecía un diagrama geométrico, frecuentemente cortado tan cerca de la espalda que por la mañana habría rastros en la nuca, la pálida Adele llevaba una bandada de estorninos negros, una mancha de tinta que revienta en un vaso de agua, una avalancha de rizos que a duras penas podríamos llamar corte, puesto que si alguna tijera hubiera cruzado por allí con seguridad habría desaparecido.

Y donde la mayor parte de los vestidos de noche de 1931, como el mercader y geodesta griego del medievo Cosmas Indicopleustes, defendían lo plano más allá de toda evidencia, Adele, al margen de que su figura fuera en realidad bastante aniñada, llevaba un vestido azul con poemas capciosos grabados sobre su busto y caderas, con un patrón impreso de nubes, rascacielos y biplanos que parecían ser la única, casi conmovedoramente torpe, concesión que la prenda hacía al espíritu de los tiempos.

Y luego, ante todo, sus ojos. No llevaba ni gafas ni sombra de ojos como las otras chicas, solo un poco de perfilador y un poco de rímel, pero ambos resultaban bastante superfluos, ya que no había pigmento artificial que pudiera aumentar lo que eran no solo los más grandes, más brillantes y dulces ojos que Loeser hubiera visto nunca, sino que también eran los más asombrosamente barrocos, con cada iris luciendo una ráfaga dorada alrededor de la pupila como la corona alrededor de un eclipse, dentro

de una banda multicolor de azul y verde, dentro a su vez de una línea gris tan clara como una línea de lápiz; luego, más allá, una húmeda extensión blanca que no delataba siquiera la más mínima vena roja, sino que refugiaba en su esquina interior un perfecto lacrimal a modo de un minúsculo zafiro rosa. Hay ojos que deberían de haber pertenecido a una temerosa joven de alguna rara especie de loris javanés.

Loeser apenas podía creer que jamás hubiera existido una belleza de tal intensidad bajo todas aquellas capas de cachorrito gordo; aunque no recordaba tanto a un cachorrito gordo como a un poni gordo. Apenas podía creer que lección tras lección le hubiera parecido tan tediosa, que una vez se sintiera verdaderamente desafortunado de haber sido contratado para enseñar a esa colegiala en concreto y no a una de esas colegialas que uno a veces veía en el tranvía, con mucho más... bien, mejor no darle demasiadas vueltas al tema. Apenas podía creer cómo había podido ser tan desagradecido de haber tenido solo ahora, ante ella y fuertemente prendado de cada una de sus palabras, esta revelación: su pupila se había convertido en pupa. Y apenas podía creer que su intermitente interés en chicas a la moda como Marlene Schibelsky —que sabía cómo vestir, se pintaba la cara y se cortaba el pelo— acaba de convertirse en algo sencillamente absurdo.

Nunca había tenido tantas ganas de follarse a alguien en la vida.

—*Herr Loeser* —dijo ella—. ¿Se acuerda de mí?

Loeser se recompuso.

—¡Adele Hitler! Claro que me acuerdo. Estás muy... guapa.

—Gracias. Veo que usted se ha acicalado. ¿Conoce aquí a mucha gente?

—A mucha.

—¿Es verdad que va a venir Brecht?

—Me temo que sí.

—Me encantaría conocerle.

—Te decepcionaría. Verías por completo al hombre.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque me acuerdo muy bien de tu exquisito ojo crítico durante todas nuestras horas de Schiller. —No recordaba una cosa tal—. A no ser que esas celosas matronas suizas te hayan sacado los ojos.

Adele sonrió.

—¿Todavía da clases, *Herr Loeser*?

—Me puedes llamar Egon. Y, no, ya no enseño. Estoy en el teatro.

—¡Oh, estoy impresionada, siempre pensé que se convertiría en un dramaturgo! Estaba desesperada por conocer escritores. Usted es el primero. ¿Es usted más osado que Brecht?

No había prácticamente ningún componente de su respeto hacia sí mismo que Loeser no estuviera dispuesto ocasionalmente a fiar a un prestamista, pero tenía una regla: no fingir nunca aquiescencia. Nada tenía más valor. El mundo tenía que aceptarlo tal cual era. Y aunque hubiera sido muy fácil esquivar la suposición de

Adele, no tuvo más remedio que corregirla.

—En verdad no soy escritor. Soy escenógrafo.

—O sea, ¿una especie de carpintero?

Loeser estaba a punto de explicar que su trabajo era fundamental para la concepción de *Lavicini*, pero entonces escuchó que alguien daba un chasquido detrás de él. Miró a su alrededor. Estaba Rackenham con su Leica. Otra interrupción, pero esta vez estaba bien: sería buena si hacía pensar a Adele que era parte del círculo de cosmopolitas asociados.

—Vaya, no me ha dado la oportunidad de arreglarme —dijo Adele, jugueteando coquetamente con su flequillo.

—No creo que sea posible tomarle una foto en la que salga desfavorecida, querida —comentó Rackenham.

—Ciertamente no con esta cámara en particular —dijo Loeser imparcialmente.

—¿Por qué no me lo presenta, Egon?

—*Fraulein Hitler, Herr Rackenham*. Es un muy distinguido joven novelista.

—¡Un verdadero escritor! ¿Cómo se llama su libro?

—Mi último libro es *Aire escarpado* —dijo Rackenham.

—Vaya, no he oído hablar de él. Lamento decir que no leo mucha ficción inglesa.

—No se disculpe. Es usted muy sabia. La ficción inglesa está muerta. Es desleal que yo lo diga, fui a la universidad con muchos de sus escritores más prometedores, pero está muerta.

—Entonces, ¿qué tengo que leer?

—A los estadounidenses. Un amigo mío crítico dice que dirimir entre la ficción inglesa y la ficción estadounidense es como dirimir entre una cena con un cadáver y un cóctel con un bebé: al menos el bebé tiene una vida ante él.

—Me encantan los libros estadounidenses —dijo Adele.

Loeser estaba leyendo en ese momento *Berlín Alexanderplatz* de Alfred Döblin. Por desgracia, tras diecisiete meses, estaba todavía en la página 189. Achleitner, que lo había comprado el mismo día, no iba ni por la página 12.

—No puedo soportar esta fascinación por los yanquis —dijo—. Rackenham, eres tan esnob como Ziesel, que anda por ahí con su traje nuevo.

—Creo que debería hacerte caso —dijo Rackenham.

—Espero que lo hagas. Si quieres entender lo que significa realmente la cultura estadounidense tienes que ir a las nuevas escaleras mecánicas de la Kaufhaus des Westens en Tauentzienstrasse. Están hechas en Estados Unidos. Nunca en tu vida habrás visto tantos adultos aparentemente saludables hacer cola para tener el privilegio de subirse a ellas.

—¿Y qué me dice del jazz? —preguntó Adele.

—El jazz es una música castrante para los obreros fabriles. Esta banda está tocando en el lugar adecuado, pero llegaron aquí demasiado tarde.

—Tiene que haber algo de Estados Unidos que le guste.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

Era mentira, pero no parecía una mentira, puesto que había solo una excepción muy concreta. Hacía un año había tomado un tren regional a Colonia para visitar a su tía abuela y deliberadamente no se había llevado para el viaje otra lectura que *Berlín Alexanderplatz*, pensando que tras esas seis horas, o bien él acababa con el libro o el libro acababa con él. Le quedaba una parada cuando se volvió al otro hombre que había en el vagón y le dijo:

—Le doy cincuenta y siete marcos, que es todo lo que tengo en la cartera, por la novela que está leyendo.

—Lo siento, no hablo alemán —dijo el hombre con un marcado acento estadounidense.

Loeser repitió la oferta en inglés. (Había crecido hablando a sus padres en ambas lenguas).

—¿No le importa cuál sea?

—¿Es por casualidad *Berlín Alexanderplatz*? —preguntó Loeser.

—No.

—Entonces no me importa.

El libro resultó ser *Llanto contenido* de Stent Mutton. Estaba ambientado en Los Ángeles e iba sobre un insignificante delincuente que conoce a una sirvienta en un tranvía, se vuelve amante suyo y ambos elaboran un plan para robar un bebé que la criada puede vender a su infértil señora por el suficiente dinero como para fugarse. Loeser lo acabó en menos de dos horas, lo que hubiera significado que había hecho una mala inversión de no ser porque encontró placentero tener la oportunidad de leerlo por segunda y por tercera vez antes de llegar a Colonia y después una cuarta vez a la luz de las velas de la habitación de invitados de su tía abuela. El narrador no tenía nombre, ni historia, ni moral. Ni sentido del humor. Tenía un amplio vocabulario para referirse al tamaño de los periquitos e incluso unas maneras extrañamente poéticas de referirse a los más vernáculos y grasientos Estados Unidos.

Parecía que todo en el mundo le parecía bastante irritante y al margen de ello rara vez se preocupaba por esquivar a las mujeres que se lanzaban encima de él; pero la verdadera y única pasión que siempre tuvo fue su feroz odio a los ricos y a los que respetaban a los ricos. A Loeser todo esto le pareció cautivador, pero lo que le pareció más cautivador de todo fue que el protagonista de Mutton siempre siempre siempre sabía lo que había que hacer. Sin titubeo, ni dilación, ni vergüenza: solo acción. Loeser ansiaba ser ese hombre. Poco después encargó a Knopf, en Nueva York, los cinco libros restantes de Mutton, ahora guardados bajo su cama junto a un caro álbum de fotos de origen parisino llamado *Medianoche en la escuela de enfermería*.

Sin embargo, no le contó nada de esto ni a Adele ni a Rackenham. En lugar de ello, trató de llevar la conversación de vuelta a su impactante trabajo en el teatro.

Antes de hacerlo, no obstante, apareció Achleitner. Loeser presentó a Achleitner y a Adele. «Disfrutaré viéndote hacer el tonto con esta chica», fue lo que dijo Achleitner con la sonrisa que le brindó a Loeser. Pero lo que dijo en voz alta fue:

—Parece que Brecht acaba de llegar.

De vuelta a la entrada de la fábrica había de hecho una pequeña multitud de lo que debían de ser parásitos de Brecht. Loeser no vio a Brecht. Sin embargo, sí que vio a Marlene, que evidentemente acababa de llegar. Le entró comezón al ver lo elegante que iba. Llevaba incluso un monóculo a la moda. Adele, entretanto, esperaba de puntillas para tratar de avistar al dramaturgo.

Un monstruoso pensamiento hundió sus colmillos en el cerebro de Loeser.

Le espetó algo a Achleitner sobre cómo debía contarle a Adele la historia de Brogmann y los socorristas mientras mantenía una charla con Rackenham. Entonces se llevó a Rackenham aparte.

—Sé que nos acabamos de conocer —dijo—, pero voy a pedirte un favor. Brecht se irá en veinte minutos. Siempre hace lo mismo. ¿Podrías entretener a Adele hasta entonces? Baila con ella o lo que sea. Toma algunas «fotos» más.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que incluso un hombre con tus inclinaciones puede decir que Adele es la mujer más bella de esta fiesta. Y no solo eso, sino que es sangre nueva. Si la ve, Brecht irá tras ella como Ziesel tras un cajón lleno de helado. Y es difícil que ella le diga no. Incluso aunque no se lave ni se cepille los dientes.

—¿Por qué no la distraes tú mismo?

—Mi exnovia está aquí. —Miró alrededor—. No estoy seguro de dónde, pero está. Y si me ve tratando de seducir a una inocente exalumna de dieciocho años se llevará la impresión de que mi nueva vida sin ella no cumple del todo el modelo de madura prosperidad sexual que tú y yo sabemos que sí cumple. No puedo permitirme algo así.

—Loeser, la chica parece muy adorable, pero si no vendo el resto de esta coca tendré que huir de mi casera todo el fin de semana.

—Por favor, Rackenham. Si Brecht no se la folla creo que yo sí podría hacerlo. Y ya sé que es una tontería pero no puedo evitar pensar que si me la follo...

—¿Qué?

—No puedo evitar pensar que si me la follo, solo una vez, todo comenzará a ir bien —dijo Loeser a trompicones—. A irme bien. Incluso si no me follo a nadie más este año. Sé que suena patético, pero mírala. Mira esos ojos. Y puede que sea su primera vez. ¡Imagínatelo! Ni tú ni Achleitner lo comprendéis porque podéis follar con quien queráis cuando queráis. Pero la cosa no funciona así si prefieres a las mujeres. Salvo que seas Brecht. —O un héroe de Stent Mutton.

—Bueno, difícilmente puedo decir que no después de haber sido tan franco, ¿verdad? —Había un superioridad sardónica en el tono de Rackenham pero también una genuina simpatía y, por un momento, mientras Loeser miraba los bellos ojos

azules del inglés, le pareció percibir una confusa combinación de triste gratitud, inusual optimismo y quizá incluso un pequeño estremecimiento homoerótico. Probablemente algo que llevaba la coca. No obstante, le mostró a Rackenham un cálido agradecimiento y volvieron con Adele y Achleitner; seguidamente, Rackenham se marchó con la chica. Estaba a punto de explicarle la situación a Achleitner cuando vio que Tetzner estaba por allí cerca y no quería una conversación sobre sus deudas por droga, así que se fue en la dirección opuesta. Fue entonces cuando se chocó con Klugweil.

El actor tenía ambos brazos en dos cabestrillos que tenían un lamentable parecido con el arnés que le provocara aquellas heridas. Y, de entre toda la gente, se hallaba precisamente en medio de una conversación con Marlene, lo que era desafortunado pero no una total sorpresa, ya que siempre había sido el primero en flirtear con ella en las fiestas, incluso cuando estaba saliendo con Loeser. Afortunadamente, Klugweil era fiel a su aburrida novia Gretel y, por la experiencia de Loeser, las chicas aburridas siempre eran las que más duraban; como si se trataran de un parásito cerebral siberiano, parecían bloquear la capacidad de sus anfitriones de imaginar una vida más emocionante.

—Hola, Adolf —dijo Loeser—. Hola, Marlene.

Klugweil se limitó a lanzarle una mirada de odio mientras Marlene le decía:

—El doctor dice que sus brazos nunca volverán a ser como antes. Mira lo que has conseguido y aquí estás, en la fiesta, como si no hubiera pasado nada.

—Yo casi me rompí la nariz.

—Y lo peor de todo es que Adolf dice que hiciste algunos comentarios después sobre cómo la máquina estaba en verdad diseñada para lesionarlo y que por eso le pusiste ese nombre.

—No, yo no dije eso, solo estaba aclarando teóricamente en qué medida el nombre de las cosas no puede, por lógica, generar ninguna diferencia con respecto a si o no...

—¡Oh, Dios mío! Siempre con aclaraciones, ¿no? Siempre con alguna jodida aclaración inútil. ¿Y qué hay de sus brazos?

Loeser se encogió de hombros.

—Al menos no se le arrancaron de cuajo.

Marlene resopló con aversión y se llevó a Klugweil, presumiblemente para aconsejarle que no resbalara en la oscuridad.

—Eh, calma —dijo saliendo tras ellos—. ¡Solo bromeaba, Adolf! Sabes que lo siento de veras. ¡Lo siento!

—¡Anda y que te jodan! —le gritó Klugweil, no muy calmado.

Loeser pensó que era un buen momento para meterse algo de coca. Encontró a Achleitner, se fueron a una esquina y comenzaron a hacerse rayas sobre una máquina de coser.

—Por cierto, en realidad no era Brecht —dijo Achleitner.

—Era Vanel, pero llevaba uno de esos abrigos rojos largos como el que siempre lleva Brecht.

—Entonces, ¿por qué tanto alboroto en la puerta?

—Resultó que llevaba encima un sacacorchos.

—Bueno, de todas maneras debería rescatar a Adele de las manos de Rackenham.

—¿A qué te refieres?

—La dejé con él para que Brecht no se fijara en ella. Se mostró muy servicial conmigo.

—Muy valiente por tu parte —comentó Achleitner.

—¿Valiente? —dijo Loeser. Cerca escuchó uno de esos lacerantes estallidos de risa comunal que se distribuyen en intervalos aleatorios a lo largo de las fiestas como bolsas de humedad en un tronco de chimenea.

—Es un tío encantador.

—Sí, pero sería raro que moviera ficha, ¿no? Es marica. El carabina ideal.

Achleitner ladeó la cabeza.

—No exactamente.

Otro monstruoso pensamiento hincó sus dientes en el cerebro de Loeser, a tal punto que el anterior pensamiento monstruoso le pareció una adorable mascota resfriada.

—¿A qué te refieres?

—Como todo el mundo sabe, esto chicos ingleses de escuela pública son hojas de Gillete. Cortan por ambos lados.

—Pero tú dijiste que era marica.

—No lo hice, Egon. Solo dije que me lo follé. No es la misma cosa.

—Estás quedándote conmigo.

—No.

—Seguro que sí.

—No.

—Tienes que estar haciéndolo porque de otro modo te asesinaría y luego me asesinaría a mí mismo.

—Me temo que no.

Loeser corrió a través de la pista de baile, pero Adele y Rackenham no estaban en ningún lugar a la vista. Pescó a Hildkraut, que miraba como si estuviera llorando por la pérdida de su monopolio de sacacorchos.

—¿Has visto a esa chica de melena negra y ojos grandes? —gritó por encima de la música—. Está con un inglés que lleva chaleco.

—¿La pequeña chica huesuda? ¿La que parece de doce años? —preguntó Hildkraut.

—Supongo que ésa, sí —dijo Loeser. Que otros no encontraran a Adele tan atractiva como él era algo que le resultaba inconcebible.

—Estaban aquí, pero se fueron.

—¿Adónde se fueron?

—Pues se fueron a meterse un poco de coca, no muy discretamente...

—¿Le ofreció coca?

—Sí. Y creo que después salieron por la puerta de atrás.

—¡Mierda!

Fuera no había nadie más que Klein, vomitando metódicamente sobre una repugnante máquina de coser enmohecida. Loeser cruzó a la carrera y salió a las calles contiguas, pero estaba desierto, así que se apresuró a volver a la fiesta, preguntándose si Hildkraut no estaría equivocado sobre la salida de los otros dos.

Como un viejo mayordomo leal que comienza tranquilamente la subasta del mobiliario antiguo y despide al viejo chef francés varias semanas antes de que su amo se hubiera siquiera comenzado a preguntar si todo ese alboroto del mercado de valores habrá podido mermar un poco sus ingresos, una parte inferior del cerebro de Loeser había aceptado hace tiempo que iba a ser Rackenham y no él quien se follaría a Adele esa noche, e incluso estaba preparado para cuando llegara el momento en que la parte superior no tuviera más remedio que aceptar la misma cosa. Hasta ese momento, sin embargo, Loeser se había limitado a correr de arriba abajo, mirando en alacenas, tropezando con bailarinas, haciendo preguntas incoherentes a posibles testigos, poniéndose optimistas excusas («¡puede que le haya llegado la menstruación súbita y de un modo perturbador!») y en líneas generales se comportaba como si lo que era evidentemente cierto pudiera ser, de alguna manera, falso. Al final, no obstante, tras veinte minutos de un frenético, indigno y previsible *crescendo* de desesperación, a Loeser le abandonó la esperanza como una línea de crédito finalmente suspendida. «¡Un coño sin importancia!», vociferó dando un pisotón en el suelo. Se dio cuenta de que no tenía bebida y justo en ese momento vio a Gobulev apoyando su botella de vodka del mercado negro para encenderse un cigarrillo, así que la agarró y vertió en su garganta todo lo que pudo antes de que comenzara a gotearle por la barbilla. Luego se deslizó vacilante entre la multitud, lejos de la pista de baile.

¿Y ahora qué? Lo primero era no comerse la cabeza con ello. Había alternativas. Podía volver a su piso, donde, por fortuna, el reloj siempre daba la misma hora: *Medianoche en la escuela de enfermería*. Pero por una vez el libro no parecía ser suficiente para satisfacerlo. Podría haber intentado follarle a alguien más en la fiesta. Pero no tuvo la fortaleza espiritual para fijarse un nuevo objetivo y comenzar de la nada una seducción completa cuando estaba casi seguro de que fracasaría como siempre. ¿Y Marlene? ¿Podría persuadirla para irse a la cama con él por los viejos tiempos? Eso es el tipo de cosas que hace la gente, ¿no? Pero ella le odiaba profundamente. Lo que dejaba como única opción los Salones de Té Zinnowitz. Aunque si se bebía el resto de la botella de vodka de Gobulev, dentro de poco ya estaría completamente borracho.

Si algún confidente se hubiera enterado de que la única razón por la que a Loeser

no le gustaba irse de putas era que le hacían sentir muy violento, habría llegado a la conclusión de que Loeser no ponía en peligro sus sentimientos morales en lo tocante a este asunto o, por el contrario, habría llegado a la conclusión de que este mismo sentimiento de incomodidad era una especie de sentimiento moral, un enfermizo, egoísta e impotente tipo de sentimiento moral, pero sentimiento moral al fin y al cabo. Sea cual fuere el caso, Loeser no había ido sobrio a una prostituta desde los diecinueve, e incluso borracho no había ido a una prostituta desde el año anterior. La última experiencia fue particularmente mala. Cuando llevaban alrededor de un minuto haciéndolo, dejó de empujar y se aclaró nerviosamente la garganta.

La chica, llamada Sabine, giró la cabeza y le miró.

—¿Algo va mal? —preguntó. La frente de Loeser estaba chorreando como un río pero la de ella, como era habitual, estaba todavía seca como el talco.

—Mira, si a ti te da igual...

—¿Qué quieres que haga, querido?

—No es que no aprecie tus esfuerzos, todos esos gemidos, loas a mi polla, etcétera, pero la verdad es que... —Nunca había tenido el valor de decir esto—. No me gusta que un camarero o un dependiente finjan ser mis amigos del alma y tampoco me gusta que finjas que disfrutas con todo esto. No te lo tomes como una ofensa. Sé que es parte del trabajo. Pero ambos sabemos que no estás disfrutando de verdad. Mi incredulidad viene precisamente de ahí. Y en líneas generales es eso lo que me desalienta.

Esperaba que ella se enfadara un poco pero en realidad se limitó a decir: «Como tú digas». Ya desahogado volvió al trabajo, pero enseguida ella volvió a retorcerse y a jadear.

—¡No, no, por favor, déjame ir, es demasiado grande!

Él paró horrorizado.

—¡Lo siento!

Ella volvió a mirarle una vez más.

—¿Por qué paras? ¿Lo estoy haciendo mal?

Él no se había dado cuenta de que ella estaba actuando.

—¿Qué hacías?

—Me dijiste que fingiera que estaba disfrutando.

—No, solo dije que dejaras de fingir que *estabas* disfrutando.

—Entonces, ¿se supone que estaba disfrutando o no? —dijo ella.

—No —respondió él.

—Está bien, entonces.

—Pero no de ese modo.

—Si no disfruto te pido que pares, ¿vale?

—Pero antes no estabas disfrutando y no me dijiste que parara. Bueno, lo que quiero decir es que estoy seguro de que en algún nivel querías, en realidad, que parara, eso es lo que estoy argumentando y sin embargo no dijiste nada.

—No me pediste que dijera nada.

La exasperación en su voz estaba acabando con la erección de Loeser.

—Lo sé, pero... Mira, podemos estar de acuerdo en que no te estoy provocando cientos de orgasmos, pero tampoco te estoy violando, soy solo un educado extranjero que te ofrece un salario justo a cambio de una finalización eficiente de un servicio específico en un sistema capitalista de trabajo alienado, ¿de acuerdo? Ésa es mi vergonzosa fantasía.

De ahí en adelante estuvo tan quieta y callada como un paciente en coma. Que, con diferencia, era el peor de los tres escenarios. Tras otros diez minutos tuvo que fingir que había eyaculado solo para poder dejarlo, cosa que jamás hubiera esperado hacer con una consorte de pago; sin embargo, sabía que era culpa suya.

Así pues, cuando salió del taxi a la entrada de los Salones de Té Zinnowitz de la Lieblingstrasse cargaba una mochila de ansiedad. A las dos de la mañana, las calles de Stradow estaban llenas de borrachos chillones de las cervecerías aledañas, muchos de ellos haciendo ahora cola, como si se tratara de una revuelta solidificada, en un puesto de albóndigas hervidas con salsa de alcaparras para comer de camino a casa. Saludó con la cabeza al portero del burdel y entró; allí fue recibido de inmediato por *Frau Diski*, su enanesca propietaria.

—¡*Herr Loeser*! Qué placer. Ha pasado mucho tiempo, ¿no? Siéntese, siéntese. ¿Qué le gustaría beber?

—Creo que ya he tenido suficiente por hoy. —Era incapaz de recordar qué había hecho con la botella de vodka.

—Un poco de té, entonces.

—Bien.

Alrededor de la habitación, sentados, otros seis o siete hombres, solos o en parejas, algunos de ellos con chicas en su regazo. Afortunadamente no había entre ellos ninguno que lo conociera. Con papel floral en la pared, sillas de madera curvada y grabaciones de Bladine Ebinger sonando suavemente en el gramófono de la esquina, los Salones de Té Zinnowitz, incluso tras la medianoche, conservaban en verdad la imperturbable atmósfera del tipo de sitio al que una tía llevaría a uno para tomar un pastel de chocolate, presumiblemente una estrategia psicológica calculada de *Frau Diski* para evitar que sus clientes se pusieran a armar escándalo: todos fueron una vez unos buenos chicos y había en ellos algunos profundos instintos burgueses que ni un barril de cerveza podría acallar.

—Parece estar de ánimo bajo, *Herr Loeser*.

—No he tenido una noche especialmente fantástica.

Frau Diski se sentó a su lado.

—¿Por qué no me habla un poco de ello?

—No importa.

—Quiero saberlo.

—Bueno... estaba tras una chica, por supuesto. Y tenía que haberla cazado. Pero

la cazó otro en mi lugar. Lo que hace realmente intolerable la cosa es que ocurrió por culpa mía.

Se refería a que él fue quien puso a Adele en manos de Rackenham y ahora recordaba también lo terco que había sido al hacerle creer a ella que su amigo era escritor. ¿Marcó aquello alguna diferencia? ¿Tienen de veras los escritores más sexo por ser escritores? Es de suponer que los escritores esperen y proclamen que así es. Él leyó en algún sitio que Balzac solo comenzó a escribir porque pensaba que le iba a ayudar a conocer mujeres. Y funcionó, vaya que sí: se casó con una de sus seguidoras. Pero eso fue después de escribir noventa y dos novelas y se casaron solo cinco meses antes de que Balzac muriera de afecciones pulmonares. Incluso presuponiendo que follaran cada día desde la boda, supondría que Balzac escribió alrededor de medio libro por cada asmático encuentro sexual. Una tasa de devolución no muy alta. Con todo, era mejor que nada y si la condesa Ewelina Hańska era tan buena en la cama como Marlene Schibelsky, quizá haya merecido la pena.

—¿Quién es ella, el objeto de deseo? —preguntó *Frau Diski*.

—Oh, fui su tutor cuando tenía unos quince años. Pero, naturalmente, ahora ha crecido —añadió precipitadamente.

—¿Cómo se llama?

—Adele.

—¿Cómo es?

—Cautivadora melena negra como solo tienen los campesinos. Enormes ojos inocentes. Piel perfectamente pálida. Risa musical. Tan delgada que solo quieres alargar la mano y acariciar su clavícula, su omóplato, sus labios y columna y todo lo demás —llegado ese momento se preguntó si no sería posible vomitar de lujuria.

—No tiene que decir nada más, *Herr Loeser*. Venga por aquí.

Frau Diski se volvió a levantar y le guió despacio por el alfombrado corredor hacia los dormitorios.

—Pero no he elegido todavía chica. ¿Tengo una? —Notó que estaba temblando un poco.

—No hay necesidad de traerlas a todas para desfilas como de costumbre con una descripción tan evocadora. Usted debería dedicarse a escribir.

—Quiero decir, no es que en verdad me importe. Mientras no vuelva a ser Sabine. No porque haya ningún problema con Sabine.

—Aquí tiene, *Herr Loeser*. —Pararon y *Frau Diski* abrió la puerta del dormitorio que había ante él. Dentro había una niña sentada en la cama cepillándose el pelo de espaldas a la puerta. No llevaba más que ropa interior blanca de encaje y a la luz de gas su piel parecía suave como el agua, las vértebras de su columna una ristra de guijarros medio sumergidos en la corriente. La habitación olía a lino fresco. Durante un largo instante, Loeser sintió como si estuviera mirando algo irreal tras el cristal, como una fotografía de un viejo medallón, pero entonces *Frau Diski* dijo:

—Ella es... Anneliese. —La chica se giró y Loeser sintió cómo su corazón le

latía en la boca.

—*Frau Diski*, creo que no me ha comprendido —balbuceó—. Hace un momento no estaba tratando de explicarle el tipo de chica que buscaba, solo trataba de explicarle lo que me había pasado esta noche. Como así me pidió. Yo no soy... Yo no...

—Los dejo a solas —dijo *Frau Diski* con una sonrisa. Ella introdujo a Loeser en la habitación con un gentil empujón, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Anneliese, que no debía de tener más de quince años, se parecía a Adele, pero no como Adele a los quince, ni a Adele a los dieciocho. Más bien se parecía a Adele a los quince si hubiera sido ya bella, de no haber sido regordeta y estar a medio formar. Tenía el pelo, la piel, los huesos, pero también la juventud; era la vieja Adele a la que una vez tan bien conociera combinada con la nueva Adele con la que se había encontrado tan solo unos pocos minutos antes. El parecido era siniestro, un parecido con alguien que jamás había existido, un préstamo de un mundo paralelo.

Él sabía, con todo, que aquél no era un trabajo que nadie tendría que estar haciendo con la edad de esa niña. Incluso sus atrofiadas facultades morales se lo podían decir. Intentó no mirarle el cuerpo porque sabía que se sentiría culpable de tener una erección. Naturalmente, había visto antes fulanas muy jóvenes en las esquinas, pero jamás hubiera pensado que se encontraría con una de ellas en los acogedores Salones de Té Zinnowitz.

Loeser se quedó mirando fijamente a la niña y la niña sonrió tímidamente en respuesta a Loeser. Gritos de placer sintético penetraban vagamente a través de la pared de su izquierda.

No podría. Por supuesto que no podría.

¿Podría?

2. Berlín, 1933

Cuando Loeser se levantó notó enseguida que se había cometido un error: le habían enviado la resaca equivocada. En algún lugar del norte de Rodhesia, un elefante macho que se había emborrachado con el fruto fermentado de una marula, después de arrasar un pueblo cercano y quedarse dormido en una zanja, en ese mismo momento se estaría llevando la grata sorpresa de poder agradecerle al día la buena fortuna de sufrir tan solo ese suave dolor de cabeza que provocan dos botellas de buen vino tinto de la bodega de Fraunhofen. Quizá si Loeser se hubiera puesto en contacto con las autoridades pertinentes habría podido corregir esta pequeña confusión desafortunada, pero habría tenido que hacerlo sin mover la cabeza o abrir los ojos. De otro modo habría muerto de dolor.

Tras veinte minutos yaciendo inerte mientras meditaba su estrategia, escuchó cómo subía su casera por las escaleras para introducirle una carta bajo la puerta. Probablemente era de Achleitner, por lo que no valía la pena levantarse. Debía de ser muy temprano. Todavía quedaba por delante una gran parte del día por arruinar. Solo que entonces se acordó de Adele y de los camareros del Schwanneke y decidió volver a la cama, preguntándose si sería posible programar la alarma del reloj para despertarle cuando todo el mundo creyera que estaba muerto. Pensó que la reciente obra de Hecht sobre la leyenda de Urashima Taro, el pescador japonés que rescató a una tortuga de manos de unos niños y descubrió que la tortuga era la hija de Ryujin, el dios dragón marino, fue recompensado con una visita al palacio de Ryujin y al volver a su pueblo se encontró que habían pasado trescientos años. Qué dicha sería aquella.

A principios de 1933, incluso el más descerebrado y egoísta berlinés —Loeser incluido, por supuesto— no podía sino percibir que algo horrible estaba a punto de pasar. Ahora, en las fiestas, el optimismo había dejado lugar al temor y a los chillidos susurrados; los verdaderos buenos tiempos ya no iban a volver y tratar de adivinar lo que estaba por ocurrir era algo demasiado horrible. Por supuesto, al principio fueron fornidos jóvenes de clase trabajadora los que habían propagado esta atrocidad, pero ahora era gente de todas las generaciones y toda clase la que había asumido la estúpida carga. Parecían pensar así solo porque la solución civilizada de los años veinte había comenzado a flaquear, lo que era razón para lanzarse a ciegas en la dirección contraria. La mayoría de los amigos de Loeser estaban de acuerdo en que se necesitaba hacer algo con urgencia, pero ninguno tenía idea de cómo luchar contra algo que de algún modo ya era tan dominante. Algunos incluso habían comenzado a hablar de abandonar el país, al menos hasta que se recuperara la cordura. La historia

alemana se hallaba en un punto de inflexión.

Loeser todavía podía recordar la primera vez que oyó hablar de esta nueva droga, la ketamina. Todos habían tomado el tren a una finca al norte de Ritterbrücke, propiedad de los padres ausentes de alguien. Era una de esas fiestas de campo donde se sentía que, sin importar dónde estuvieras, estabas siendo contemplado o por un caballo vivo o por un venado muerto, hasta que uno se encontraba demorándose en el lavabo tras mear solo para escapar de ese panóptico angulado extrañamente opresivo. Alrededor de la medianoche, aburrido de jugar al escondite, Loeser vagaba por el jardín trasero, donde la banda de jazz estaba tocando. Tenía la esperanza de encontrar una chica con la que bailar. En lugar de ello se tropezó con un chico de rodillas tarareando sobre la hierba. Miró alrededor y vio a algunos otros en el mismo estado. Así que cuando encontró a Hildkraut se fue hacia él para preguntarle si había habido un ataque de gas mostaza, puesto que no todos podían estar ya tan borrachos y entonces Hildkraut le explicó que todos ellos habían tomado un tranquilizante para caballos del mercado negro llamado ketamina; desde ese momento, Loeser comenzó a sentir que se había introducido en una especie de mundo dadá.

—¿Por qué alguien sobre la faz de la tierra tomaría voluntariamente tranquilizante para caballo?

—Porque ya no se puede conseguir buena coca.

—¿No pueden conseguir ya buena coca y ésta es la alternativa lógica?

—Sí. Comenzó entre la escoria de niños de los suburbios, después pasó a las escuelas de arte y ahora todo el mundo la toma.

Vanel andaba en busca de un mechero y ambos le ignoraron.

—¿Qué hace? —preguntó Loeser.

—Te sientes como succionado por un insondable túnel sombrío. O por decirlo de otro modo, es como si todos los pesos y preocupaciones del mundo se levantaran de tus hombros para ser reemplazados por un solo peso, mucho más afianzado. Tus labios dejan de responder y no puedes hablar. Si tomas la suficiente pueden pasar horas y horas, pero parece incluso más porque el tiempo se ralentiza. —Hildkraut sonrió, melancólico—. Es fantástico. —A sus pies, alguien gemía suavemente, como mostrando su entusiasta conformidad—. Y hace que Wagner suene realmente bien.

—Siento ser tan obtuso —dijo Loeser—, pero ¿es que todo el mundo se ha vuelto loco? Yo tomo coca porque es divertido. Lo hago porque me hace sentir seguro, hablador y lleno de energía, o al menos suele hacerlo cuando no es en su mayor parte ladrillo en polvo. Si quiero sentirme succionado por un insondable túnel sombrío durante horas y horas, cojo la colección de Schopenhauer que tengo en casa.

—Bueno, sea como sea, la historia es que Brogmann tomó una vez tanta que perdió el conocimiento y se despertó en unos establos rodeado de caballos auténticos. Explícate eso.

Tras interrogar a algunas otras personas en la fiesta, Loeser concluyó que era la última persona en Alemania que había oído hablar de la ketamina. Pero nadie le

ofreció. Y tras este episodio, pasados los meses, la vida nocturna del Berlín de moda se desvirtuó como una irreconocible parodia. Ya nadie parecía reír, bailar o besar, se limitaban a vagar farfullando y babeando, derrotados hasta la mañana. Ciertamente, la mayor parte de sus amigos de consideración no jugaban con la ketamina, ¿por qué habrían de hacerlo, cuando todavía recordaban cómo eran las drogas adecuadas? Pero ellos tenían ahora veinticinco o veintiséis años. Y eran los de diecinueve y veinte los que tenían toda la influencia. Por primera vez en su vida Loeser se hizo una idea de lo que los primeros expresionistas debieron de pensar sobre la precedente generación de realistas. No solo comenzó a pasar por alto las agotadoras y desagradables conversaciones que solía tener con gente que tenía la desconsideración de haber tomado más coca que él, sino que casi comenzó a envidiar a Achleitner, lejos en las montañas con sus nuevos amigos nazis, apartado de todo ese sinsentido tranquilizador que tenía una oportunidad real de arruinar lo que de otro modo sería una prometedora década.

El triunfo de la ketamina había coincidido con el triunfo de otro caballo sombrío, por usar una desafortunada frase: cierta chica llamada Adele Hitler, ahora en primera línea entre esos potros y potras. En esa primera fiesta de Puppenberg había sido un artículo novedoso, pero a finales de 1931 recibía directamente invitaciones de Brecht y no era difícil adivinar por qué: podía deberse a su imponente presencia, podía deberse a que era atrevidamente borracha y, sobre todo, podía deberse a que se follaba a gente digna de merecer un buen chismorreó. Rackenham había sido solo el comienzo. Oír que Adele Hitler se había ido a la cama tras cierta fiesta era como leer la solución a un misterioso asesinato verdaderamente elegante: ni por un momento hubieras sospechado que pudiera ser x , pero cuando luego te enteras de que realmente fue x te das cuentas de que no podía ser otro que x . Se folló a Brecht porque todos lo hacían; se folló a Brogmann porque nadie lo hacía; se folló a Littau porque era marica; se folló a Hannah Czenowitz porque era una heterosexual; se folló a Hecht porque tenía novia; se folló a Klein porque se sabía que era impotente; se folló a clarinetistas negros, veteranos de guerra con una pierna, camellos de drogas e hijos de embajadores. Y ésa era la leyenda de Adele Hitler: que en dos años de alucinante promiscuidad jamás se había follado a nadie más de una vez, y siempre que se follaba a alguien el acto podía considerarse, de una forma u otra, un pequeño golpe de Estado.

Había algo en las mujeres bellas sexualmente fecundas que hacía que Loeser sintiera como si su alma estuviera siendo acribillada con agudos pedernales. Si eran sexualmente fecundas con él, entonces por supuesto estaba bien. Pero si lo hacían con alguien más, suponía una agonía. No podía dejar de pensar en ese momento oculto de renuncia, ese giro crítico en el que toda su suavidad se desperdigaba, cuando su límbico electorado votaba a algún tirano nuevo y desconocido. ¿Cómo ocurría? ¿Disfrutaban esas chicas en verdad de rápidos encuentros con hombres a los que apenas conocían? No había una respuesta satisfactoria, puesto que si no lo hacían, su

belleza estaba siendo entonces explotada y expoliada, y si lo hacían... bueno, no podían. Sencillamente no podían. Para ojos tan desconcertantes como los de Adele existir en el mismo cuerpo que la banal urgencia de un sucio dramaturgo de acumular surtido sobre un escritorio era una paradoja tan imponderable como la indivisibilidad de la Trinidad.

Por otra parte, Loeser no había tenido sexo durante mucho tiempo. Trabajó duro para borrar todos los registros mentales de la noche en la fábrica de corsés. Asumiendo, por el interés de dotar a su biografía al menos de un protagonista mínimamente simpático, que no le había puesto nunca un dedo encima a la prostituta de quince años, entonces la última vez había sido con Marlene Schibelsky y de eso habían pasado casi dos años. Cuando le dijo a Achleitner que nunca lograría resolver la situación, no se creía sus propias palabras, pero ahora percibía en él, retrospectivamente, una vibración de plausibilidad. Tan intensa era su frustración sexual que comenzó a sentirse como un enfermo crónico: gota testicular y gangrena libidinal.

Su desesperanzadora conversación con Adele había girado sobre el mismo tema: precisamente la abundancia sexual, no su opuesto. La noche previa llegó a la fiesta en el piso de Zinnemann en Hochbegraden y descubrió que Zinnemann, siempre un anfitrión dominante, había inventado un juego nuevo.

—Estamos en una época en la que todos duermen con todos —explicó a sus invitados reunidos—. Puede que haya una dinastía real persa más incestuosa pero creo que, aparte de ésta, nuestro círculo social está en el límite. La expresión «agotamiento transformador» no debería estar fuera de lugar aquí. Ahora bien, alguna gente dice que es fatigoso y que tenemos que hacer nuevos amigos. Pienso que debemos celebrarlo.

Y dicho esto, comenzó a sacar hebras de cordones de colores.

—Mirad alrededor de la habitación. Si veis a alguien con el que os hayáis ido a la cama os atáis juntos por las muñecas con una de las cuerdas de tres metros de largo. Y si veis a alguien con el que ya os hayáis ido a la cama varias veces siguiendo una especie de argumentación pseudomarital de soso *petit bourgeois*... en otras palabras, si veis a «alguien con quien hayáis salido», os atáis de la muñeca con el cordón de metro y medio de largo. El efecto no será más embarazoso que el de otras fiestas, solo será más tangible. Y tras esta noche, cualquier otra fiesta a la que vayáis os parecerá en comparación desenfadada.

Hubo una pausa de desconcierto. Después, para incredulidad de Loeser, todo el mundo comenzó a hacer lo que le habían dicho. Debieron de darse cuenta de que al día siguiente tendrían una buena historia que contar. Un buen rato después la sala de estar de Zinnemann era una gran telaraña multicolor. Lo de los colores era para hacer más sencillo hallar los cordones de principio a fin, de hecho se pusieron de manifiesto muchos enlaces que hasta ese momento no eran públicos. Cada invitado arrastraba y era arrastrado en su camino por sus amores pasados, presos de una estremecedora

tensión por sus viejas conquistas, tan completamente enrollados en una red de viejo romance que había que gatear bajo el corazón roto de alguien si uno quería cruzar la habitación para ir a por bebida. Una cosa como el simbolismo estaba hecha a medida, pensó Loeser; pero el verdadero problema era que Marlene no estaba allí y tampoco, como era el caso, ninguna de sus otras cuatro, así que no tenía cordones en sus muñecas y miraba a todos como un eunuco. Era algo intolerable aun cuando fuera virtualmente cierto. Así que salió de la habitación a cuatro patas y cogió un taxi hasta la casa de Fraunhofen, en Schlingesdorf.

Herr Fraunhofen era un fabricante de armas cuya esposa, Lotte, sin embargo, era una mujer cultivada, así que cada mes invitaba a escritores, actores, artistas y a sus ayudantes a casa para celebrar una reunión de salón de tarde. (Era una de esas casas en las que incluso las borlas de las borlas tenían borlas en sus borlas, cosa que sonaría a broma trillada si no hubiera sido literalmente cierta en muchos casos). Por supuesto, nadie de interés se molestaba en aparecer antes de medianoche, por ese tiempo la porción de aburridos ya se había ido pero todavía quedaba gran cantidad de vino e incluso algo de comida. Y de hecho, Loeser estaba en el comedor con la boca llena de salchichas frías cuando sintió un golpecito en el hombro. Se volvió. Era su antigua alumna, con un vestido negro con un pavo real pintado en el dobladillo. En esos días la mayor parte de sus vestidos eran préstamos de famosos diseñadores con los que había trabado amistad.

—Hola, Egon.

Loeser tragó un incómodo bolo de ternera.

—Hola, Adele. —Intercambiaron algunos cotilleos sobre las recientes pérdidas en las apuestas de *Herr* Fraunhofen y después dijo él—: Habría pensado que esta fiesta era de gente demasiado mayor para ti. No creo haber visto una sola persona que no se haya suministrado una inyección subcutánea de laxante para panda o lo que sea que esté de moda ahora.

—Estaba en un taxi con John y Helga y no se nos ocurrió otro sitio donde hubiera bebida gratis —explicó Adele—. Además, el compañero Sartre está aquí.

—¿El francés? Lo conozco. Su rostro es como el cuadro que un niño de cuatro años hace de su padre.

—Dicen que es muy brillante, querido. —Ella llamaba ahora a todo el mundo «querido»—. Está estudiando con Husserl.

—¿No me digas que quieres acostarte con él? Imagina despertarte por la mañana y encontrarte un monstruo con el ojo muerto mirándote las tetas. Y además, no sabes quién es Husserl.

—Sí lo sé: autor de *Fenomenología trascendental*. Y además, ¿por qué no te callas?

Ésta era la única manera que tenía Loeser de socializar con Adele Hitler, objeto de la mayor obsesión erótica de su vida, sin irrumpir en lágrimas: hacer bromas picantes sobre su ruta sexual. No era algo muy heroico, pero al menos ella, a veces, lo

encontraba gracioso y casi siempre se comportaba con él como con un viejo amigo. De hecho, él habría podido mantener las cosas así indefinidamente, como uno hace a veces en estas ocasiones y no existía ninguna buena razón por la que hubiera debido elegir esa conversación, entre todas las conversaciones que tuvieron desde aquella noche en Puppenberg, para sincerarse con ella por primera vez —la tuerca de su desesperación no estaba más apretada de lo habitual—, pero tenía algunas copas encima y algo en el juego de Zinnemann había agotado su paciencia, así que se encontró diciendo:

—¿Por qué lo haces, Adele?

—¿Hacer qué?

—¿Por qué despilfarras tu tiempo con toda esta gente? ¿Por qué te vas a la cama con Sartre, con Brogmann, con... con...? —trató de pensar en un ejemplo lo suficientemente incriminatorio.

—¿... con los camareros del Schwanneke? —le sugirió Adele.

—Sí, exactamente —dijo Loeser justo antes de—: ¡Cómo! ¿Qué?

—Querías saber por qué me acuesto con los camareros del Schwanneke.

—De hecho, justo en este momento, sí que quiero que me asegures que, en verdad, no te acuestas con los camareros del Schwanneke.

—Bueno, no me acuesto con todos ellos. —Loeser se quedó mirándola asqueado, y ella añadió—: Querido, todo el mundo se acuesta con los camareros del Schwanneke. El propietario es marica, así que son los más guapos de Berlín.

—¡Dios mío! Mis más febriles fantasías paranoicas... ¿son ciertas?

—¿Cómo decirlo, Egon? No es que lo haya hecho especialmente para molestarte. ¿Es un tipo de neurosis?

—Te follas al hombre que te trae el café solo porque es guapo, yo llevo detrás de ti dos años y...

Ella agitó la mano como si estuviera espantándole.

—Oh, por favor, no volvamos con eso. «El amor es una absurda sobrestimación de la mínima diferencia entre un objeto sexual y otro».

—¿Quién dijo eso?

—Lo vi en un muro durante una fiesta.

—Ah, ¡pues entonces tiene que ser verdad! ¿Y toda mi devoción no significa nada?

—Me siento halagada, pero no habría nada entre nosotros por mucho que lo intentáramos. Eres el tipo de hombre que no soportaría que le fuera infiel, pero es que además eres el tipo de hombre al que no podría evitar serle infiel. Eres uno de éstos. Un aprendiz de cornudo.

¡Un aprendiz de cornudo! ¿En verdad lo era? Como Loeser se acostó bastante bebido no pudo recordar cómo acabó la conversación. ¡Cruel humanidad!, pensó, estos depósitos aleatorios de belleza a modo de depósitos aleatorios de oro, un *desideratum* arbitrario y sin sentido, la hipótesis inicial de un filósofo o el tratado de

un matemático —«sea x lo que más quieres en el mundo», «supongamos que merece la pena matar por y »— que condena a todo lo que sigue a ser una tautología ornamental. Luego pensó en cómo estaría ahora si estuviera a su lado, criatura de ojos parpadeantes y pelo enmarañado, labios que crecen a cada bostezo pero aún tan ligera que las formas de su cuerpo podrían ocultarse entre las arrugas de las sábanas. Volvió a dormirse y tuvo una serie de sueños en que bebía un vaso tras otro de agua fría sin poder mitigar su sed; entonces se volvió a despertar a las once por los habituales gritos de «¡saltar!», «¡estirar!» y «¡golpear!». Eso, al menos, hacía que valiera la pena levantarse, así que se le abrieron los ojos como dos tenaces ostras y entonces algo lo arrastró hasta la ventana. Atravesando en diagonal Kanneroberstrasse había una gran fábrica de cajas de música que había reabierto tras un período de quiebra. Tres veces al día las chicas que trabajaban allí eran obligadas a reunirse en la azotea durante veinte minutos para realizar ejercicios de mejora de la producción. Para Loeser, ese *cabaret* era tanto una tortura como una alternativa más saludable a *Medianoche en la escuela de enfermería* y rara vez se perdía una de las actuaciones. Un día pensó bajar y esperar en la puerta de la fábrica al final de un turno para pedirles autógrafos.

Posteriormente, moviéndose por su piso como golpeado por carceleros, primero se apiadó de su boca bajo el grifo de la cocina y después abrió la carta que le había dejado su casera, que, de hecho, era de Achleitner. Loeser no había visto a su mejor amigo en cerca de tres meses, ni una vez desde que Achleitner conociera a ese leonino aristócrata nazi de cincuenta y dos años llamado Buddensieg en una exposición de arte y Buddensieg aceptara a Achleitner en su castillo en la Selva Negra, donde aparentemente jugaba con el anfitrión en una suerte de jolgorio homosexual sin fin. Achleitner, en sus cartas, elogiaba la comida, el vino, las habitaciones, el entorno y, sobre todo, los chicos. «Los nazis —había escrito en la última— están comprometidos con una especie de falacia estético-moral: que si un hombre es rubio, ojos azules y fuerte, también será valiente, leal, inteligente, etc. Verdaderamente creen que la divinidad tiene un parentesco causal con la belleza. Es una idea idiota, sí, pero no más idiota de lo que eres tú, Egon. Cuando ves a una chica como Adele Hitler con una cara tan inocente y bonita, ¿me puedes decir honestamente que no das por supuesto que ha de ser una persona angelical? Incluso aunque decir algo así tenga el mismo sentido que la astrología. También los maricas lo hacen, por supuesto, pero no tanto, porque todos nosotros somos hombres y los hombres no somos misteriosos con nosotros del mismo modo en que las chicas siempre son misteriosas con vosotros, además, nosotros podemos ser un poco más escépticos. Coge un cuento de hadas: Cenicienta siempre tiene que ser bella y su hermana siempre fea, incluso aunque la historia tuviera con seguridad más fuerza si fuera al revés. En realidad, lo que los nazis han hecho es crear un culto de su romántica fe al amor físico: hay algo casi emotivo en lo infantil de la idea. Como estetas, siquiera poseen la dureza de un Gilbert Osmond. Sea como sea, el resultado es que hay más chicos exquisitos en este castillo que si pones juntos a los de todo

Berlín. Esta mañana me desperté con tres en mi cama. Estoy absolutamente embriagado con ello. Con todo, tengo que guardarme mucho de no desatender al viejo Buddensieg o me podría largar de una patada».

Lo que Loeser no podía entender era cómo Achleitner no se aburría. Con la excepción de unos pocos comunistas tolerables como Hecht, que tenía el sentido común de no sacar a colación a Marx cada cinco segundos, cualquier afiliado de un partido político tenía que ser monótono hasta el escalofrío. Incluso un castillo lleno de coleccionistas de sellos o forofos futbolísticos sería mejor, puesto que al menos no tendrían durante todo el tiempo aires de superioridad. Pero Achleitner insistía en que no había escuchado una sola palabra de política desde que llegara al Olimpo del valor. «Mucho sobre dieta, ejercicio, baños de sol, sobre la pérdida de la ciudad sagrada de Agartha y sobre las cansinas bromas judías, pero nada sobre Versalles, el desempleo o la reforma electoral, gracias a Dios. Han repartido unos panfletos, pero nadie los lee».

Como le sucede a tanta gente a los catorce años, Loeser llegaba a menudo a la conclusión de que no tenía amigos de verdad en el mundo y, como ocurre con toda fatua generalización melancólica, aquello le parecía muy reconfortante, pues drenaba el lago de su responsabilidad. Pero ser consciente de que, en efecto, podría ser verdad era diferente. Durante unas pocas semanas intentó persuadir a Achleitner de que regresara a Berlín, pero sabía que era inútil. Nadie renunciaría al paraíso por un Berlín de ketamina y cordones de colores. Y si no estaba Achleitner, ¿quién quedaba? Efectivamente, si Loeser iba a una fiesta había siempre docenas de personas básicamente intercambiables con las que podría pasar un buen rato bebiendo. Pero si a la mañana siguiente se levantaba necesitado de compañía durante un triste desayuno, no había prácticamente nadie al que poder telefonar. Últimamente, el individuo al que más veía era Klugweil. No mucho después del accidente del teletransporte, Blumstein forzó a sus dos colaboradores a que se pidieran disculpas el uno al otro para volver a trabajar en el *Lavicini* y, de hecho, ahora estaban mejor que antes de la disputa. Loeser había comenzado incluso a hablarle en confianza sobre su soledad, yendo tan lejos como para preguntarle a Klugweil si pensaba que podía ser signo de trastorno eremítico el que una tarde por distracción le gritase «Gracias» a una máquina de chicles de un andén del metro. Pero el actor, que finalmente entró en razón el verano anterior sobre la sosa de Gretel, nunca pareció volver a coger el teléfono, por lo que uno podía suponer que había encontrado una nueva chica de la que no le hablaría a nadie. El resultado era que Loeser podría tener que recurrir de hecho a... pero no, la idea era demasiado terrible. Acababa de desayunar en casa.

Excepto eso, a falta de ulteriores inspecciones de su cocina, parecía que alguien había acabado con toda la comida del piso cuando llegó anoche de la fiesta. De hecho, unos pocos minutos de reconstrucción forense parecían sugerir que la persona trató de hacer unas berlinesas empezando de cero y usando básicamente repollo crudo y angostura. De hecho, al haber desaparecido los resultados, no había razón para

pensar que no había tenido éxito. ¡Ojalá hubiera dejado algún registro del experimento!

Así que tendría que salir, después de todo. Tendría o bien que salir por su cuenta o llamar a Ziesel. Sabía que Ziesel estaría libre. Ziesel estaba siempre libre. Había en Berlín una bacteria tifoidea que requería más socialización que Ziesel. Inspeccionó el piso en busca de formas de aplazar ese horror. En su escritorio había copas de vino sucias, un recibo impagado del sastre, unas pocas notas para el *Lavacini, Berlín Alexanderplatz* con su marcapáginas en la página 202 y un intento de carta a su tía abuela en Colonia, que hasta ahora llegaba a dos líneas. Todo eso le lanzaba una mirada implorante.

Llamó a Ziesel.

—¿Hola? —había una charla de fondo.

—Dieter. Soy Egon. Desayunas conmigo en el Romanisches.

—No puedo.

—Te veo en veinte minutos.

—Egon, no puedo.

—Si llegas antes que yo, pide el doble de jamón y huevos.

—Lo siento mucho, Egon, pero no puedo unirme a ti. Ya estoy en mitad de un desayuno. Algunos de los compañeros de la banda de música están aquí.

—¿Qué?

—Estaré libre para comer.

Tras una dilatada pausa, Loeser dijo:

—¿Tú, Dieter Ziesel, estás demasiado ocupado para desayunar conmigo, Egon Loeser?

—Sí —dijo Ziesel.

—Yo, Egon Loeser, imagino que estoy tan deseoso de compartir una agradable comida contigo, Dieter Ziesel, que estaré dando una vuelta durante dos horas hasta que estés libre.

—Si así es como lo quieres ver —dijo Ziesel.

—A esto... a esto... es a lo que me ha llevado la vida.

—No quería decirlo —dijo Ziesel.

Tras otra dilatada pausa, Loeser dijo:

—De acuerdo, te veo a la una —y colgó el teléfono.

Como todavía no tenía voluntad suficiente para pasar el rato con ninguno de los huérfanos de su escritorio, Loeser decidió que mejor se vestía y se iba para Luni, una librería de viejo en Ranekstrasse, puerta con puerta con una tienda de antigüedades con trajes medievales y armaduras, apostados en la ventana como maniqués de moda militarizados. Tuvo que ser la séptima visita en dos semanas y la elegante chica del mostrador lo trataba ya incluso con algo de cautela; había concluido obviamente que Loeser había desarrollado una especie de desesperado interés romántico hacia ella, porque si alguien estaba tan desesperado por leer *El hechicero de Venecia* de Rupert

Rackenhäm simplemente habría pagado los doce marcos que valía una copia nueva. Pero la verdad es que Loeser se hubiera bebido una pinta de aguas estancadas en tazas de cepillos de dientes antes que contribuir en un solo penique a los derechos de autor del hombre que primero se folló a Adele Hitler y no le valía simplemente pedir prestado el libro, a pesar de que cada uno de los pasajeros de cada uno de los tranvías parecía tener una copia; no quería que nadie más supiera que estaba tan desesperado por leer semejante cosa. La novela de Rackenhäm era sin lugar a dudas un sutil boceto de la escena del teatro experimental berlinés de alrededor de 1931 y como nadie parecía dispuesto a responder a las oblicuas preguntas de Loeser sobre el modo en que había sido retratado —incluso Brogmann había tenido la delicadeza de no joderle—, Loeser únicamente pudo concluir que su análogo ficticio era un gólem irritante y difamatorio, el tipo de asesinato en el que el personaje tiene que aparecer en el velatorio con el féretro cerrado. Le hacía ilusión haber sido la víctima del tipo de asunto que lees en las biografías de la gente interesante y ya tenía ganas de hacerle frente a Rackenhäm sobre el particular. Durante más de dos años había estado tratando de convencer a todo el mundo de que Rackenhäm era un bastardo, pero no tenía propiamente una razón para su odio que no implicara un traspie durante la persecución de una coqueta hembra.

De camino a Luni apostó que vería a Drabsfarben, quien por alguna razón parecía pasar siempre por la tienda; y de hecho así fue, pero como siempre, Drabsfarben parecía tan distraído que Loeser no intentó saludarlo por miedo a enturbiar alguna rara armonía que estuviera rumiando con su creativa mirada perdida. Dentro, la chica del mostrador se tensaba visiblemente ante la imagen de su llegada.

—¿Todavía lo tienes? —dijo, como siempre, esforzándose tanto por excluir toda emoción de su voz que se dilataba demasiado diciéndolo y al final sonaba más como si apenas pudiera retener alguna *grande passion*.

—Sí. Alguien vino ayer con una copia usada.

Cuando pagó el libro ella le devolvió el cambio a unas siete pulgadas de su mano para evitar todo contacto con la palma. Mientras salía pensó que, pese a todo, saber por una vez cuál es tu lugar respecto a una chica tenía algo agradable. Se sentó en un banco para hojear *El hechicero de Venecia* con la cubierta sobre las rodillas por si pasaba alguien conocido. Al principio, aunque no miraba nadie, el pasar de las hojas era ostentadamente indiferente, pero, sino después de una, sí tras dos calas en el texto, se puso involuntariamente furioso.

Primera atrocidad: un robo. La novela comenzaba en 1677 con la llegada a París del gran escenógrafo veneciano Adriano Lavicini. Loeser debería de haberlo supuesto tan pronto escuchó el título, pero tras toda esa conversación con Rackenhäm en el taxi hacia Puppenberg sobre el sinsentido de la ficción histórica, no se le había ocurrido que el inglés podría ayudarse del mismo vástago del siglo XVII que Loeser, Blumstein y Klugweil habían intentado convertir en obra durante casi tres años. (¡Tres años! La ecuación de Einstein decía que el tiempo se ralentizaba en un tiovivo

o una rueda de la fortuna debido al efecto relativista del impulso angular. ¿Sería por eso que, en Berlín, que no para de girar, podías trabajar temporada tras temporada en una misma obra y aun sentir que no había problema si apenas se había avanzado nada?).

En la farsa de Rackenham, Lavicini se enamora de una joven bailarina que conoció en el Théâtre des Encornets, en verdad la rebelde hija de Luis XIV, la princesa Ana Isabel disfrazada. Ella rechaza sus propuestas porque le preocupa que pueda descubrir su identidad, así que él construye el dispositivo de teletransporte como expresión de su amor, llenando los cambios escénicos de *El príncipe lagarto* de pequeños guiños y florituras que solo ella podría entender. En el capítulo final, cuando ella ve todo por primera vez durante la *première*, finalmente se da por vencida y finge una leve indisposición, gracias a lo cual puede correr entre bastidores a sus brazos. Mientras continúa la representación hacen el amor en un sofá, dándole la oportunidad a un celoso tramoyista de romper los controles del dispositivo de teletransporte, dejando a la (por otra parte segura) máquina fuera de control y matándolos, en consecuencia, a los tres. Rackenham parecía estar argumentado que parte del mejor arte del mundo se crea para impresionar a chicas y aunque si bien se trata de un dulce muy goloso en su camino, el artista no debe perder el horizonte de su responsabilidad moral o podría sobrevenir el caos.

En la producción de Loeser-Blumstein-Klugweil, por el contrario, no iba a haber nada tan vacuo y nada de romance; en su lugar, Lavicini se vuelve tan maníaco con su dispositivo de teletransporte que pierde toda humanidad, se niega a reconocer los muchos defectos de la máquina y al final es literalmente consumido por ella. Qué podía simbolizar todo eso era algo que se dejaba a criterio del público. Para Loeser, trataba sobre cómo la política, los negocios y el resto de artilugios sociales burgueses tenían tendencia a convertir a cualquiera que se relacionaba con ellos en un insufrible gilipollas.

Segunda atrocidad: el insulto. Y ésta era mucho peor. *El hechicero de Venecia* no contenía, como prometía, una brutal parodia de Loeser. Ni tributos inesperadamente cálidos. Ni siquiera el más inocuo parecido accidental.

No había en modo alguno un personaje basado en Loeser.

Había personajes basados reconociblemente en Achleitner, Blumstein, Brecht, Drabsfarben, Grosz, Heijenhoort, Klugweil, Ziesel y Zuckmayer. Incluso había un personaje basado en Brogmann. El encantador Lavicini, ni que decir tiene, estaba basado en el autor, y la princesa Ana Isabel parecía ser Adele. Pero Loeser no estaba en ninguna parte. En un libro que iba a ser leído en toda Europa como el más escandalosamente detallado documento de las jóvenes clases artísticas berlinesas jamás producido —un libro centrado específicamente en un jodido escenógrafo— él no aparecía. Aparecer en *El hechicero de Venecia* era acostarse con la posteridad y todo el mundo tenía permiso para acostarse con la posteridad menos Loeser; de nuevo Adele, solo que eso no era problema de la posteridad, puesto que la posteridad había

sido redecorada, de entre toda la gente, por Rupert Rackenham. Y, por supuesto, siquiera le era posible quejarse de su ausencia puesto que la única respuesta que podría recibir le haría parecer incluso más penoso de lo que ya era; excepto quizá para quemar sus últimos cartuchos en el montaje de una ópera barroca llamada *Rupert Rackenham es un insignificante coño*, música de J. Drabsfarben, libreto de E. Loeser, que es lo que quería hacer con urgencia conforme acababa de hojear el libro. En su lugar salió para Romanisches y llegó veinticinco minutos tarde a su cita con Ziesel, a la primera persona que se encontró fue al mismo Rupert Rackenham, bebiendo café con Klein.

El Romanisches todavía tenía una zona privada para artistas, actores, escritores, directores, productores de cine, marchantes, diseñadores de moda, marxistas, filósofos, periodistas, periodistas de izquierdas, doctores, psiquiatras y demás, pero a finales de 1920 las negociaciones territoriales se habían vuelto mucho más complejas debido al fracaso de movimientos como el dadaísmo y el expresionismo y su consecuente vacío de poder. Uno podría esperar una suerte de Versalles, con una facción tomando la Prusia occidental; otra, el norte de Schleswig; otra, Alsacia y Lorena; etc., pero en verdad siempre había una reticencia inicial a sentarse donde los manteles mantenían todavía manchas obsoletas. Así que, durante las primeras semanas en las que estuvieron disponibles, esos asientos fueron ocupados por el tipo de insignificantes recién llegados que, de otro modo, solo podrían conseguir un lugar cerca de la entrada, sintiéndose así felices de penetrar en el café, al menos hasta que los verdaderos usuarios decidieran que, bueno, que si alguien iba a sentarse allí, no serían estos grupos de perros sueltos y rápidamente se abalanzarían sobre ellos antes de darle aviso al gorila de barba cana y labio perforado con pendiente de que los recién llegados debían desaparecer. Durante el último año aproximadamente, Loeser, Klugweil y sus compañeros neoexpresionistas disputaron una campaña para recuperar la parte del terreno que un día perteneciera a los expresionistas, ahora cedido a los críticos teatrales. Pero ninguno de ellos había tenido mucha suerte; lo que necesitaban, pensaba Loeser a menudo, era un líder fuerte.

Rackenham y Klein estaban en medio de una conversación sobre boxeo cuando una copia de *El hechicero de Venecia* golpeó sobre su mesa con tal fuerza que hizo que las copas de café se encogieran sobre sus platos. Levantaron la vista.

—¿Qué mierda te ha hecho pensar que puedes hacer esto? —preguntó Loeser. No había visto a Rackhenham en persona desde la *première de Urashima, el pescador*.

—Ya me había gastado el adelanto, así que no tuve en verdad más opción —dijo Rackenham.

—¡No! ¡Me refiero a qué mierda te hizo pensar que no pasaría nada si nos robabas nuestro argumento!

—No sé muy bien a qué te refieres. Lavicini era una persona real. No le pertenece a nadie. Yo mismo hice toda la investigación.

—Pero sabías perfectamente que nunca se te habría ocurrido escribir una novela

sobre él si no te hubiera hablado de nuestra obra.

—Sí, pero, como la mayoría de nosotros, quiero continuar educadamente la conversación.

Loeser hacía lo posible por no demostrar que en el fondo le ofendía la ausencia de un personaje basado en él.

—¡Si al menos no lo hubieras hecho todo tan mal!

—¿A qué te refieres?

—No sé por dónde empezar. Una de las veinte o treinta celebridades históricas con quien Lavicini se cruza en tu ridículo argumento es su viejo amigo Leonardo da Vinci.

—Sí, le ayuda con su dispositivo de teletransporte.

—Leonardo murió ciento veintinueve años antes de que Lavicini naciera.

—Una mala sincronización por su parte.

—También hace que alguien se refiera a Leonardo como «*Signor Da Vinci*». Da Vinci significa «De Vinci». Es como referirse a Juana de Arco como «*Mademoiselle De Arco*». «¡Un telegrama para *Mademoiselle De Arco*!».

—De acuerdo, esa parte me avergüenza un poco.

—Y Da Vinci lleva un reloj de bolsillo y llama a la gente «cabrón».

—Eres todo un pedante, Loeser. Es una novela y la escribí a toda prisa. Si mi público quiere rigor científico se pueden ir al *Libro Domesday* o a *Wisden*.

—¡Pero por el amor de Dios! ¿Por qué molestarse siquiera en escribir una novela histórica si no te interesa la historia como en realidad era? Tu Venecia es peor que el Nueva York de Kempinski.

—Entiéndelo, no tengo mucha imaginación —dijo Rackenham—. Cada una de mis novelas es una *roman à clef*. La cuestión es sencillamente si me molesto en esconder la *clef* debajo de un macetero. Y me aburría no hacer otra cosa que limitarme a cambiar los nombres. Mi última experiencia fue horrible. En *Aire escarpado*, cuando se insinúa que la hija del juez se acuesta con tres jugadores de rugby a la vez después de una fiesta, la historia es fiel a la verdad hasta el más mínimo detalle. Le pasó a una novia universitaria que tuve. Me lo confesó en un momento de cariño, no mucho antes de nuestra poco cariñosa separación. Por aquel entonces, cuando pensaba en humillarla, habría preferido hacerlo sexualmente en privado enterrando la cara de la chica en una almohada que enterrándola en un libro, pero como no era tan estúpida para dejar que volviera a follármela, no tuve más elección que usar a mi editor como intermediario. Y doy por supuesto que continúa siendo privada, puesto que, obviamente, los jugadores de rugby no saben leer y, obviamente, mi antiguo amor no puede quejarse de lo que hizo, ni siquiera con su mejor amiga. Cuando lo leyó se tuvo que sentir muy enojada e impotente y ello me dio la certeza de que correría con ventaja cada vez que la viera durante el resto de nuestras vidas. Ideal, se mire como se mire.

—¿Y qué ocurrió?

—Uno de los jugadores de rugby tenía un amigote que se enteró del episodio y era literato. Les habló del libro a los tres. Vinieron a Londres a buscarme. Afortunadamente esa noche estaba en casa de alguien. Es una de las razones principales por las que me vine a Berlín.

—¿Qué diferencia hay si decides liquidar tus cuentas en la Venecia del siglo xvii? Resulta todavía muy obvio quién se supone que es cada quien.

—Sí, pero mi teoría era que la gente se sentiría tan idiota viniendo a decirme: «Ese gondolero sifilítico del carnaval de máscaras soy claramente yo», que nadie lo haría. La historia es una especie de fantasía y la fantasía amortigua el golpe. Hasta ahora parece haber funcionado. Pero claro, por muchas precauciones que se tomen, siempre se pueden encontrar excusas para enfurecerse, como acabas de demostrar. —Rackenhام acabó su café—. Aunque igualmente, Loeser, pensaba que todavía estarías enfadado por lo que pasó con Adele aquella noche.

—¡No jodas! Fue horrible. Me llamó aprendiz de cornudo.

—Pero la besaste.

—¿Qué?

—La besaste —dijo Rackenhام—. No lo vi con mis propios ojos, pero después viniste a contármelo. Nunca te había visto tan feliz.

—No recuerdo nada del asunto.

—No me sorprende. Llevabas más cristal que una ventana de guillotina. Estabas tratando de aferrarte a tu propia copa para no perder el equilibrio.

—¿Me estás diciendo de veras que la besé?

—Sí.

—Rackenhام, si se trata de una broma, te voy a meter el libro en la garganta hasta que tu duodeno te lo dedique con bilis.

—No es broma. Me dijiste esa noche que acababas de besarla.

Y entonces Loeser lo recordó. Efectivamente, lo había hecho.

—Eres un aprendiz de cornudo —le dijo Adele en el comedor de Fraunhofen.

—Y tú una aspirante a hazmerreír —le había respondido Loeser.

—¿Qué quieres decir?

—Calculo que te quedan tres semanas hasta que esta rutina de ramera conquistadora deje de ser novedosa y la gente comience a hablar de otra cosa. Una vez ocurra dejarás de estar en la boca de la gente y perderás toda importancia. La única vez que alguien pronunciará tu nombre será cuando necesiten una forma simple de referirse a un tipo específico de patrón social. Por abreviar: vivirás como algo caduco. Un fantasma. Una estatua. Una broma.

—Y, exactamente, ¿cómo puedo evitar tal destino?

—Dejando de ser tan predecible. Por ejemplo, podrías tratar de pasar una noche como una mujer chapada a la antigua.

—Parece aburrido. ¿Qué tengo que hacer?

—Te llevaré a cenar y no habrá ni absentia ni ketamina y podrás decidir si dormir

conmigo por mi inteligencia y encanto en lugar de por mi notoriedad y mi quijada.

—¡Qué aburrido! ¿Adónde me llevarías?

—A Borchardt's.

Adele sonrió y arqueó la ceja.

—¿Y por qué no al Schwanneke?

—No seas tonta.

—Si fuera en el Schwanneke, siendo amable con el camarero y dándole una buena propina, aceptaría sentarme a comer contigo.

—¿En serio?

—Sí. No me iría contigo después. Eso no sería ya chapado a la antigua.

—Pero ¿al menos me besarías?

—Supongo. —Fruunció el ceño—. No debería habértelo dicho. Ahora te pasarás la noche calculando cómo coaccionarme para que lo haga.

—Probablemente.

—Bueno, si lo solucionamos ya, no te distraerás más.

Adele se puso de puntillas y le beso de un modo a la vez absolutamente apasionado y asombrosamente potente.

—Mañana a las ocho, ¿vale? —dijo ella después.

Loeser quiso responder pero sintió como si su lengua y pene fueran a acabar sus días como veteranos de guerra en una institución mental de campo.

—Bueno, como sea. Me voy a conocer a Sartre —dijo Adele—. Que mañana vaya a quedar contigo no significa que esta noche deje de conocer gente. Que tengas una buena velada. —Y se fue.

Cuando volvió todo esto a la cabeza de Loeser en el Romanisches casi se agacha para darle a Rackenham un abrazo, pero entonces recordó que el inglés en verdad no había tenido parte alguna en esa victoria. De hecho, se limitó a recoger su libro, pedir disculpas por la interrupción y fue a sentarse con Ziesel.

—¡Dieter! ¿Cómo andas? —dijo y tuvo la generosidad de permitir que saliera de la boca de Ziesel casi un fonema entero antes de cortarle—: Estoy jodidamente bien, ahora que lo preguntas. Voy a cenar esta noche con Adele Hitler. ¡Adele Hitler! Y anoche me besó.

—Ah, ¿sí?

—Dijo que no se acostaría conmigo pero ¡venga ya!, todos la conocemos. Y, con todo, estoy completamente seguro de que será mi novia. Seré el primero en domesticar a la bestia. Claro, que tú no sabrías nada de esto, pero normalmente hay algo de mal gusto en salir con alguien que se ha follado a muchos otros hombres. «Si una mujer es buena chupando pollas, solo puede ser porque ha chupado muchas pollas. Ésa es la eterna tragedia del hombre». Dijo alguien... Goethe, sin duda... Y a veces pienso que solo el reemplazo de las células corporales hacen concebible el sexo: no besaría el clítoris de ninguna chica si en un nivel molecular fuera el mismo clítoris que otro hombre besó siguiendo la sencilla paradoja de Teseo. Pero esta vez

no me voy a preocupar por nada de esto. Si ella fuera mía, operaría en un nuevo plano. ¡Oh Dios mío, Dieter, esto es lo mejor que nunca le haya ocurrido a nadie! Pensar que... durante dos años, lo más notable de mi vida romántica fue el coqueteo con una enfermera dental mayor que yo. Y ahora esto. ¡Ah, sí!, un sándwich de jamón, unos pocos pepinillos y un vaso de champán... gracias. ¡He superado lo de Marlene! Nunca me había pasado que ellas tardaran más en encontrar un nuevo amante que yo, pero mírame ahora. Yo tengo a Adele Hitler y ella todavía no tiene a nadie. ¡A nadie!

Ziesel dejó la pausa para respirar que sigue a la señal de corroboración y dijo:

—Bueno, no, casi no, quiero decir que... Klugweil apenas cuenta, ¿no?

Aquí estaba: la misma y opuesta reacción.

—¿Qué demonios tiene que ver Klugweil con todo esto? —dijo Loeser.

Un rápido cálculo mental hizo clic en la cara de Ziesel.

—Nada. Él tampoco tiene novia. A eso me refiero.

—Dijiste: «Apenas cuenta». ¿Apenas cuenta como qué?

—De lo que sea que estemos hablando. No estaba siguiendo el hilo.

—Lo estabas siguiendo perfectamente. Sonaba como si estuvieras intentado expresar algún tipo de conexión entre Klugweil y Marlene.

—No del todo.

—No intentes mentirme, Ziesel.

Ziesel se acobardó.

—Pensé que ya lo sabías.

—¿Que el mejor amigo que me queda en Berlín se está follando a mi exnovia? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—Bueno...

—No, todavía no lo sabía.

—Pero tú la dejaste. Hace dos años. No es como si te la hubiera robado.

—¿Me estás diciendo por lo que puedo o no enfurecerme? Me enfurece lo que mierda quiera. No necesito sacar una licencia. ¡Dios, soy tan generoso como para dejarte comer conmigo y así me lo pagas! —el camarero esperaba con su vaso de champán. Loeser golpeó de nuevo la mesa y salió del Romanisches para coger un tranvía.

A veces la psicología puede ser muy simple: los padres de Loeser murieron en accidente de tráfico y desde entonces odió los coches. Nunca aprendió a conducir, e incluso se negaba a ser pasajero en un vehículo privado. Con los taxis no había problema porque los taxis eran, básicamente, un tipo de autobús concreto. Los trenes eran relajantes. Pero los tranvías eran lo mejor. Loeser, como un análisis profesional de su carácter hubiera detectado tras muchas observaciones detalladas, no era un hombre que rezumara tolerancia y camaradería por cada uno de los poros de su cuerpo. Pero, de alguna manera, tan pronto se subía en un tranvía, sus sensibilidades habituales se desvanecían y miraba al resto de pasajeros con sus misteriosas vidas y

se sentía fuertemente agradecido de haber nacido en una gran ciudad del siglo xx. Se deleitaba con la indiferente generosidad de la red de tranvías, ¿quién más se esforzaba tanto por satisfacer tus deseos sin pausa incluso, por momentos, por indagar en cuáles podrían ser tales deseos? ¿No tiene la actitud de una corta parada de amor? Incluso un doctor no puede más que hacer aquello que le pides si piensa que te va a resultar saludable, mientras que un tranvía indudablemente te aceptaría el billete aunque fueras de camino a saltar por un puente. Loeser no podía soportar que sus amigos se quejaran de que los tranvías eran demasiado caros o erráticos, o que estuvieran demasiado llenos. Le resultaba un fastidio. Hecht le dijo que si ampliaba sus sentimientos a la entera fraternidad de los hombres, se daría cuenta de que era comunista de corazón, pero Loeser no tenía interés en ello. Ningún partido se lo llevaría de *party*. A Hecht le gustaba citar la *Política*. «Solo hay una forma en que podemos imaginar patrones que no necesiten de subordinados y amos que no necesiten de esclavos —decía Aristóteles—, y tal condición sería que cada herramienta pudiera hacer su propio trabajo», como las criadas de oro robóticas de la *Ilíada* que Hefestos construyó para ayudar en su taller. (O como un tranvía sin conductor).

Marlene abrió la puerta vestida con un kimono de seda verde que no tenía cuando salía con Loeser. Olía a perfume de vainilla bajo una gruesa capa de sudor.

—¡Vaya, Egon! —dijo—, ¿de veras estás aquí delante de mí o es solo un dulce sueño?

—¿Qué mierda pasa contigo y Klugweil?

—¿Por fin te has enterado?

—¿Que por fin me he enterado?

—Todos los demás ya lo sabían, claro, pero hemos tratado de que tú no lo supieras porque sabíamos que te pondrías injustificadamente hecho un energúmeno.

—Por mucho que lo intento no me puedo creer que me hagáis esto a mí.

—Han pasado dos años, Egon. En cualquier caso hasta podría también justificarte el haberme follado a Adolf al día siguiente de que me dejaras... pero es que han pasado dos años.

—Debes de estar encantada de haberte liado finalmente con él.

—Lo estoy, de hecho. Y te digo por qué. ¿Recuerdas que, después de lo que tu estúpido artilugio le hiciera en los brazos, los médicos le dijeron que nunca volvería a ser normal?

—Vagamente.

—Los doctores llevaban razón. Imagina lo que eso significa. —Se adelantó para hablarle al oído—. Lo puede hacer con las dos manos a la vez.

—¿Hacer qué? —Marlene sonrió y arqueó una ceja. Entonces Loeser se dio cuenta—. ¡No!

—¡Sí!

—¡Nadie puede hacer eso con ambos brazos a la vez! ¡Lo he intentado media

docena de veces! ¡No hay espacio! ¡Los brazos no pueden hacer algo así!

—Adolf lo hace. En verdad, te lo tenemos que agradecer. Aunque los vecinos no estarían tan de acuerdo. Es escalofriante cómo me hace gemir.

—¿Estás tratando de decirme que has ascendido en la escala carnal? De acuerdo, bueno, bien, lo pilló. Pues ocurre que esta noche voy a cenar con Adele Hitler. —Él no tenía la intención de mencionarlo.

Marlene se rió.

—¿De veras? ¿Vas a pagar el precio de una comida por la mayor ramera de Berlín? ¡Qué pena! ¿Tú también estás convencido de que tienes que sobornar a la bibliotecaria cada vez que quieres coger un libro de una biblioteca pública? Adolf, ¿lo oíste? —dijo girándose—. Egon cena esta noche con esa indecente chica de los Hitler. Está muy orgulloso de ello.

—¿Está aquí Klugweil? —preguntó Loeser.

—Sí, de hecho, sí.

—Déjame pasar. Tengo que hablar con él.

—Lo siento. Voy a alegrarme la tarde. Adolf está en muy buena forma. Adiós, Egon. Y buena suerte esta noche. Ojalá ella valga la pena. —Comenzó a cerrar la puerta.

—Por favor, espera. Solo una cosa más.

—¿Qué?

—¿Alguna vez te has acostado con alguno de los camareros del Schwanneke?

—Eres un asqueroso.

—¡Oh, Dios, conozco ese rubor! ¡Lo has hecho!

Marlene le dio un portazo en las narices.

Bajó las polvorientas escaleras por las que una vez sintiera tanto afecto, ofendido a cada familiar crujido de cada una de las tablas de la tarima por esta nueva lealtad de parte de su antiguo amigo. La casa de Blumstein estaba a media hora andando, pero esta vez Loeser se sentía demasiado furioso como para esperar el tranvía, así que decidió caminar. El director y su esposa vivían no muy lejos de Fraunhofen, en una especie de enorme estuche de trofeo que había sido diseñado para él en 1923 por un joven arquitecto de la Bauhaus llamado Gugelhupf. Sus muros de cristal mataban como unos mil pájaros al año y desde su misma construcción los vecinos se habían quejado de la inconfundible calidad del canto fúnebre del amanecer en Schlingesdorf. El vaso de champán había pospuesto la resaca de Loeser pero todavía no tenía qué comer y comenzó a sentir como si el lastre de su furia fuera lo único que le impidiera salir volando como un globo.

—No podemos seguir trabajando con Klugweil —dijo tan pronto como Blumstein abrió la puerta principal.

Blumstein suspiró calculando la parte de la tarde que iba a perder con eso.

—Buenas tardes, Egon —dijo—. Entra. Le pediré a Emma que nos haga algo de café.

—No te preocupes por el café —dijo Loeser mientras le seguía al amplio salón. En un estante de la esquina se veían algunas de las obscenas máscaras pintadas para la notoria producción estudiantil que Blumstein hizo de *La tempestad*, que todo el mundo afirmaba haber visto aunque solo hubiera sido programada dos noches veinte años atrás en un teatro del tamaño de un iglú—. Solo quiero terminar con esto.

—Ésta no es la primera vez que vienes aquí para quejarte de nuestro amigo común —dijo Blumstein—. Si pudisteis perdonaros lo del teletransporte podréis perdonaros lo que sea que haya pasado ahora. —Se sentó en una de la butacas rectilíneas de Gugelhupf y señaló otra para Loeser, pero Loeser siguió de pie.

—No estoy esta vez solo para quejarme. Es decir, que me ha apuñalado por la espalda.

—¿Y eso?

—No tiene sentido que te cuente toda la sórdida historia. La cosa es que no podemos seguir siendo colaboradores. Pero, de paso me he dado cuenta de que es, de todos modos, para bien. ¿Le has escuchado estos últimos meses? De repente está determinado a que *Lavicini* vaya enteramente sobre los nazis. Nuestra obra no es sobre los putos nazis. El neoexpresionismo no derrocha su tiempo con la política. Estamos de acuerdo en eso.

—Estábamos de acuerdo en 1929 —dijo Blumstein.

—¿Y?

—Con todo el debido respeto a la *equivalencia*, las cosas han cambiado. ¿No te has enterado siquiera de que cerraron la Bauhaus el mes pasado? Es muy difícil tener una conversación contigo sobre esto porque no lees los periódicos pero en un tiempo como éste me parece que un artista tiene ciertas responsabilidades.

—Estoy de acuerdo. En un tiempo en que la atmósfera de Berlín está incluso más contaminada con conversaciones políticas, tenemos que dar a nuestra audiencia unas bocanadas de aire fresco.

—Si hubieras escuchado lo que dicen de los judíos...

—¿Qué debería entonces pensar? ¿Que te vas a levantar mañana por la mañana rodeado de gamberros?

—No, claro que no, pero... —Blumstein hizo una pausa y le dio cuatro o cinco toquitos en el hombro izquierdo con su mano derecha—. No pensaba decírtelo todavía, Egon, pero Adolf y yo hemos estado trabajando en un pequeño proyecto por nuestra cuenta.

—¿A qué te refieres?

—Una sencilla pieza de lo que está pasando en Alemania. De lo que pasa hoy, no de lo que pasó en el siglo xvii. Algo que podamos escribir y llevar a escena en pocos meses y que la gente en verdad quiera venir a ver.

Loeser estaba tan sorprendido que todo lo que se le ocurrió preguntar fue:

—¿Y quién va a hacer los escenarios?

—No habrá escenarios. Solo una cortina negra. Como solíamos hacer justo

después de la guerra.

Loeser pensó en todo lo que había aprendido del viejo y en todo lo que le debía. Eso no justificaba nada.

—Así que tras tres años de trabajo abandonamos *Lavicini*.

—No hay razón por la que no podamos volver a *Lavicini* en el futuro, pero ahora...

—¡Al infierno!

Blumstein se levantó de golpe y siguió a Loeser hasta afuera de la casa.

—Egon, trata de entender. Puedo estar equivocado en todo esto, eso espero; pero por el momento no creo que tenga opción.

Pero Loeser se había ido ya sin mirar atrás, así que la única respuesta que recibió Blumstein fue un doble golpe de un joven gorrión que estrellaba su cráneo contra el muro de cristal de su casa y caía en el lecho de petunias que se extendía al pie del ventanal.

Cuando Loeser llegó al Schwanneke aquella noche el restaurante estaba lleno, con la suerte de que no conocía a casi nadie. Se preguntó si Adele dejaría que le diera helado de su cuchara. Volviendo hacia su piso, se dijo que lo ocurrido hoy realmente no importaba nada —ni lo de Rackenham, ni lo de Marlene, ni lo de Blumstein— puesto que iba a cenar esa noche con su premio. Pero entonces se acordó de la fiesta en Puppenberg y del barranco de su desencuentro y llegó a la irracional conclusión de que la única manera de asegurarse de que se presentaría era convencerse de que no lo haría. Así que se bañó, se vistió, cambió las sábanas después de un mes y se dijo a sí mismo una y otra vez que no vendría, que indudablemente no vendría, que definitivamente no vendría, no vendría.

Y no vino.

Loeser esperó hora y media tirando de hilillos que salían del dobladillo del mantel, contando los errores de puntuación del menú, observando al personal mientras trabajaba para tratar de descubrir quién se había follado a Adele y quién a Marlene. Finalmente, aturdido, perdió la esperanza y pagó la botella de vino que se había bebido. Mientras se ponía el abrigo se fijó en tres camareros que andaban deliberando cerca de la puerta. Todo lo que pudo pensar fue que esos gilipollas podían tener aparentemente a cualquier mujer que quisieran sin siquiera intentarlo. Se encontró dirigiéndose a ellos, de camino robó un tenedor de una mesa vacía. No sabía lo que podía ocurrir.

—Disculpen —dijo.

—¿Sí, señor? —dijo uno de los camareros.

«Cualquier mujer que quieran —pensó—. Estos gilipollas».

Hubo una larga pausa.

—¿Hay puestos de trabajo disponibles? —dijo Loeser finalmente.

—Me temo que no, señor.

—Ya veo. Bueno. Gracias. Adiós.

Fuera, Loeser llamó a un taxi para que le llevara hasta la residencia de Hitler en Hochbegraden. Llegar a la casa de Adele sin ser invitado representaría el colapso final de su dignidad, pero no sabía qué otra cosa hacer. Abrió la puerta la criada de los Hitler, que le reconoció de cuando era tutor de Adele. Se dio cuenta de que extrañaba las aburridas y lujosas tardes en la sala de estar de los Hitler y se acordó del plan de negocios que una vez le sugirió Achleitner para el recién inaugurado teatro Allien:

Llevar a las obras con una sátira feroz al tipo de gente que vive en las bonitas casas de Hochbegraden.

Vender muchas entradas al tipo de gente que vive en las bonitas casas de Hochbegraden.

Hacer el suficiente dinero para mudarse a una bonita casa de Hochbegraden.

—¡Herr Loeser! —exclamó la criada—. ¡Qué agradable sorpresa!

—Siento llamar tan tarde. ¿Está *Fräulein* Hitler en casa, por favor?

—Me temo que no, *Herr* Loeser.

—¿Sabe dónde está? —dijo. Por primera vez se preguntó qué pensarían los padres de Adele cuando no volviera a casa noche tras noche. ¿Clases de baile?

—Salió de la estación de tren hace unas horas.

—¿La estación de tren?

—Sí, *Herr* Loeser. *Fräulein* Hitler se ha ido a París.

—¿París? ¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé, *Herr* Loeser, pero hizo un buen montón de maletas para que fueran enviadas con ella.

—¿No dejó para mí una nota o algo similar?

La criada miró azorada.

—No que yo sepa, *Herr* Loeser.

—Ya veo. Bien. Gracias. Adiós.

Se revisó los bolsillos para ver si tenía suficientes monedas para otro taxi y encontró solo el tenedor del Schwanneke. Le tocaría caminar. Sobre él, la luna de Berlín brillaba como una bombilla en una letrina. Cuando llegó a la piscina de Sturzbrunnenstrasse atravesó la carretera dejando a su izquierda la biblioteca de la Universidad de Goldschmieden, frente a la cual quince estudiantes parecían estar encendiendo una hoguera. Daban vítores. Probablemente alguna estúpida *performance* artística, pero aun así, llevado por la curiosidad, vio que lo que estaban quemando eran libros, lanzados uno a uno al montón de troncos. Varios chicos y chicas llevaban carteles que apenas podían leerse bajo la tintineante luz. El olor del humor era sorprendentemente cáustico para tan imperturbable carburante.

—¿Qué hacéis? —le preguntó al más cercano de los jóvenes biblioclastas. Cada vez que se arrojaba un libro pesado salía despedido un precioso haz de cenizas y pedazos sueltos de papel bailaban en el aire como ardientes hojas otoñales.

—Esto es literatura degenerada. Estamos destruyéndola en nombre de Alemania.

¿Quiere unirse a nosotros?

Loeser se rió entre dientes. El estudiante estaba declamando su parte casi con la rigidez de un expresionista. Había, Loeser no podía negarlo, algo fascinante en practicar esta especie de magia popular medieval a las puertas de la moderna Goldschmieden. Es una de esas cosas que el mismo Loeser habría hecho con esa edad. Estaba a punto de preguntar si estaban en alguna compañía concreta o colectivo cuando el estudiante le puso una novela en las manos. *El hechicero de Venecia* de Rupert Rackenham. Automáticamente, todas sus ideas sobre una evaluación teatral objetiva se olvidaron, Loeser se giró y tiró el libro a la hoguera con un chillido de placer. Después, el estudiante le puso en la mano la *Ópera de los tres peniques* de Brecht y una copia rota de *Berlín Alexanderplatz*. Loeser envió alegremente a Brecht y a Döblin tras Rackenham. Después algo de Kafka, Trotski y Zola, contra los que no tenía nada en particular, pero estaba ya demasiado animado para parar. Al final, el calor comenzó a ser un poco incómodo, así que le dio al estudiante un golpecito de agradecimiento en la espalda y continuó su camino.

Pero tan pronto se alejó de la hoguera, sus problemas le volvieron como una salva de mosquitos fotofóbicos. Adele se había ido, Achleitner se había ido. Blumstein lo había traicionado con Klugweil, Klugweil lo había traicionado con Marlene. Ketamina, política, aburrimiento. Sin sexo en dos años. Esta pegajosa película de desilusión y frustración recubriendo todo. Berlín era infernal. Pensó en el ensayo que Nietzsche improvisó en el último año cuerdo de su vida después de enemistarse con Wagner. *Nietzsche contra Wagner. Loeser contra Blumstein. Loeser contra Omnes.*

¿Cómo se sintió Lavicini al dejar Venecia? ¿Cuánto tiempo pensó que iba a estar fuera? ¿Tuvo el más mínimo miedo de morir en un país extranjero?

De acuerdo, decidido. Que los jodan.

París.

3. París, 1934

«Queridos madre y padre. Buenas noticias: soy rico. Tengo el monopolio del mercado de prepucios. —Scramfield estaba sentado en la terraza de un café de la Rue de l’Odéon, tratando de convencerse de que, en verdad, era una bendición que el plan hubiera fallado y su primer consuelo era que nunca tendría que contárselo a sus padres—. He renunciado a toda ambición literaria ahora que las entrañables cintas del gorrito de los recién nacidos me han traído un tipo diferente de fama. Puedo entrar en cualquier bar de París y enseguida se escucha un grito de: “¡la casa invita a una ronda por el fatuo magnate de los Champs-Élysées!”». No. Imposible.

Pero, por supuesto, no necesitaba ser tan explícito: sencillamente había dicho que estaba en el negocio del suministro de medicina estética. Lo que era cierto. Según el armenio, la mitad de los prepucios iban a ser triturados en crema para la piel y la otra mitad, usados como injertos para sanar quemaduras y úlceras de decúbito y venosas. La razón de que las ancianas y los hospitales privados pagaran miles de francos por una onza de *carpaccio* de pene era que, al parecer, las células de un bebé fresco estaban todavía tan indefinidas que se derretían benévolamente en cualquier arrugada frente o muslo. Sonaba a vudú, a papas medievales bebiendo sangre de infantes para librarse de la muerte, pero tras darle un par de vueltas, Scramfield había decidido que iba a creérselo: solo tenía que acordarse de sí mismo en 1929, echándole el primer vistazo a Le Havre desde el puente del Melchior, para recordar que, de recién llegado, puedes estrecharle la mano a cualquiera que conozcas como si fuera tu mejor amigo. El armenio le explicó que no había ninguna razón particular por la que tuviera que ser el prepucio; vendría igual de bien la grasa del vientre, de no ser, claro, porque el prepucio era *normalmente* la única parte disponible del niño, tras lo cual Scramfield se preguntó qué entendía el armenio por «normalidad»; pero, como fuera, eso era lo que la distinguía de la famosa glándula de mono, donde la idea era que no podías coser cualquier parte del mono entre las bolsas del hombre; tenían que ser las mismas bolsas del mono si se querían obtener todos los jugos endocrinos pertinentes.

Quizá «glándula» no fuera la palabra más adecuada. Scramfield tenía un amigo llamado Weitz, dentista. (Habitualmente dejaba las consonantes a medio pronunciar cuando hablaba, como si su boca se quedara abierta de par en par; Scramfield le preguntó una vez por ello y dijo que le pasaba lo mismo que cuando vives demasiado tiempo en un país extranjero y comienzas a pillar el acento). El año anterior, Weitz había publicado un breve pero influyente artículo en el *European Journal of Anaesthesiology* y como resultado fue invitado a cenar con el famoso doctor Serge

Voronoff en el Château Grimaldi, donde un entrenador de fieras de un circo arruinado fue contratado para llevar a cabo la operación de cría de monos que ocupaba la mayor parte de los terrenos. Weitz le informó de que Voronoff creía firmemente en lo que estaba haciendo; creía firmemente que podría darle al hombre veinte o treinta años de vida extra —y chulescas destrezas sexuales— escondiendo un testículo de mono como si fuera un paquete de contrabando entre el propio par del hombre. «Eres tan viejo como lo sean tus glándulas», decía. Durante años, los pacientes habían hecho cola. Le había hecho injertos a presidentes, maharajás e incluso al perro del duque de Westminster y hasta, se rumoreaba, al mismo papa Pío XII; lo que lleva a preguntarte qué tenía esta tarea que hacía que te desesperaras tanto como para posponer la importante reunión que tenías fijada con tu jefe. Y ahora que todos se habían enterado por fin de que todo esto era absurdo y de que su creador había sido la mofa de todos los periódicos, Voronoff todavía creía en ello más que nunca. Bueno, ¿por qué no? No podían dejar su dinero. No podían dejar a su preciosa mujer de veintiún años.

En cualquier caso, el juego del prepucio no era el mismo que el juego del primate. Scramfield nunca hubiera tenido un monopolio como Voronoff, o al menos no por mucho tiempo. Y ése era su segundo y más efectivo consuelo: en tres o cuatro meses, los rabinos o el armenio se habrían aburrido de compartir la tajada, por decirlo así, y Scramfield habría podido pasar desapercibido. Y sin embargo, durante esos tres o cuatro meses, habría podido vivir como un Guggenheim. Habría podido sacar otro número de su revista *Apogeo*, sesenta y cuatro páginas con ilustraciones a media tinta en papel estucado, pagar a los contribuidores en el momento a cinco céntimos la palabra; habría podido dejar un depósito en esa vieja tienda de botas del Barrio Latino que siempre dijo que iba a convertir en una galería; haber recuperado su sufrida y triste corona de la casa de empeños; haber devuelto la maleta prestada y comprarse una que no le hiciera cortes bajo los brazos. Esta vez no tendría que habérselo gastado todo en el Sphinx. Y ahora no tendría que estar sentado mirando el escaparate de Shakespeare and Company, sabiendo que si no se presentaba nadie que quisiera conocerlo antes de que la tienda abriera otra vez tras el almuerzo, tendría que ir a robar más libros para vendérselos a Picquart. No había comido nada desde el desayuno del día anterior y el hambre seguía irrumpiendo en sus pensamientos a empujones.

Pero el tercer y supremo consuelo de Scramfield era Phoebe. Ella lo había enviado a París para que se hiciera escritor. Y con el armenio entre rejas por el tema de los cheques, era libre de volver a hacerse escritor. Sin dinero ni distracciones se estaba mejor que con dinero y distracciones. Su padre tenía dinero y distracciones. Cualquiera podía tener dinero y distracciones. Era importante tener eso en cuenta.

Recién pasada la una de ese benigno día de abril, dos mujeres se dirigían hacia la puerta de Shakespeare and Company, se pararon un minuto para ver los libros del escaparate y trataron de abrir la puerta. Estaba cerrada, pero siguieron intentándolo, como si la puerta pudiera darse cuenta de su insolencia y cambiar de opinión. Tras

limpiarse el diente frontal con una servilleta, Scramfield se levantó y se apresuró tras las mujeres, reduciendo su paso antes de acercarse lo suficiente para ser percibido y las adelantó. Unos pasos más allá, como volviendo a pensar sobre algo, se detuvo, se volvió y dijo: «¿Buscando a Sylvia? No abre hasta las dos».

Y una vez más, como siempre, cara a cara, el momento de un alivio tan profundo que parecía casi carnal: la desesperada gratitud de las turistas por una amistosa voz americana, una honesta cara americana, un aliado contra la conspiración de camareros, conserjes, policías, taxistas, mendigos, vendedores y conductores de tren. Una de las mujeres era joven, rubia, bonita, aunque todos sus rasgos estaban de alguna manera torcidos, como pinturas colgadas aleatoriamente. La otra era mayor, canosa, no lo suficientemente parecida a la joven para ser su madre; quizá la tía, pero con más probabilidad, la institutriz.

—¡Ah! —dijo la mujer mayor—. Gracias. ¿Quién es Sylvia?

—¿No conoce a la señorita Beach? Lleva la tienda. Es americana, pero como los franceses cierran para el almuerzo ella también lo hace.

—Qué rabia. Esperábamos comprar un ejemplar del *Ulises* —tenía un acento de clase alta bostoniana similar al de Scramfield.

—Eligieron una buena semana. Acaba de salir la quinta edición. Jimmy está la mar de contento. Dice que por fin se han eliminado la mayor parte de los errores tipográficos. Es muy puntilloso con los errores tipográficos.

—¿Jimmy?

—Jimmy Joyce —dijo Scramfield, como si fuera obvio.

La mujer mayor intercambió una mirada con la joven.

—¿Conoce al señor Joyce?

Scramfield se encogió de hombros.

—Claro. En París todo el mundo conoce a Jimmy. Precisamente anoche cené con él y Sylvia. No ha encontrado un solo restaurante en Francia que sea capaz de tolerar. —Luego, con un acento irlandés o como poco escocés, dijo—: «¡He tomado píldoras para el dolor de cabeza con más sangre de la que hay en este filete!». —Ambas mujeres se rieron delicadamente; fue entonces cuando vio a la mujer joven inclinando la cabeza sobre un caniche que tenía en su bolso. Solo que el caniche era minúsculo, verde, pelado, llevaba un gorrito de encaje y, en conclusión, no era un caniche, aun cuando sabía que estaba lo bastante hambriento para tener alucinaciones—. Bueno, saluden a Sylvia de mi parte cuando la vean —dijo quitándose el sombrero como dos chicos de pelo rizado en uniformes de marinero corriendo una rueda de bicicleta con palos.

—Lo haremos —dijo la mujer mayor. Entonces, cuando Scramfield se puso en marcha, la mujer se dirigió hacia él—. ¡Ah!, no recuerdo que nos dijera su nombre.

Scramfield se volvió por segunda vez sonriente y mecánico como un coro de niñas.

—Cierto. Vaya cabeza la mía. Herbert Wolf Scramfield.

—Encantada, señor Scramfield. Soy Margaret Norb y ella es mi sobrina Elisalex Norb.

—Y le presento a Mordechai —dijo Elisalex, agarrando a su iguana por el cuello para sacarla del bolso y ponerla frente a él—. Le gustaría estrecharle la mano.

El reptil estaba esprintando en el aire, sus ojos imploraban un rescate, pero, con todo, Scramfield alargó la mano y le cogió una de las garras entre su índice y pulgar. Una gran papada amarilla colgaba de su mandíbula inferior como el escroto vacío de un mono.

—¿Cómo está, señor Mordechai? —dijo solemnemente.

Poco después estaban todos sentados comiendo en Le Beau Manchot en la Rue des Saules mientras Scramfield les contaba a las Norb anécdotas de su época de conductor de ambulancias en el ejército italiano, donde conoció a Hemingway.

—No debes fiarte de lo que te diga Hem estos días. Dice que me salvó la vida en Schio. Yo sé que fue justo al revés, pero el único testigo fiable fue Sidney Howard y ahora está muerto.

Cuando llegó la trucha medio cruda, Scramfield esperaba que no fuera demasiado evidente lo famélico que estaba por la forma en que comía, rememorando una ocasión particularmente desesperada en que con las ansias se había comido medio limón y sorprendido a todo el restaurante descargando un agudo gemido de *lamento* lírico. Enseguida cayeron en el tema de su común ciudad natal y Scramfield se sintió aliviado cuando quedó patente que los Norb no conocían a sus parientes.

—¿Y tampoco conoce a Phoebe? Una pena. Es mi esposa. Va a venir hasta aquí para juntarse conmigo en unas pocas semanas.

El padre de Elisalex fabricaba productos químicos industriales: ácido sulfúrico, ácido clorhídrico, ácido nítrico y demás. Pasó los primeros años de la Depresión gracias a la reducción de su fuerza de trabajo, explicó Margaret, y aunque un puñado de pobres almas se fueron por la alcantarilla tras la primera ronda de despidos, el señor Norb se había asegurado de instalar redes de seguridad cuando llegó el segundo. Este tipo de liderazgo lógico y su preferencia por los bonos estatales sobre los fondos corporativos habían dejado la fortuna familiar casi intacta tras la gran crisis y así es como la chica de los Norb se pudo permitir su viaje educativo a Europa.

A los postres, Scramfield le habló a las Norb sobre *Apogeo*, su revista literaria, primera en publicar a T. S. Eliot y *Los afligidos nobles*, su primera novela todavía en proceso de creación, que Jimmy Joyce sencillamente no tenía permiso para hojear hasta que estuviera acabada. Elisalex no había dicho nada durante la comida, excepto a Mordechai. Ahora se entretenía llenando de bocados de pastel la boca del lagarto con la punta del palo de una cuchara antes de cogerle la mandíbula para asegurarse de que lo había tragado. Tenía el gorrito y parte de los ojos llenos de chocolate. Todos se estaban llevando muy bien, así que Margaret no iba a dejar que Scramfield pagara la cuenta, por mucho que éste insistiera. Ella pasó un buen rato tratando de calcular la propina antes de que Scramfield le dijera que serían como

unos cien francos.

—Me parece mucho.

—Aquí va así, me temo. La única razón por la que pueden vender la comida tan barata es porque saben que seremos nosotros mismos los que pagaremos los salarios de los camareros.

—Bueno, la comida, en efecto, era tremendamente barata.

De hecho, veinte francos iban para el camarero, treinta francos para el encargado y cincuenta para pagar la cuenta que tenía ahí Scramsfeld. La única razón por la que llevó a los Norb a Le Beau Manchot fue este acuerdo, que había repetido en media docena de establecimientos a lo largo de París.

Mientras se iban, a Scramsfeld se le ocurrió mencionar que si querían ver a Hemingway, casi con total seguridad, estaría en el Dingo. Margaret dijo que, esa tarde, habían planeado ir de compras a Lanvin y Molyneux pero que ella preferiría conocer a Hemingway y que estaba segura de que Elisalex también lo preferiría. Así que fueron al Dingo, pero Hemingway no estaba. Scramsfeld dijo que habría que esperar, así que entretanto hicieron un listado del resto de notables que las Norb querían conocer: Fitzgerald, Joyce, Picasso, Chanel y, sobre todo, Diaghilev, puesto que Margaret era una gran amante del *ballet*. Scramsfeld aseguró a las Norb que tales presentaciones no le podían resultar más sencillas de organizar. Tras varias rondas —whisky para Scramsfeld y *citron pressé* para las Norb, que pagaron otra vez la cuenta— Scramsfeld decidió que quizá deberían probar en el Dôme. Hemingway tampoco estaba en el Dôme así que probaron en el Rotonde, después en la Closerie des Lilas, en el Coupole, Lipp's, el Strix y, finalmente el bar Falstaff, en momentos en que todos volvían a estar hambrientos, así que fueron a cenar a Le Maison d'Or. Tras unos pocos vasos de *pinnot noir* se vio claramente que Margaret Norb tenía algo que confesar.

—Da la casualidad de que hay otro caballero al que me gustaría conocer, señor Scramsfeld.

—¿Sí, señorita Norb?

Ella se inclinó hacia él. Tenía el rostro empapado en vino tinto, como papel emborronado. En su frente había un gran lunar negro que lo estaba señalando, o eso le parecía a Scramsfeld.

—Estaría tremendamente deseosa de conocer al tal doctor Voronoff. He escuchado que puede quitarte treinta años de encima. No comprendo bien lo que supone pero es algo relacionado con glándulas. Glándulas de mono. Muy científico.

Scramsfeld se sintió sorprendido hasta que recordó algo que Margaret había dicho sobre que al señor Norb no le preocupaba tener periódicos en casa, puesto que hasta el *Wall Street Journal* le parecía plagado de socialismo. Bebió un trago de whisky. A esas alturas tenía que tener enorme cuidado de no decir nada que pudiera llevar a la equivocada impresión de que no estaba al nivel.

—Conozco al doctor Voronoff muy bien, señorita Norb. Estoy seguro de que una

consulta gratuita para un amigo mío no sería una carga.

—¡Cielos, señor Scramfield! ¿Hay alguien en París al que no conozca?

—¡Hay una persona en París a la que no conozco, señorita Norb, y es el hombre que me pueda hacer un corte de pelo americano decente!

Risas.

Tras instar a Margaret a dejar otro doscientos cincuenta por ciento de propina trató de llevar a las Norb al Flore para tomar la última, pero la tía estaba visiblemente afectada y no dejaba de gorgorear que necesitaba volver al hotel para que Elisalex pudiera meterse en la cama. Convinieron en quedar a almorzar el día siguiente en Le Beau Manchot, donde Scramfield tenía la intención de hacer una propuesta a las Norb: un mero apretón de manos con Hemingway, Fitzgerald, Joyce, Picasso, Chanel o Diaghilev podría bastarle al turista parlanchín medio, pero ¿y si le dijera a sus amistades y relaciones a su vuelta a Boston que fueron anfitrionas de una histórica y sofisticada cena con los seis a la vez? Solo tienen que adelantar un poco de dinero en metálico —pongamos que unos cinco mil francos— para la comida, el vino, el personal y el alquiler del comedor y Scramfield lo tendrá todo preparado para pasado mañana. Y lo haría poniéndolo todo de su parte. Siempre lo ponía todo de su parte. No era ningún estafador. Pero si por azar ocurriera que alguno de los invitados no pudiera estar, la cena no siguiera adelante y se hubiera perdido el resguardo de la cuenta donde había anotado el nombre del hotel de las Norb, incapaz por tanto de devolver el dinero, tendría más que suficiente en el bolsillo para dejar tirado al armenio y su máquina de escribir.

De camino a Le Maison d'Or, Scramfield sintió una mano sobre su hombro y se encogió del susto.

—¿Disculpe? —Se volvió con cierta reticencia, pero le agradó ver que el autor de la intervención no era nadie que conociera. Ante él estaba el tipo de hombre que, de ser necesario, podía adoptar una posición relajada y un rostro receptivo, pero en el momento en que se le diera permiso para relajarse volvería de buen grado a su natural configuración de hombros encorvados, cabeza ladeada, brazos colgantes, rodillas bloqueadas, frente arrugada, ojos entrecerrados, boca fruncida, dientes y puños apretados y dedos curvados; el tipo de hombre con una presión sanguínea tan alta que le podías mandar al fondo del océano sin una campana de buceo. Un poco más joven que Scramfield, era muy delgado y pálido, de pelo negro con raya a un lado y traje gris oscuro de su hechura pero que comenzaba a deshilacharse. Hablaba con acento alemán y poseía una inteligencia distraída e impaciente que parecía flotar unos centímetros a su izquierda.

—¿Sí? —dijo Scramfield.

—Sé que no debería escuchar disimuladamente, pero estaba comiendo solo en la mesa de al lado y escuché a la mujer decir algo sobre que usted conoce a todo el mundo en París. ¿Es verdad eso?

El tipo había escuchado presumiblemente la broma del barbero de Scramfield y

éste no pudo pensar de inmediato en una excusa por lo que se limitó a encogerse de hombros.

—Estoy buscando a una mujer llamada Adele Hitler. ¿La conoce?

Scramsfeld trató de recordar si había escuchado alguna vez el nombre. No le vino nada.

—Claro que conozco a Adele. Suele tomarla en el Flore. Puedo llevarlo allí si quiere.

—No quiero molestarlo.

—Iba a ir de todos modos. Puede invitarme a un trago cuando lleguemos.

—Será un placer. Mi nombre es Egon Loeser.

—Herbert Wolf Scramsfeld. —Se estrecharon las manos.

Adele Hitler no estaba en el Flore pero, como había hecho con las Norb, Scramsfeld dijo que tendrían que esperar, así que se pidieron un brandy para cada uno. Lucienne Boyer cantaba por el gramófono. El bar todavía estaba abarrotado de clientela joven, muy diferente a la clientela mayor, todavía llena de optimismo, exuberancia y buena apariencia juvenil, todavía sin tener que cargar con la nostalgia de sus distantes e irrecuperables días de juventud de hace cuatro horas.

—¿De veras hizo todo el camino hasta París solo para encontrar a esa chica?

—Sí —dijo Loeser.

—Debe de ser impresionante.

—Sí, hubiera querido llegar hace unos meses —detalló—, pero tuve dificultades para extraer algún dinero del fideicomiso de la familia, sin el cual no podía permitirme el viaje.

—¿A qué se dedica en Berlín? —preguntó Scramsfeld.

—Soy escenógrafo teatral.

—Fabuloso. Un hombre dedicado a sus musas. Brindo por ello —Scramsfeld le habló a Loeser de *Apogeo* y de *Los afligidos nobles*. Loeser no se mostró muy interesado, así que Scramsfeld cambió de tema hacia los restaurantes locales, pero tampoco Loeser parecía muy interesado, así que le preguntó a Loeser qué había en el paquete de papel marrón que llevaba bajo su brazo. El alemán desenvolvió el paquete para mostrárselo. Dentro había una edición muy antigua del *Infierno* de Dante, encuadernada en cuero rojo oscuro, tan gastada y arrugada que el libro parecía casi viscoso, como mermelada de fresa.

Scramsfeld le dio permiso a su atención para que se diera una vuelta mientras tenía lugar la explicación que siguió, ya que cualquier historia que comenzara con la colección de libros de un muerto era poco probable que no acabara con un sucio desenlace. Como Loeser no pensaba que hubiera muchas posibilidades de chocarse con Adele Hitler antes de que los bares se llenaran a la noche, había pasado las tardes averiguando cuanto podía sobre su héroe llamado Adriano Lavicini, que una vez viviera en París. Por suerte descubrió que había un comerciante de libros raros en el Marais que había comprado en una subasta algunos volúmenes que una vez

pertenecieron a su prójimo. Ya solo quedaba uno de los libros en la tienda y era el menos deseable de todos, no solo porque en cierta época de su dilatada vida pasara meses bebiendo de un techo con goteras, sino también porque no había razón para pensar que Lavicini le hubiera arrancado alguna vez las guardas: pertenecía originalmente a un amigo de Lavicini llamado Nicolas Sauvage. Cuando Sauvage murió, dejó a Lavicini alguno de sus libros, pero Lavicini murió tan solo unos meses después de recibir su legado. Loeser lo adquirió igualmente y cuando lo examinó mientras cenaba en Le Maison d'Or, se entusiasmó con la compra. Evidentemente, ni Lavicini ni, siglos después, el comerciante de libros se habían dado cuenta de que en mitad del octavo círculo, Sauvage había escondido la carta que Lavicini le enviara en enero de 1679.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Scramfield.

Loeser cogió un sobre en blanco de su bolsillo y sacó con cuidado la vieja carta doblada.

—«Querido Nicolas —leyó lentamente, para poder traducir al vuelo—, no he podido dormir en toda la noche tras nuestra despedida; me preocupaba mucho que no te hubieras tomado mis advertencias con... la debida seriedad. No sé si valdrá para algo que te las repita pero no se me ocurre otro recurso. Así que permíteme otra vez ser claro: si sigues con tu plan corre peligro tu vida y la de tu familia. Ya sabes lo que le pasó a Villayer cuando trató de enfrentarse él mismo contra una fuerza que no debió de haber subestimado: lo encontraron muerto en el “Cours des Miracles” (la corte de los milagros). No me creo más sabio que Villayer, pero las decisiones que he tomado me han acercado más al corazón de esta maldad que jamás lo haya estado hombre alguno. Por ende, conozco su poder y su alcance. Temo decir más en una carta, pero, por favor, Nicolas, querido amigo, recuerda esto: si persistes en tu intención de conquistar estas... oscuras y bajas profundidades, pronto te encontrarás imbuido en ellas. Sé de tu orgullosa creencia en que el hombre debería ser libre de realizar...», no soy capaz de descifrar lo que significa la frase siguiente... ¿«viajes sin precedente»? Da igual: «Para realizar estos viajes sin precedente igual que Villayer se creía libre para realizar sus comunicaciones sin precedente» o como sea, «pero mientras que nuestras fuerzas no puedan hacer frente a quienes se nos oponen —y mientras el actual orden de cosas siga completamente alterado, ambos sabemos que eso nunca ocurrirá— es un... objetivo desolador abocado al fracaso. Blaise es suficientemente sensible para comprenderlo, ¿por qué tú no?». Creo que debe de referirse a Blaise Pascal, él y Lavicini se conocían. «Por enésima vez, te suplico que desistas. Envía acuse de recibo tan pronto recibas esta carta. *Adieu*». Luego hay una posdata al final: «Se me olvidó preguntarte en la cena: De Gorge está buscando un buen barbero para su perro, ¿sabes de alguno?».

Pidieron más brandy.

—¿Quién era Sauvage? —preguntó Scramfield.

—Un carpintero. Pero muy bueno. Ayudó a Lavicini con alguna de sus tramoyas

móviles. Villayer era político. Y ya conocerá a Pascal, claro.

Scramfield asintió. No lo conocía.

—¿Qué era la corte de los milagros?

—Aparece en *El jorobado de Notre Dame* de Gringoire, el dramaturgo —dijo Loeser—. El amplio callejón sin pavimentar anexo al convento de Filles-Dieu, una ciudad del Vaticano sin gobierno, llena de ladrones, rateros, bandoleros y prostitutas con sus propias leyes, su propio rey e incluso su dialecto. La corte de los milagros toma su nombre en parte porque tan pronto como los mendigos volvían a casa por la noche, los tullidos volvían a caminar «milagrosamente», los ciegos volvían a ver «milagrosamente», los purulentos perdían sus llagas «milagrosamente», etcétera; pero también en parte porque se supone que había adivinos, brujas y cultos al diablo. Había un culto en el que se comían partes del animal mientras seguía vivo con la finalidad de convertirse en ese animal.

Scramfield pensó en Voronoff.

—Pasado el tiempo, Luis XIV usó a la policía para limpiar el sitio y construyó un bulevar que pasó justo por allí.

—¿Qué cree que quiere decir la carta?

—No tengo ninguna pista. Parece que yo no hubiera ido muy lejos en el París del *grand-siècle*; a mí, cuando escribo una carta, me gusta especificar lo que sea que esté contando. No obstante, qué extraño que Lavicini, Villayer, Sauvage... todos ellos murieran en accidentes hacia 1678 o 1679. Por aquel entonces, mucha gente pensaba que Lavicini había estado envuelto en... bueno, es casi ridículo decirlo. Y no tengo conocimiento de que nadie sospechara lo mismo de Villayer o de Sauvage. Pero está lo de que Villayer encontrará su muerte en la corte de los milagros, donde, al parecer, tenían lugar los cultos al pez. Y lo de Sauvage tratando de realizar «viajes sin precedente» por «oscuras y bajas profundidades»... No tengo idea de qué hacer con todo esto. Mañana iré a ver el emplazamiento donde estaba el viejo Théâtre des Encornets, donde murió Lavicini. Y quiero investigar más sobre Villayer y Sauvage. —Loeser volvió a meter la carta en su sobre protector y envolvió el libro—. Bien, aquí no hay signos de ella. ¿Cree que deberíamos ir a otro sitio?

Así pues, fueron al Strinx y después al Zelli's. Pero siguieron sin encontrar a Adele. Por entonces ya era medianoche.

—¿No hay nadie a quien podamos preguntar? —dijo Loeser—. Debe de conocer a alguien que sepa algo.

—Buena idea. —Se levantaron y se dieron una vuelta por el bar. En aquellos días, los colegas de Scramfield no lo saludaban con la calidez de otros tiempos. Él sabía que ahora había menos dinero que nunca proveniente de América, e incluso la afabilidad tenía sus gastos.

—Tras cinco o seis indagaciones —dijo Loeser—, hasta el momento solo hemos hablado con americanos.

—¿Y?

—Todavía no sé exactamente qué hizo que Adele tomara la decisión de venir a París. Pero tengo una teoría, porque recuerdo lo último que hizo antes de partir: tenía un lío con un estrábico estudiante de filosofía parisino. Creo que debió de disfrutarlo tanto que se vino aquí en busca de más besos franceses.

—No entiendo qué quiere decir eso.

—Significa que probablemente estará rondando a los franceses, no a los americanos. No quiero poner dificultades gratuitamente, Scramfield, pero ¿conoce a algunos galos?

—Claro que sí. —Pero Scramfield había dudado por un momento y se dio cuenta de que Loeser había interceptado la duda.

—¿Cuánto lleva aquí? —preguntó Loeser, mirándole ahora más duramente.

—Cinco años.

—¿Y no tiene un solo amigo francés?

—Lo tengo. Un viejo llamado Picquart. Pero aparte de ése... Los americanos no tienen en verdad amigos franceses. Puede que tengan amantes francesas, pero no amigos franceses.

—Despreciable. En Berlín todos los extranjeros están desesperados por hacerse amigos de nosotros. Creo que saben que somos mejores que ellos.

—Aquí es diferente.

—¿Conoce siquiera a Adele?

Scramfield sintió un latigazo de pánico.

—¡Sí! ¿Me toma por un mentiroso? ¡La buena de Adele! ¡Ya sabe cómo es! Siempre de un sitio para otro. Siempre desaparecida. —Sacudió los puños en un gesto de furia fingida—. ¿Verdad? ¡Ja, ja! Pero la encontraremos en nada. Pidamos otro trago; después diseñaremos un plan.

—Creo que mejor me vuelvo a mi hotel.

Scramfield agarró del brazo a Loeser.

—No sea tonto. Solo bromeaba con lo de que no conozco a ningún francés. Estaba siendo satírico... Como Mencken... Mire, ahí está Dufrène. Es buen amigo mío y sabrá dónde está Adele. Lo sabrá seguro. —A Scramfield le caía mal Dufrène y no quería hablar con él, pero parecía que no tenía otra opción.

Se fueron hasta el final de la barra, donde Dufrène estaba tomando un Pernod. El sombrerero tenía la piel húmeda y blanca, olía a pipermín y cabeza, cuello, hombros y cintura eran todos más o menos del mismo diámetro, lo que en suma no podía sino producir la impresión de que el tipo había sido estrujado como un tubo de pasta de dientes. El armenio lo introdujo en el póquer. Scramfield se preguntaba si Dufrène habría oído algo del armenio desde que el armenio fuera a la cárcel. Esperaba que no. Había alguna posibilidad de que el armenio culpara a Scramfield del problema con los cheques. Eso era absurdo, por supuesto, y se aclararía cuando Scramfield juntara todo el dinero de la fianza.

—¡Fabrice, viejo amigo! ¿Cómo estás?

—¿Qué quieres?

—Quiero presentarte a un maravilloso nuevo amigo mío. Fabrice, Egon Loeser. Dufrène miró a Loeser pero no le dio la mano.

—¿Qué se te ofrece? —le dijo al alemán—. ¿Se trata de Ernest Hemingway recitando su novela? ¿O de Coco Chanel chupándote la polla? No conoces a nadie.

Scramfield se rió ruidosamente.

—Muy divertido, Fabrice —dijo—. Pero no es nada de eso. Loeser está buscando a una dama, conocida suya, llamada Adele Hitler. No podemos encontrarla. Te vi y pensé que, si alguien sabe dónde está, sería Dufrène. Pensé: «Dufrène conoce a todas las chicas bonitas de París». ¿Sí? Si alguien las conoce es el viejo Dufrène. —Tenía miedo de dejar de hablar por lo que pudiera decir Dufrène a continuación.

Y efectivamente, así pasó:

—Lo que no puedo entender de ti es por qué no te vas a tu casa. Por qué no te vuelves a Norteamérica. Por qué no llevas en tu casa ya cinco años, con el resto. París no te quiere. París quizá te quiso una semana para que te sacáramos el dinero, pero ya no te quiere.

Scramfield sabía que Dufrène era un peligro, pero no esperaba eso.

—Veo que estás un poco afectado, Fabrice, así que mejor te dejamos en paz.

—No, tú eres el único que «está afectado». En comparación contigo yo estoy sobrio. ¿Cuántos tragos te ha pagado ya este imbécil esta noche? Eres patético.

—Escucha, Dufrène, una broma está bien entre colegas pero tienes que ser amable con mi amigo. Es nuevo en la ciudad y apuesto a que no quieres que piense que los franceses son tan groseros como todo el mundo dice, ¡ja, ja! ¿Verdad?

—No hay nada más que hacer con este hombre —le dijo Dufrène a Loeser—. Si estás decidido a darle tu dinero a un farsante, tengo un amigo que vende unas excelentes falsificaciones de Monet. Al menos entonces tendrás algo que enseñar a la vuelta de tu viaje.

—Vayámonos, Loeser. Fabrice está tan embriagado que no puede decirnos nada de Adele. Te veo otro día, Fabrice.

Dufrène sonrió.

—¿Sabes lo que escuché el otro día, Scramfield? Escuché un pequeño rumor sobre tu «fiancée».

Entonces fue cuando Scramfield lanzó un gancho de derecha a la mandíbula de Dufrène. El sombrerero consiguió sin perturbarse esquivar el golpe antes de golpear a Scramfield en el estómago con la desinteresada eficacia de un empleado sellando un pasaporte. Scramfield se desplomó sobre sus rodillas y la cena se derramó inmediatamente de su boca, esparciéndose sobre su camisa, el entarimado y los brillantes zapatos negros de Dufrène con un filete con patatas a medio digerir, estofado al vino tinto y whisky. Trató de volver a ponerse en pie pero sus rodillas no respondieron y entonces sintió a Loeser sujetándole por los sobacos. Unos pocos aplaudieron sarcásticamente y mientras era arrastrado fuera del Zelli's y sus talones

dibujaban una translúcida vía ferroviaria de bilis, se encontró aullando a gritos: «¡He boxeado con Hemingway! ¡Voy a destrozar a ese hijo de puta! ¡He boxeado con Hemingway!».

Fuera, Loeser le apoyó contra una farola y se dio la vuelta para irse.

—¿Qué estás haciendo? —gimió Scramfield—. ¿Vas a buscar un taxi?

—Voy a volverme al hotel.

—¿Y cómo voy a llegar a casa? No creo que pueda andar. —Su vomitada camisa blanca exhalaba vapor con el frío aire de la noche, como si estuviera recién lavada.

—Solo necesitas serenarte unos minutos. Recuperar el aliento. Puede que alguien te traiga un vaso de agua.

—Pero Loeser, eres mi mejor colega.

—Solo te conozco desde hace tres horas.

—Eres mi mejor colega y no me puedes dejar aquí así. —Entonces Scramfield comenzó a llorar. Loeser hizo un comentario enojado en alemán y entonces se alejó hasta la esquina. Al cabo de lo que le parecieron horas enteras, se pudo escuchar cómo negociaba con un bronco taxista, que quería un suplemento de veinte francos por ayudarlo a meter a Scramfield en el asiento de atrás y otros treinta francos más como fianza de vómitos. Scramfield trató de comunicar su dirección entre exhalaciones de alga, entonces llegó el insoportable traqueteo de los adoquines, después Loeser le ayudó a subir cinco tramos de escalera hasta su apartamento y por fin estaba en cama.

—Desnúdame —dijo Scramfield—. Creo que me he cagado en los pantalones. —Sintió como si alguien estuviera removiendo la habitación con una cuchara de madera.

—Te digo que no —dijo Loeser. Entonces pareció recordar algo, miró alrededor un momento y dio un zapatazo en el suelo—. ¡Me dejé el libro en el bar!

—Sí, estaba bajo tu silla.

—¿Por qué no me lo recordaste? Voy a volver a por él.

—No. No me dejes. No puedes dejarme. Moriré si me dejas. Eres mi mejor colega. —Intentó quitarse los zapatos pero estaban demasiado lejos.

—Quiero ese libro. Volveré por la mañana.

—Hay una botella de champán bajo mi escritorio. Muy buen material. Verdaderamente caro. Lo estaba reservando para cuando acabara la novela pero te lo puedes beber si te quedas.

Loeser encontró el champán y quitó el corcho. No salió un vapor gris. Tomó un trago y arrugó la cara.

—Esto es un infierno —dijo cuando pudo volver a hablar—. Es como si hubieran decidido incorporar la posible resaca directamente en el sabor como una suerte de vaticinio. —Examinó la etiqueta—. Pues aquí pone equivocadamente «champagne».

—Ya no puedes irte ahora que la has abierto —dijo Scramfield en manifiesto triunfo—. Era mi botella especial. Ahora que la has abierto no puedes irte.

Loeser suspiró, se sentó en la silla del escritorio y se obligó a dar un trago más de champán. En el escritorio no había nada más que una foto enmarcada de Phoebe, un par de calzoncillos, una botella vacía de granadina, un abultado montículo de cenizas de cigarrillo que presumiblemente todavía esconderían un cenicero robado de algún hotel; pero entre el escritorio y la pared había una pila de tres paquetes, cada uno contenía doscientos ejemplares del primer número de *Apogeo*, salvo los cuatro que envió de vuelta a Boston y los dos que envió en una flotilla de barcos de papel una vez que se aburrió el último fin de semana. Loeser cogió una de las restantes quinientas noventa y cuatro y comenzó a hojearla.

—¿Es ésta tu revista literaria?

—Sí.

—¿Por qué están todas estas copias en tu apartamento?

—Un poeta *espaguetini* llamado Vaccaro dijo que me mataría de un tiro si la distribuía en París. No se da cuenta de que en realidad, en primer lugar, no era mi intención, lo que, creo, resulta gracioso.

Scramfield explicó que tenía un amigo homosexual de la escuela en Boston llamado Rex Phenscot cuya mayor ambición había sido publicar un relato en alguna revista de vanguardia influyente de París porque así fue como muchos de sus héroes habían comenzado en la década de 1920. Así que Scramfield había escrito una carta a Phenscot sugiriéndole que pidiera a su padre abogado que invirtiera en el primer número de *Apogeo*. El dinero llegó correctamente y se usó la mitad para pagar al «comité editorial» y la otra mitad para imprimir la revista (pudo haber falsificado el recibo de la imprenta y quedarse todo el pago, pero él no era un estafador). La historia de Phenscot sobre un incidente en una cena de campo ocupaba varias páginas, así que Scramfield fabricó suficiente poesía dadá para rellenar la revista copiando aleatoriamente secciones de un manual de reparación de calderas en estrofas irregulares sabiendo que serían suficientemente confusas para satisfacer los cánones. Pero entonces Vaccaro se apoderó de unas galeradas y enfurecido acusó a Scramfield de robarle su mejor idea. Así que, además de las dos copias que envió a Phenscot y las dos que envió a sus padres, *Apogeo* tenía que estar escondida en su apartamento. Todos estos fantoches como Vaccaro piensan que son muy bravos. Pues bien, Scramfield conoció a una chica llamada Penny que se había acostado con una lista de destacados dadaístas y surrealistas el invierno anterior y ahora había dejado a esa banda para convertirse en la amante de un contador de hipotecas luterano con psoriasis y de Grindelwald; no por dinero, decía, sino que buscaba una vida sexual más imaginativa.

—¿De verdad fue la primera revista que publicó a T. S. Eliot? —preguntó Loeser.

—Ni siquiera he leído nunca a T. S. Eliot, ¿y tú?

—No.

—¿Lees a Joyce?

—Pienso comenzar *Ulises* tan pronto acabe *Berlín Alexanderplatz*. ¿De verdad

boxeaste con Hemingway?

—No. Solo le conocí una vez. No tuve siquiera tiempo de decirle mi nombre.

—De cualquier modo, ¿por qué está todo el mundo tan obsesionado con Hemingway? En Berlín no le lee nadie.

—¿A quién lees?

—¿De los americanos? No sé. Leo a Stent Mutton.

—¡Adoro a Stent Mutton! —dijo Scramfield con deleite. Entonces su rostro se ensombreció—: Señor, nada de esto le debería pasar nunca a Stent Mutton. A Stent Mutton nunca le debería dar una paliza un diseñador de sombreros caros para ricas damas francesas. A Stent Mutton nunca le debería dar una paliza el puto hombre dentífrico.

—No. Siempre me lo he imaginado como una especie de canoso exvagabundo. Todavía lleva una cuchilla oxidada incluso cuando va a las oficinas de Knopf para firmar un contrato para una adaptación radiofónica. Solo por si acaso.

—Sí, yo también. Probablemente nunca les pudo contar a sus delictivos compinches que se había convertido en escritor porque no lo entenderían. Yo soy el polo opuesto.

—¿A qué te refieres?

—He estado escribiendo *Los afligidos nobles* durante seis años. No he pasado nunca del primer párrafo. Ni siquiera sé de qué va; al margen, supongo, que de dos ricos amigos, hombres de mundo, que son nobles pero también... bueno, ya sabes...

—Afligidos.

—Eso. Una vez escribí un libro, uno de verdad, sobre datos, con un nombre diferente, pero fue solo por dinero. Solo me llevó tres días y siquiera vi jamás una copia. Y no soy capaz de contarle a nadie que en realidad no tengo una novela. No más de lo incapaz que sería de contarle a todas esas damas que no conozco ni a Hemingway, ni a Joyce, ni a Fitzgerald, ni a Eliot, ni a nadie.

—Eres tan malo como Rackenham.

—¿Quién?

—Un escritor que conocí en Berlín. Escribió un libro sobre Lavicini con la intención de que tuvieras la sensación de estar conociendo Venecia y París y a todas las celebridades que por allí pasaban, cuando la verdad es que no puede presentarte a ninguno. Tampoco conoce a nadie. Es un completo sinsentido. —Loeser paró para mirar por el cuello de la botella como si fuera el cañón de un microscopio—. Esto comienza a no saber tan mal. Y ya no puedo olerte.

—Y entonces, ¿quién es la chica? —dijo Scramfield—. ¿Es joven? Pero ¿para qué te lo pregunto? Claro que es joven. ¿Qué más?

—He estado ambicionando follármela durante... *Gott im Himmel!* ¡Ya tres años! Pero sigo sintiendo lo mismo: que si me la follara, aunque fuera una vez, entonces, de algún modo, todo iría bien. Incluso todo lo pasado. Todo, todos, jamás perdido. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Scramfield lo entendió.

—¿Has follado con francesas desde que llegaste?

—No, no he dormido con nadie desde que empecé a perseguir a Adele. No es que esté tratando de serle fiel, sería de cretino, es solo que... No sé. No ha pasado.

—¿No has tenido un plan en tres años?

—No.

—¡Bahhh! —dijo Scramfield—. Eso no es nada, yo no he tenido un plan en cinco.

—¿Por qué?

—No puedo correrme. A veces me voy de putas, para intentarlo, y finalmente acabo chupándoles las tetas.

—¿Me estás diciendo que tienes una prometida? ¿Qué vas a hacer cuando vuelva aquí para que os caséis?

Hubo un tiempo en que Scramfield podía emborracharse y era como excusarse de una fiesta, pasar a la habitación contigua y que su invitado tuviera la delicadeza de no seguirle, pudiendo así quedarse solo y en calma. Ahora, cuando se pasaba a la habitación contigua todos se apiñaban allí con él.

—Está viniendo —dijo—. Phoebe está viniendo a París. —Hizo una larga pausa en la que se pudo escuchar el estrépito y el rechinar en la distancia del carro de caballos que pasaba cada noche como un ogro coprofágico vaciando las fosas sépticas del distrito. Después, Scramfield le habló a Loeser de Phoebe.

Se conocieron en el verano de 1927, justo después de que a él le expulsaran de Yale. Fue acusado de copiar en tres exámenes diferentes y el decano le dejó claro que con que simplemente escribiera una carta disculpándose se le permitiría volver a su segundo año de universidad, pero pese a las súplicas de su padre y madre, que habían tomado claramente la decisión de creer la versión del decano por encima de la de su hijo, Scramfield no se rindió a una acusación que todavía mantenía que era falsa. Un caluroso sábado de finales agosto, cuando una helada de malestar yacía todavía sobre las lenguas de la familia, su madre le sugirió que los acompañara al Museo Isabella Stewart Gardner; Scramfield no quería ir, pero tampoco quería parecer enfurruñado, los acompañó.

En la sala Tiziano, con su papel pintado color frambuesa, se encontraron con los Kuttles, otra familia rica de Bahía Back. Scramfield nunca se había fijado en la hija rubia de los Kuttles y cuando estaban frente a *El rapto de Europa* su belleza le hizo sentir tal temor que cuando ella hizo un comentario entusiasmado sobre la pintura él se quedó mirándola, en silencio, como una especie de sudoroso ascensorista endogámico. Solo después se enteró de que ella había creído que no se había molestado en contestar porque la despreciaba por su comentario.

Y así fue como se fraguó su noviazgo durante varios meses: Phoebe podía decir lo que fuese sobre arte, poesía, música o filosofía que Scramfield no escucharía, perdido como se quedaba en la huerta de su rostro, o escucharía sin entender lo que

quería decir, pero de cualquiera de las maneras él ponía su expresión más severa y Phoebe acababa concluyendo que todavía no era lo suficientemente inteligente o entendida para impresionarle. A él le gustaba insinuar que había urdido deliberadamente su salida de Yale porque había decidido que no tenía nada más que aprender de tan acartonada institución. Phoebe comenzó a venerar a Scramfield como Scramfield comenzó a venerar a Phoebe, pero la diferencia era que él tenía que guardar su veneración en secreto, una herejía en su amor, una imprevisible inversión. No podía saber lo inferior que ella se sentía. Él pronto se aburrió de tanta exposición, lecturas, recitales y salones, pero iría con ella a donde fuere. Y, en verdad, fue inevitable que pronto comenzaran a hablar sobre irse juntos a París.

(—¿Estamos todavía en el prólogo? —preguntó Loeser. Scramfield le ignoró).

Todos sus héroes estaban en París. Allí estaba el arte y el amor y la verdad. Podrían ir allí, casarse y ser pobres, felices y libres. Scramfield podría escribir una novela y Phoebe pintaría. Y todo lo que hicieran sería mucho mejor y más real que lo que pudieran hacer en América, que ahora no era más que una compañía de lencería que fingía ser una nación. Estaban completamente seguros.

No podían recordar la primera vez que él le insinuó que si no podían ir a París tendrían que quitarse la vida. Tenía que estar borracho. Pudo hasta decirlo de broma. Pero entonces, casi sin debatirlo, se volvió entre ellos una premisa doctrinal básica: sería mejor consumirse en el fuego de su propio amor que quedar atrapados para siempre en el horroroso Boston con sus horrorosas familias, en horrorosos trabajos y teniendo horrorosos niños.

Se juraron todo esto el uno al otro; no obstante, parecía algo abstracto, puesto que estaban seguros de que llegarían a París. Nadie más parecía tener problema alguno en ello. Pero cuando llegó 1928 comenzaron a preocuparse cada vez más por el dinero. Sabían que si se fugaban, sus padres les cortarían el chorro inmediatamente. Una vez estuvieran fuera, estaban seguros de poder encontrar de alguna manera un alquiler — para un buen bohemio, el dinero es algo que entra en casa a raros intervalos, como un gatito atigrado con una sola oreja hasta que lo asustas demasiado; así, en su elástica fantasía, unas veces pasarían hambre, de una manera romántica e inspiradora, y otras podrían contratar a un cocinero— pero resultaba que no tenían siquiera suficiente para dos billetes en un buque de vapor. Scramfield pensó en robar algunas antigüedades de la casa de sus padres y venderlas (¿a quién?), pero Phoebe no lo dejaría arriesgarse. Si lo pillaban iría a una prisión que los separaría durante años. Si estuviera ahora en Boston y necesitara doscientos setenta dólares, pensaba a menudo Scramfield, podría pintarse de negro, ponerse grilletes y un cartelón que dijera bajo ninguna circunstancia no le den dinero a este hombre y probablemente, con todo, sería capaz de conseguirlo de una docena de maneras. Pero en aquel entonces sabía lo mismo sobre el funcionamiento del dinero que del funcionamiento de la red eléctrica.

Phoebe y Scramfield estaban de acuerdo en no decirle a nadie lo que planeaban hacer, ni siquiera a sus amigos. Pero al final, cuando descartaron cualquier otra

posibilidad, decidieron que sería mejor que Scramfield hablara con su tío. Scramfield había escuchado un cotilleo de su primo: veinte años atrás había tenido lugar un escándalo de época con el tío Roger, una hija de los Cushing, una desaparición de una semana y un hotelucho en Nueva York. Tío Roger era ahora un soltero que se pasaba unas cien horas semanales jugando al golf, pero aquella historia era suficiente para sugerir que posiblemente, alguna vez, hubiera tenido al menos una chispa de pasión en su alma y entendería por qué resultaba tan importante que Phoebe y Scramfield pudieran huir juntos a la ciudad donde el futuro los aguardaba impaciente.

Fue en la sala de estar de tío Roger, con un excepcional vaso de *bourbon* en la mano, donde Scramfield se dio cuenta por primera vez de que en realidad no le apetecía mucho ir a París. Odiaba a los extranjeros, le gustaba la fontanería americana y estaba seguro de que escribiendo una novela no se ganaba dinero, incluso aunque tuviera una buena idea para una, lo que no era el caso. Y puede que tuviera que invitar a un montón de bebida a toda esa gente que finge escucharte cuando en realidad solo agradece la posibilidad de que le invites a un trago. Quería estar con Phoebe para siempre, claro, pero había olvidado qué se supone que tenía de malo estar con ella para siempre en una bonita y enorme casa adosada en Boston llena de sirvientes. La gran revelación le llegó precisamente cuando abrió la boca para defender su caso ante tío Roger; después, nunca estaría seguro si no habría sido aquello lo que lo condenó al fracaso. Mientras tío Roger estaba sentado en su sillón, Scramfield paseaba por la habitación, charlando sobre arte, amor y verdad como un vendedor que nunca ha probado su propio producto. Después le pidió un préstamo.

Tras un lento, pesaroso, movimiento de cabeza, tío Roger dijo que le resultaba insultante incluso que se especulara con la posibilidad de que pudiera aprobar esa maldita aventura infantil, por no hablar de su financiación. Dijo que iba a pensarse seriamente si decírselo o no a los padres de Scramfield y también a los de Phoebe. El plan de Scramfield, si surgía la necesidad, era sacar a relucir la famosa transgresión de juventud de tío Roger y obligarlo a recordar esos tórridos años; pero no tuvo el coraje. En lugar de ello se disculpó incoherentemente, rogándole a su tío que no le dijera nada a nadie, salió de la casa y caminó un kilómetro antes de encontrar una tienda desde donde llamar a Phoebe. Tendrían que quitarse la vida. Ahora el asunto era urgente, porque si tío Roger se lo decía a sus padres, probablemente les prohibirían volver a verse. Algo dentro de Scramfield golpeaba los muros interiores de su cabeza hasta partirse los nudillos mientras le gritaba que acabara ya esta locura; pero algo distinto le decía que si se echaba ahora atrás demostraría que no quería a Phoebe tanto como siempre le había dicho y entonces ella también lo sabría.

Los enamorados habían recortado varios artículos de prensa sobre pactos de suicidio y habían guardado los recortes en un álbum secreto, por lo tanto sabían que el procedimiento habitual era matar al otro antes de volver el arma contra uno mismo. Pero dado que ambos consideraban doloroso incluso despertar al otro de una siesta,

ninguno podía siquiera imaginar cómo sería matar al otro, con su consentimiento o sin él: su amor era demasiado fuerte. Así que tenían que hacerlo separada pero sincrónicamente, lo que significaba coger no una, sino dos pistolas de la colección del padre de Phoebe.

Lo hicieron el sábado siguiente por la tarde, cuando los cuatro progenitores estaban en un *picnic* de caridad en el jardín de rosas de los Kelleher. Phoebe fingió encontrarse débil y Scramfield mintió diciendo que se iba a ver pájaros con Rex Phenscot. Tuvo que esperar una media hora en la acera opuesta a la casa de los Kuttle antes de que Phoebe le hiciera la señal desde la ventana del dormitorio de que los sirvientes estaban ya jugando a las cartas en la cocina y era seguro entrar. Durante ese tiempo pasaron muchos automóviles por la tranquila calle pero solo dos individuos a pie. El primero era una chica de vestido azul paseando un perro, pero con una cara de bandeja limpia de cualquier miga de inteligencia. Scramfield pensó melancólicamente que esa chica nunca querría ir a París, salvo quizá de compras. El segundo era un hombre barbado en un inmundo abrigo con los pies descalzos, arrastrándose con la cabeza gacha, con una correa de perro en la mano como la chica pero solo con un obediente animal invisible atado. Scramfield se preguntó qué daño podía hacer al mundo si simplemente enviaba a ese hombre adentro de la casa para que muriera en su lugar.

Phoebe lo dejó pasar. Entraron silenciosamente hasta el estudio de su padre, cogieron una llave del cajón del escritorio, abrieron el armario en que guardaba las armas y sacaron dos pistolas —una pequeña Derringer con empuñadura perlada y un revolver Colt que debía de ser casi tan viejo como la casa— junto a una caja de balas. Subieron las escaleras hasta el dormitorio de Phoebe, donde Scramfield cargó las armas de acuerdo a las instrucciones que había memorizado de un viejo libro de la biblioteca. No podía quitarle el seguro a la Derringer. Y tras unos minutos jugueteando comenzó a preguntarse si no podría convertir esa demora en una excusa para acabar con todo esto. Pero entonces Phoebe cogió el arma y le quitó el seguro inmediatamente. Cuando era muy joven su padre le había dado una lección sobre seguros, por si alguna vez se encontraba un arma que alguien hubiera olvidado guardar en el armario. Sin embargo, ahora que la posibilidad de la fuga lo había rozado, no volvería a dejarla escapar otra vez. Optó por decir algo contundente sobre la pérdida que significaría todo eso y de cómo Baudelaire (o alguien similar) no hubiera querido que lo hicieran. Comenzó a hablar pero justo entonces ella hizo lo propio; ambos se detuvieron como dos educados extraños.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Phoebe.

—No, tú primero —dijo él. Phoebe parecía nerviosa. Quizá ella tampoco quisiera irse con él. Si ella intentaba renegar primero, pensó, él podría mantenerse en silencio, como siempre, y mirarla como si nunca le hubiera fallado la resolución y no comentar nada sobre Baudelaire porque, ahora que lo pensaba, puede que Baudelaire en realidad se matara de un tiro, ¿o fue Rimbaud?

Phoebe tragó saliva.

—¿No podríamos...? Quiero decir... siempre he pensado que esperaríamos hasta casarnos pero ahora que nunca nos vamos a casar no sé por qué esperar.

El corazón de Scramfield se estrelló contra sus pulmones. Por supuesto, besó una vez tras otra a Phoebe y sintió su pecho contra la ropa y la vio por primera y última vez en ropa interior. Incluso ahora, perder la virginidad parecía algo tan desmesurado y real que morir ya no lo resultaba tanto.

—¿Qué vamos a decir después, querido? —preguntó Phoebe.

—Nada —dijo Scramfield—. Creo que llevas razón. Creo que... creo que debemos hacerlo.

Se desnudaron sin mirarse, entonces Phoebe se echó en la cama y Scramfield se subió encima de ella.

Lo que siguió no duró ni minuto y medio, tras lo cual se sintió decepcionado al darse cuenta de que de alguna manera el acto no había contribuido ni un ápice a mejorar su inadecuado conocimiento de la estructura y mecánica de la vagina humana, pese a haber realizado una diligente investigación con la parte más sensible de su propio cuerpo —no había ningún lugar en el interior de un hombre que estuviera siempre tan suave, pensó, excepto quizá una encía todavía sana después de que el dentista te saque una muela— pero con todo fue lo suficientemente maravilloso para que se preguntara: si puedes hacer esto cada vez que quieras y sin pagar aquí en Boston, ¿para qué demonios ir a París o a cualquier otro lado?

Después, sin hablar, ambos se vistieron y se sentaron de piernas cruzadas en el suelo, cara a cara. Scramfield sabía que era la última posibilidad de salvarse, pero también sabía que si hablaba en ese momento, parecería que todo no había sido más que un plan para hurtarle a Phoebe su virtud. Ella le despreciaría. Él no podría soportarlo.

Phoebe cogió el revólver y se lo puso contra la sien derecha. Scramfield hizo lo mismo con la Derringer. Si ambos se desplomaban hacia atrás, pensó, sus cadáveres, vistos desde arriba, presentarían la nítida simetría rotacional de la realeza en un naipe. La luz parecía darle a la habitación una sensación de textura mullida.

—Te quiero —dijo Phoebe. Sus nudillos parecían blancos sobre la empuñadura del revólver—. No me arrepiento de nada.

—Yo tampoco —dijo Scramfield.

¿Había algo en los ojos de Phoebe que se encogía de perplejidad ante la banalidad de sus palabras y la naturalidad de su tono? No estaba seguro. Pero, con todo, ella se acercó para besarle. Después asintió y volvió a asentir con la cabeza.

—Tres —dijo ella y el dedo de Scramfield se colocó sobre el gatillo—. Dos —dijo ella y una lágrima cayó por la cara de Scramfield—. Uno —dijo ella y Scramfield sintió una llamarada de pánico ardiendo en su interior como si por primera vez fuera consciente de lo que en verdad iba a hacer.

Entonces, Phoebe se disparó.

Los oídos le pitaron, Scramfield se quitó la Derringer de la sien, volvió a poner el seguro y se la metió en el bolsillo. Se levantó, se fue del dormitorio, bajó las escaleras hasta la puerta principal y salió de la casa antes de que cualquiera de los sirvientes hubiera interrumpido su partida de cartas para investigar el ruido. Cuando llegó a casa, se miró al espejo y se dio cuenta de que tenía una mota de sangre. Esa noche, tras recibir una llamada de teléfono, su madre le puso una ginebra con tónica y le contó que Phoebe Kuttle se había matado por accidente cuando manipulaba una de las pistolas de su padre. Scramfield rompió a llorar.

Nunca le preocupó meterse en problemas. Nadie se acordó de preguntarle por su expedición ficticia para ver pájaros con Rex Phenscot (aunque alguien mencionó que hacía veinte años la familia Phenscot había perdido también a una preciosa hija) y, hasta donde pudo saber, nadie se dio cuenta de la desaparición de la Derringer, que Scramfield había arrojado al Charles una noche. Un juez de instrucción investigó la muerte de Phoebe, como formalidad, pero concluyó que ese disparo de pistola solo podría haber sido autoinfligido. Incluso, puesto que Phoebe no dejó una nota —habían decidido que las notas de suicidio eran pretenciosas y egoístas—, enviaron a un oficial de policía a hablar con unos pocos amigos suyos. En la sala de estar de su casa, las agujas del reloj del abuelo sonando como un cincel de hueso, le preguntaron a Scramfield cuánto tiempo había sido pretendiente de la señorita Kuttle. Entonces dijo el oficial de policía:

—El juez de instrucción me dice que al parecer la señorita Kuttle fue parte de un tipo de... impropia transacción justo antes de su muerte. —Fue así como él mismo lo dijo. Tenía acento irlandés—. ¿Sabe algo de esto?

Scramfield agachó la cabeza.

—Es muy perturbador escuchar algo así —dijo solemne y deliberadamente ambiguo, pues no sabía si la policía estaba al tanto de todo o si se trataba de un simple farol—. Supongo que puede ser una pista, pienso. Ya sabe, de qué hacía Phoebe con una pistola. Quizá pueda preguntarles al señor y la señora Kuttle. —El oficial de policía asintió con la cabeza, aunque ambos sabían que tal discusión no tendría lugar jamás.

En la misma línea, tío Roger se llevó a solas a Herbert:

—Mira, Herbert. Estoy pensado que cuando hablamos el otro día puede que fuera un poco severo. Creo que, tras un impacto como éste, lo que un hombre necesita es un viaje bien largo. Hablé con tus padres y están de acuerdo. El dinero es tuyo si todavía lo quieres. Billete de ida y vuelta, hotel y demás. —Scramfield no creía que tío Roger pensara que su anterior negativa hubiera llevado indirectamente a la muerte de Phoebe; más bien se sentía culpable de no haber sido caritativo con un familiar ahora afligido por una muerte. Esa noche, Scramfield soñó que mientras besaba a Phoebe en una sombrerería le robaba una moneda de la boca con la lengua. Alguien la puso allí para pagarle a ella el billete del vapor, pero él lo necesitaba para pagar el suyo.

El Melchior estaba lleno de chicos jóvenes y parejas; para Scramfield cada uno de ellos estaba realizando una audición para los papeles de Phoebe y él mismo en alguna palurda producción cómica de pueblo sobre su intento de vida juntos. Falsos y feos, no paraban de cotorrear sobre todas las cosas que a Phoebe le gustaba hacer y Scramfield odiaba; usaban palabras como «arte», «amor», «verdad», «pobre», «alegre», «libre», «real» y «bueno» —palabras en las que habían aprendido a creer incluso sin saber qué significaban— de un modo que hizo que Scramfield se diera cuenta de que en realidad no estaban diciendo nada. Estos serios monosílabos no tenían nada que ver con la vida. Las parejas viejas eran las peores; eran las únicas que fácilmente podían haberse ido a París en 1922 o 1923 si hubieran querido, cuando todavía era una novedad; pero no tuvieron la imaginación de ir hasta que todos los demás lo habían hecho. Todos leían *Fiesta* como manual de instrucciones y por supuesto todos estaban creando novelas propias. Scramfield se lo guardaba para sí mismo hasta que conoció a una chica de Nueva York, que se quedó aterrorizada cuando le contó cómo su prometida se había matado de un tiro por no poder estar con él. Una noche estaban los dos borrachos en su habitación y ella le preguntó si quería que hicieran el amor. Pero tan pronto como ella se echó en la cama pensó en Phoebe sobre el suelo y se le bajó la erección. A ella solo le costó dos días encontrar a otro hombre que dijera tener una novia muerta. Tras este episodio no veía la razón por la que no admitir que Phoebe todavía seguía viva.

París era una prueba. No quería hacerse amigo de ninguno de los recién llegados, quería hacerse amigo de los genuinos exiliados, pero eran difíciles de encontrar y, cuando los encontraba, no sabía cómo hablar con ellos. Sabía que habría sido mucho más sencillo si hubiera sido una pareja medianamente atractiva. Se gastó todo el dinero de tío Roger rápidamente por aburrimiento. Entonces, en otoño, llegó el martes negro. Luego la gente que quería dramatizar decía que fue como si una bomba hubiera explotado en la sucursal de American Express de la Rue Scribe, pero en verdad los resultados no se vieron inmediatamente: muchas compañías aumentaron sus dividendos para «recuperar confianza» y había más americanos en París en el verano de 1930 que en cualquier época durante los años veinte. Enseguida, sin embargo, los dividendos volvieron a decaer y todo el mundo regresó a casa; primero los pobres, después los ricos y luego todos los que estaban en medio y dependían de los ricos: empleados de banco, retratistas y reporteros para periódicos en lengua inglesa. Los padres de Scramfield también le pidieron que volviera. Pero él había estado menos de un año y no había conquistado la ciudad, como era su intención.

—Y me quedé —dijo Scramfield—. Y eso fue hace cinco años. No me gusta esto, pero no me voy a ir hasta que no acabe la novela y se publique. Es lo que Phoebe hubiera querido. Tú no crees que debería irme a casa, ¿no?

Pero no hubo respuesta de Loeser. Scramfield lo miró. El alemán se había desmayado en la silla, sus dedos todavía agarraban el cuello de la botella de champán. Fuera, en la calle, una mujer cantaba.

Un rato después, Scramfield también se durmió.

A la mañana siguiente ambos se despertaron con un enérgico portazo que sonó como una lápida, una caja fuerte, un busto de Napoleón u objeto similar de talla media y considerable peso que cae al suelo. Sin embargo, lo que en verdad entró por la puerta —una vez Scramfield se hubo desplazado de la cama moviéndose como una especie de gasterópodo ondulatorio, se puso en pie y giró de mala gana el pomo— no fue otra cosa que el delicado puño enguantado de la señorita Margaret Norb. Justo detrás, Elisalex Norb y bajo el brazo de Elisalex, retorciéndose, la pequeña Mordechai. La tía parecía enfadada, la sobrina parecía enfadada y hasta la iguana tenía la mirada torcida de resentimiento.

—Buenos días, señorita Norb y a usted también, señorita Norb —dijo Scramfield. Como, lógicamente, ya había vomitado, su resaca ya no era tan aguda, pero su boca sabía como si hubiera estado besando con lengua a Mordechai durante toda la noche y la ropa del día anterior parecía pegada con estiércol en varias de sus partes por un cruel sastre—. A qué debo el placer de esta...

—¡Señor Scramfield! —dijo Margaret Norb, interrumpiéndolo con un punzante énfasis en la sílaba inicial del título honorífico—. Debo pedirle que se explique.

—Ah... ¿sí?

—Esta mañana nos hemos afanado por llegar a Shakespeare and Company antes de que cerrara para el almuerzo. Mientras estábamos allí tuvimos una conversación con un agradable clérigo de Filadelfia y le confesamos nuestra excitación ante la posibilidad de conocer a tantos de sus célebres «amigos». Pero este clérigo era una persona muy cultivada y nos pudo decir que Joyce no ve a nadie, Hemingway ya no está en París y Diaghilev... —Se atragantó—. ¡Diaghilev está muerto! Gracias a Dios que el clérigo no era muy discreto, de otro modo todavía tendríamos esperanzas de conocerlo.

—Señorita Norb, le aseguro...

—Déjeme acabar. La suerte quiso que nuestra conversación fuera escuchada por un tercero. Ese otro hombre, de Chicago, nos contó que tenía un sobrino que vino a París y tuvo una experiencia muy similar con un granuja que bebió un montón de whisky a su cuenta. El sobrino, de hecho, llegó tan lejos como para pagar por adelantado una cena que nunca tuvo lugar. También compró una primera edición firmada del *Ulises*, sobre la que un distribuidor de libros le dijo que era una copia de muy mala calidad; por algo tenía solo cincuenta y ocho páginas, incluyendo grabados y glosario. El hombre de Chicago dio algunos otros detalles que nos llevaron a creer que era usted el supuesto borrachín. La tienda tenía su dirección en su registro de préstamos de biblioteca y la propietaria nos la dio gustosa tras explicarnos que usted mentía sobre su perfil profesional. Salvo que pueda aclarar que se ha cometido un improbable error, vamos a denunciarle a la *gendarmerie* como estafador.

Como intentando demostrar su apoyo a la causa, Elisalex Norb le sacó la lengua. Scramfield sonrió.

—Me alegra que me den la oportunidad de aclarar todo esto, señorita Norb. Para empezar, puedo decir que nunca he tenido nada que ver con el sobrino de nadie de Chicago y, por supuesto, nunca he intentado vender un *Ulises* falso. Y en lo tocante a las presentaciones, puedo prometérselas: claro que normalmente Joyce no ve a nadie, pero hará una excepción para mis queridos amigos. Si Hem se ha ido de París me sentiría un poco ofendido de que no me hubiera dicho nada, pero lo solucionaremos en cuanto vuelva. Y Diaghilev...

—¿Sí?

—¡Vaya! ¿No habrá creído que me refería a Sergéi Diaghilev, señorita Norb? Su colega clérigo de Filadelfia llevaba razón, por supuesto, lo perdimos por una tuberculosis hace unos años. Todavía recuerdo el funeral; Cocteau pronunció una emotiva elegía. No, yo iba a presentarle a su hermano Fiodor. Todo un talento.

—Imagino que tendrá coartadas similares para Fitzgerald, Picasso y Chanel, ¿no?

—Creo que está siendo un poco injusta, señorita Norb, pero déjeme decir que si me he desviado de la verdad una o dos veces... —Se encogió de hombros y abrió las manos en gesto arrepentido y humilde—. Bueno, señorita Norb, soy escritor. Mi imaginación es mi fragua. Si se queda en París más tiempo encontrará a muchos otros como yo.

—No es suficiente, señor Scramfield. Nos vamos a la policía. Adiós.

—No —dijo Scramfield—. ¡Esperen, por favor! ¡No sean imprudentes!

—Nada de lo que me diga podrá persuadirme —dijo Margaret Norb, dándose la vuelta.

—Puedo llegar a un acuerdo con Voronoff.

Ella se paró.

—¿El verdadero Voronoff?

—Sí.

—¿En una semana? Y le pagaremos la cena hasta entonces.

—No. Nada de una semana. Esta tarde. Apenas soy capaz de mentir en esto. Si no la operan hoy sobre las seis se lo puede decir a los *flics* que quiera.

La dama era toda suya. Lo sabía. Aunque no tuviera la más remota idea de lo que iba a hacer después. Igual debía evitar la calamidad a toda costa.

Entonces ella olió algo.

—Por el amor del cielo, ¿de dónde viene este olor?

Los efluvios de su cama y ropa la habían alcanzado. Incluso sabiendo que la mayoría de los turistas americanos aprenden a cerrar su epitelio olfativo tan pronto salen de sus hoteles, a Scramfield le sorprendió que hubiera tardado tanto.

—No huelo nada —dijo.

—Es repugnante.

—Deben de ser los del piso de abajo. Son franceses.

—Señor Scramfield, no esperará que me crea que tiene una íntima relación con un hombre tan importante como el doctor Voronoff cuando su mismo apartamento

huele a alcantarilla.

—Deben de ser los monos —dijo Scramfield y cerró involuntariamente los ojos por un segundo, como si volviera a tener trece años y acabara de lanzar una bola de baloncesto que bien podría suponer la victoria del partido de la tarde o bien romper la ventana del vecino.

—¿Los monos?

—Sí. Hasta anteayer, el doctor Voronoff estaba cuidando aquí de algunos monos sementales recién importados de Marruecos. Ahora están en el Château Grimaldi. Pero el olor persiste, ¡ja, ja!

—¿Me quiere decir que el doctor Voronoff usa a veces este mismo apartamento como base de operaciones?

—Bastante a menudo —dijo Scramfield, ahora en buena racha. Abrió la puerta de par en par para que las Norb pudieran ver dentro y señaló a Loeser, todavía despatarrado en la silla de madera de Scramfield—. De hecho, él es el mismo doctor Voronoff en persona.

Loeser se quedó blanco.

—¿El doctor Voronoff? —dijo Margaret Norb.

—Sí. Me temo que ayer estuvo operando hasta muy tarde. Además habla muy poco inglés. —Le lanzó a Loeser una mirada que significaba «Levanta y preséntate con acento ruso». Pero Loeser tuvo que malinterpretarla porque en su lugar realizó algo que se parecía al saludo de un militar paralítico para después volver a mirarse los pies—. La operación no tendrá lugar aquí. —Se precipitó a añadir Scramfield—. Iremos a su hotel con todo el equipo. ¿Digamos a las cuatro?

—¿Llevará a cabo la operación? ¿Sin cobrar nada? ¿A la dos?

—¿A las dos?

—Elisalex es joven, señor Scramfield, sí, pero creo que no hay nada como ser joven por mucho tiempo.

—Claro. A las dos, pues. Absolutamente. Sin cobrar.

—En ese caso le esperamos esta tarde en el Concorde Sainte Lazare. Si no aparece como prometió, ya sabe lo que ocurrirá. Que tenga un buen día, señor Scramfield. Buenos días, doctor Voronoff.

—Las Norb salieron y Scramfield cerró la puerta. Se volvió hacia Loeser:

—Eso también fue un reproche, creo.

—No me vuelvas a hacer esto —dijo el alemán.

—Lo siento, amigo, pero sabía que lograrías hacerlo.

—No pensarás en serio que voy a seguirte en esto que has puesto en marcha.

—No puedo dejarlas que vayan a la policía.

—No es problema mío que estés huido por matar a tu prometida.

—¿Qué? ¡No maté a mi prometida y no estoy huido!

—Anoche me dijiste que la tiraste por la borda de un vapor y se ahogó —dijo Loeser—. Es por eso por lo que no puedes volver a tu casa en Nueva York. O algo

así.

—¿Lo escuchaste todo?

—Divagaste durante tanto tiempo que desconecté un poco antes del final. Pero capté las ideas básicas.

—Phoebe se quitó la vida trágicamente sin que fuera culpa mía. Puedo volver a Boston cuando quiera.

—Sí, claro, eres bienvenido si quieres mecanografiar las notas al pie; les prestaré toda mi atención. —Loeser le levantó de la silla—. Ya sabes, cuando me despierto y miro mi mugriento y desconocido entorno, por un momento pienso de veras que anoche habría podido conocer a alguna bella ramera. —Fue al fregadero y comenzó a echarse agua en la cara.

—Vamos, viejo amigo. Harás esto por mí, ¿verdad? Mira: si lo haces, te llevaré a ver a Picquart.

—¿Tu amigo francés? ¿Por qué debería conocerlo?

—Es historiador —dijo Scramfield—. Un académico. No hay nada que no sepa de París. Puede contarte la verdad sobre Lavicini y... todos esos tipos. El barbero canino. El castillo de los misterios.

—La corte de los milagros —dijo Loeser. Miró a su alrededor buscando una toalla, pero no había ninguna, así que hizo uso de su antebrazo.

—Sí. Pero odia a los alemanes, no hay forma de que te entrevistes con él, excepto si yo lo llamo y le pido el favor...

—Si te creo, ¿no me convierte eso en alguien tan ingenuo como las Norb?

—No es Hemingway. No es Picasso. Solo es un viejo tipo al que resulta que conozco. ¿Por qué habría de comentártelo si no?

—De cualquier modo, no sé cómo esperas que esto funcione. No tenemos un mono.

—Podemos usar a un pequeño negrito —dijo Scramfield—. Uno de esos argelinos.

—Creo que hay alguna posibilidad de que las damas se percaten de la artimaña.

—Bueno, si llevamos una jaula con una sábana encima, no importa lo que haya dentro. Nunca lo verán. Estarán anestesiadas.

—¿Cómo vas a lograr anestesarlas?

—Conozco a algunos estudiantes camboyanos que nos venderían barbitúricos.

—¿Barbitúricos?

—Sí.

—¿Crees que tendrán buena cocaína?

—No lo sé. Probablemente.

Loeser se acercó a la ventana y se asomó.

—Esto llevará toda la tarde, ¿no? Hoy quería visitar el emplazamiento del Théâtre des Encornets.

—Mejor será que te bañes y vayamos a conseguir un galón de ácido carbólico de

los camboyanos.

Así pues, horas más tarde, Herbert Wolf Scramfield y Sergéi Voronoff llegaron al hotel Concorde Sainte Lazare vestidos con batas de doctor, llevando maletines médicos y empujando un carrito en el que reposaba una jaula de pájaro cubierta, como dos representantes de algún siniestro y absurdo servicio de mensajería. Tras decirle al conserje que su carga era simiesca, éste trató de echarlos fuera, pero ellos insistieron en que telefonaran a la habitación y tras un considerable alboroto no hubo más remedio que permitirles subir en el ascensor de servicio.

Las Norb estaban en dos dormitorios conectados por una sala de estar.

—Mordechai quiere ver al mono —dijo Elisalex Norb tan pronto cruzaron la puerta.

—Siento decir que eso será del todo imposible.

—¿Por qué?

Scramfield se lo pensó un momento.

—Patente de confidencialidad —aventuró. Esto pareció satisfacer a las Norb. «Podrías llenar esta habitación de alquitrán de hulla hasta que solo quedara un pizca de aire bajo el techo —pensó—, y todavía sería, haciendo un balance general, más bonita que su propio apartamento».

—¿Necesitará que nos desnudemos antes de la cirugía? —preguntó Margaret Norb.

—No —dijo el doctor Voronoff antes de que Scramfield pudiera contestar.

—Entonces, ¿dónde pondrán las glándulas?

—*Zyroid* —respondió el doctor Voronoff, señalando su cuello.

—Sí que tendrán que remangarse para poder poner la anestesia —dijo Scramfield.

Sacó dos agujas de su bolsa de doctor y puso las inyecciones. Entonces guió a Margaret Norb hasta un sillón y a Elisalex Norb a un diván. En pocos minutos las dos estaban dormidas, la última con la lengua colgando de la boca. Tras ellas había un biombo japonés de madera de cedro pintada que mostraba a un hombre barbado metiendo a una tortuga en un bote de pesca.

—¿Por qué les dijiste que no se desnudaran? —le preguntó Scramfield a Loeser.

—He hecho cosas muy bajas en mi vida, pero todavía no estoy en el punto de pasarme por doctor para abusar de mujeres inconscientes. No todavía.

—¿Quién ha dicho nada de abusar de ellas?

—Sin duda habrías abusado.

—No lo habría hecho, pero en todo caso mejor que nos apesuremos. No les he dado mucho de este Nembutal así que no sé cuándo despertarán.

«Ojalá Weitz estuviera aquí», pensó Scramfield. Cogió un pequeño paquete de papel de su bolsa de doctor y vació su contenido en la brillante superficie del escritorio de Boule.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Loeser.

—¿Qué parecen?

—Frambuesas blindadas.

—¿Habías visto un lichi antes?

—No.

—Bien. Esperemos que las Norb tampoco. Son una delicia, por cierto. A los camboyanos les vuelven locos. Sorprendentemente ricos en un martini, además. — Scramsfeld le ofreció uno a Loeser—. Pela uno.

Con cierta dificultad, Loeser acabó haciéndolo. Scramsfeld peló un segundo.

—Perfecto —dijo Scramsfeld—. Cien por cien convincentes puras bolas de mono.

Volvió a su bolsa de doctor y sacó un pequeño tubo de pegamento.

—¿Ése es tu plan? —dijo Loeser incrédulamente—. ¿Pegarles esas cosas en el cuello?

—¿Qué otra cosa vamos a hacer? No somos cirujanos. Podríamos pegárselas en algún lugar más discreto si tienes inconveniente.

Estaba a punto de comenzar a trabajar cuando por el rabillo del ojo vio a Mordechai en la repisa del reloj.

—Loeser —siseo.

—¿Qué?

—El lagarto.

—¿Qué pasa con él?

—Está mirando.

—¿Y?

—¿Y si le dice a la chica lo que ha pasado?

—¿Cómo va a hacerlo si no puede hablar?

—Creo que tiene una especie de... una especie de *conexión*. Cógelo y mételo en tu bolsa.

Loeser intentó coger a la iguana, pero ésta se deslizó de la repisa y reptó bajo la puerta para meterse en el dormitorio de Elisalex Norb. Suficiente para quitarla de la vista, así que Scramsfeld comenzó con la operación.

—*Das ist ein Tiefpunkt* —murmuró Loeser varias veces para sí mismo—. *Das ist ein Tiefpunkt*.

En una hora, las Norb comenzaron a despertarse. Margaret tardó un poco más, así que Elisalex siguió pellizcando la pantorrilla de su tía hasta que estuvo suficientemente despierta. Ambas fueron a tuestas hasta el espejo para examinar su xenotrasplante de gemas maduras.

—Sobresalen mucho —dijo Margaret Norb—. Las glándulas.

—Sí —dijo Scramsfeld—, pero pronto serán absorbidas por el cuerpo.

—¿Puedo tocarlas?

—Si gusta.

Se llevó vacilante el dedo índice al pequeño bulbo húmedo, entonces se

estremeció de la impresión.

—Es muy sensible.

Elisalex Norb hizo lo mismo, después se lamió el dedo.

—Sabe dulce —dijo.

—Por favor, querida, no hagas eso, es asqueroso —dijo Margaret Norb. Se volvió hacia Voronoff—. Es precioso, doctor. Señor Scramfield, ¿sería quizá tan amable de telefonar pidiendo una botella de champán?

Minutos después un chico de piel verdina llegó con una botella de Veuve Clicquot y cuatro copas. Miró a Margaret Norb, después a Elisalex Norb; luego se miró con perplejidad y se llevó su mano al cuello como para señalar un descuido menor en el baño de invitados. Claro que luego se lo pensó mejor: mientras salía, Margaret Norb le dio cincuenta francos, que aceptó filosóficamente como si de alguna manera lo explicaran todo.

Margaret Norb dedicó un brindis al doctor Voronoff.

—¿Cómo está la salud de nuestro benefactor? —preguntó tras el primer sorbo de champán. Scramfield no pudo adivinar a qué se refería hasta que señaló la jaula de pájaros del carrito bajo la sábana negra.

—Todavía sedado —respondió—. Pero estable.

—Llevan vidas cómodas, ¿verdad?, después del... sacrificio.

—Lujosas, sí —dijo Scramfield.

A Elisalex Norb se le escapó un pequeño eructo. Scramfield miró y vio que ya se había acabado su vaso.

—Quissáas una dama no deber beber tttanto trrrras operación —dijo el doctor Voronoff con una genuina preocupación. Pero era demasiado tarde ya para el aviso, puesto que Elisalex Norb, casi inmediatamente, se cayó de espaldas golpeándose contra el escritorio.

—¡Cariño! —dijo su tía—. Elisalex, debes irte a la cama y recuperarte —ella dio un paso adelante para llevar a cabo la orden, pero estaba demasiado inestable. El doctor Voronoff la cogió en brazos mientras un buen montón de champán saltaba a la alfombra—. Oh... por Dios... bueno... señor Scramfield, sería tan amable de...

—Claro, señorita Norb —dijo Scramfield. Llevó a una Elisalex con un ataque de risa tonta hasta el dormitorio. Era muy manejable, pero cuando cruzaron la puerta se agarró al picaporte haciendo que la puerta casi se cerrase. Ello no le preocupó más a Scramfield hasta que mientras la ayudaba a tumbarse en la cama notó que ella le estaba tirando de las solapas de su bata de doctor para que se tumbara con ella. Él perdió el equilibrio.

—¡Señorita Norb! —fue todo lo que tuvo la oportunidad de decir antes de que su boca tomara contacto con la de ella. De algún modo logró meter la lengua entre sus labios y comenzar a lamer como si se tratara de un mejillón al vapor que no se desprende de su cascara. Con una mano estaba desabrochándose el vestido y con la otra estaba abusando de la entrepierna de Scramfield. Todo su cuerpo temblaba

como un caniche nervioso. Finalmente acabó con el beso y replegó la lengua hacia atrás. Él se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en la boca.

—¡Por el amor de Dios, pare! —susurró—. Su tía está en la habitación de al lado —pero para entonces el cinturón de Elisalexia estaba medio desabrochado y la visión era la de un pezón de arándano.

Elisalexia Norb echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada. Con la cabeza de Scramfield encima del pecho de ella, el lichi pegado al cuello estaba solo a unas pulgadas de sus ojos. Había algo tranquilizador, casi espiritual, sobre su suave y pálida superficie, tanto que al meditar sobre ella se podría llegar a olvidar que en cualquier momento los podrían pillar. Pasó al otro pezón de la chica. Él pensaba que no había nada que pudiera mejorar el primer pecho, pero el segundo pecho era, de algún modo, incluso más sensacional y estaba disfrutando tanto con él que comenzó a pensar que sería capaz de mantener una erección el tiempo suficiente para hacer el amor con ella.

Luego apareció una mancha de color verde en su visión periférica.

Scramfield no daba crédito de lo rápido que podía moverse el reptil. De repente se encontraba agazapado tras el cuello de su ama oliendo el lichi mientras movía la cola. Trató de espantarlo con las manos, pero Mordechai se limitó a lanzarle una mirada de desprecio y volvió a la fruta. Se preguntó si debía decir algo, pero decidió que mejor no y siguió jugueteando con la hebilla de su cinturón cuando la iguana mostró sus fauces y las colocó rodeando todo el genital falsificado, lo arrancó con un movimiento de cabeza y saltó de la cama con su premio.

Elisalexia Norb gritó. Puso la mano en su cuello.

—¡Mi glándula! —Miró hacia la puerta y solo tuvo tiempo de ver a Mordechai escapar hacia la sala de estar. Elisalexia se quitó de encima a Scramfield con una fuerza sorprendente y se fue tras la mascota.

—¡Señorita Norb, está usted desnuda! ¿Qué pensará la gente? Por favor... —Pero ella se soltó y salió de la habitación con los pechos arriba y abajo. Scramfield, sin saber qué hacer, fue tras ella. Además de esto, esperaba encontrar ahora su juicio final. En su lugar se encontró a Margaret Norb inclinándose sobre el escritorio con una expresión de éxtasis anticipado y al doctor Voronoff viéndoselas para adoptar una postura tras ella.

—¡Elisalexia! —chilló Margaret Norb. Se apresuró a volverse a colocar las enaguas y entonces se dio la vuelta y abofeteó tan fuerte al doctor Voronoff en la cara que casi se cae de espaldas.

—¿Dónde está? —dijo Elisalexia Norb, totalmente indiferente a lo que su tía estaba haciendo. Scramfield acababa de divisar al lagarto en la otra punta de la habitación, así que, como un idiota, lo señaló. La misma chica se lanzó a por la iguana, pero sus piernas todavía estaban entumecidas y tropezó, rebotó sobre un sillón y finalmente chocó con el carrito del doctor Voronoff y lanzó por el aire la jaula de pájaro. La sabana negra se escurrió, aterrizó en el biombo japonés y rodó hasta

detenerse.

El silencio posterior fue tan total que se hubiera podido escuchar el mínimo crujido del latón de la jaula vacía mientras se abría lentamente.

—Quizá mejor nos vamos —dijo Scramfield al doctor Voronoff. Y, con cierta premura, se fueron.

Los dos hombres salieron del Concorde Sainte Lazare y ya en la esquina Loeser dijo:

—¿Qué demonios estabas haciendo con ella allí?

—Podría preguntarte lo mismo —respondió jadeante, Scramfield, haciendo un paso de baile para evitar meterse en una mierda de perro.

—Dije que no, pero insistió.

—Sí. La mía también. Champán y Nembutal. Tenemos que recordarlo. «Suero afrodisíaco patentado por Scramfield».

—¡Dios! No digas eso, suena a violadores.

—¿Violadores? No somos violadores. Ellas son las violadoras.

—No voy a debatir sobre el libre albedrío contigo, Scramfield.

Pasaron una farmacia con una inquietante ventana en la que nueve pelvis de plástico mostraban nueve vendajes herniarios diferentes.

—Vamos, compañero, he oído hablar de todas las cosas que hacéis en Berlín. ¿Me estás diciendo que nunca habías usado drogas y alcohol para llevarte a una chica a la cama?

—Nunca he hecho nada así.

—¿Y nunca lo has intentado?

Loeser tosió. Su mejilla derecha todavía estaba sonrosada.

—¿Cuándo vamos a ver a Picquart?

—Podemos ir ahora mismo si quieres. Siempre está en casa.

Picquart vivía en la quinta planta de un sucio edificio en el Barrio Latino con unas escaleras tan infernalmente empinadas y estrechas que uno se preguntaba si no sería más fácil probar suerte con una cañería. Scramfield llamó a la puerta.

—*Quoi?*

—Soy Scramfield.

—*Bien.*

Entraron.

Heráclito enseñó que todo es cambio. Scramfield lo sabía por su primer semestre en Yale y estaba seguro de que los tres gatos de Picquart estarían de acuerdo con el griego. Todo el apartamento estaba atestado de pilas de libros viejos, a menudo solo con el más estrecho de los pasillos entre ellas. Además, estas pilas estaban siendo constantemente reorganizadas, recolocadas o quitadas, así que, cada vez que los gatos se echaban una cabezada se levantaban en una topología totalmente nueva, como una tribu que viviera en una sierra imposible que retumbase a cada hora con convulsiones geológicas hiperaceleradas. Ayer quizá pudieran encontrar un bonito anaquel,

escondido entre dos volúmenes de un diccionario, que dejaba pasar el sol de la mañana a través de la ventana; hoy se había perdido o estaba demasiado alto o había sido derribado de una patada. Los gatos no parecían salir muy a menudo del apartamento y Scramfield se podía imaginar por qué: encontrarían la gran ciudad inquietante, casi insoportablemente estática. Sin embargo, Picquart decía que a veces salían afuera para aparearse. Heráclito también enseñó que todas las cosas llegan a ser a través de la lucha. Scramfield creía que eso no valía para Boston, pero creía que sí para París, puesto que el sonido de los gatos de la zona follando en los tejados en mitad de la noche era más que suficiente para persuadir a cualquiera.

Picquart era un nervioso y verrugoso viejo con una nariz que lucía como una erosionada gárgola de catedral. Se conocieron en un calabozo cuando Scramfield fue arrestado por huir de un restaurante sin pagar la cuenta, y Picquart, por insultar a un policía. A la mañana siguiente ambos salieron y ahora Picquart le compraba de vez en cuando libros robados a Scramfield. No se caían especialmente bien.

—¿Qué tienes para mí? ¿Qué es esto?

—Hoy no traigo ningún libro, Marcel. Éste es Egon Loeser. Un viejo colega mío.

—*Un allemand?*

—Sí.

—¿Qué quiere?

Loeser sacó la carta de Lavicini a Sauvage junto a una caja de cigarros que compró de camino y le dio ambas cosas a Picquart.

—Scramfield dijo que usted podría saber sobre qué personaje está hablando Sauvage aquí —dijo.

Picquart leyó la carta y a continuación levantó la vista.

—¿De qué cree usted que están hablando? —preguntó.

—No lo sé. Pero me pregunto si no sería...

—*Oui?*

—Alguna especie de magia negra.

Picquart se rió.

—Magia negra? *Non*. ¿Es usted imbécil?

—Entonces, ¿de qué?

—Esto no va sobre el diablo. Esto va sobre Luis XIV. ¿No sabe usted lo que Villayer estaba haciendo en la corte de los milagros?

—No.

—Estaba tratando de construir una oficina de correos. —Villayer, explicó Picquart, era un político y perspicaz y particularmente desleal miembro del Consejo de gobierno de Luis XIV. A diario, como consecuencia de su posición, encargaba a sus sirvientes el envío de cientos de mensajes y cientos de respuestas: políticas, comerciales, filosóficas, sociales y sexuales. Pero cuanto más crecía París, más caro y complejo se hacía el trabajo y más obsesionado se volvía Villayer con sus errores, diagramas y mapas anotados en la noche; muchos de sus amigos acostumbraban a

recibir notas que solo decían «Esto es una prueba». Hasta que al final se dio cuenta de que el único distrito electoral en el que invertía realmente tiempo era la vibrante villa de sus propios mensajeros. Decidió que la capital necesitaba una oficina de correos universal, aunque solo fuera para que él volviera a ser un verdadero político. Por ese tiempo, el periodista Henri Sauval estaba trabajando para el Rey Sol haciendo que todo ciudadano respetable de París creyera que la corte de los milagros estaba llena de criminales y sectarios. En verdad no era más que una plaza empobrecida como cualquier otra, pero Luis, que estaba remodelando la ciudad, buscaba excusas para evacuar y demoler cada sector, no importa lo pequeño que fuera, que no estuviera bajo su poder y Villayer vio que si ponía la principal oficina postal de París en medio de la corte de los milagros, podría desvelar la manipulación de Sauval y quizá salvara a los habitantes de la corte de perder sus hogares. No solamente firmó por ende su sentencia de muerte, sino que la ratificó: Luis no quería un servicio postal en París puesto que no sabía si podría controlarlo y especialmente no quería una oficina postal en la corte de los milagros. Así pues, interceptó a Villayer a la vuelta de un banquete y le golpeó hasta matarlo.

Lavicini se enteró de todo esto a través de De Gorge, que conocía a varios de los consejeros más cercanos del rey. Cuando Lavicini previene a Sauvage en la carta era porque Sauvage estaba a punto de cometer un error similar. El primer transporte público de París fue una flota de carruajes que el mismo Sauvage había instalado. Media docena de extranjeros podían viajar juntos y solo tenían que pagar cinco *sous* por cabeza. Le había pagado a Blaise Pascal para que diseñara las rutas trabajando sobre varios de los viejos mapas de Villayer, así que metro arriba, metro abajo, eran correctos; esfuerzo, por cierto, que más tarde Pascal intentaría, sin éxito, durante una semana llevar a juego de mesa estratégico. Pero los carruajes todavía eran lentos. Las calles de París estaban atestadas. Así que Sauvage tuvo la idea de usar las canteras abandonadas bajo la ciudad para hacer el primer sistema de carruajes público bajo tierra del mundo. Una vez más, Luis no quería algo así puesto que no sabía si podría controlarlo.

—Lavicini advirtió a Sauvage que si seguía con el plan, Luis lo mataría igual que hizo con Villayer —concluyó Picquart—. «Si persistes en tu intención de conquistar estas oscuras y bajas profundidades, pronto te encontrarás imbuido en ellas». *Comprends?* Y eso es lo que ocurrió. Cien años después, De Crosne comenzó a enterrar a nuestros muertos en las catacumbas, pero Luis y sus asesinos habían sido vanguardia a este respecto.

Había algo en los ojos del gato más grande de Picquart que siempre había puesto nervioso a Scramfield y fue en ese momento cuando se dio cuenta por primera vez de que tenían el mismo amarillo verdoso pálido que una medicina que le habían dado de niño por una infección de oído.

—*Erstaunlich* —dijo Loeser—. ¿Podría hacer una pregunta más?

—Si así lo desea.

—¿Qué pasó con Lavicini? ¿Qué fue el accidente del teletransporte de verdad?

—¿Sospecha usted de que también fuera «magia negra»?

—No lo sé.

—No. Fue un intento de asesinato. Pólvora. Que el Théâtre des Encornets se viniera abajo no tuvo nada que ver con la máquina de Lavicini. Fue porque Luis XIV estaba en el público aquella noche. Tras desplazar la corte a Versalles, él apenas pasaba por París. Así que si alguien quería matarlo, había que aprovechar cualquier oportunidad. Incluso si se mataba a muchos otros en el proceso.

—¿Quién fue?

—*Aucune idée*. Pudo ser el inglés. Pudo ser el español. Pudo ser cualquiera. Luis tenía muchos enemigos, incluso más que el tirano medio. Los hijos son vengativos. ¿No responde esto a su pregunta?

—Sí. Gracias.

—Loeser, Picquart y yo tenemos que hacer unos pequeños negocios —dijo Scramfield—. Sería mejor que salieras.

—Vale. ¿Te veo en el Zelli's, Scramfield?

Una vez se fue Loeser, Scramfield dijo:

—¿Era todo verdad? ¿Qué le has contado?

Picquart se encogió de hombros.

—*Bof*. Puras teorías. Villayer, Sauvage, Lavicini... todo fue hace trescientos años. *Personne n'en sait rien*. Pero no quería teorías, quería hechos. Así que le di hechos.

Pocos días después, pasado el mediodía, en una de esas crueles mañanas de abril que se extiende por el cuello como una Norb anestesiada en el diván de un hotel, Scramfield estaba sentado en la terraza del café de la Rue de l'Odéon escribiendo una carta a sus padres. Un hombre rubio caminó hasta la puerta de Shakespeare and Company, pero en lugar de intentar entrar se limitó a mirar su reloj. Tras limpiarse el diente frontal con una servilleta, Scramfield se levantó para alcanzar al hombre, reduciendo su paso antes de acercarse lo suficiente como para ser detectado. Entonces lo adelantó. Unos pasos más allá, como volviendo a pensar sobre algo, se detuvo, se volvió y dijo: «¿Buscando a Sylvia? No abre hasta las dos».

Scramfield buscó la gratitud en el rostro del hombre, pero no había nada.

—En verdad, no —dijo el hombre—. He quedado aquí con alguien. —Esto lo explicaba todo: era inglés—. ¿Y usted quién es? —añadió.

—Solo un amigo de la señorita Beach.

—¿Y su actividad consiste en perder tiempo en la puerta de la tienda, informando a todo potencial cliente de los horarios de apertura? ¿Le paga ella por esto? Extraño tipo de amistad.

—Solo pasaba por aquí...

—No, no pasaba. Le vi en el café. ¿Me quiere vender algo? Tiene toda la pinta.

Scramfield se sintió desconcertado.

—No soy ninguna especie de estafador, si es lo que está insinuando.

—No trataba de insinuar algo tan glamuroso. Pero quizá sea así como usted se ve a sí mismo. Imagino que estaría esperando que fuera un rico americano.

—Mire, soy una persona muy respetada en París...

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Scramfield se irguió en toda su estatura—. De hecho, el único hombre de París que no conozco es el hombre que pueda hacerme un corte de pelo americano decente. —Pero esta vez no logró adoptar el adecuado tono jocosos, así que sonó como si estuviera afirmando la existencia de un individuo específico que respondiera a tal descripción y cuya presentación consideraba moralmente inadecuado realizar.

—Ya veo. En ese caso quizá conozca a Adele Hitler.

Scramfield recordó el nombre, pero por una vez tuvo miedo de exagerar.

—No creo. ¿Quién es?

—Una niña rica que conocí en Berlín. Una verdadera fierecilla. Huyó a París, así que me las arreglé para presentarme a sus padres y hablé con ellos para que me pagaran por venir aquí, encontrarla y llevarla a casa como Urashima Taro.

—¿Y la ha encontrado?

—Tras unos tres minutos preguntando, me enteré de que ya no está en París. Parece que decidió irse a Los Ángeles. Todavía no he hablado con los padres porque me están pagando los gastos. Creo que puedo estirarlo otra semana más. Después veré si me mandan a Norteamérica. Ya ve, yo también soy una especie de parásito. No es tan vergonzoso si uno juega al juego con cierta convicción. Lo que me temo que usted no hace.

—Si ya sabe dónde está, ¿por qué anda todavía preguntando por la chica?

—Me han dicho que no tenía suficiente dinero para enviar su equipaje —dijo el inglés—. Así que es seguro que tanto ella como el equipaje siguen en París, aunque nadie parece saber dónde.

—¿Para qué necesita su equipaje? ¿Para enviárselo de vuelta a los padres?

—No. La noche pasada en el Strix conocí a cierto descendiente de la casa de los Grimaldi que hizo amistad con la señorita Hitler mientras ella estuvo en París, pero no pudo persuadirla para que se quedase aquí con él. Está ofreciendo varios miles de francos por un paquete con ropa interior suya usada.

Scramfield aguzó el oído.

—¿Es eso cierto? Bueno, encantado de conocerle. Mejor me vuelvo a... bueno, mejor me vuelvo.

Desahogado ahora que había finalizado el encuentro, Scramfield volvió a su mesa de café. Tras unos pocos minutos vio a un segundo tipo andar hacia Shakespeare and Company y saludar al inglés con el que acababa de hablar. Se abrazaron y comenzaron a pasear juntos, justo entonces fue cuando Scramfield recordó dónde había escuchado por primera vez el nombre de Adele Hitler.

Después de salir del apartamento de Picquart, Scramfield no tenía ningún interés

particular en volver a ver a Egon Loeser. No le gustaba continuar siendo amigo de gente que lo había visto en sus momentos más bajos. Pero si encontraba a Loeser y le contaba que Adele Hitler se había ido a Los Ángeles, seguro que el alemán invitaría a Scramfield a un filete. O al menos a unos brandis. Y por una vez Scramfield no tenía que mentir.

El primer lugar en que buscó a Loeser fue el Flore. Pero el bar estaba casi vacío. Estaba a punto de irse para el Zelli's cuando notó que le daban un toquecito en el hombro. El olor a pipermin era tan fuerte que incluso antes de volverse sabía que tenía que ser Dufrène.

—Hola, Fabrice.

—Scramfield, *pauvre con*, ¿qué es eso que el armenio dijo sobre ti y los cheques?

—¿El armenio?

—Alguien le pagó la fianza. Está buscándote. Dice que es culpa tuya que haya caído en prisión.

—Eso es ridículo. Fue solo mala suerte. Hice todo lo que pude.

—Pues se lo vas a tener que decir a él porque está muy enfadado. Dice que te va a matar, que te va a arrancar las pelotas.

«Qué apropiado», pensó Scramfield.

—Solo fue un malentendido. Gracias por hacérmelo saber, colega. Ahora mismo voy a buscarlo para decirle lo que pasó de verdad y ambos nos reiremos de todo. Tan simple como eso.

—Eso espero. Por tu bien.

A salir del Flore, Scramfield miró alrededor, pero para su alivio no había ninguna señal del armenio, solo dos chicos de pelo rizado con uniformes de marinero corriendo con palos a un gato muerto. Decidió que sería mejor irse de París un tiempo. Unas agradables vacaciones campestres improvisadas, solo un mes o dos, trabajar en la novela, hasta que el armenio se cansara. (O lo volvieran a meter en prisión). En principio, no había nada que le impidiera dejarle un mensaje a Loeser sobre la chica antes de coger el tren. Pero entonces no habría forma de que Loeser lo invitara a un filete. No, le daría las nuevas cuando volviera. París está precioso en esta época del año. A Loeser no le iba a hacer ningún daño esperar un poquito.

Segunda Parte.
Diez alfileres en un mapa

4. Los Ángeles, 1935

El Château Marmont

Un destello de luz solar se reflejaba en la gota de agua que pendía trémula del delgado nailon azul de un traje de baño en el preciso lugar donde éste más se tensaba: sobre la cima del monte de Venus de una pelirroja con gafas oscuras de carey que se hallaba recostada, con un cigarrillo entre los dedos, en una tumbona junto a la piscina de forma oval del Château Marmont, en Sunset Boulevard. Allí estaba Loeser de pie, en calzoncillos junto a la ventana de su habitación de hotel, al día siguiente de su llegada a Los Ángeles. También él se fijó en aquella gota de agua: todos los parámetros de su deseo estaban cifrados en los valores numéricos de la tensión que mantenía su superficie: un deseo a punto de marchitarse, en el momento en que el calor de la piel, unido al del sol, hiciera que la gota se secase. Cuando la pelirroja se percató de su presencia, él se quitó de en medio con tanta rapidez que casi se torció el tobillo.

¿Había mantenido Loeser relaciones sexuales? Suponía que sí, pero sus recuerdos eran tan débiles que casi se preguntaba si en realidad no se trataría de las relaciones de otros y que él, gradualmente, había llegado a confundirlas y a pensar que habían sido suyas, como suele pasar con los sucesos de la infancia. En ese momento de su vida la capacidad que tenía para cuantificar su frustración sexual era comparable a la posibilidad de pesar su propio cerebro. Quizá era aquélla la que guiaba sus palabras y acciones. No había modo de comprobarlo: formaba parte de él. A diferencia de su pene, que para él era una especie de autoestopista desagradecido, un fatuo vestigio.

Se sentó en su cama. Dado que no podía volver a asomarse por la ventana, al menos durante un rato, decidió que podía también ajustar el tiempo a *Medianoche en la escuela de enfermería*. Aunque pretendía pasar solamente un corto período en París, no le gustaba separarse ni un día de ese álbum de fotografías, de modo que se lo había llevado consigo cuando se marchó a París y ahora, inexplicablemente, había cargado con él todo el viaje hasta Norteamérica. La noche anterior se había registrado en el hotel muy tarde y no se había tomado la molestia de deshacer el equipaje, de modo que debía de seguir aún dentro de esa maleta cerrada que descansaba sobre la mesa, al lado de la cama, como un borracho inconsciente con la boca abierta, oculto entre su segunda y su tercera camisa blanca favorita.

Pero se dio cuenta de que no estaba allí.

En un estado de pánico incontenible, diferente al que había sufrido hacía tanto tiempo con la pérdida de Adele Hitler en la fábrica de corsés, vació el contenido de la

maleta hasta que no hubo nada que sacar y, acto seguido, comenzó a arañar estúpidamente sus bordes interiores. Nada. Estaba seguro de que, la tarde anterior, en el camarote del barco de vapor, lo había metido dentro. Y estaba asimismo seguro de que no lo había sacado de allí en ningún momento. La única vez que se había separado de su compañero de viaje había sido en la aduana del puerto de Nueva York, antes de responder el cuestionario protocolario para asegurar que no estaba loco, que no tenía lepra ni sífilis, que no se prostituía y que no tenía intención de asesinar al presidente de Estados Unidos de América.

Se lo habían robado. Los oficiales de aduanas habían examinado su equipaje con la misma exactitud con la que los extirpadores de órganos operan en un torso humano, como Dios manda: habían encontrado el libro y, en lugar de denunciarlo como contrabando, lo habían guardado en un casillero, a la espera de llevárselo a casa o venderlo. Tenía que haber sobornado a alguien. Ahora era demasiado tarde.

Medianoche en la escuela de enfermería había pertenecido a Loeser durante casi siete años. Había tenido una relación mucho más prolongada con las maravillosas mujeres de esas páginas que con cualquier fémina humana del mundo real. Conocía al dedillo, como un poema, todas sus expresiones y gestos, todas sus complacientes poses. A menudo pensaba que le debía su cordura: su pérdida era algo inconcebible, comparable a perder un anillo de boda o a un hijo primogénito. Después de esto estaría deseando asesinar al presidente de Estados Unidos de América o, al menos, violarlo y contagiarlo con sífilis.

Intentando mantener la calma, se fumó un cigarrillo, se vistió y salió del hotel. Fuera, en Sunset Boulevard, había un bungaló en medio de la calle. Al principio, Loeser era incapaz de procesar lo que estaba viendo, luego se percató de que la casa estaba montada sobre un bastidor de acero y cargada en el remolque de un camión. Cuando el camión torció por una esquina de la calle, una esquina del tejado beige de la casa se enganchó en un poste telefónico. Al momento dos hombres vestidos con mono de trabajo se detuvieron junto al poste, discutiendo qué es lo que tenían que hacer, mientras se iba formando una fila de coches a la cola de tan surrealista obstrucción. ¿Cuáles son las sanciones, se preguntó Loeser, que le caen a un cabeza de familia cuando se emborracha?

Incluso en esa parte de Hollywood, donde las salidas de humos se apiñan con las palmeras, Los Ángeles olía extrañamente bien. Loeser no llegaba a entenderlo. La ciudad entera parecía un apartamento en venta que un agente inmobiliario hubiera perfumado antes de enseñarlo. También el sol resultaba extraño. Uno se encontraba en una especie de duelo de miradas con la luz, esperando que ésta parpadeara, cosa que nunca ocurría. Entretanto, alrededor, había un notable griterío de señales y anuncios junto a una notable masa de transeúntes que murmuraban para sí mismos mientras caminaban, como si nada en todo el lugar fuera capaz de mantenerse en silencio.

Libros de lance

En contraste directo con el entorno, la tienda era oscura, maloliente y los libros estaban casi tan desordenados como en el apartamento parisino de Picquart. Una radio de onda corta musitaba jazz como si se hubiera olvidado de la canción. Junto a la puerta había una estantería con revistas: *Sucedió en Broadway*, *La Revista del Fumador*, *La Gazeta Policial*, *La Artillería del Capitán Billy*, *Artistas y Modelos*, *Romances Picantes*, *Locas Locas*, *Perritos Calientes*, *Noches Parisinas*. Loeser cogió al azar un libro de un montón: *Enciclopedia de las relaciones sexuales entre humanos y animales* de Gaston Dubois-Desaulle. Cogió otro: *Mujeres enamoradas* de D. H. Lawrence.

—¿Busca algo en concreto?

Loeser levantó la vista. El hombre de detrás del mostrador tenía una mandíbula de actor y también una tortilla de cicatrices de acné en ambas mejillas. Llevaba gafas con una gruesa montura negra y una corbata de lana.

—Sí, un libro llamado *Medianoche en la escuela de enfermería*.

—¿Sabe la editorial?

—No, no me acuerdo —dijo Loeser, mientras pensaba que eso era como conocer a alguien desde hace años y no tener ni idea de dónde había nacido—. Es un libro francés, de tapa dura, con veintiocho fotografías.

—Ni idea.

—¿Dónde podría encontrarlo? Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

El hombre dio un sorbo a una taza de café desportillada.

—Quizá no resulte fácil. En tiendas como ésta no se encuentra esa clase de libros. Para cualquier cosa que sea «considerada escandalosa por la opinión de la mayoría» hay que arriesgarse con el correo internacional. Quizá haya unos pocos ejemplares en bibliotecas privadas, pero poco más.

—¿Bibliotecas privadas?

—Sí, hay un montón, pero la gente no las conoce: solo se conocen unas pocas, como la Biblioteca Gorge, pero no creo que un infierno como ése le pueda ser de mucha ayuda, —tenía uno de los acentos americanos más brutalmente cacofónicos que había escuchado: nadie que hablara así, sin duda, podía tener éxito alguno en su vida.

—¿Qué es la Biblioteca Gorge? —preguntó Loeser.

—Wilbur Gorge: el tío del lavado de coches. Tiene, se piensa, la mayor colección del país, quizá del mundo entero. Ahí en su mansión de Pasadena. De todas maneras, no conozco a nadie que la haya visto. Quizá sean chismes: pero si hay alguien que pueda tener su libro, es él.

—Vale, vale. Gracias por su ayuda.

Loeser estaba ya casi saliendo cuando vio un ejemplar de *Llanto contenido* junto

a la caja registradora.

—¿Tiene de Stent Mutton?

—Le gusta mucho a mis clientes.

—¿Cuál es el último?

El hombre sacó un libro llamado *Cadena de montaje*.

—¿Y de Rupert Rackenham?

—No, nada.

—Me alegra saberlo. —Aunque no era aún mediodía, Loeser no había desayunado así que añadió—: Aparte de esto, me gustaría tomarme una hamburguesa americana, ¿cuál es la mejor de la zona?

—¿De Hollywood o de Los Ángeles?

En la mente de Loeser no existía tal diferenciación, pero le pareció que la segunda era más fácil.

—La mejor de Los Ángeles. —Aunque quizá tendría que haber dicho la mejor de California.

—Para mi bolsillo, la de Nickel en Pacific Palisades. —El hombre sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta, escribió en el reverso y se la entregó a Loeser.

—El 12203 de Sunset Boulevard —leyó en voz alta Loeser—. Y ya estoy en Sunset Boulevard. Está al oeste de aquí, ¿no?

—Sí, es un trayecto en coche muy agradable.

«En coche». Lo sabía de antes: los bizarros norteamericanos odian ir a pie. No dudan en meterse en el coche ni siquiera para ir un poco más arriba de su calle.

—Iré dando un paseo.

—Yo que usted no lo haría, está muy lejos.

—No se preocupe: vengo del Viejo Mundo. Estoy acostumbrado a andar.

Mientras salía silbando de la tienda, Loeser oyó que el dueño le gritaba algo, pero hizo como si no fuera con él. Aún tenía la tarjeta en la mano: le dio la vuelta y leyó: Wallace Blink — Librero. Antes de comer, pensó, le vendría bien hacer un poco de hambre. Cuatro horas más tarde, cayó exhausto en la acera.

Sunset Boulevard

A resultas, sin duda, de alguna clase de descuido burocrático, Sunset Boulevard tenía comienzo y mitad pero carecía de fin. La costa no estaba muy lejos, pero Sunset Boulevard acaso continuaba por la playa, se sumergía en las aguas del mar y de allí seguía todo recto hasta Shanghai. Desde el comienzo de la caminata, Loeser se había dado cuenta de que los números que podía ver en las casas estaban muy lejos del 12203, pero, dado que parecía que a cada manzana la numeración aumentaba de forma azarosa, ese detalle no le había supuesto problema alguno. Así que continuó

hacia delante y a cada paso crecía su deseo de comerse la mejor hamburguesa de Los Ángeles: en el momento en que se desvaneció, junto a una señal que anunciaba un cementerio de mascotas, había andado más que en toda su vida. Durante tramos enteros del recorrido había casas, pero no aceras —o ni siquiera había casas, solo huertos, alguna estación de servicio y bares de carretera— y él tenía que seguir su fatigosa marcha sobre grava o hierba, mientras los coches, burlones, le zumbaban a lado y lado. El sol pegaba duro, como una resaca de ginebra: a su derecha las montañas captaban la luz del atardecer, la mecían y la soltaban de nuevo. ¿Quién había diseñado ese decorado y por qué nadie les había dicho que se estaban pasando de la raya?

—¿Todo bien?

Una mujer con ojos de cocker spaniel y un vestido que parecía un mantel de cuadros le estaba tocando el hombro.

—¿Quiere un vaso de agua? Vivo aquí al lado. Creo que se le ha caído un libro.

Incómodo y vacilante, cocido en su jugo, Loeser se puso de pie, cogió *Cadena de montaje* y siguió a la mujer hasta el porche.

—¿Y su coche? —preguntó ella cuando él se sentó plácidamente. Junto al vaso de agua, ella le trajo una galletita de chocolate.

—No tengo.

—¿Ha perdido su carnet de conducir?

—No, nunca lo saqué. —Como ella lo miró con condescendencia, como si se estuviera preguntando si era un anormal o solo un pobre, añadió—: Soy alemán.

—Oh. ¿Le gusta Norteamérica?

—Es un disparate.

En su dura caminata, Loeser se había dado cuenta de que la gran ventaja de vivir en un lugar así, que se extendía sin orden ni concierto, era que uno nunca se encontraba con nadie. Años atrás, nada más conseguir su título universitario, pensaba que lo mejor de Berlín era que, cuando uno salía a tomar un café, siempre se encontraba en la calle con media docena de conocidos. Pocos meses después, pensaba que ésa era la lacra de Berlín. En esa ciudad, si uno se arrastraba un día para intentar llevarse a alguien a la cama, estaba condenado a encontrárselo dos veces por semana durante el resto de sus días: una mancha en la vida de uno. Aquí, en cambio, desaparecían del mapa. Cada exnovia, enemigo, acreedor, parásito: para quitárselos de en medio bastaba tan solo con dejar de buscarlos. Era un modo de vida muy seguro y también muy lógico, en el que la dispersión servía como revulsivo frente a la coincidencia. Estaba tan orgulloso de su idea que comenzó a componer mentalmente un párrafo acerca de ella, para incluirlo en la próxima postal que enviara a Achleitner. Desgraciadamente, al punto se le fueron las ideas al traste.

—Por cierto, ¿es de Stent Mutton? —preguntó la mujer—. Me encanta.

—A mí también.

—Mi esposo lo conoce, aunque no mucho. Coinciden en el club deportivo. Creo

que su mujer es realmente hermosa. No viven lejos de aquí.

—¿De veras?

—Sí, claro. Aquí abajo, donde el cañón se junta con la playa. No tiene pérdida. La casa es como una especie de invernadero.

Loeser no tenía ni idea de que podía encontrarse en la casa de los Mutton, pero una visita a ese santuario compensaría tantas tribulaciones. Apuró el vaso de agua y miró al mar.

Casa de los Mutton

El sol se clavaba sobre los ojos de Loeser según caminaba hacia el oeste, de modo que, hasta que estuvo realmente cerca, no pudo tener una idea clara de adónde se dirigía ni toparse con una inverosímil anomalía en la ontología de esta tierra extranjera. Allí, en una loma que caía amablemente sobre la playa, se encontraba la casa de Blumstein de Schlingesdorf: remolcada desde Berlín —daba la impresión— por un incansable anfibio, primo del camión aquel que se había quedado atascado en Sunset Boulevard. Era idéntica, palmo a palmo, pero la peculiar luz que bañaba esa tierra le otorgaba algo más; cuando uno la analizaba, resultaba homogénea: la misma estructura con diferente resultado. En Berlín, incluso en verano, la casa parecía un tarro de nubes grises en conserva, aquí, en cambio, resplandecía y las paredes de vidrio parecían acuosas, livianas, una caja de reflejos. En el patio, junto a la piscina, había una mujer rubia sentada junto a una mesa de madera de secuoya; escribía una carta. Levantó la cabeza cuando se percató de que Loeser se aproximaba.

—¿Es la casa de Stent Mutton? —preguntó.

—Sí, soy su esposa.

—Mi nombre es Egon Loeser. Vengo de Berlín. He venido a ver al señor Mutton. —Lo cual no era del todo falso, pensó Loeser, porque realmente quería conocer a ese escritor, pero, por otra parte, no resultaba del todo cierto, porque ello implicaba que se había concertado una cita y que, quizá, había cruzado todo el océano Atlántico para un encuentro planeado con antelación.

—Debería haber llamado. Me temo que hoy no recibe. Está descansando. Volvimos ayer por la noche y el viaje fue una pesadilla.

—¿Volvimos?

—De Moscú. —La esposa de Mutton se quitó las gafas de sol en una especie de gesto de interrogación. Cuando la mujer del vestido de cuadros le había dicho que era realmente hermosa, se había quedado difamatoriamente corta. Su talle tenía una dulce madurez heliotrópica que hacía pensar que hubiera sido criada en otras condiciones climáticas.

—¿Usted viene desde Berlín? ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Los Ángeles?

—Dos semanas a lo sumo.

—¿Es usted un artista... o un escritor?

—Trabajo en teatro. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Por su aspecto. Mi esposo y yo estamos un poco al tanto de la situación en Alemania, señor Loeser, y sabemos que no está resultando fácil.

¿Qué quería decir con eso? ¿Que es difícil echar un polvo si no eres Brecht? ¿Era una insinuación para que se la tirara silenciosamente entre los arbustos?

—No sé qué clase de bienvenida le han dado hasta este momento, pero he de decirle que ambos somos muy solidarios con los exiliados: especialmente con aquellos que solo desean continuar con su trabajo en paz. ¿Ha oído hablar de una organización llamada el Comité de Solidaridad Cultural de California?

—Me temo que no. —Loeser había recibido como un insulto que se refirieran a él como «exiliado».

—Mi esposo y yo estamos en el patronato y no es porque seamos santos, huelga decirlo... —dijo sonriendo—. Tenemos motivos más complejos. No puedo contar cuántos hombres y mujeres fascinantes nos hemos encontrado en el Comité. Casualmente, tenemos una pequeña recepción esta noche. Quizá le apetezca venir con nosotros. Allí puede conocer a mi esposo. Estoy segura de que nos encantará saber cómo escapó de allí. Cada historia que escuchamos es más excitante que la anterior.

—Será un placer —contestó Loeser («¿escapar de qué?»).

—Hasta luego entonces. Ha sido un placer, señor Loeser.

—Antes de que me vaya: me interesa mucho su casa.

—Claro, es una suerte vivir aquí, ¿verdad? Acabamos de mudarnos. Nos la terminaron mientras estábamos en Rusia. El arquitecto es un compatriota suyo que se llama Gugelhupf. Nos lo trajimos a Los Ángeles el año pasado para que pudiera modificar el diseño y adaptarlo a las particularidades del terreno y el clima. Es todo un científico.

—Ya veo.

—Luego decidió quedarse en Norteamérica. Para nosotros fue un cumplido por su parte. Seguramente acuda esta noche.

En lugar de desandar lo andado por Sunset Boulevard, Loeser decidió darse un paseo por la playa. La marea estaba bajando y unas enormes masas de algas amarillentas como espaguetis se desplegaron por la arena. Después de un rato, se encontró con un puesto de perritos calientes donde compró tres perritos y una botella de Coca-Cola. Se quitó los zapatos y se sentó al borde del rompiente de las olas para leer *Cadena de montaje*. La espuma salada chasqueaba en los dedos de sus pies, como un animal atado a una cadena.

Vacaciones en Moscú, caridad cultural, siestas de tarde en una casa Bauhaus autoplagiada: Loeser empezaba a preocuparse de que la mujer cañón de Mutton lo hubiera capado. Su última novela lo tranquilizó: era la más bestia de todas las que había escrito Mutton. Nunca sus industriales y aristócratas habían sido tan patéticos, tampoco el narrador había sido tan despiadado. Loeser la leyó dos veces, para

entonces el sol había comenzado a hundirse en el mar y se tiró una hora entera mirando el cielo como si estuviera en una ópera, incapaz de creer que algo tan trillado y autocomplaciente como una puesta de sol en el Pacífico lograra dejarle boquiabierto y sacarle lagrimones.

Cuando logró recuperar la compostura eran ya las nueve. Sabía de oídas que en Norteamérica las fiestas empiezan temprano, de modo que caminó de vuelta hacia esa pecera de luz. Ya había un grupo de gente en el patio y, según se acercaba, escuchó unas cuantas frases al vuelo: «... ¡Y le dije a ese tío que no quería violetas sintéticas en mi perfume, como tampoco quería limón sintético en mi cóctel! Me importa un pimiento si huelen igual y me importa un pimiento si “el resto de la gente también las usa”, no me voy a perfumar con algo llamado carbonato de metilo-heptino: suena a gas venenoso»; «entonces le recité ese verso de *Sueño de una noche de verano*, ¿sabes?: “pero en la tierra es más feliz la rosa arrancada” y tal, pero él ni se enteraba de lo que estaba diciendo, oye. No creo que vuelva jamás a esa tienda». El hombre que hablaba llevaba un traje de tres piezas de un azul intenso con botones nacarados, una camisa blanca cerrada con un alfiler, una pajarita, un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta y calcetines rojos con lunares blancos; también unos zapatos blancos y negros repujados. Hablaba con un tono de profesor y ligeramente autoparódico. Cuando se dio cuenta de que Loeser bajaba por la pendiente, interrumpió la charla y exclamó:

—¿Qué es lo que tenemos por aquí? ¿Un vagabundo de playa?

—Me ha invitado la señora Mutton —replicó Loeser—. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—¡Oh, así que es usted otra de las mascotas europeas de mi esposa! Creo que está en la cocina.

—Realmente busco a la esposa del señor Mutton.

—Ya le he dicho que Dolores está en la cocina.

—Me refiero a Stent Mutton, el escritor.

El hombre intercambió una mirada de perplejidad con el anciano japonés con el que había estado hablando.

—¿Se trata del arranque de una comedia radiofónica? Yo soy Stent Mutton, el escritor. ¿Quién es usted?

—Soy Egon Loeser, usted no puede ser...

—No puedo ser ¿qué?

—¿Y dónde tiene su navaja? —espetó Loeser abruptamente.

—Si quiere cortar un puro, mejor que vaya al salón: allí está la guillotina.

Stent Mutton era un antiguo delincuente, con cicatrices y corpulento que grababa a cuchillo sus historias para exorcizar los horrores por los que había pasado. Loeser lo sabía, pero no recordaba por qué lo sabía. Intentaba recordar si lo había leído en alguna parte o si era él el que había convertido una intuición en un hecho.

—Veo que ha traído una de mis noveluchas —exclamó Mutton señalando el libro

que Loeser, sin percatarse del detalle, llevaba aún en su mano—. ¿Quiere que se lo dedique?

Loeser dio un paso atrás. No quería que aquel hombre pintarrajeara su libro. La firma del auténtico Stent Mutton sería un lujo, pero no la de ese dandi impostor. Movi6 la cabeza para mostrar su negativa y corri6 a la casa. All6:

—Egon, ¡qué bueno que haya venido! No le esperaba.

—No —dijo Egon en alemán—. No, no, no, no, no.

—¿No te alegras de verme? —dijo Rackenham, con un martini en la mano y un aspecto ridículamente bronceado y saludable.

—¿Qué cojones haces en Los Ángeles?

—Se supone que buscar a Adele Hitler para convencerla de que regrese a Berlín. Pero no he tenido mucho éxito. ¿Qué haces aquí? ¿No me digas que tú también estás buscando a Adele? Por tu cara, lo parece. Supongo que no te están pagando sus padres, como a mí. ¿Has hecho diez mil kilómetros para follártela?

—¿Sabes dónde está?

—Todavía no. ¿Estuviste también en París?

—Sí.

—¡Qué pena que no nos cruzáramos allí!

—Sí, una pena. ¿Cómo has terminado en esta fiesta? —La reunión le recordaba las noches de Fraunhofen antes de que todo el mundo terminara borracho.

—Conozco a Mutton del club de cricket de Hollywood. Es el único americano del equipo, pero batea tan bien que no lo parece. Jugamos contra los australianos el mes que viene.

—¿Estás en un club de cricket? ¿Desde hace cuánto?

—Hace dos o tres meses. No me ha costado mucho hacerme un hueco, si es a lo que te refieres.

—¿Dónde vives? —preguntó Loeser, ya que, después de todo, es la típica pregunta que se hace en las fiestas.

—Soy el mago de Venice Beach. ¿Y tú?

—En el Château Marmont.

—Me imagino que no querrás quedarte indefinidamente en un hotel.

—Me gusta —respondió Loeser, mientras se le venía a la cabeza la mujer de la piscina— y, de todas maneras, no me voy a quedar tanto tiempo en Los Ángeles: no voy a necesitar una casa propia. Voy a encontrar a Adele, seducirla y llevármela de vuelta a Berlín.

—Bueno, cuando tu plan fracase, permíteme recomendarte Pasadena. Es paradisíaco.

—¿Dónde está eso?

—Al este de Hollywood. Es donde viven los millonarios. Y, lo más importante, sus mujeres.

—¿Como Wilbur Gorge? —dijo Loeser recordando lo que le había dicho Blink.

—Sí. ¿Cómo conoces a Gorge?

—No le conozco. ¿Quieres decir que tú sí?

—Sí. Tengo una especie de fácil y genial relación con el coronel que solo se puede tener con un hombre al que estás convirtiendo en un vigoroso cornudo.

—¿Me lo podrías presentar?

—¿Por?

—Sencillamente quiero conocerle —dijo Loeser—. No importa para qué.

—Puedo lograr una invitación para cenar pero ¿qué sacaría a cambio?

—Te debería un favor, ¿vale?

—Supongo. Por cierto, ¿sabes que está Hecht por aquí?

—¿En Los Ángeles o en esta casa?

—Las dos cosas. Ha firmado un contrato con Paramount. Es posible que también veas a Drabsfarben. Y a Gugelhupf.

—Ya sabía lo de Gugelhupf. Pero ¿los otros? No puedes estar hablando en serio.

—Medio café Romanisches está aquí, Loeser. O al menos está en camino.

Loeser sintió un golpe de desaliento.

—¡Lo único que me gustaba de este lugar es que no tenía que ver a nadie conocido!

—Pues...

—¡Joder, es como irse a los Alpes para curarse de una tuberculosis y descubrir que todos los del sanatorio tienen la determinación de volverte a contagiar! Bueno, mientras no aparezca Brecht no tendré que saltar al océano. Gracias a Dios pronto volveré a casa.

—¡Señor Loeser! Me alegra que haya podido venir. —Allí estaba la radiante mujer de Mutton—. Veo que ya conoce al señor Rackenham.

—Sí. Señora Mutton, antes de que se me olvide, no tengo coche, estoy instalado en el Château Marmont y no sé muy bien cómo voy a volver...

—No piense más en ello, nuestro chófer le llevará. Ahora tiene que conocer al señor Gould. Ha llegado recientemente de Berlín, como usted.

Se llevó a Loeser de vuelta al patio, donde Gould resultó ser uno de los hombres con quien ya se había cruzado. Un tipo alto con una sonrisa amplia como un cruasán. Estaba hablando con Stent Mutton y dos mujeres. Dolores Mutton le presentó al resto.

—Sí, el señor Loeser y yo ya nos conocíamos —dijo su marido levantando una ceja.

Una de las otras mujeres dijo:

—El señor Gould nos estaba contando cómo salió de Berlín.

—Sí. Como decía, los nazis trataron de prohibir la publicación de mi último poemario. Así que, como loco fui a la comisaria a presentar una querrela. Me dijeron que si esperaba unos minutos podría ver al jefe de policía. Así que me senté a esperar. Entonces, por suerte, escuché a otro policía mencionar mi nombre a uno de sus

compañeros. Era una orden de arresto contra mí. Pero todavía no se habían dado cuenta de que no me habían engrilletado. Esperé hasta que no hubo nadie mirando y escapé volando hacia la estación de tren. Ni siquiera volví a casa a coger una bolsa. Compré una maleta de camino y la llevé conmigo, vacía, para parecer un turista de verdad.

—Parece muy tranquilo contando todo esto —dijo Dolores Mutton.

—En verdad nunca había estado tan aterrado.

—Sabiedo que a usted le quitaron todo solo por ser judío... casi no me puedo imaginar cómo se ha debido de sentir, señor Loeser.

—¿Perdón? —Loeser había dejado de prestar atención a la aburrida anécdota de Gould.

—Cuénteme, ¿cómo logró salir? —dijo su marido—. ¿Fue de modo tan peligroso?

La vieja regla de Loeser de no mentir sobre sí mismo para impresionar no había sido oficialmente abolida, así que estaba a punto de informar a la mujer de que no era judío, que salió con un visado de turista que había conseguido en diez minutos y que jamás, en Berlín, se había visto en peligro ni había percibido que nadie lo hubiera estado. Pero entonces se acordó de Scramfield. ¿Pesó castigo alguno sobre Scramfield por su casi delirante nivel de engaño? ¿Por qué había hecho Loeser todo un viaje hasta Hollywood, donde la mitad de la población ficha cada mañana en la «factoría de sueños» y aun así persisten una y otra vez en corregir cada pequeño malentendido, mientras que en ese mismo momento Scramfield, un hombre que mató de un tiro a su prometida mientras practicaban sexo y después huyó, estaría engatusando a alguna viuda achispada para que le pagara la renta? Scramfield nadaba en sus mentiras como un pingüino. Loeser se rebozaba en el barro pero fingía estar limpio. Nunca más. Además, la señora Mutton era demasiado bella para llevarle la contraria; también pensó que le gustaba ese Gould y no quería que pareciera victorioso. Así que:

—Sí —dijo Loeser—. Mi fuga fue muy dramática.

—Continúe.

—Los avisaron de que iba a intentar salir por la frontera con Francia. Pero, como sabe, soy creador de efectos teatrales e hice uso de una de mis invenciones, llamada dispositivo de teletransporte. Puede ir de un lado a otro con la misma facilidad que un actor da vueltas por el escenario de izquierda a derecha sin ser visto.

—¿Cómo funcionaba? —preguntó una de las mujeres.

—Lamento no poder decir nada de mi invento mientras sea un recurso del que puede que tenga que echar mano. Me debo a mi clan.

—Claro, por supuesto.

El mayordomo se acercó para decirle a Dolores Mutton que la requerían dentro.

—¿Así que está en el mundo del teatro? —dijo Gould—. ¿Cuál fue su última producción antes de partir?

—*Lavicini* —respondió Loeser, aun sabiendo que nunca había sido representada.

—Vaya, ésa no la vi. Sin embargo, conozco a mucha gente del teatro, nos hemos debido de cruzar alguna vez. ¿Estuvo en la fiesta de Brogmann con todo ese brandy robado?

—No.

—¿Y cuándo Vanel dirigió un ballet nudista en la playa?

—No.

—No recuerdo que viniera al viaje al campo que organizó Klein.

—No. —No solo era que Loeser no hubiera ido a ninguna de esas fiestas, sino que ni siquiera lo habían invitado. ¿Quién era ese capullo y por qué pensaba que podía hacer sentir a Loeser como si se hubiera perdido toda la diversión de Berlín?

—Qué extraordinario resulta que ambos hayan tenido que hacer un viaje de una punta a otra del continente para conocerse por primera vez —dijo Stent Mutton.

—Imagino que ahora que está aquí trabajará para el cine, ¿no, Herr Loeser? —dijo Gould.

—¿Por?

—Es usted escenógrafo.

—Sí. Para el teatro, no para el cine. Detesto las películas americanas.

—Eso no significa que no vaya a ser absorbido —dijo Gould—. No sé por qué los jefes de estudio tienen tanto respeto por los alemanes. Le guste o no, no hay mejor forma para nosotros de ganarnos la vida en California. Mire a Hecht. Está trabajando para Goatloft.

—¿Quién es Goatloft?

—Dirigió *Cicatrices de deseo*. Muy potente. Ahora Hecht está ganando quinientos dólares a la semana. Casi unos mil quinientos marcos. Ciertamente no gana lo mismo que en Berlín.

—¿Está allí la cosa difícil para los escritores? —dijo Stent Mutton.

—A veces. Sobre todo si no consigues un préstamo de tus padres y no logras vivir a crédito. Yo solía trabajar de camarero.

«Qué jodidamente farisaico», pensó Loeser.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el Schwanneke —dijo Gould.

Para los testigos presentes, lo que ocurrió a continuación fue que Loeser, de algún modo, tropezó estando en una posición estable. Lo que en verdad ocurrió, algo que solo un cuidadoso análisis muy bridgeano podría haber aclarado, fue que trató de atizar a Gould en la nariz pero en su lugar lanzó un golpe tan tonto que ni siquiera su destinatario pudo identificarlo como tal. El problema fueron sus piernas, que habían empezado a convertirse en las alargadas piñas de pino que se suelen fijar a la pelvis de cualquiera que tenga el irrisorio nivel físico de Loeser después de haber dado una caminata de cuatro horas, y que no estaban, por lo tanto, en condiciones de realizar un repentino ataque vengativo. En realidad, tampoco fue el mismo Loeser, que no

tenía idea alguna de que estaba a punto de asaltar a Gould; sencillamente oyó «Schwanneke» y, sin una palabra de debate interno, se lanzó a la carga sin equilibrio rehaciendo a duras penas la mano como puño. En comparación, Scramfield en el Zelli's fue Max Schmeling. Y lo más lamentable de Loeser fue que se hubiera caído a la piscina de al lado como resultado de su chapucero gancho de izquierda; pero no lo hizo, porque Gould le agarró del hombro para evitarlo. Entonces Loeser, confuso, avergonzado por la imprevista ayuda de Gould, intentó, para compensarlo por exceso, empujarle y resbaló en una rodaja de lima que había desertado de la ginebra con tónica de alguien y cayó a la piscina. Ni siquiera había bebido todavía.

Tras salir trepando, Mutton le sugirió que fuera al dormitorio a cambiarse.

—Coja lo que quiera.

—No es necesario.

—Al menos una camisa.

Loeser se fue goteando hasta la casa tratando de evitar las miraditas y las risas y una vez en el dormitorio escogió una camisa y pantalones del enorme armario de Mutton. Igual que en casa de Blumstein, había un baño al lado del dormitorio principal y decidió ir allí a cambiarse para poder echar el cerrojo por dentro. Mientras se secaba el pelo con una toalla se percató de un par de costosas bragas francesas de color verde pistacho tiradas en el suelo al lado del baño; todos sus encajes, volantes y lazos le parecían cómicamente fuera de lugar, unas glándulas patógenas trasplantadas en ese paralelepípedo funcionalista preparadas para infectar toda la estructura con ornamentación sin sentido a menos que fuera inhalada primero por alguna rápida respuesta inmune loeseriana. A Loeser, que adoraba la ropa interior con encajes, volantes y, sobre todo, lacitos, llegando incluso a soltar lagrimones cada vez que veía alguna prenda en la lavandería por la punzada que recibía en su deseo sexual como si de una vieja fractura ósea se tratara, le fascinó un rato la idea de que esas bragas hubieran sido recientemente agriadas y endulzadas por la pelvis de una mujer tan encantadora como Dolores Mutton. Debido a esa inevitable demora todavía estaba abrochándose el cuello de la camisa cuando escuchó la voz de la mujer a través de la puerta.

—No. Esta vez estás pidiendo demasiado. Todavía es mi marido. ¿Y si nos descubre? Ya sé que piensas que no va a pasar, pero es más inteligente de lo que piensas. Podría pasar. Fácilmente podría pasar. Y no voy a hacerle pasar por eso. Acabaría con él. Sé que no te preocupa, pero ¿y si se divorcia de mí? ¿Qué demonios pasaría entonces? Ni tú ni yo queremos que pase eso. No estoy diciendo que lo dejemos, lo sé mejor que tú, pero tenemos que poner unos límites. No es bueno andar con amenazas. Yo no puedo, sin más. Lo siento, Jascha.

«¡Jascha!». ¿Podría ser en verdad Drabsfarben? Loeser puso la oreja en la puerta, pero si hubo una respuesta fue demasiado baja para oírla.

—Bueno, has elegido un buen momento para decírmelo —dijo Dolores Mutton tras una pausa—. Ya solo hablar así es de locos. Siempre me has dicho que tenía que

ser más discreta. Ven el jueves por la mañana, Stent estará en las oficinas del *Herald* casi todo el día. Ahora vete. Yo iré en unos minutos.

Loeser escuchó cómo se abría y cerraba la puerta del dormitorio. Entonces el picaporte de la puerta del baño se movió hasta que sonó el clic de la cerradura.

—¿Hay alguien ahí? ¿Hola? —Loeser consideró esperar hasta que ella se fuera, pero había posibilidades de convertir la situación en una especie de sitio. Abrió la puerta—. Ah, hola, señor Loeser —dijo Dolores Mutton—. Quizá debería haberle mencionado que preferimos que los invitados usen el otro baño.

—Lo lamento, señora Mutton, solo me estaba cambiado la camisa.

Mientras pasaban por el dormitorio ella le agarró con fuerza el brazo.

—No sé lo que ha podido escuchar ahora pero... —Hizo una pausa. Parte de él estaba locamente excitado al estar en contacto con su cálida piel—. No me preocupan los rumores, señor Loeser, y tampoco a mi marido. No en nuestras fiestas, no en nuestra propia casa. Espero que tenga esto en consideración antes de decir nada de lo que luego pueda arrepentirse. —Entonces le soltó el brazo, entró en el baño y cerró dando un portazo. A Loeser, conmocionado, lo único que se le ocurrió fue irse de la fiesta y bajar hasta la playa.

¿Cómo se le había ocurrido a Jascha Drabsfarben tener un lío con Dolores Mutton? En Berlín había montones de chicas codiciando al compositor. Por lo que le dijeron a Loeser, la razón era que todas sabían que no había forma de devolverle de nuevo la lujuria. Una vez, Hannah Czenowitz confesó borracha una fantasía en la que ella estaba de rodillas chupándole la polla a Drabsfarben mientras él componía en un piano de gran cola, tan absorto en alguna tonalidad poco habitual que ni siquiera se estaba enterando. Había un debate sobre si se masturbaba o no y un consenso en que probablemente lo hacía, una vez al mes, por razones de higiene psicológica, pero rápidamente, para poder volver enseguida a su música. Por lo tanto, las ocasionales relaciones utilitarias no parecían fuera de lugar; pero un asunto furtivo con una mujer casada habría conllevado demasiada distracción. Drabsfarben nunca hubiera tolerado un gasto semejante de tiempo.

Por otra parte, Loeser había escuchado que un montón de escritores extranjeros se quedaban bloqueados al llegar a Hollywood. Quizá Drabsfarben había perdido la inspiración ahí también y por primera vez estaba intentado usar a una mujer de musa. Ciertamente se podían escribir sinfonías sobre Dolores Mutton; solo sobre su escote se podía al menos escribir un *scherzo*. Y, sin embargo, aunque fuera inverosímil, Loeser estaba seguro de lo que había escuchado. La verdadera cuestión era si debía decírselo a Stent Mutton o no. Sí, ese hombre era un asqueroso fraude. Mintió a Loeser, aunque de un modo que Loeser no era capaz de explicar. Pero Loeser todavía adoraba sus libros. La verdad sobre Mutton no hacía menos reales a sus personajes; de hecho, ahora quizá parecieran más reales puesto que no podían entenderse como meros émulos de su creador, así que solo podían ser nacimientos espontáneos con una suerte de vida independiente mitificada. Y no había duda de lo que haría un héroe de

Stent Mutton con todo eso. Se limitaría a llegar allí. Decir lo que tenía que decir. En frases muy cortas.

Loeser volvió a la casa y se encontró a Stent Mutton en el patio, al lado de la gran barbacoa.

—Veo que encontré algo que le queda bien.

—Sí. Oiga, señor Mutton, necesito hablar con usted en privado.

—¿Sobre qué?

—Es muy importante.

Mutton lo acompañó hasta el comienzo de la colina, apartado de los invitados, en medio de un aforo de grillos.

—¿Y bien?

—Justo ahora, cuando me estaba cambiando, escuché una conversación en su dormitorio. Era entre su esposa y Jascha Drabsfarben, que es un viejo amigo mío de Berlín. Creo que están manteniendo una relación.

—¿Qué?

Loeser estaba comenzando a darse cuenta de que iba a ocasionar incluso más problemas que la última vez que había espiado a Drabsfarben, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Además, una conversación así le hacía sentir divertidamente auténtico y masculino.

—Su mujer le está siendo infiel con Drabsfarben —dijo—. Escuché lo suficiente para estar seguro y pensé que debía decírselo.

—¿Se trata de otra broma?

—No, señor Mutton. Hablo completamente en serio.

Mutton suspiró.

—Éste es el problema de casarse con una mujer como Dolores. Casi todos los hombres no sabrían qué hacer con toda esa belleza solo para ellos, así que piensan que yo tampoco sé. Piensan que debería compartirla un poco. Pero en verdad, señor Loeser, mi esposa me profesa devoción. No es perfecta, ni yo, bien lo sabe Dios, tampoco. Pero nos amamos más profundamente que nunca. Nada, y quiero decir nada, la persuadiría de engañarme sexualmente con otro hombre. Si de algo estoy seguro es de eso. Se equivoca usted. Le sugiero encarecidamente que abandone esta fiesta y que no siga escuchando a hurtadillas.

Probablemente Wilbur Gorge también estaba confiado, pensó Loeser y, mientras tanto Rackenham se estaba tirando a su mujer. Si la vida le había enseñado algo a esas alturas era que el resto de la gente tenía sexo con quien quería, todo el tiempo y era ingenuo esperar que fuera de otro modo.

—Si usted hubiera escuchado lo que yo...

—No me importa lo que crea haber escuchado. Por favor, salga de mi propiedad. Yo también hablo completamente en serio.

Loeser titubeó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mutton.

—Resulta que no tengo coche y su mujer dijo que su chófer me podía llevar de vuelta al Château Marmont.

—¡Adiós! —bramó Mutton. Entonces se dio la vuelta y volvió a la fiesta.

Eran casi las diez. Loeser sabía que no podía volver andando de vuelta a Hollywood salvo que quisiera pasar el resto de su vida en una silla de ruedas, así que decidió ir a la esquina de Sunset Boulevard y parar un taxi. Se dejó todo el dinero en los pantalones mojados, que todavía estaban colgados en el toallero del baño de los Mutton, pero podía coger más al llegar al Château Marmont. Sin embargo, tras un buen rato de espera, todavía no había visto un solo taxi, aunque, de cualquier modo, el tráfico allí era demasiado rápido para que nadie pudiera tener tiempo de verlo y llamarlo. Tendría que cruzar la carretera hasta la cafetería que vio en el lado este de Sunset Boulevard y pedir que telefonaran a un taxi desde allí.

Loeser realizó varios intentos y en ninguno llegó a cruzar más de la mitad de la fosa de asfalto sin ver un megalodón diésel cerniéndose hambriento sobre él, tenido que volver a la seguridad de la orilla. Y, por supuesto, no había ningún puente visible en dirección alguna. Pero ¿qué más podía hacer? Allí estaba sobre la hierba, sintiendo un creciente ardor de desesperación, cuando vio acercarse desde el este un coche verde de aspecto nada amenazador por la carretera perpendicular. Sacó el pulgar y trató de parecer un señor respetable.

El coche paró a su lado y el conductor bajó la ventanilla.

—¿Necesita que lo remolquen?

—Estoy tratando de llegar a Hollywood.

—Voy hasta Los Feliz.

El conductor quitó el seguro de la puerta del acompañante.

Loeser se aclaró la garganta.

—En realidad, necesito sentarme atrás.

—¿Qué?

—No puedo subirme en un coche privado salvo fingiendo que es un taxi.

—¿Va a pagarme?

—No.

El conductor se encogió de hombros. Tenía la mandíbula con el hoyuelo más grande que hubiera visto.

—Acomódese, amigo.

Loeser se subió en la trasera del coche. Incluso pese a tanta indulgencia, iba demasiado incómodo para dar conversación, así que se limitó a mirar por la ventanilla. Pasaron por los mismos hitos que Loeser había visto a la ida: grandes limones de papel maché, salchichas, conejos, bastones de caramelo y sombrero de vaquero señalando varios servicios para satisfacer al conductor. Con el sol del atardecer parecían planos, primitivos, ridículos, pero ahora, de noche, iluminados desde abajo con brillantes bombillas, se veían venir a sesenta kilómetros por hora emitiendo una especie de difusa grandeza megalítica. Quizá Achleitner llevaba razón,

pensó Loeser, disgustado. La Haus Vaterland de Kempinski era en verdad el futuro. La misma California no era otra cosa que una colonia de Kempinski, un increíble complejo propagado por una república. Pero entonces se le ocurrió que todos sus potenciales clientes estaban pasando a toda velocidad en sus automóviles y por lo tanto había que asegurarse de que la labor pudiera ser ejecutada a distancia en un instante. He ahí la puerilidad. Recordó que Wagner le escribió a su mujer durante una visita a Venecia ciento cincuenta años después de la muerte de Lavicini: «Da la impresión de que todo es parte de un maravilloso decorado. Su principal encanto consiste en que todo queda separado de mí como si estuviera en un teatro de verdad. Evito conocer a nadie para así conservar esa sensación».

Libros de lance

Loeser cerró la puerta rápidamente tras de sí para evitar contaminar la tienda con luz solar o aire fresco.

—¿Se decidió ayer por Nickel? —preguntó Blink.

—No. Sin embargo conocí a Stent Mutton. —La noche anterior, a la hora de dormir, estaba tan cansado que solo cerrar los ojos le producía una sensación de zambullida, como si la pata de un taburete se rompiera bajo él. Esa mañana se despertó tarde. Quería leer un rato, pero la única novela que había traído consigo a Norteamérica era *Berlín Alexanderplatz* y aunque después de trescientas nueve páginas tenía la sensación de que la trama estaba a punto de ponerse en marcha, pensó que necesitaría algo más potente para dejar de fijarse en las mujeres que rondaban la piscina, así que volvió a la tienda.

—¿Y cómo era el tipo?

Loeser estaba a punto de contarle a Blink la espantosa verdad sobre Stent Mutton cuando alcanzó a ver un libro de bolsillo en una pila cercana y casi involuntariamente se encontró cogiéndolo. Se llamaba *¡Damas! Cómo tirárselas* de Clark Snable. La cubierta tenía un dibujo vagamente infantil de una mujer desnuda en una cama con las sábanas arrugadas, los pechos enormes, con un pezón mirando arriba y otro abajo, como si estuvieran siguiendo las fases de la luna. «¿Cansado de sentirse como un zoquete invisible?», preguntaba la contracubierta. Definitivamente, Loeser estaba cansado de sentirse como un zoquete invisible. «¿Quiere aprender todos los reputados secretos para tener fácilmente romances sexuales con montones de ansiosas y calenturientas damas con clase cualquier noche de la semana, incluso los lunes?». Definitivamente, Loeser quería aprender todos los reputados secretos para tener fácilmente romances sexuales con montones de ansiosas y calenturientas damas con clase cualquier noche de la semana, incluso los lunes. Comenzó a leer. El papel era tan malo que tenía un tacto casi húmedo, como se podría decir que lo tienen los billetes de dólar, como si el mismo libro sudara ligeramente. Al cabo de un rato

Blimk dijo:

—¿Quiere sentarse?

—Prometo pagarlo —respondió Loeser.

—No se moleste. Honestamente, amigo, es estupendo tener a alguien aquí que no esté intentando masturbarse subrepticamente.

Así que Loeser se sentó junto a Blimk en una mecedora que había detrás del mostrador.

—¿Ha leído éste? —preguntó Loeser.

—No —dijo Blimk.

—Es fascinante. Según parece puedes seducir a cualquier mujer en menos de cinco minutos si le cuentas una historia sobre comerse un melocotón en una montaña rusa, lo que inconscientemente le hace pensar en sexo. Eso implica que se calentará con tocarle la rodilla.

—Eso es mentira.

—No, está probado. Este tal Clark Snable dice que lo ha logrado cuatrocientas veces.

Blimk refunfuñó. Se sentó con los codos en las rodillas y la cabeza reposando tan pesadamente sobre la palma de sus manos que su rostro se convirtió en una mueca derretida de total ensimismamiento, tanto que Loeser le preguntó qué estaba leyendo. Blimk le mostró una revista. Se llamaba *Historias Asombrosas* y en la cubierta había una espeluznante pintura de una gran mancha verde con muchos ojos y tentáculos a la caza de dos exploradores dentro de una caverna helada; encima había un emblema anunciando una serie llamada «En las montañas de la locura» de H. P. Lovecraft.

—¿Quién es H. P. Lovecraft?

—Un tipo de Rhode Island. Escribe historias de monstruos de otra dimensión. Cultos. Sacrificios humanos. Dioses de otro planeta. Están muy bien.

—¿De veras?

—Claro. Hay gente que cree que no es solo ficción.

—¿A qué se refiere?

—Hay gente que cree que es todo verdad.

—¡Pero si escribe para una revista llamada *Historias Asombrosas*!

—Sí, pero esta gente piensa que eso se debe a que todo cuanto dice es tan impactante que ningún periódico lo publicaría por miedo a que cundiera el pánico. Así que la única forma de dar a conocer la verdad es vestirla con un disfraz barato de Halloween.

—¿Quién puede llegar a pensar eso?

—He escuchado que gente de la élite (Cordell Hull, el secretario de Estado) cree en Lovecraft más que en su mejor inteligencia militar. De verdad piensa que Norteamérica está amenazada por antiguos espíritus venidos de más allá del espacio euclideo. Eso es lo que se rumorea.

—Es absurdo.

—Sí, puede, pero no puede culparse a un tipo por preguntarse si hay algo más en el cielo y en la tierra, etcétera, etcétera. Y no me refiero a lo que se lee en la Biblia. Me refiero a otras cosas. Cosas mucho peores.

Loeser pensó en Lavicini y todos los misterios del accidente del teletransporte.

—Supongo que no.

Blink sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Loeser.

—Llevo un tiempo fumando demasiado aquí dentro, voy a necesitar una chimenea. —Señaló con la cabeza una mancha marrón claro que había en el techo—. Creo que está saliendo una estalactita. —Ambos encendieron el cigarrillo—. Si no le importa que le pregunte, ¿de dónde viene?

—Alemania —dijo Loeser.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le ha traído por Hollywood? ¿Le echaron los nazis?

Loeser pensó que si podía ser honesto con cualquiera, podría serlo con un pornógrafo.

—Nada que ver con eso. Estoy buscando a una chica.

—¿Se fugó con alguien?

—En realidad nunca estuvimos juntos.

—¿Sencillamente le gusta mucho?

—Sí.

—¿Ha hecho todo este viaje a Norteamérica por un flechazo con una chica? Mi madre diría que eso sí que es amor puro.

—Nunca lo había pensado así. Sí, supongo que es amor puro. Por decirlo de algún modo.

—Romántico.

—*Genau*.

—¿Y ya la ha encontrado?

—No. En mi hotel hay todo un estante con direcciones telefónicas de California y esta mañana lo revisé entero. No está en la lista. Pero puede que haya cambiado su nombre. Especialmente si está saliendo en películas.

—¿Piensa que eso puede pasar?

—En verdad es muy guapa. Y ambiciosa. Tengo que investigar por los estudios. No sé qué otra cosa podría intentar.

—Debería contratar a un detective privado. Conozco a un tipo que vive al final del barrio; si se le da una semana es capaz de encontrar a cualquier persona en LA.

Blink escribió la dirección en otra tarjeta de visita y Loeser pagó *¡Damas! Cómo tirárselas*.

—¿Tiene algo de ese tal Lovecraft?

Blink entró en el cuarto de atrás, miró en un fichero y volvió con una revista.

—Éste es uno de mis favoritos: *La llamada de Chtulhu*. Puede llevarselo prestado pero lo necesito de vuelta.

Era una andrajosa copia de *Cuentos Insólitos* de 1928. Esta vez, el nombre de

Lovecraft aparecía en letras pequeñas dentro de un listado en la cubierta, los editores parecían haber encontrado más excitante un opus llamado «La tabla fantasma» de Elliot O'Donnell, ilustrada con el dibujo de un hombre con una pistola protegiendo a una mujer con vestido azul de una especie de malévola antigüedad con garras. Los de la Bauhaus no habrían destacado haciendo cosas como ésas, pensó Loeser.

La agencia de detectives Bevilacqua

El detective, cuya oficina estaba encima de un estanco, tenía una sonrisa que parecía como si estuvieran tirándole de las mejillas con unos anzuelos.

—Tome asiento —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Wallace Blink me recomendó que viniera a verlo —dijo Loeser—. Estoy tratando de encontrar la pista de una chica. Llegó a Los Ángeles hace tan solo unos meses.

Mientras Loeser hablaba, Bevilacqua desenvolvió una piruleta de cereza y se la puso en la boca. Cuando no estaba chupándola la apoyaba cuidadosamente en un cenicero.

—¿Tiene ella un interés especial en que no la encuentren? —dijo.

—Lo dudo.

—Debería ser muy sencillo, entonces. Le costará veinte dólares al día más gastos.

—¿Qué tipo de casos suele llevar? ¿Personas perdidas?

—La mitad son personas perdidas. La otra mitad, adulterio. Alguien piensa que su cónyuge tiene un lío y yo averiguo.

—¿Hace muchas veces eso?

—Mucho —dijo Bevilacqua, en un tono que sugería que casi no había matrimonio al oeste de las Rocosas que no hubiera ayudado a sofocar.

—Y dígame, cuándo le dice a un hombre que su mujer se está acostando con otro, ¿cuál es la reacción?

—Se enfurecen —dijo Bevilacqua, haciendo un gesto enfático con su piruleta—. Pero solo hasta que ven la prueba. Después, sencillamente se sienten agradecidos. Realmente agradecidos. A veces es patético. Vergonzoso. Las mujeres, en cambio, según mi propia experiencia, sencillamente se quedan calladas. Pero bueno, volvamos a los negocios. ¿Qué me puede decir sobre esta chica?

—Su nombre de nacimiento es Adele Hitler. Tiene veintidós años. Pelo negro, ojos verde oscuro. Habla un buen inglés con un fuerte acento alemán.

Bevilacqua buscó su libreta.

—¿Bonita?

—¿Perdón?

—¿Es guapa?

Loeser guardó silencio por un momento, entonces continuó:

—Lo siento. He cambiado de idea. Espero no haberle hecho perder demasiado tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Adiós, señor Bevilacqua.

Loeser salió raudo de la oficina. Debió de haber algo en la expresión de Bevilacqua en ese preciso momento que hizo que Loeser estuviera seguro de que si aquél encontraba a Adele, se la follaría. Después de todo, en los libros de Stent Mutton, los detectives privados siempre se follaban a toda mujer implicada en sus casos, desde la hija del cliente hasta la última chica del guardarropa. Tras lo ocurrido con Rackenham, no iba a dejar a Adele en manos de otro alegre depredador si podía evitarlo. Salvo que pudiera contratar a un detective privado que tres reputados doctores hubieran declarado impotente, tendría que encontrar a Adele sin ayuda alguna. Echó un ojo al bullicioso Sunset Boulevard. Igual que una vieja sequía se queda marcada para siempre en los viejos anillos de un árbol, en Berlín, si sabías dónde mirar, la Depresión todavía seguía allí, al pie de la corteza joven. Los Ángeles, en cambio, no parecía haber pasado sed jamás.

La casa de los Mutton

Con su nueva cámara colgada al cuello de una correa de cuero, Loeser acortó diagonalmente a través de los tupidos matorrales al borde de la carretera para estar al menos parcialmente cubierto por las ramas, mientras se aproximaba al patio de la casa. Al principio no había signo de Dolores Mutton pero, cuando se acercó, la vio a través del cristal, en la cocina, comiéndose una naranja; de repente, el diseño de Gugelhupf parecía específicamente hecho para facilitar la vigilancia. Evidentemente, Drabsfarben no había llegado todavía, así que Loeser se sentó a la sombra de un árbol, se sacudió el polvo de los pantalones y esperó. Un brillo esmeraldino adormilado en una roca unos pocos metros más allá provenía de un lagarto no muy diferente a Mordechai. Una brisa trajo el olor del océano: qué almizcle tan suave para tan enorme animal.

A punto de dar las nueve, un coche se detuvo, el compositor salió de él y entró en la casa. Lentamente y agazapado, Loeser cruzó el patio. Drabsfarben y Dolores Mutton estaban en el salón, ambos en posturas de enfado, como si nunca hubieran interrumpido su discusión desde la fiesta de hacía dos noches. Loeser tomó algunas fotos, pero necesitaba al menos que se besaran si quería obligar a Stent Mutton a admitir su error, antes de disfrutar de la gratitud que, según Bevilacqua, vendría tras la noticia.

—¿Qué carajo está usted haciendo?

El corazón de Loeser botó como una pelota de tenis. Se volvió. Había un chico rechonchete con camisa vaquera y un gran paquete marrón bajo el brazo.

—Soy amigo de los Mutton —respondió Loeser.

—Seguro que lo es —dijo el chico. Entonces agarró a Loeser de la correa con su mano libre y le llevó a trompicones hasta la rampa de la casa gritando—: ¡Señora Mutton! ¡Señora Mutton!

Dolores Mutton salió al patio.

—¿Qué es esto?

—Le traía la compra y vi a este gusano escondido tomando fotos. Es como un merodeador o algo así. Tiene acento extranjero.

—Muchas gracias, Greg. Conozco a este hombre. Ya nos había molestado antes. Hiciste lo que tenías que hacer.

—¿Quiere que espere aquí mientras llama a la policía?

—No, no es necesario. Yo trataré con él. Deja la compra y ya está.

Greg dejó la bolsa, ella sacó cinco dólares de su monedero y se los dio. Cuando el muchacho ya se había ido, dijo Loeser gimoteando:

—Solo vine a por mi camisa y mis pantalones.

—¿Por qué nos estaba tomando fotos?

—La casa. Es tan arquitectónica...

—Y un cuerno... —Ella le arrebató la cámara y la arrojó a la barbacoa. Chocó contra algo metálico y se rompió en pedazos. La luz del sol refulgía en su pelo rubio como atrapada en su interior—. Déjeme decirle algo, Herr Loeser. He visto a Jascha acabar con la vida de un hombre. ¿Ha cortado alguna vez una granada en dos y ha vuelto las mitades de dentro hacia fuera para llegar a los granos? ¿Recuerda el sonido que hace? Jascha es capaz de acabar con la vida de un hombre con un sonido no muy distinto y, desde luego, con mucho menos alboroto. Una vez estuve allí para verlo. Y oírlo. Si vuelve a intentar otra vez algo parecido, si vuelve a intercambiar una sola palabra más con mi marido, Jascha lo matará y hará que parezca un accidente. No podría pararlo ni aunque quisiera. Esa cámara se irá a la basura junto a su ropa y no quiero volver a verlo a un kilómetro de esta casa mientras viva. ¿Lo pillas? —Loeser estaba demasiado impactado para responder, así que ella repitió más alto—: ¿Lo ha entendido?

—Sí. Ya veo. Bien. Gracias. Adiós.

Loeser se dio la vuelta y salió corriendo.

Estaba aterrorizado, pero sabía que no podía ser cierto; lo que acababa de escuchar de boca de Dolores Mutton solo podía entenderlo en sentido figurado. Vívido, detallado, persuasivo y espeluznante pero, con todo, ciento por ciento figurado. Drabsfarben no era un asesino. Loeser estaba seguro de ello. Aunque también había estado seguro de que no era un follador. Ya no tenía ni idea de nada. Además, ¿qué tipo de lunático correría el riesgo de la silla eléctrica por dar cobertura a una transgresión tan menor como la infidelidad? Quizá un personaje de Stent Mutton. Pero nadie en el mundo real. Ojalá pudiera olvidar la cuerda de piano que tensaba la voz de Dolores Mutton. «Pues la belleza no es sino el comienzo de lo

terrible, apenas la soportamos y si la admiramos es porque desdeñosamente no se preocupa por destruirnos. Todo ángel es terrible». Eso era de Rilke. Resultaba evidente que en algún momento el viejo Rilke se había cruzado con Dolores Mutton.

La casa de los Gorge

Por entonces Loeser se había familiarizado con la arquitectura californiana y su vacua hibridación de gótico, tudor, misión y otros, pero la enorme mansión de techo rojo de los Gorge era una mezcla tan arbitraria y un oxímoron de estilos simplificados tal, que bien podría haber sido construida mediante la técnica del cadáver exquisito. Había columnas, torretas, arcos, enrejados, balcones, arabescos y gárgolas por todas partes, ninguna de las cuales parecía tener razón de ser, hasta el punto de que te hacía extrañar el alto vaso de hielo de Gugelhupf. Con todo, tenía un extraño encanto y el jardín delantero de la casa estaba cubierto de flores. Mientras esperaba en la veranda a que le abrieran, Loeser pensó por un momento haber visto a alguien mirándolo desde el asiento del conductor de un Chevrolet negro aparcado al final de la calle, pero antes de poder cerciorarse la puerta principal se abrió y un secretario personal de Gorge ya lo estaba invitando a pasar: un tipo epiceno llamado Woodkin.

—El coronel Gorge está en su estudio, pero bajará en un momento. Por favor, pase al salón.

La tarde previa, a su regreso del Château Marmont, Loeser había recibido un mensaje telefónico de Rackenham:

—Ceno con Gorge mañana por la noche; le he dicho que voy a llevar un invitado. Ven a las siete y procura no ser muy arisco.

En parte por esa última instrucción, en parte por haber incluido en el equipaje un artículo tan absurdo, se puso una corbata que su tía abuela le había dado, con un horroroso patrón repetido de esferas de reloj. Realmente no tenía plan para la noche. («Sí, coronel Gorge, estaría encantado de realizar una visita por la casa. ¿Por casualidad no podrá incluir su legendaria cámara de “libros raros”?»).

—¿Soy el primero en llegar? —dijo.

—No, el señor Rackenham ya está aquí. ¿Quiere algo de beber?

—Whisky, por favor.

—Me temo que el coronel Gorge no permite licores en la casa.

La dicción de Woodkin era tan grácilmente servil que no sonaba tanto como si estuviera hablando en voz alta como atrayendo tu atención hacia una particular combinación de unidades semánticas que consideraba que podrían resultarte atractivas.

—¿A qué se refiere? —preguntó Loeser.

—Ningún tipo de alcohol. Es muy estricto.

—¡Valiente Nuevo Mundo! O sea, a ver, ¿no tiene algo de colonia? ¿Isopropanol?

¿Vino para cocinar o algo similar?

—Me temo que no.

—¿Qué es lo que suele beber la gente aquí?

—El coronel prefiere ginger ale.

El salón tenía el tamaño de la nave central de una catedral. Rackenham estaba en la otra esquina, prácticamente fuera del alcance del oído, estudiando el retrato de un musculado hombre cano con una mirada lúgubre, casi demente, con esa clase de bigote que te hace saber que podría vencerte en un pulso. Había diez retratos similares colgados por la habitación y, mientras se abría paso entre la tupida alfombra dorada para reunirse con Rackenham, Loeser se paró, miró a su alrededor y se dio cuenta de que los radios de acero de la mirada de los retratados convergían en un eje invisible precisamente donde se encontraba él ahora. Dejó escapar un involuntario chillido de miedo, se apartó del lugar con un saltito y luego huyó. Rackenham le saludó con la cabeza y Loeser pudo ver que la placa de latón del marco del retrato más cercano rezaba «Hiram Gorge: 1854-1911». Miró a la gente que le rodeaba a izquierda y derecha.

—No entiendo —dijo—. El rostro de todas estas pinturas es el mismo. Es decir, no es solo un parecido de familia: son idénticos.

—Supongo que podrás imaginar la razón —dijo Rackenham.

Loeser carraspeó.

—*Mein Gott*, ¿quieres decir que Gorge es una especie de muerto viviente como Drácula?

—No, todavía no. Nuestro anfitrión puede trazar su línea familiar hasta el siglo XVII, pero no hay ningún retrato original que haya sobrevivido, así que encargó éstos cuando construyó esta casa. El artista era bastante bueno: te habrás dado cuenta de que la fisionomía se vuelve sutilmente más atávica cuanto más se retrocede en el tiempo. Por supuesto, no hay indicio alguno de que la madre de su abuelo fuera mexicana. O de que tiene parte de sangre criolla desde hace tan solo una o dos generaciones.

Loeser atravesó la habitación para ver el retrato al lado de la ventana, el «más antiguo», que mostraba a Gorge con peluca empolvada y pañuelo de encaje, con la leyenda «Auguste de Gorge: 1638-1739».

—¡No! ¿Gorge es descendiente de Auguste de Gorge?

—Sí —dijo Rackenham—. La mayoría de nosotros lo somos probablemente. De Gorge tuvo un extraordinario número de niños. La mayor parte, sin embargo, ilegítimos. La rama familiar de Wilbur Gorge fue prácticamente la única en mantener el nombre familiar.

—¿Cómo puede haber vivido ciento un años? —preguntó Loeser volviendo a caminar.

—Viejo para su época, sí, pero no llega a Drácula.

—Pensé que había caído en desgracia tras el accidente del teletransporte.

—Y cayó. Pero no murió. Parece que por poco.

Woodkin volvió con el ginger ale de Loeser. Cuando se volvió a ir, Rackenham se sacó del bolsillo una petaca, la abrió y volcó un poco de ginebra en el vaso de Loeser.

—Esta casa es *erstaunlich*.

—Siquiera es la más grande de la calle. Ésta es la acera de los millonarios.

—¿Heredó el dinero?

—No. El padre de Gorge murió sin un penique en Albuquerque. Sky-Shine pagó esta monstruosidad.

—Pero ¿cómo de rico te puedes hacer vendiendo... qué es eso que vende? ¿Abrillantador de coches?

—De cada diez latas de abrillantador de coches que se vende en este país, la firma de Gorge hace siete, bajo diferentes marcas. «Si emperifollas a tu mujer, ¿por qué subirla en un coche andrajoso?». Cada lata se vende a un dólar cuando cuesta diez céntimos fabricarla. Eso es lo que me dijo su mujer. Te puedes hacer increíblemente rico vendiendo abrillantador de coches. Pero no tiene heredero. El coronel y su esposa solo tienen una hija y no han compartido cama en diez años. Tampoco hay primos. El último se hundió en el Lusitania. Así que, diez generaciones después de Auguste de Gorge, el apellido muere en esta casa.

Que la mujer de Gorge no se lo estuviera tirando, pensó Loeser, sería obviamente la razón por la que él comenzó a compilar su famosa colección. Rico y poderoso como era, el tipo de hombre que bebía ginger ale a la hora de la cena era probablemente demasiado aprensivo moralmente para la infidelidad física, así que, como Loeser, se dedicó a la única producción que le está todavía disponible. A Loeser le pareció a la vez deprimente y reconfortante. Sin duda, le proporcionaba el tipo de «satisfacción» que un hombre debe de sentir tras colocarle el más avanzado y caro catéter del mundo.

—Entonces, ¿qué se siente? ¿Hiciste de él un «cornudo»? —Nunca había usado esta palabra.

—¿Has convencido alguna vez a alguien de que dejara que su mujer o marido le fuera infiel contigo? —dijo Rackenham.

—No.

—No hay nada más satisfactorio que la primera vez que lo logras. Yo tenía catorce, creo. Después se convierte en rutina, por supuesto, y Pasadena me queda muy lejos. Pero los chicos de Venice Beach no tienen dinero, el comercio de cocaína parece llevado por mexicanos circunspectos y no estoy dispuesto a coger un trabajo por primera vez en mi vida. A la mujer de Gorge le gusta comprarme cosas, pero al contrario de otras mujeres de la acera de los millonarios, nunca me da dinero en metálico porque le preocupa que me sienta como un *gigolo*. Como si no fuera tan miserable que no me importara un comino. Así que empeño todo. Por cierto, hoy ella no bajará. Amelia no quiere verme en la misma habitación que su marido. Siempre finge dolor de cabeza.

—¿Cómo es la hija?

—¿Mildred? Una de las féminas más desagradables que he visto en mi vida.

—¿Fea?

—No, de hecho tiene un culito bien prieto, como decíamos en el colegio. No se trata de eso. Lo entenderías si la conocieras. Ahora bien, es mejor que te advierta, hay una cosa más que tienes que saber de Gorge —dijo Rackenham—. Eso no es todo.

—¿A qué te refieres?

Rackenham estaba a punto de explicarlo cuando Woodkin dio paso a dos invitados más al salón. En su lugar se limitó a sonreír y murmurar a Loeser:

—Pronto lo verás.

Woodkin presentó a los recién llegados como Ralph Plumridge, asistente del coordinador de utilidad pública de la comisión de tráfico de Los Ángeles, y Wright Marsh, vicepresidente del consejo ejecutivo en el Instituto de Tecnología de California. A Loeser le dio un vuelco el corazón. En Berlín había tomado la determinación de no socializar con personas con carreras de verdad. Es imposible hablar con ellos.

—Casualmente llegamos al mismo tiempo, ¿vale? —dijo Plumridge sin dirigirse a nadie en particular—. ¡No somos una pareja de maricas! —De hecho, la aversión mutua de ambos burócratas era obvia por la absurda posición en la que se habían colocado, no uno al lado de otro sino ligeramente inclinados hacia el exterior, como dos agentes secretos obligados a tener una mirada periférica.

—Oye, Marsh, he escuchado que a uno de vuestros biólogos le revocaron la semana pasada la titularidad.

—No tengo noticia de ello.

—Sí, así fue. Los colegas del departamento dicen que estaba falsificando su trabajo de campo. Remitió un papel describiendo algo que ninguno de ellos había escuchado jamás en su vida.

—¿Qué era?

—Una especie de hombre, dijo, pero con dos grandes manchas en la barbilla, ¡y sin polla! ¡Ja, ja, ja! —Plumridge se palmeó los muslos.

Cuando Wilbur Gorge entró, miró como si fuera uno de sus retratos, si bien no era capaz de imitar ese volumen de bisonte. Antes de presentarse circuló por la sala, saludando a los nueve ancestros patriarcales por el nombre, comprobando al parecer la simetría de su bigote en su último retrato como quien se mira al espejo. Al final, se juntó con sus compañeros de tres dimensiones.

—¡Marsh! —gritó—. ¡Plumridge! ¡Rackenham!

Entonces miró a Loeser.

—Coronel, éste es el compañero del que le hablé por teléfono —dijo Rackenham—. Herr Loeser de Berlín. Es un viejo amigo mío.

Gorge le estrechó a Loeser la mano derecha de un modo que hizo que Loeser se alegrara de escribir con la izquierda y dijo:

—Qué horror de relojes.

Loeser se miró la corbata y le sonrió tímidamente la broma. Pero la expresión de Gorge era extrañamente seria.

—A deshora. No soporto los relojes charlatanes. Les puedo dar cuerda por usted si quiere. No entiendo por qué tiene tantos. Por lo general basta con uno.

Loeser titubeó y Gorge alargó la mano y comenzó a estrujarle la corbata.

—No encuentro la manivela —dijo Gorge—. Están fijos con un perno, ¿verdad? ¿Pegados?

Sus cejas estaban tan concentradas que casi parecían tumores.

—Es solo el dibujo de la corbata del señor Loeser, señor —dijo Woodkin acercándole un vaso de ginger ale.

—¡Corbata! Claro. Le suplico que me disculpe. ¡Marsh! ¿Esposa?

—Su hermana llamó justo antes de irnos. Una urgencia menor. Le envía sus disculpas.

—No sabía que estaba casado, Marsh —dijo Plumridge.

—Sí, el mes pasado. —Marsh sacó una foto de su billetera y la hizo circular entre los presentes.

—Felicidades, muchacho. Justo a tu nivel —dijo Plumridge.

—Hola, señor Marsh —dijo Gorge educadamente. Pero entonces, cuando Marsh iba a volver a meter la foto en su cartera, Gorge le agarró la muñeca—. ¡Por el amor de Dios, hombre, no la vuelva a meter ahí! No hay aire. Seguro que se sofoca. ¿No le importa un comino su mujer?

—Es solo una fotografía, señor —dijo Woodkin.

—¡Fotografía! Claro. Perdóneme.

—¿Disfrutaremos de la compañía de las damas Gorge? —preguntó Plumridge a Gorge.

—No. Arriba anda su calavera. Fuera, en Radcliffe. Esta noche, despedida de soltera.

Tras un momento de análisis, Loeser dedujo que se refería respectivamente a su mujer, a su hija y al acontecimiento. Gorge se volvió hacia Woodkin.

—Dile a Watatsumi que deseche el atún. No necesitamos comida de damiselas.

Woodkin asintió y salió.

—Loeser, ¿nazi? —preguntó Gorge.

—¿Perdón? —dijo Loeser.

—¿Nazi? —repitió Gorge como si le estuviera ofreciendo un aperitivo.

—No, Loeser no es político —intercedió Rackenham—. Está muy contento, estoy seguro de ello, de haber escapado de todo el horror que está teniendo lugar en Berlín.

Loeser pensó en Brecht y asintió.

—La última vez que vino el profesor Einstein al Instituto me dijo que pensaba que pasaría mucho tiempo antes de poder volver a casa —comentó Marsh.

—¿Cómo es? —dijo Rackenham.

—Fascinante. Ya sabes, el año pasado una mujer donó diez mil dólares al laboratorio Robinson a cambio de conocerle. Y le valió la pena cada centavo, diría yo.

—¿Hablaron mucho él y Bailey? —preguntó Gorge.

—Lo hicieron, sí. Algo inusual. El profesor Bailey es normalmente muy reservado con su trabajo.

—¿Por qué necesita un físico del CalTech ser reservado? —dijo Plumridge—. Juegan con átomos, no patentan un tostador.

—Se niega a dar la más mínima pista sobre sus investigaciones hasta no estar seguro de que lleguen a ser algo digno de consideración.

—¿Campo? —dijo Gorge.

Marsh titubeó.

—Física.

—¡Eso ya lo sé! ¿Rama? —Marsh no respondió—. ¿Teórica o aplicada? —preguntó Gorge. Marsh siguió sin responder—. ¿No lo sabe o no nos lo quiere decir?

—No lo sé —respondió finalmente Marsh.

—¿Quiere decir que no tiene ni la menor idea de lo que su mejor científico está haciendo? —se mofó Plumridge—. ¿Salvo que se trata de «física»? ¿No habla de veras con nadie de eso?

—Tiene un ayudante de investigación —dijo Marsh—. Pero eligió a alguien externo a la facultad para acabar con los rumores de departamento, de hecho no es un especialista. Todo lo que sé es que está en contacto con las cúpulas del Departamento de Estado. Para ser sinceros, muchos de nuestros físicos lo están. Aunque no debería decir más sobre el tema.

—Armas —dijo Gorge.

—Quizá —dijo Marsh—. Como saben, el señor Millikan está normalmente en contra de la participación federal en las ciencias, pero cree que se puede hacer una excepción con la investigación en defensa.

—Hice una inversión, por eso pregunto. Me tomo interés.

—Por supuesto.

—El coronel acaba de darle al CalTech una gran suma de dinero —le explicó Rackenham a Loeser.

—Un millón de dólares para el auditorio Gorge —dijo Gorge—. Programen algo de teatro. No pueden estar todo el tiempo en los laboratorios los estudiantes. Inauguró una casa de la ópera en París mi tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátarabuelo. Inauguró un sucio número de guiñoles en Orleans mi tátara-tátara-tátara-tátara tátarabuelo. Tradición familiar. No es mi juego, pero, ¡maldita sea!, estoy orgulloso de él.

—Cuando se finalice, el auditorio Gorge será uno de los más señeros edificios de todo el campus —dijo Marsh.

—¡Oh, vaya logro! —exclamó Plumridge.

Woodkin volvió al salón.

—Watatsumi dice que la cena está casi lista, señor.

—¡Al refectorio! —dijo Gorge y los cinco le siguieron hasta el comedor, donde una enorme araña de cristal colgaba galácticamente sobre una gran mesa. Todos se sentaron menos Woodkin, que permaneció de pie junto a su patrón como un ayuda de cámara. Dos damas trajeron cinco bandejas de plata, dentro de las cuales había una hamburguesa con queso y un cuenco chino de patatas a la francesa.

Loeser vio que Rackenham, sentado a su lado, había cogido una pluma estilográfica y había dibujado una especie de mancha cuneiforme irregular en su servilleta. Después le dio la servilleta a Loeser y le susurró:

—Dile a Gorge que no te gustan los pepinillos y que si él los quiere.

—¿Por qué?

—Simplemente díselo. Como a ti no te gustan los pepinillos, igual él sí los quiere. Le encantará. Te lo prometo. Todavía no entiendes los modales americanos en la mesa.

Loeser se aclaró la garganta. No quería hacer nada así pero como estaba ahí únicamente gracias a Rackenham sabía que no podía negarse.

—Coronel Gorge, creo que no me apetecen los pepinillos, quizá quiera usted...

Pero Gorge ya le había arrebatado la servilleta de la mano.

—¡Más para mí! —exclamó alegremente mientras se la metía en la boca. Entonces, bajo la horrorizada mirada de Loeser, el magnate comenzó a masticar.

Woodkin dio un paso adelante.

—Eso no es un pepinillo, señor, es solo el dibujo en tinta negra de un pepinillo sobre una servilleta.

Gorge escupió el amasijo de algodón empapado. La acción de su mandíbula había sido tan poderosa que ya había deshilachado los ribetes.

—¡Cierto! ¡Una servilleta! Le ruego que me disculpe —se rió diligentemente—. Buena broma, Krauto. Una jodida buena broma.

Woodkin, que presumiblemente había observado la culpabilidad de Rackenham y la inocencia de Loeser, dijo:

—En verdad, señor, puede que no todo el mundo en esta mesa esté al tanto de la peculiaridad de su enfermedad.

—Ah, ¿no? Vale. La explico: no puedo diferenciar entre las imágenes y las cosas reales. ¿Lo pillan? Simplemente no puedo. Las confundo del carajo. Tiene que ser Woodkin quien me lo recuerde. Suele estar todo bien, pero es el abrillantador: Sky-Shine. He inhalado demasiado con los años, trabajando la fórmula, testando el producto, durmiendo en los almacenes. Abrillanta la testa de inmediato. Los doctores no saben qué hacer. No los culpo. Por eso no puedo beber: me sienta peor. Me las arreglo bien, creo. Todavía puedo con todo lo demás. Excepto deletrear. Nunca pude deletrear, creo, desde que era un cachorro; nada que ver con el abrillantador. De cualquier modo, deletrear es una pérdida de tiempo. ¡Una pérdida de jodido tiempo!

—Como dice el coronel Gorge, su severa agnosia visual no ha afectado a su olfato para los negocios —añadió Woodkin—. Sencillamente necesita trabajar en una oficina que no tenga fotografías, diagramas o arte figurativo de tipo alguno.

—Cierto. Nada de imágenes de ningún tipo. ¡Como los jodidos musulmanes! Tampoco puedo ir a ver películas. Fui a ver *Shanghai Express* hace dos años. No debí, pero Dietrich... Diles lo que pasó, Woodkin.

—Cuando comenzó el film, el coronel Gorge pensó que lo habían drogado, raptado y llevado a China. Asaltó a uno de los chicos de las palomitas, se dio a la fuga y se encontró de repente en Hollywood Boulevard. Enseguida observó un cartel de un producto de depilación que hacía uso cómico de la imagen de un gorila de montaña e intentó luchar contra el animal una vez puso a salvo a una chica que pasaba por allí.

—Enseguida vi mi error, por supuesto. Me sentí como un loco. Pagué por todos los daños. —Gorge le puso siete u ocho cucharas colmadas de mostaza a su hamburguesa y entonces se volvió a sus nuevas amistades—. ¿Vive usted dónde, Krauto?

—En el Château Marmont —respondió Loeser, que creía haber escuchado mal la primera vez que Gorge le llamó «Krauto».

—No sé cómo puede soportar vivir en un hotel —dijo Marsh—. No hay privacidad.

—Sí, se tenía que haber mudado, sin duda. ¿No tiene usted unas propiedades por aquí cerca, coronel? —preguntó Rackenham.

—Creo que sí. ¿Woodkin?

—Una sola actualmente, señor. Posee una casa en ese incómodo triángulo de tierra entre sus canchas de tenis y la mansión Sprague. Ahora mismo está desocupada.

—¿Por qué demonios está desocupada?

—Es muy pequeña, señor, y ahora sirve para aparcar un coche.

—¿La quiere, Krauto?

—¿Perdón?

—¿Quiere alquilarla? Convenga un precio con Woodkin. No es necesario pagar mucho. No sirve para nada dejarla vacía.

—Vamos, coronel, no todo el mundo quiere vivir en Pasadena —dijo Plumridge—. Ni siquiera le ha preguntado.

—Bien visto. ¿Quiere vivir en Pasadena, Loeser?

—Es bonito, pero está un poco alejado —explicó Plumridge.

—No, si trabajas en el Instituto —dijo Marsh.

—Pero él no lo hace —observó Plumridge.

—Loeser, ¿me permites? —preguntó Rackenham—. Al parecer, todo el que llega a Los Ángeles desde Berlín se establece en Pacific Palisades. Y es difícil encontrar una zona de Los Ángeles más alejada de Pacific Palisades que Pasadena.

Solo entonces comenzó Loeser a vislumbrar algo que primero atisbara en la sombra mientras huía de la oficina de Bevilacqua: el miedo a no encontrar a Adele mañana, o al día siguiente, o al siguiente; la dispersión te fortalece no solo contra la casualidad sino también contra el encuentro fortuito; dos hombres ciegos buscándose en una ciudad pueden morir antes de chocarse; no hay deseo ni determinación que pueda superar el mero volumen descomunal de este lugar; después de haber abusado más que suficientemente de la herencia de sus padres con unas vacaciones en París, si permanecía en el Château Marmont pronto se quedaría sin dinero y tendría que volver a casa sin ningún presente que mostrar de su estancia.

Probablemente sería verdad. Pero no le importaba. No tenía sentido que continuara ahí, en ese absurdo país, un solo día más del que debía.

—Lo siento, coronel Gorge —dijo—, pero como antes le dije a Rackenham, no estaré en California tanto como para necesitar una casa de mi propiedad. Pronto volveré a Berlín.

—Dígame, Herr Loeser, ¿cómo son los tranvías en Berlín? —quiso saber Plumridge.

—Fantásticos —dijo Loeser con cierto fervor—. Al margen de Nerlinger, que hizo unos cuadros del metro, nadie de por allí parece interesarse con detalle por el transporte público.

—Ustedes, compañeros, tienen los primeros tranvías eléctricos del mundo, como sabe.

—No lo sabía.

—Claro. Siemens. Preciosa ingeniería. Tenía una radio de ellos. Pero tuve que deshacerme de ella. Están financiando a los nazis y la familia de mi mujer es judía.

—Esta mañana monté en uno de sus tranvías americanos —dijo Loeser.

—¿Adónde fue?

—De Hollywood a Pacific Palisades.

—¿En la Santa Monica Air Line, supongo? La segunda línea más antigua de California. Solía funcionar todo el día, Red Cars, de ESC a la costa. Ahora solo funciona en la hora punta, e incluso casi ni eso. Lástima. Ya sabe, Los Ángeles tenía el mejor sistema de transportes de todo el país. Ahora no tenemos prácticamente nada.

—He escuchado que han sido los de General Motors lo que han acabado con el tranvía —dijo Rackenham—. Una especie de conspiración.

—¡Propaganda roja! —exclamó Gorge, golpeando tan fuertemente la mesa con el puño que Loeser creyó ver su media hamburguesa separarse momentáneamente en sus distintas secciones horizontales.

—Nuestro anfitrión tiene gran parte de razón —dijo Plumridge—. Las compañías de tranvías están acabándose por muchas razones, pero no tiene que ver nada con una conspiración. Lo principal es que la gente las odia. Y así debe ser. Estas compañías fletan el mínimo número de coches que pueden. No tienen en cuenta ni la seguridad

ni la higiene. Engañan y sobornan. De cualquier modo, muchas de ellas solo se crean para manipular bienes inmobiliarios. Pero, aunque fueran un consorcio de santos, no podrían durar mucho. El problema es el tráfico. ¿Quién va a tomar un tranvía cuando tiene que esperar en los atascos del centro como si fuera en cualquier otro cacharro? No puedes obtener una ganancia. No la suficiente. Ni antes ni después de que llegara la Depresión. No, no podemos confiar nada a las compañías de tranvías. Lo tiene que hacer la ciudad. Pittsburgh acaba de comprar todas las compañías de tranvía privadas y van a correr con las pérdidas el tiempo que sea necesario para mejorarlas.

—¿Cómo se puede permitir la ciudad comprar las líneas de tranvía? —preguntó Rackenham.

—No puede. Las compañías de tranvías exageran el valor de sus activos para mantener a los bancos y a los accionistas felices. Pero incluso aunque nos dieran un precio justo, no valdría la pena. Dejemos que se hundan. Por otra parte, nosotros comenzamos de cero. Los Ángeles no es Pittsburgh. Nuestras ambiciones tienen que ser muchísimo mayores. Primero y principal, las líneas tienen que ser elevadas para evitar el tráfico. Habríamos tenido unas líneas elevadas en el veintiséis de no haber sido por Harry Chandler.

—¿Quién es ese tipo? —dijo Loeser.

—El tirano del *LA Times*. Pero volvamos al tema. Las compañías de tranvías quieren construir la nueva Union Station en la Cuarta con el centro. Allí tienen derecho de paso hacia cualquier dirección, luego podría ser una terminal para las líneas elevadas. Pero Chandler tiene bienes inmobiliarios en el Plaza, por el viejo Barrio Chino, así que era allí donde quería la Union Station. Puso al *Times* a trabajar y ahora la Union Station está en el Plaza, donde nadie puede tomar un tranvía. —Una negociación de terrenos, pensó Loeser, igual que cuando Luis XIV mató a Villayer para que la oficina de correos de Villayer no pudiera redimir la corte de los milagros. Puede que las ciudades no sean otra cosa: negociación de terrenos sobre negociación de terrenos, con un millón de cálidos cuerpos triturados en el mortero—. De cualquier modo, esta vez, no dejaremos que Chandler acabe con el plan. Rackenham, ¿puedo pedirte la pluma? Gracias. —Plumridge desdobló su servilleta sobre la mesa—. No queremos construir la terminal en el centro de la ciudad, la construiremos en el norte de Hollywood, al pie de las colinas. Después conectaremos con todos los barrios de Los Ángeles. —Esbozó un mapa de la ciudad, con un gran recuadro en el cruce de Sunset Boulevard con North Kings Road y rutas haciendo bucles en cada dirección—. Por ejemplo, Rackenham, podrías llegar de Venice Beach a Pasadena en treinta minutos si tomas un exprés. ¿Cuánto tiempo tardarías hoy día por el tráfico? ¿Sesenta minutos? ¿Noventa minutos? —Entonces, Marsh extendió el brazo por encima de la mesa para señalar un error tirando el ginger ale de Loeser, que se desparramó por la servilleta.

—¡Sangre de Cristo! —gritó Gorge, saltando de su asiento—. ¡Teléfono, Woodkin! ¡Periódico! ¡Ambulancia! ¡Miles de ahogados!

—Es solo un mapa, señor. No es en verdad el mismo Hollywood.

Gorge tosió y se sentó.

—¡Mapa! Cierto. Discúlpenme. Más ginger ale para Loeser.

—Lo haremos más rápido, barato y moderno de lo que nadie jamás haya visto —dijo Plumridge—. Tenemos todo tipo de ideas. Algunos de los coches tendrán un techo que se quitará cuando esté soleado, como en un descapotable. Estará equipado con fuentes de soda y estanterías de revistas, como si fuera uno de nuestros *drugstores*. Café. Quizá cócteles por la noche. Bandas de jazz. En breve la gente estará acostumbrada a salir sin sus Packards. Sabrán que acaben donde acaben, un tranvía los podrá llevar de vuelta a casa; nunca se quedarán tirados. Ahora se ponen a andar y enseguida se dan cuenta de que está todo tan jodidamente agrietado que cogen un coche y se pasan una hora dentro circulando solo para comerse un filete. Ya saben, mi mujer viene de Nueva York. Está acostumbrada a ir andando a todas partes desde que era pequeña. No entiende esto. Puede que algún día logremos que Los Ángeles se parezca a Nueva York.

—Nueva York es una mugrienta ciudad pasada de moda —dijo Marsh mientras las sirvientas se llevaban las bandejas—. Nueva York fue hecha para caballos y carros. Ahora tenemos electricidad. Teléfonos. Automóviles. La proximidad ya no es un parámetro relevante. La ciudad moderna es como el agua. Fija su nivel según el volumen que hay disponible.

—Pero si es ése el caso, ¿por qué necesitamos siquiera una ley contra los edificios altos en el centro de la ciudad? Si la gente aquí necesita expandirse tanto, ¿por qué tenemos que prohibir expresamente que se construyan rascacielos y áticos?

—Porque si después hay un terremoto no queremos una masacre como la de San Francisco o Lisboa; por esa razón. La lección no es nueva. ¿Han leído la carta de Rousseau a Voltaire?: «Apenas sí se puede llamar natural a juntar veinte mil casas de seis o siete plantas».

—Pasan cientos de años entre terremotos como éstos. La ley es draconiana. ¡Todo lo que muestra es que las personas anhelan la densidad! La verdad es que la «ciudad moderna» no es como el agua, es como el aceite: se extiende, se escurre, mancha. Ya sabes, si no hacemos nada, en unas pocas décadas, cuatro quintas partes del centro serán espacios de aparcamiento. ¡Cuatro quintas partes! ¿Qué clase de ser humano querrá vivir en una ciudad como ésa? Ya sé que aquí hay todo el espacio que se necesite. Ya sé que la gente adora los coches. Ya sé que parece que no hay otra manera de hacerlo. Pero piensa en la fundación de Los Ángeles. No había razón para fundar una ciudad aquí. No hay puerto, no hay río. Ni siquiera hay agua para beber. Hay nueces. Pero, con todo, el sitio comenzó a existir de un modo casi arbitrario. Y si pudo hacerse eso, se puede hacer lo que se quiera. Después de todo, el lugar está todavía en su primera infancia. Si se quiere que crezca como Nueva York, se puede. Como Nueva York pero con cultivos de aguacate.

Marsh agitó la cabeza con desdén. Las sirvientas volvieron con pudín y una

especie de crepe de fresa con helado de vainilla y sirope de arce. Loeser nunca se había encontrado en su vida con esta delicia y el puro placer que corrió por su boca desde el primer bocado fue tal que parecía desbordar el limitado canal que había para él en las cañerías hedónicas de su cerebro, antes de desbordarse en el seco depósito sexual adyacente y provocó en Loeser lo que éste sintió como lo más cercano a un orgasmo no autoadministrado en cuatro años. Se comió el resto con tal deleite que solo después se dio cuenta de que se lo había comido con audibles gruñidos y que su estómago estaba duro como una piedra. Siempre había odiado el final de las comidas, cuando se abren largas brechas de tiempo entre distintas intervenciones: había algo repulsivo e indignante en la conciencia compartida de la básica incapacidad del ser humano para pensar y digerir al mismo tiempo. La conversación viró aletargadamente hacia el trabajo de Marsh en el Instituto de Tecnología de California, donde, decía, andaba distraído de sus propios deberes administrativos por un problema tan desagradable que no podía sacarlo a colación después de comer. Entonces, por supuesto, Gorge le obligó a hacerlo. Bien, pues:

—No paramos de encontrarnos perros muertos por todas partes —dijo—. Ya van seis. Mutilados y destripados.

—¿Es tan mala la comida de la cafetería? —comentó Plumridge.

Marsh lo ignoró.

—La cosa es que sabemos quién lo está haciendo. Tenemos un conserje llamado Slate. Slate realiza su trabajo muy metódicamente. Así que, en verdad, aunque le pilláramos sobre un beagle muerto con un cortador de linóleo en la mano, no podríamos hacer nada. Muchos de los estudiantes están atemorizados. Y yo me tengo que pasar el día pidiendo disculpas; cuando tendría que estar concentrado en el auditorio Gorge.

Loeser se dio cuenta demasiado tarde de que una cena sin vino no suele acabar mucho después del último plato. Estaba cada vez más cerca de *Medianoche en la escuela de enfermería*. Por lo que sabía, la colección de Gorge debía de estar en un túnel secreto. El único plan que se le ocurría era esperar inadvertidamente hasta que el resto de invitados se fuera y entonces buscar un modo de sacar el tema con Gorge. ¿Se atrevería a hacerlo? Antes de tomar una decisión, Marsh y Plumridge se habían acabado los cigarrillos y estaban poniendo excusas. Entonces dijo Rackenham:

—Ya sabe, coronel, Loeser no tiene ningún modo de volver a casa.

—Woodkin: trineo.

Así que Loeser consiguió volver a casa en el asiento trasero de la limusina de Gorge, la que tomó como si de un taxi se tratara. Mientras pasaban por Palmetto Drive, Loeser dijo:

—El coronel Gorge parece tener una reseñable vigorosa salud para un hombre de su edad.

—Sí —afirmó Woodkin—. Lo atribuye a una operación que tuvo hace unos años.

—¿Qué tipo de operación? —preguntó Loeser, con la sensación de conocer de

antemano la respuesta.

—Fue una invención de un cirujano francés. Pasó por California en el veintiséis y el coronel contrató sus servicios. Quizá haya oído hablar de él. El doctor Sergéi Voronoff.

—No. Creo que no he escuchado ese nombre en mi vida.

—La operación normalmente consiste en el trasplante de ciertas glándulas de primate en el cuerpo humano. Pero el coronel no creía que nada que salga de un «pequeño chimpancé» le pudiera valer para algo.

—Entonces, ¿de dónde sacó las glándulas?

—De un coyote. El mismo coronel lo abatió.

Loeser pensó que era su última oportunidad para sacarle algo de provecho a la noche, así que tenía que ser audaz.

—¿La caza es uno de los entretenimientos del coronel Gorge?

—Sí. Es muy eficaz con el rifle. Y el arco. Y los tomahawk. Y con las manos.

—¿Tiene otras aficiones?

—Varias.

—¿No incluirán...? Un mutuo conocido me contó que el coronel Gorge tenía una impresionante colección de...

—¿Sí?

—De especiales incunables, como supongo que me podrá confirmar.

—Me temo que no estoy seguro de a qué se refiere. El coronel no es particularmente buen lector. Sus aficiones son mayormente de exterior. Por cierto, señor Loeser, si cambia de idea con respecto a lo de la casa de Pasadena, no necesita más que llamar. El señor Rackenham viene frecuentemente por la mansión, así que le puedo dar las llaves y él podría dejárselas cuando vuelva usted de Venice Beach. No voy a tener tiempo de mostrarle yo mismo la casa, me temo, pero puede usted ir y visitarla cuando quiera. Si quiere, sencillamente múdese allí. Si no quiere, me puede devolver las llaves sin problema. Se la podríamos dejar por treinta dólares al mes. Como dijo el coronel Gorge, no sirve de nada dejarla vacía.

Incluso Loeser, pese a su escaso conocimiento del valor del dólar americano, sabía que era una renta barata. Y continuó:

—Muy amable de su parte, pero no será necesario.

Se dio cuenta de que no iba a llegar a más con Woodkin y por primera vez se preguntó si, después de todo, los chismes de Blink no tenían base alguna. Puede que esta noche hubiera perdido el tiempo. Pero entonces conectó una cosa que tendría que haber conectado hacía una hora. Si Gorge y su mujer ya no dormían juntos, la descuidada compañía no tenía que ser necesariamente femenina. Un hombre con los problemas neurológicos de Gorge debía de apreciar altamente ciertos tipos de estímulos fotográficos. De hecho, con cierto mareo, Loeser pensó lo mucho que disfrutaría de un libro como *Medianoche en la escuela de enfermería* si tuviera la suerte de tener un desorden como la agnosia visual. Claro que puedes iniciar una

colección. Claro que puedes seguir añadiendo títulos hasta hacer la mayor del mundo. Claro que puedes olvidarte de tu mujer. Loeser estaba a punto de querer inhalar él también un galón de abrillantador. Nunca más tendría que preocuparse del rechazo.

Aunque nadie le hubiera dicho que no sería en esa ciudad, observó. Probablemente, incluso si te acercaras a una chica rogándole que te dejara follar con ella te diría:

—De veras que lo siento, pero justo en este momento no tenemos un hueco disponible. Sin embargo, le tendremos en mente y veremos qué se puede hacer en breve. Apreciamos su interés y somos conscientes de su buena cualificación.

Mientras paraban un minuto en un semáforo en rojo, pudo ver al lado de la carretera, justo al lado del patio de un colegio, un bosquecillo de torres de perforación de petróleo con marcos de madera negra a modo de torres de vigilancia en la playa. Las había por todas partes de la ciudad, todo el tiempo, asintiendo y asintiendo y asintiendo en una estúpida afirmación sin fin. Quizá cuando llegue el gran terremoto todos comiencen finalmente a agitar la cabeza.

El Château Marmont

Le despertó el teléfono. Cada noche que dormía en California, sus ojos habían producido una cantidad casi geológica de legañas secas como residuos de la lenta adaptación de su cuerpo al clima. Se limpió y alcanzó el receptor.

—*Hallo?*

—Soy Dolores Mutton.

—¡No he, ahora, no he estado cerca de su casa! —chilló Loeser, tan asustado que su gramática comenzó a flaquear.

—Sí, quería hablarle de eso. Le ruego que me disculpe, señor Loeser. No puedo expresarle lo mal que me siento por mi comportamiento de ayer. Sencillamente se acercó a coger su ropa y tomar algunas fotos y le traté como una especie de indigente. Y me sentí igual de mal antes que durante la fiesta. Puedo ser un verdadero ogro cuando me enfurezco y no vuelvo a mis cabales hasta que no es demasiado tarde. No puede usted imaginar la cantidad de amigos que he perdido. El pobre Stent se lleva la peor parte, claro. Si alguna vez me perdonara sería bienvenido en mi casa cuando quiera. Y por supuesto repondré la ropa y la cámara. Por cierto, imagino que se preguntará por qué su amigo Jascha estaba ese día en casa. Puedo explicárselo. Jascha está en la junta del Comité de Solidaridad Cultural. Estábamos teniendo una reunión informal. Y, de hecho, señor Loeser, su nombre salió esa mañana. Hay un sitio vacante en la junta y tenemos la esperanza de poder llenarla con una persona de su raza. No quisiera ser muy brusca, pero la mayor parte de los refugiados que llegan a Norteamérica son judíos y todavía no tenemos un miembro judío en la junta; es realmente vergonzoso. Imagino que no está interesado en ser miembro del Comité,

¿no? No podemos ofrecer mucho dinero, solo un salario simbólico, unos treinta dólares al mes, pero las responsabilidades son livianas y estaríamos muy honrados de contar con un artista como usted entre nosotros. ¿Qué me dice?

Loeser estaba encantado al darse cuenta de que lo estaban comprando. Evidentemente, Dolores Mutton había hablado con Drabsfarben y decidido que los sobornos son más seguros que las amenazas. Imaginó que, en caso de rechazar el soborno, seguirían con las amenazas.

—Estoy muy agradecido por la oferta pero no estaré en Los Ángeles tanto como para aceptar un trabajo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Así pues, ¿podemos considerar toda la cuestión zanjada para siempre? Toda la cuestión —repitió significativamente.

Hubo una pausa en la otra parte de la línea.

—Entiendo. Gracias, señor Loeser. Adiós.

Loeser decidió desayunar en el restaurante del hotel. Se vistió y bajó las escaleras con un ejemplar de *Los Angeles Herald* que encontró en un aparador. Había una historia sobre algunos musicólogos que habían medido la frecuencia sonora del ruido del tráfico en varios puntos de la ciudad y habían descubierto que la tonalidad de Los Ángeles era un fa natural.

Hojeando rápidamente la política internacional y los cotilleos de Hollywood llegó a un artículo nada menos que de Stent Mutton con un detallado relato de su viaje por la Unión Soviética. La prosa era tan distinta a la de sus novelas que era hasta difícil creer que fuera el mismo autor de *Llanto contenido* o *Cadena de montaje*. Explicaba que, pese a su escepticismo inicial, tras quince días de viaje se había convertido. Los ciudadanos de Moscú bromean sobre los inconvenientes menores, por lo general, si no siempre, con buen humor, pero no piensan dejar que estos inconvenientes los cieguen nunca ante las grandes cosas que la vida en la Unión Soviética les puede ofrecer. Con cuánta solidez, calma y confianza se enfrentan a la vida, sintiéndose partes orgánicas de un todo útil. El futuro se encuentra ante ellos como un definido y cuidado camino hacia un bello paisaje. —Mutton había pasado por una prisión, la cual encontró limpia, cómoda y segura—. Tan conocido y efectivo es el método soviético de reeducar a los seres humanos que, ocasionalmente, muchos criminales piden ser integrados de nuevo. Las autoridades soviéticas esperan que la desaparición eventual de la transgresión sea una consecuencia de los hábitos mentales producidos por el sistema socialista establecido en la vida soviética. —Incluso llegó a tener una breve audiencia con Stalin—. Hombre solitario, no está influido ni por el dinero ni por el placer ni por la ambición. Sin embargo, posee un enorme poder que ostenta sin orgullo. Tiene un comportamiento amable, sus maneras son modestamente sencillas; su expresión y personalidad, reservadas; de fuerza y pose muy marcadas. Sus ojos castaños muestran una enorme inteligencia y gentileza. Cualquier niño querría sentarse en su regazo y cualquier perro se tumbaría a sus pies.

Loeser pensó que debía recortar el artículo y enviárselo a Hecht. Pero Hecht ya no podía ser comunista si estaba haciendo quinientos dólares semanales en un estudio de cine. ¿O sí podía?

Acabó su desayuno y partió para Sunset Boulevard, donde un coche fúnebre iba calle abajo tan lentamente que parecía que alguien se había olvidado de quitarle el freno de mano. El aire olía a miel pasteurizada. Pensaba pasar el día visitando agencias de *casting* para averiguar si en alguna coincidía la descripción de Adele con la de alguna de las chicas de sus libros. Si no la encontraba en treinta días, lo dejaría y volvería a casa. Nada le haría cambiar de opinión. Un mes y vuelta a Berlín.

5. Los Ángeles, 1938

La casa de Loeser

Cuando Loeser entró y vio el pintalabios sobre su escritorio, le asaltó la idea de que llevaba casi ya tres años conviviendo con su fantasma y que, como un marido en un matrimonio de conveniencia, en realidad aún no lo conocía. Dejó las tres cartas que había recogido del buzón, tomó el pintalabios y lo metió en el cofre de madera antiguo en el que guardaba todo lo que el fantasma se dejaba en su casa. Tan solo en una ocasión el fantasma había recuperado algo: un collar de perlas que se había encontrado debajo del sofá. Tal vez ella no quería ya que él se lo guardara, si es que, después de todo, se trataba efectivamente de regalos y no, como empezaba a creer, de meros olvidos, secreciones.

Vivir con un fantasma le hacía crédulo. El año anterior, vagando por la playa cercana a la casa de los Mutton antes de una fiesta, había visto algo blanco y disperso en la distancia, como si una bandada de bebés gaviota descansaran sobre la arena. Cuando se acercó vio que eran condones, miles de condones, todos viscosos y tumescentes aún, como si estuvieran ajustados a un pene invisible. Ahí yacía todo el sexo que nunca había tenido en su vida, pensó, las gomas contrafácticas de cada ocasión robada o perdida, agrupadas allí para perseguirle, burlonas como la ropa de cama que le traía su casero. La próxima vez que intentara ligar con una chica guapa allí estarían, lamiendo sus zapatos, trepando por sus perneras, cayendo como larvas gigantes en su copa de vino. Pisó con rabia uno de ellos y se desmoronó con un regüeldo fecal. Si su fantasma doméstico tenía alguna forma, seguramente no sería tan fea. Solo después, en la fiesta, averiguó, gracias a Stent Mutton, que en ese lugar se localizaba una salida de aguas residuales y que, cada pocos meses, después de una noche de sábado, se quedaba allí atascada una masa informe de condones usados que después se esparcían de golpe por la arena, inflados por el metano y el amoniaco. Así que, en realidad, el único profiláctico en el entorno de Loeser era el troyano que guardaba en su cartera y que había caducado el anterior mes de abril. Decidió enterrarlo con su envoltorio.

No, Loeser aún no había follado. Y prácticamente había perdido ya la esperanza de hacerlo. El tiempo, como el espacio, podía quedarse atrás sin más contemplaciones. Se suponía que los monasterios del monte Athos, en Grecia, según había leído, eran los lugares más sagrados del mundo porque ninguna mujer había pisado la isla en mil años y, según ese absurdo criterio, él sentía que su pene debería ser venerado como una reliquia a la altura del cadáver incorrupto de san Atanasio el

Grande. En la Iglesia ortodoxa griega, a la que pertenecían estos monasterios, había obispos que decían que el infierno era simplemente no tener el amor de Dios; Loeser nunca había asumido seriamente esa idea del infierno como una mera privación, pero la vida sin sexo sí parecía el infierno y, en cualquier caso, en aquel momento, él habría trocado una eternidad en el amor de Dios por una mamada mediocre. Había desarrollado la costumbre de apretar su mano izquierda y cerrarla en un puño cada vez que veía algo que sobresaltaba su frustración: un hombre desnudo, una pareja embobada, un anuncio de trajes de baño en una revista. Y entonces una mañana se miró al espejo antes de entrar en la bañera y vio que su antebrazo izquierdo era visiblemente más musculoso que el derecho. Horrorizado, cogió una cinta métrica y comprobó que en el punto más ancho había una diferencia de casi un centímetro. Fue a su mesa, buscó entre sus papeles, encontró una muestra de su firma en una copia de un impreso de inmigración y escribió de nuevo su nombre junto a ella. Su nuevo «Egon Loeser» brotaba torpe y vulgar comparado con el antiguo. La lujuria había deformado su cuerpo. No podría firmar un cheque sin convertirlo en una confesión. Había un proverbio veneciano de la época de Lavicini: «El primer pecado es nacer desesperado».

Siete años después, aún se acordaba mucho de Marlene Schibelsky. El recuerdo de su última novia parecía perseguirle alrededor del mundo con la misma tenacidad con la que Loeser había perseguido a Adele. Esto sin duda se debía en parte a que era la última mujer con la que se había acostado y con la que más había disfrutado en su vida, pero también a que Loeser, a diferencia del lector de una biografía, no podía darse el lujo de referirse a un capítulo anterior para refrescarse las circunstancias de su ruptura con Marlene, así que se había permitido parchear la narración y convertirla en algo más... cómo decirlo... apesadumbrado y noble, por emplear la conjunción de Scramfield. Todos los recuerdos, después de todo, eran fantasmas improbables, novelas históricas malas, tan chapuceros y oportunistas como el Signor Da Vinci en *El hechicero de Venecia*, tan fríos y muertos como los perezosos gigantes que aparecieron al drenar los pozos de brea al sur del Château Marmont. Y así Loeser había decidido, con un estrabismo retrospectivo, que él había amado a Marlene y que no había querido realmente romper con ella, pero que lo hizo con la esperanza de que aquello fuera lo mejor para ambos. (O algo así). Desde que saliera de Berlín pensaba con frecuencia, con una frecuencia inexplicable, en los hombres que ella se había follado antes y después de que estuvieran juntos, Klugweil y los camareros del Schwanneke y todos los demás. Ese pensamiento le hacía daño, aunque el dolor, al menos, había empezado a perder sus espinas, trazando una curva con una forma muy semejante a la que una vez tuvieron algunos grandes dolores. Le resultaba extraño, de hecho, le desapasionada lo empíricamente que podía verificar la presencia continua del dolor apelando a recuerdos específicos, como si su nostalgia fuera un médico que le retorciera un hueso dislocado y le preguntara: «¿Duele? ¿Y así qué tal?». Y el dolor parecía realmente localizarse en algún lugar del torso, aunque Loeser no lo habría

situado en el corazón, como dicta la doctrina anatómica de las canciones de *cabaret*, sino justo detrás de los pulmones, acurrucado allí como el trasplante no deseado de una glándula particularmente dolorosa, procedente de alguna especie de molusco (un condón fantasma con concha). Una vez Marlene le había contado una anécdota sobre dónde llevaba a los «chicos» cuando aún vivía con sus padres y era difícil encontrar un lugar para hacer el amor. Se suponía que le tenía que hacer gracia y en su momento le hizo gracia, pero ahora todo lo que podía pensar era en la palabra que ella usó: «chicos». Probablemente solo se refería a dos o tres, pero no había forma de saberlo y, tal como lo pronunciaba, ni el mismo Cantor podría concebir un infinito lo bastante grande para abarcar ese plural. Ellos en lugar de él. Ante ese pensamiento su glándula latía suave y confiadamente y, en ocasiones, tenía que apretar el puño, aunque estaba intentando dejar de hacer eso.

El libro favorito de Loeser de la tienda de Blink, donde pasaba casi todas las tardes, seguía siendo *¡Damas! Cómo tirárselas*. Lo citaba constantemente, como un salterio, sintiendo una emoción inabarcable ante la idea de que era posible seducir a una mujer siguiendo sencillamente un sistema riguroso de instrucciones. El problema era que no había muchas cosas en el libro que él pudiera poner en práctica. «¿Quiere impresionar a una mujer la mañana después de la noche anterior? Corra a la cocina mientras ella ronca aún a pecho descubierto y vuelva con lo que a mí me gusta llamar el huevo majestuoso. Son todos los tipos de huevo en una bandeja: un huevo pasado por agua, un huevo cocido, un huevo frito, un huevo a la plancha vuelta y vuelta, un huevo escalfado, un huevo relleno, un huevo en conserva, un huevo revuelto, una tortilla de un huevo y un ponche de huevo para la resaca. Ninguna mujer podrá creer que sepa tantas formas de cocinar los huevos. La proteína de huevo es buena para las funciones viriles y después de ejecutar el huevo majestuoso es probable que la necesite, ¡ya me entiende!». A Loeser estas cosas le parecían propias de una autoridad en la materia, pero no estaba del todo seguro.

Su amistad con Blink era de una clase poco habitual. Nunca se emborrachaban o resaqueaban juntos; no tenían a nadie en común de quien cotillear o quejarse; y tenían orígenes tan distintos que ni siquiera competían en secreto. En otras palabras, no reunían ninguno de los componentes esenciales de una amistad y aun así el resultado podía reconocerse como una amistad, lo que para Loeser era, definitivamente, un logro vanguardista, como el urinario de Duchamp. Cuando aún vivía en el Château Marmont había empezado a frecuentar la tienda por puro aburrimiento, pero Blink parecía apreciar su compañía. Ahora a menudo se sentaban juntos a leer durante horas, en un silencio acompañado tan recio que los clientes parecían disculparse de tener que interrumpirlo para comprar un libro. Los domingos, pese a la débil incredulidad de Loeser, jugaban al tenis.

En abril del año anterior Blink se había enterado de que H. P. Lovecraft había muerto de cáncer intestinal en la casa de su tía en Providence. Para entonces, diligente como un secesionista, Blink ya había coleccionado casi toda la ficción que

Lovecraft había publicado, intercambiando por correo números antiguos de *Cuentos Insólitos* e *Historias Asombrosas* con una red de otros ocho o nueve obsesionados por Lovecraft. A menudo Loeser leía un relato de principio a fin para que Blink, que no era capaz de mecanografiar sin mirar las teclas, conservara una copia incluso después de que tuviera que devolver la revista original. Uno de sus corresponsales era un profesor de lenguas clásicas de Harvard, otro era un preso de la cárcel de Attica en Nueva York y otro era el ayudante de un congresista de Washington, de quien procedía el rumor de que el secretario de Estado creía a pies juntillas en la exactitud científica de esas «historias». Para Loeser la obra de Lovecraft parecía rehuir su propia inverosimilitud. ¿Cómo demonios podría alguien afirmar la presencia de un antiguo mal en un país tan joven como los Estados Unidos de Norteamérica? En Nueva Inglaterra o en Rhode Island, Lovecraft podía aún argumentarlo a duras penas pero a Loeser le daba a veces la sensación de que, si hubiera vivido en la moderna y soleada California, ese hombre nunca se habría convertido en escritor.

Pero por supuesto era erróneo suponer que la producción de fantasmas se hubiera interrumpido, como si fueran un invento obsoleto. ¿Por qué no podía haber fantasmas en lugares nuevos, en aeropuertos, restaurantes automáticos y parques de atracciones? Loeser había percibido a su propio fantasma la semana después de mudarse al bungalow sobrante de Gorge en Pasadena. Un pataleo y chasquidos sobre su cabeza, altos y desbocados, como si algo quisiera atravesar el techo, lo había despertado de un sueño sobre lápices en medio de la noche. Aterrorizado, se puso una bata, cogió una linterna de la cocina y salió al patio para ver qué podía haber en el tejado. Pero allí no había nada. Cuando volvió a su dormitorio el pataleo se había calmado pero, unas pocas horas después, justo cuando se había tranquilizado lo suficiente para dormir de nuevo, volvió a empezar, incluso más alto. Aquella noche durmió en el sofá, desde donde solo escuchaba los ronquidos del motor de la nevera. A la mañana siguiente decidió que saldría de casa igualmente (era cuando aún no se le habían acabado las ideas acerca de cómo podría encontrar a Adele) así que no fue sino hasta que volvió a casa por la noche y examinó de arriba abajo su dormitorio, cuando descubrió lo que el fantasma le había dejado: un par de medias oscuras, caras, embutidas tras el cabecero de su cama como las vainas descartadas de dos enormes gusanos de seda con pedigrí. Intentó mantener lo mejor que pudo el escepticismo, intentó pensar de qué otras formas podrían haber llegado las medias hasta allí. Pero todas las puertas y ventanas estaban cerradas con llave cuando salió y aún lo estaban a su vuelta. La casa no tenía túneles secretos. No había forma en la que un ser humano hubiera podido entrar. Y desde entonces oía constantemente los mismos arañazos y golpes, más o menos una vez a la semana y cada pocos meses encontraba un envío físico del fantasma en algún escondrijo extraño. Eran casi siempre de naturaleza femenina, por lo que había decidido que el fantasma era una mujer. No quería plantear explícitamente el tema a Woodkin, no fuera que éste pensara que era un lunático, pero al menos se las había arreglado para asegurarse de que la casa no

había tenido nunca inquilinos femeninos, asesinados o no.

¿Los fantasmas estaban anclados a las estructuras, se preguntaba a veces, o a las coordenadas espaciales? Si montara la casa sobre unas ruedas y la colocara en Venice Beach, como aquella casa que había visto una vez en Sunset Boulevard, ¿arrastraría al fantasma con ella o continuaría éste acosando de forma inane el mismo triángulo de tierra incluso una vez vacío? ¿Sería el fantasma la novia de Scramfield, aquélla a la que estranguló hasta matarla en aquella galería de arte de Boston, traspasada a Loeser mediante alguna invocación ritual sobre una copa de champán?

Se decidió a abrir el correo. La primera carta era su cheque mensual del Comité de Solidaridad Cultural de California. La segunda era de Achleitner. Y la tercera era de Blumstein. No había sabido nada del director desde que abandonara Berlín:

Querido Egon:

Quizá te sorprenda descubrir que te escribo. ¡Ha pasado tanto tiempo desde que nuestra amistad se vio interrumpida! Después de que rechazaras mi primer y único intento de reconciliación habría sido desagradable para ambos el que yo te presionara más. Así que decidí, con tristeza, respetar tus deseos. Si tuviera que explicar por qué he cambiado de política ahora, querría hacerlo sin emplear una frase melodramática como «última oportunidad». Diría solo que creo verdaderamente que en Alemania nos estamos aproximando a una especie de ruptura, a una especie de abismo en nuestra historia. Desde este lado del abismo yo aún puedo hablarte. Desde el otro lado del abismo no hay manera de saberlo. Así que te escribo ahora, esperando que disculpes mi carta.

Tal vez ya seas un escéptico. Sé que nunca has creído en la política o en la historia. Durante mucho tiempo yo tampoco creí. No tiene sentido que repita aquí los hechos desnudos que ya debes de haber leído en los periódicos, porque yo sé que eso da igual. Creo que la única manera de convencerte de que mis preocupaciones son reales sea relatarte algo que me ocurrió ayer. Fue lo que finalmente me inspiró para escribirte.

Estaba en un tranvía con destino a Schlingesdorf. Era media tarde y el tren estaba bastante vacío. La gente se había distribuido equitativamente por los sitios disponibles, como siempre se hace, de forma que nadie tenga que compartir con nadie un reposabrazos. Había también un hombre con uniforme nazi, creo que debía de ser un miembro de la Schutzstaffel, que estaba de pie en la parte delantera del tranvía a pesar de que había sitios libres.

Llegamos a una parada y subió un hombre. Llevaba un abrigo gastado y los zapatos con las suelas casi desprendidas y tenía uno de esos rostros que parecen, incluso a otro judío, tan característicamente judíos que bordean la caricatura. Miró incómodo al hombre de la Schutzstaffel, pasó de largo ante él, retorciendo todo su cuerpo para que ni siquiera se le pudiera acusar de

rozarle el uniforme. Se sentó junto a una anciana que llevaba unas bolsas de la compra. El nazi lo observó un rato con desprecio y entonces le dijo: «Judío, ¿qué te hace suponer que una buena ciudadana como ella desee sentarse a tu lado?». El judío se encogió y le preguntó a la mujer si le importaba. Ella negó con la cabeza. Entonces el nazi le dijo: «Judío, estás intimidando a la mujer y forzándola a guardar silencio. A no ser que ella me diga explícitamente que desea sentarse junto a un sucio judío no puedo permitir que te sientes junto a ella». El judío, evidentemente, no quería complicarle la vida a la anciana, así que se levantó y se cambió a otro asiento, junto a un hombre de negocios. El nazi dijo: «Judío, ¿qué te hace pensar que un buen ciudadano como éste desee sentarse a tu lado?». Pero el judío no quería volver a cambiarse una segunda vez, así que miró al hombre de negocios con la esperanza de que le apoyara. El nazi dijo: «Señor, debe decir “Deseo sentarme junto a un sucio judío”. Si no dice esas palabras exactas concluiré que el judío está intimidándole y forzándole a guardar silencio e insistiré en que busque otro asiento». El hombre de negocios dudó y finalmente fijó la vista en su periódico. El nazi dijo: «Judío, busca otro asiento». Pero el judío no se movió, así que el nazi dijo: «Judío. Si no encuentras otro asiento, te arrestaré». Así que el judío preguntó dónde podría sentarse y el nazi dijo: «Pues no lo sé. ¿Hay alguien en este tranvía dispuesto a sentarse junto a un sucio judío como éste?». Yo levanté mi mano.

El nazi se volvió hacia mí y dijo: «Dígalo en alto». Yo dije: «Estoy más que dispuesto a sentarme junto a este caballero judío». El nazi replicó: «¿Es porque usted también es judío?». Yo dije: «Soy judío, sí». Así que el judío vino a sentarse a mi lado. No me lo agradeció y tampoco quería yo que lo hiciera. Durante unos pocos minutos se hizo el silencio en el tranvía, un silencio como nunca se había escuchado en un tranvía berlinés. Y entonces el nazi comenzó el segundo acto de su espectáculo. Dijo: «¿Os dais cuenta, par de judíos, de que esa joven pareja sentada frente a vosotros no tiene ahora más remedio que miraros?». De nuevo, ninguno de nosotros respondió. «A no ser que específicamente me digan que están dispuestos a contemplar a dos sucios judíos no puedo permitir que os sentéis frente a ellos». Egon, he tratado con matones antes y había decidido que ya era más que suficiente. Me puse de pie y

Loeser arrugó la carta y la tiró a la papelera. Se alargaba durante páginas y páginas y, francamente, tenía cosas mejores que hacer. Era muy típico de su antiguo mentor el contarle una anécdota larga, retorcida e improbable sobre transporte público con la idea de que le granjearía alguna simpatía, un gesto indigno en un hombre de su edad. Empezó la carta de Achleitner.

Egon:

Siento no haber escrito en tanto tiempo. Estoy ya de vuelta en Berlín y no podrías creer lo frenético que se ha vuelto aquí todo. Tenías razón, mis largas vacaciones en el castillo no podían durar para siempre (aunque parecían durar nueve décimas partes de un para siempre). Hemos sido expulsados del paraíso. Reclamaron a Buddensieg de vuelta en la ciudad y él insistió en que todos le acompañáramos. No está mal, de todas formas, porque me ha dado un empleo, así que puedo pagar el alquiler. Y te revelo esto confidencialmente, Loeser, porque he deducido del tono de tu última carta que necesitas que alguien te anime un poco, pero más te vale que no se lo cuentes a Hecht o a Gugelhupf o a Ophuls o a cualquier otro que esté allí contigo: ¡tengo que llevar uniforme! ¿Habías oído alguna vez algo tan ridículo? Pero al menos no tengo que hacer nada, más o menos como tú en ese cómodo empleo en ese Comité, lo digo por cómo suena. ¡Ah!, no imaginarías a quién vi en la calle el otro día. ¡A Blumstein! Ese viejo pesado aún anda por aquí. Me acerqué a saludarle pero cuando vio el uniforme no quiso ni mirarme a los ojos. Probablemente aún sigue deseando que los años del Grupo Noviembre no se hubieran terminado. Pues se han terminado. ¿Cómo andan las cosas en el Golden State? ¿Has encontrado ya a Adele? No, supongo que no. Espero que al menos encuentres a alguien dispuesto a poner en marcha tu máquina. Yo estoy rodeado de hombres vigorosos con botas de montar, así que ya te imaginarás que no podría ser más feliz. En fin, supongo que debo dejarte, en un rato tengo que asistir a la recepción de un lunático que dice que puede ver runas psíquicas o algo así. No se te ocurra tomar el sol, nunca te quedó bien.

¡Abrazos!

ANTON

La casa de los Gorge

Sobre la inmensa chimenea georgiana de la sala de billares de Gorge colgaba la cabeza disecada de un oso grizzly, con su mandíbula abierta de una forma que no le hacía parecer feroz, sino únicamente muy impresionado. «Siéntate, Krauto», dijo Gorge, que estaba arrellanado en un sillón con un vaso de batido de fresa.

—¿Algo que informar?

—Nada que se me ocurra.

—¿Aún alemán?

—Creo que sí lo soy, sí.

—No se puede evitar. Hay trabajo para ti si lo quieres. Deberías cogerlo.

Desconfía de la pereza, Krauto, así te lo digo. No hay lugar para vagos en la tierra de Gorge. Marsh, ¿te acuerdas de él? Del CalTech. Construye mi auditorio.

—El tipo del consejo ejecutivo. Sí.

Mientras hablaba, Gorge miraba continuamente por encima de Loeser en dirección a la cabeza del oso. Su expresión traslucía que en su cerebro se estaba librando una turbia lucha.

—Plagado de retrasos, pero el teatro está ya acabado. Estas navidades, la primera obra. Necesita un director. Quiero proponerte a Marsh. No puede rechazarte, Marsh, si te propongo.

—Antes que nada, coronel Gorge, no soy director, soy decorador y segundo, incluso aunque me dispusiera a dirigir por primera vez, una obra navideña en el teatro de la universidad...

—No importa. No va de la obra este trabajo. Mira: he dado un millón de dólares para ese teatro. Bastante para que me inviten a los banquetes del club Athenaeum y toda esa mierda. Pero no me acerca a los científicos. Necesito averiguar algo sobre ese tipo, Bailey. Lo conocí, pero no soltó prenda. Necesito alguien en el interior. Buscar información.

—En otras palabras —dijo Woodkin, que había convocado por teléfono a Loeser a la mansión—, el coronel Gorge espera que si usted es aceptado en la comunidad del Instituto, que solo está a cinco kilómetros de aquí, pueda tener ocasión de cosechar alguna información sobre el profesor Bailey y sus actividades. Al coronel Gorge le interesa mucho...

En ese momento Gorge saltó de su asiento con un rugido y salió corriendo de la habitación. Antes de que Loeser pudiera siquiera mirar con asombro a Woodkin, regresó armado de una escopeta de dos cañones con una culata de bronce labrado.

—¡Señor! ¡No! —gritó Woodkin.

Gorge se detuvo, alzó el arma y apuntó. Loeser se tiró al suelo. Se oyó una explosión y la cabeza del oso se desprendió de la pared.

—¡Le di al cabrón! —dijo Gorge con una voz triunfante aunque apenas audible bajo el zumbido de los oídos de Loeser. Después miró al trofeo perforado tirado en la alfombra y, confundido, pestañeó varias veces. Pellas del algodón del relleno revoloteaban. La pared sobre la chimenea estaba moteada de pólvora. Uno de los ojos de cristal del oso flotaba como una especie de amenazadora aceituna de cóctel sobre un charco de espuma rosa, procedente del batido que Gorge había dejado a medio beber—. ¿Cómo cree que ha entrado en la casa?

—No era un oso vivo, señor —dijo Woodkin, ya tranquilo—. Era tan solo la cabeza de un oso que abatió usted en Montana hace tiempo.

—¡La cabeza! Claro. Perdone. —Miró a Loeser, que volvía tembloroso a su asiento—. Debería haberte explicado, Krauto. El coco va a peor. Todo tipo de historias. Cuéntale, Woodkin.

—El estado de salud del coronel Gorge se ha deteriorado aún más últimamente.

Los médicos empiezan a hablar de «agnosia ontológica». Además de confundir la representación con el objeto de dicha representación, ahora le cuesta distinguir, por ejemplo, a los vivos de los muertos.

—Ni te imaginas lo que ocurrió el otro día en el funeral de McGilligan. Casi peor que aquella vez que me encontré a aquel tipo tatuado de arriba abajo.

—Le debo una disculpa, señor —dijo Woodkin—. Tendría que haber pensado en retirar todos los ejemplares de taxidermia de la casa en el mismo momento en el que los médicos me informaron de la gravedad de su estado.

—En fin, al grano: ¿qué me dices, Krauto? ¿Aceptas la obra?

Loeser no quería hacerlo. Pero aunque había cenado regularmente con Gorge desde que se mudó a la casa de al lado, aún no había alcanzado un nivel de intimidad con su casero que le permitiera preguntarle por su colección de libros. Y aún echaba de menos *Medianoche en la escuela de enfermería* como la intensidad con la que se añora a un amor perdido. Había experimentado literalmente con cientos de publicaciones diferentes que había tomado prestadas de la tienda de Blink, algunas de ellas con contenidos que incluso a él le alarmaban y escandalizaban, pero nada le había satisfecho de la misma forma. Si hacía ese trabajo para Gorge tal vez pudiera finalmente pedir la recompensa que de verdad deseaba.

El Instituto de Tecnología de California

Mientras se acercaba con su bicicleta, Loeser pensaba que si se descubriera esta universidad dentro de unos pocos miles de años, como hace el narrador de *La ciudad sin nombre*, de Lovecraft, se la tomaría por un enorme complejo de templos y mausoleos. Aunque Woodkin le había informado de que casi ningún edificio del CalTech tenía más de veinte años, desde su llegada a Los Ángeles aquéllas eran las primeras construcciones que veía a las que podría imaginar como ruinas. Los laboratorios y las bibliotecas y las salas de conferencias, delineadas con la claridad de los dibujos arquitectónicos bajo el sol del mediodía por las sombras duras y negras de sus propias cornisas y pilastras, lujosamente entremezcladas con senderos y céspedes y fuentes y filas de cipreses, tenían una gravedad que las hacía parecer más sagradas que, digamos, la típica iglesia metodista de California. Asimismo, el campus, como la mayor parte de la ciudad que lo rodeaba, parecía desierto, solo que, claro, CalTech no tenía la excusa de todo el mundo, no podía decir que estaba encerrado en su coche, y además las proporciones de sus pórticos parecían duplicar su vacío. Nunca hubo necrópolis tan callada. Si estábamos a mitad de semestre, ¿dónde estaban los estudiantes? Seguro que no trabajando.

Loeser había quedado con Marsh en la entrada de Throop Hall, un edificio administrativo coronado por una cúpula de aspecto imponente, construido en el estilo colonial español que dominaba allí. La brisa mecía una bandera americana en lo alto

de un largo mástil no lejos del pórtico y el cielo que lo cubría estaba repleto de cintas y lazos y giros y arcos e hilos y todos los desechos imaginables en la mesa de una modista. Esperó en la sombra junto a su bicicleta durante veinte minutos antes de hartarse y entrar.

—Busco al doctor Marsh —le dijo a una mujer sentada tras una mesa—. Se supone que he quedado aquí con él.

Durante un momento fue como si ella se negara a contestarle.

—Me temo que el doctor Marsh no se encuentra disponible.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha perdido. No se ha presentado a la reunión presupuestaria de las ocho. Hemos llamado a su mujer y ella dice que ayer no durmió en casa. Creemos que está en algún lugar del campus. Se ha organizado una búsqueda. ¿Para qué necesitaba verlo?

—Mi nombre es Egon Loeser. Voy a dirigir una obra en el auditorio Gorge. El doctor Marsh iba a mostrarme la universidad.

—Bueno, en estas circunstancias, seguro que encontramos a otro miembro de la facultad al que le apetezca dar una vuelta con usted. De hecho... —Saludó a alguien detrás de Loeser—. Perdona, doctor Ziesel. ¿Tiene un minuto?

Esta vez Loeser ni siquiera se sorprendió. Aunque sus deberes como el único miembro «judío» del Comité de Solidaridad Cultural de California habían resultado ser agradablemente inexistentes, aún acudía un par de veces al año a las fiestas en la casa de los Mutton y en cada ocasión allí había una docena de angustiados recién llegados de Berlín, a la mayoría de los cuales reconocía. Se había ya casi resignado a esa filtración tóxica de su antigua vida en la nueva. Y aun así, Dieter Ziesel... era ir demasiado lejos. Loeser se dio cuenta de que aún había engordado más.

—¡Egon! —dijo Ziesel, antes de proseguir en alemán—. ¡Qué gusto! Había oído que estabas en Los Ángeles, pero no estaba seguro de poder encontrarte. —Cambió al inglés—. Éste es mi colega, el doctor Clarendon. —Loeser estrechó la mano del científico que estaba junto a Ziesel. Era un hombre alto y demacrado con unos ojillos estrechos firmemente hundidos en su cráneo, como dos hermanas tratando de espiar por las ventanas de su casa sin que nadie las vea. Su cabello era gris acerado, y su palma, suave y fresca—. ¿Qué te trae al Instituto? —preguntó Ziesel.

Loeser repitió lo que le había contado a la mujer de la entrada.

—Nos preguntábamos si podría usted sustituir al doctor Marsh, si es que tiene tiempo —dijo la mujer.

—Siempre tengo tiempo para un viejo amigo. ¿Quiere acompañarnos, Clarendon?

—No. Me temo que tengo que volver al laboratorio.

—¡Bobadas! —dijo Ziesel, confusamente. Se despidió de Clarendon y volvió a emplear el alemán—. Dime, Egon, ¿hay algo en especial que quieras ver?

Loeser no quería dar una vuelta con Ziesel, pero tampoco podía girarse y pedir a la mujer tras la mesa que le buscara un sustituto menos odioso.

—Tengo que ver el auditorio Gorge, obviamente. Y... —Loeser dudó. No debería mostrar tan abiertamente el motivo de Gorge para enviarlo allí. Por otra parte, Ziesel era probablemente demasiado memo para sospechar nada—. Y me gustaría mucho conocer al profesor Bailey.

Ziesel hizo una mueca.

—Me apuesto a que sé por qué.

—¿Qué quieres decir? —¿Cómo era posible que lo supiera?

Pero Ziesel se limitó a guiñarle un ojo y sacarlo de Throop Hall.

—Aquí está el club Athenaeum —dijo, señalándolo, mientras caminaban hacia el norte por el sendero—. Se supone que se parece a alguno de los *college* de Oxford o de Cambridge. Algo pretencioso para mi gusto. Allí está el edificio Dabney de humanidades. Y ése es el laboratorio Guggenheim de aeronáutica.

—¿Cuánto tiempo llevas en Norteamérica? —le preguntó Loeser.

—Casi un año. Allí en Berlín publiqué un artículo sobre las propiedades subatómicas del torio que causó cierta sensación. Quizá lo leíste...

—Es curioso, pero no.

—Bueno, da igual. Le debo mi empleo a ese artículo. Me ofrecieron una beca de investigación aquí y naturalmente me aferré a ella, a ti menos que a nadie tengo que explicarle el porqué. Se supone que es temporal, pero me han dicho confidencialmente que puedo quedarme el tiempo que quiera. Me gustaría más haber ido a Princeton, pero aquí el clima es mejor y, por supuesto, si me hubiera ido a Nueva Jersey nunca habría conocido a Lornadette.

—¿Quién es Lornadette?

—¡Tenemos que ponernos al día de muchas cosas! Lornadette es mi mujer.

Loeser se detuvo de golpe.

—¿Tu mujer?

—Sí.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Con una mujer humana, viva?

—Sí.

—¿Está deforme física o mentalmente?

—Más bien al contrario.

—¿Ha habido un intercambio de dinero? ¿Tenía algo que ver con un visado o un permiso de trabajo?

—¡No! Nos conocimos, nos enamoramos y... todo ocurrió muy deprisa. Nunca he sido tan feliz en toda mi vida.

—¿Te deja practicar el sexo con ella?

Ziesel enrojeció.

—Egon, me refiero a que...

—Estás casado. Estás realmente casado. Yo, Egon Loeser, no he follado en media

década y tú, Dieter Ziesel, llegas aquí y enseguida encuentras una esposa.

—Las cosas están difíciles últimamente, ¿eh? —bromeó Ziesel—. Bueno, todos hemos atravesado épocas así.

—En primer lugar, Ziesel, no es gracioso. Sé que para la gente que practica el sexo regularmente, la idea de alguien que nunca tiene sexo parece una bobada divertida incapaz de despertar una compasión genuina, pero si te digo que lo más cercano al sexo que he experimentado en siete años es medio desvestirse a una tía solterona erogenizada y narcotizada deberías reaccionar como si te hubiera dicho que tengo un cáncer en el estómago. ¿De acuerdo? Porque así es como es. Es lo peor del mundo. Te ataca en todos los niveles de tu cuerpo. No tiene ni puta gracia. Y en segundo lugar, «nosotros» no hemos «pasado épocas así». No lo digas como si fuéramos iguales. No somos iguales. Yo me merezco follar. Tú, por otro lado, deberías estar agradecido de haber follado alguna vez en tu vida. Deberías haberte acostumbrado a la castidad hace ya mucho tiempo. Yo no me he acostumbrado ni nunca me acostumbraré.

Ziesel frunció los labios.

—Vale, Egon. ¿Quieres o no ir al laboratorio del profesor Bailey? Hubiera creído que estabas impaciente por ir. Especialmente después de lo que me acabas de decir.

—Conocer a un físico cualquiera no va a remediar esta jodida y atroz injusticia y no sé qué tiene que ver eso con nada de lo que yo haya dicho. Pero, de acuerdo, vamos a ello. Abre camino, calzonazos Dieter. Por cierto, ¿se vino Heijenhoort contigo?

—No, se quedó en Berlín.

Bailey trabajaba en los laboratorios Obediah. Era un edificio, por ahora el favorito de Loeser, que parecía una especie de dique de piedra construido por aztecas educados en la Bauhaus.

—¿Dónde están las batas blancas? —preguntó Loeser una vez dentro.

—Eso es para los químicos —dijo Ziesel—. Los físicos no llevan batas blancas.

Guió a Loeser por un pasillo hasta una sala marcada simplemente con el número 11. La puerta estaba entreabierta, así que llamaron suavemente y después la empujaron.

—¿Profesor Bailey? ¿Podemos pasar?

—Acaba de salir.

Loeser echó un vistazo al interior. El hombre que había hablado se encontraba junto al fregadero del laboratorio, enjabonando los grifos con un paño. Loeser podía verlo de perfil, solo que no tenía perfil, es decir, su cara era plana, su barbilla y su frente caían verticalmente, su nariz se había incrustado de nuevo en el cráneo, su boca no tenía labios y sus ojos sobresalían tanto que podrían guiñarse mutuamente. La configuración era tan poco natural que sin duda era el resultado de algún sórdido percance natal en el que estuviera implicada una mesa de acero o un suelo de cemento. El hombre vestía un mono gris gastado y fondón y sus greñas, que parecían

haber crecido bajo el chorro de la ducha, eran como las lomas de un monte hexagonal.

—¡Hola, Slate! ¿Sabes dónde fueron?

—Él y la se-se-se-señorita...

—Su ayudante, sí.

—Bajaron al só-só-só-sótano a buscar algo en un armario del almacén. — Mientras hablaba, Slate no levantaba la vista de los grifos. A su alrededor el laboratorio estaba sorprendentemente ordenado, con muchos instrumentos eléctricos, muchos cuadernos y un enorme bulto en el centro de la habitación tapado con una sábana polvorienta, pero no tenía apenas esos cachivaches que Loeser relacionaba con la ciencia, excepto que en una de las mesas había, por alguna razón, una máquina de vapor de juguete.

—Gracias, Slate —dijo Ziesel.

—Dios, ese tipo produce pesadillas —dijo Loeser en alemán mientras bajaban.

—Es un buen hombre, en realidad. —Doblaron una esquina—. Aquí está el profesor Bailey. ¿Se le han olvidado las llaves? —preguntó Ziesel en inglés.

—No, la puerta se ha atascado. —Bailey tendría unos cuarenta años, pero ya mostraba los signos de la mediana edad tardía: bajito, calvo y barrigudo, se balanceaba ligeramente sobre sus pies y a Loeser le recordaba a esos juguetes de madera esféricos por debajo que no se pueden tumbar. Lucía un poblado bigote y los cristales de sus gafas eran tan gruesos que, como un astrónomo que observa a Neptuno, probablemente tardaba unos minutos en conseguir ver algo—. Afortunadamente se encargarán de todo otras manos más jóvenes y ágiles.

Su ayudante, una chica con el pelo corto y negro, les daba la espalda mientras escarbaba en la cerradura.

—Creo que casi lo tengo, profesor. —Su voz resultaba familiar.

—Estupendo, querida.

—Egon, éste es el profesor Bailey, uno de nuestros físicos más distinguidos —dijo Ziesel—. Profesor Bailey, le presento a Egon Loeser, un viejo amigo mío de Berlín. Tiene muchas ganas de conocerle.

Bailey sonrió y estrechó la mano de Loeser.

—¿Y eso por qué?

—Pues... —empezó a decir Ziesel.

En ese preciso momento, la ayudante de Bailey gritó:

—¡Ya está! —La puerta había cedido por fin. Pero la puerta metálica del armario se abrió con más violencia de la que había esperado porque había algo pesado apoyado contra ella en el interior. Se desplomó de espaldas y el bulto cayó, y Loeser vio simultáneamente que la muchacha era Adele y que el bulto era aquel hombre con el que había cenado en más de una ocasión en la casa de los Gorge. Marsh estaba muerto, y Adele estaba allí, y en el pecho del hombre había un desgarramiento pulposo como un albaricoque con el hueso fuera, y ella se había cortado su hermosa melena, y

el agujero del hombre era tan profundo que sin duda ese trozo de sus costillas se habría destrozado, y ella ahora parecía mayor, y de la boca del hombre salivaba un riachuelo de sangre, y la piel de ella era aún tan pálida como un invierno berlinés, y los ojos del hombre estaban abiertos de par en par, anulados y horrorizados por el miedo, y los ojos de ella estaban abiertos de par en par, vivos y espléndidos por la sorpresa, y alguien gritó:

—¡Dios mío! —Y era Adele, era Adele, era Adele, era Adele, era Adele.

Ella se levantó vacilante y durante un largo momento los cuatro se quedaron allí en silencio, como en un museo, estudiando una escultura que no comprendían. Finalmente Bailey dijo:

—Dieter, llévate a la señorita Hitler —excepto que parecía como si pronunciara mal su nombre— y dile a Slate que pida ayuda.

—Yo iré también —dijo Loeser. Le daba lo mismo que todo el mundo creyera que no era lo bastante hombre para quedarse allí con el cadáver. No podía quitar de su vista a Adele. Así que subieron en tropel y Ziesel fue a buscar a Slate al laboratorio de Bailey, y Loeser salió al sol con Adele.

—Cuando vivía en Hollywood —le decía ella—, hubo un accidente justo a la entrada de mi piso. Yo no vi cómo ocurría, pero me asomé por la ventana y resultó que alguien había atravesado su parabrisas y caído sobre el parquímetro y lo envolvía como si lo abrazara y después lo sacaron de allí y...

—Adele, soy yo. Puedes hablar en alemán. —Ella no pareció oírle. Slate salió corriendo de los laboratorios Obediah y pasó por su lado en dirección a Throop Hall. Su paso se inclinaba como si el césped bajo sus pies formara una pendiente—. Quiero preguntarte muchas cosas. —Loeser tampoco había visto nunca un cadáver, pero nada parecía aún real, eran solo como partículas teóricas en una pizarra.

—Por Dios, Egon, ahora no. ¿No lo has visto? ¿Cómo es posible que le hayan hecho eso al doctor Marsh?

—Llevo buscándote cinco años.

—Ni siquiera deberías estar ahora aquí. No tienes nada que ver con el CalTech. Querrán averiguar lo que ha pasado y vas a ser un estorbo.

—¡Pero acabo de encontrarte!

Finalmente, irritada, Adele cambió al alemán.

—Escucha, Egon, si de verdad quieres hablar, vuelve esta noche a las once. Estaré en el laboratorio. —Pasaron tres chicos con chaquetas de béisbol, riendo mientras trataban de remedar el tartamudeo de Slate.

La casa de Loeser

—Hallo, hier ist Loeser?

—Señor Loeser, soy Dolores Mutton. ¿Ha tenido una buena mañana en el Cal

Tech? Es una institución muy interesante.

—No ha sido una mañana agradable para nadie. ¿Cómo sabía que estaba en el CalTech?

—Me lo dijo un pajarito. Me preguntaba si ya le habían presentado a un miembro de la facultad, el doctor Bailey, físico.

—Sí, me lo han presentado.

—Mi marido y yo estamos deseando conocer al profesor Bailey. Nos han hablado de su magnífico intelecto. Sé que no es un exiliado, pero nos encantaría que acudiera a una de nuestras fiestas. Tal vez usted pueda traerlo la próxima vez.

—¡Pero acabo de conocerlo! Aún no somos amigos.

—Aun así, le estaría muy agradecida.

—De verdad, no lo sé, señora Mutton. Ya le he dicho que acabo de conocerlo. — Loeser podía oler cómo se churruscaba su chuleta de cordero.

—Ya entiendo. Bueno, ya tendremos ocasión de discutirlo. Adiós, señor Loeser.

El Instituto de Tecnología de California

Por la noche los senderos se iluminaban con farolas de poste negro, de aire antiguo y a veces alguna se acercaba lo suficiente a un ciprés para que, desde un determinado ángulo, apenas se viera la farola y la bombilla blanca brillara entre los manojos de hojas como si el árbol soportara algún fruto ardiente y lechoso. Loeser volvió a dejar su bicicleta en Throop Hall y deambuló perdido un rato hasta que encontró la entrada de los laboratorios Obediah. La puerta no estaba cerrada. Su intención era ir directamente a la sala 11 para encontrarse con Adele, pero algo lo condujo al sótano. Hasta que volviera a donde había encontrado el cadáver de Marsh y confirmara que se lo habían llevado, una parte de él seguiría sintiendo como si aún estuviera allí tendido.

Al pie de las escaleras, no muy lejos de los armarios de los que había caído el cuerpo, Loeser tuvo la impresión de no estar solo. «¿Hola?», dijo, preguntándose si debía girarse. Lo que ocurrió a continuación solo pudo recordarlo después como en términos de una secuencia del más puro terror en progresión geométrica. Primero, el rayo de luz que se reflejaba en la puerta acristalada de la caja del extintor de incendios colgado en una pared cercana; segundo, la repentina desaparición de esa luz; tercero, el sonido penetrante que Loeser asoció con un insecto provisto de afiladas mandíbulas de acero; cuarto, la forma humanoide que surgía de la penumbra; quinto, la luz que brillaba en los ojos de aquella forma y que arrojaba sombras quebradas a lo largo del techo; sexto, la garra que esa forma tenía en el extremo de su brazo izquierdo. Loeser alzó una mano, a medias para cubrir el resplandor y a medias para proteger su cara de un ataque. Y entonces:

—El señor Loeser, si no recuerdo mal...

Loeser se dio entonces cuenta de que la forma no era Marsh que regresaba como un espectro monstruoso, sino el doctor Clarendon, el compañero de Ziesel al que había conocido anteriormente. Llevaba un frontal de minero con una tira alrededor de la cabeza y en una mano sostenía una cizalla.

—Lo siento —añadió Clarence—, ¿da demasiada luz? —Se quitó la linterna y la sostuvo balanceándose en su otra mano para que emitiera un resplandor más difuso en la dirección del suelo. Loeser miró por encima de su hombro y pudo ver que aparentemente había estado instalando algún tipo de máquina, con una caja de metal y un montón de esferas e interruptores y alambres a la vista, del tamaño de un aparato de radio.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Loeser, cuyo corazón daba más vueltas que el rotor de un giroscopio.

—Un experimento —dijo Clarendon, como si fuera lo más natural del mundo. Tenía ese extraño estilo de conversación de algunos científicos y matemáticos que es tan persistentemente torpe que a veces parece rozar el flirteo.

—¿Y por qué está haciendo un experimento en la oscuridad?

—No sabemos mucho sobre los fantasmas, señor Loeser, pero sabemos que no les gusta la luz.

—¿Fantasmas?

—Sí.

—¿Está haciendo una sesión de espiritismo?

—No, esas sesiones no son científicas. Estoy probando mi fasmatómetro. No suele haber muchas muertes en el campus, así que pocas veces tengo ocasión de hacerlo. Me puede llevar varios días el calibrarlo, pero si el fasmatómetro funciona adecuadamente, pronto podré tomar medidas precisas de la presencia residual del doctor Marsh.

—¿Para averiguar quién lo asesinó?

Clarendon alzó una ceja como si no hubiera pensado en ello.

—No especialmente. Si tiene lugar alguna comunicación directa será un accidente. Aun así, espero que al doctor Marsh le complazca ser sujeto de un experimento tan importante, es una conclusión digna de su carrera. Espero pronto perfeccionar el fasmatómetro hasta el punto de que pueda ofrecer mi trabajo al Departamento de Estado.

—¿Y para qué lo querrían?

Clarendon contestó moviendo la cabeza.

—Cualquiera puede estar escuchando, señor Loeser.

Loeser se preguntaba quién podría estar escuchando. También se preguntaba por qué el Departamento de Estado estaría interesado en los fantasmas. Tal vez tenían la esperanza de que, cuando un comunista se fuera al otro mundo, ya fuera un coronel del NKVD o un doble agente de Michigan, traspasara su fidelidad a una nación más devota y el fasmatómetro le permitiría revelar todos sus secretos. El traidor podría

incluso ver reducida su estancia en el purgatorio, como quien hace un trato con la justicia. O si se mostraban reticentes, se podría ajustar la máquina para que atizara al fantasma con una Biblia y le hundiera la cabeza en una pila de agua bendita.

—Entonces, ¿funciona en cualquier parte? —dijo.

—Sí.

—Porque resulta que yo tengo un fantasma en mi casa.

—¿En serio? Si quiere, puedo llevar el fasmatrómetro y tomar algunas lecturas. Un poco de trabajo de campo bajo circunstancias menos controladas puede ser un complemento muy útil a mi experimento con el doctor Marsh.

Quizá Clarendon pudiera finalmente averiguar lo que quería su fantasma, pensó Loeser.

—¿Puede venir mañana por la tarde? Vivo en Pasadena. No está lejos.

—Claro. A las siete de la tarde. Déjeme su dirección en Throop Hall.

—Ya la tienen. Gracias, doctor Clarendon.

Loeser volvió a subir las escaleras y giró a la derecha por el pasillo donde trabajaba Bailey. Por el camino pasó por una sala con la puerta entornada, iluminada únicamente por el fulgor de celofán de la luna y le horrorizó la extraña tensión, el zumbido negativo de un laboratorio de física por la noche: todas esas máquinas, todas esas precisas linternitas cuyo trabajo era iluminar los resquicios entre los átomos, entre los momentos, entre los universos, atrapadas de madrugada, disfrutando la oscuridad; inertes como yunques hasta que se accionaba un solo interruptor y se giraba un solo dial y entonces probablemente engullían electricidad suficiente para hacer saltar los plomos de la mansión de Gorge. Sin embargo, la punzada que sentía en esta atmósfera, incluso añadiéndole el susto que le había dado Clarendon, no podía compararse con la intensidad cósmica de volver a encontrarse después de tanto tiempo a solas en una habitación con Adele, que estaba de pie junto a uno de los instrumentos más grandes de la sala 11, tomando notas en una carpeta.

—¿Trabajando de nuevo? —le dijo en alemán, intentando que sonara relajado.

—Me ayuda a no pensar en otras cosas. —Ella dejó la carpeta y se impulsó para sentarse sobre una mesa—. No me has dicho qué estás haciendo en Los Ángeles.

—Te estaba buscando.

—Pero llevo aquí casi cuatro años.

—No figuras en la guía telefónica.

—Sí lo estoy. Pero he cambiado de nombre. Me harté de que la gente me preguntara si éramos familia. Ahora soy Adele Hister. ¿De verdad has tardado tanto en rastrearne?

—No lo he hecho. No te he rastreado, quiero decir. Ha sido suerte. ¿Cómo has acabado aquí? Nunca estudiaste ciencias...

—Me echaron de mi piso en Hollywood, así que me mudé con mi amigo Dick. Es el gay más adorable de Wisconsin y se ha licenciado aquí. Un día me llevó a una fiesta en el club Athenaeum como si fuera su «cita» y allí conocí al profesor.

Hablamos durante toda la noche. Él buscaba una ayudante, alguien que no perteneciera al Instituto. Y aún no sé por qué pero me dio el trabajo.

—¿A pesar de que no sabías nada de física?

—Dick me enseñó algunas cosas. No es tan difícil. Y el profesor quería a alguien que no fuera especialista. Dice que la mayoría de los estudiantes de aquí tienen muchos prejuicios sobre la realidad.

Loeser recordó el encargo que le había hecho Gorge.

—¿En qué está trabajando Bailey?

—No puedo decírtelo.

Pero él sabía que ella querría presumir. Siempre lo hacía.

—Anda, Adele. Venga. Soy el amigo más antiguo que tienes en este país.

—Vale, pero no puedes decírselo a nadie. —Se inclinó hacia delante—. El profesor está construyendo un aparato de teletransporte.

—¿De verdad? ¿Como Lavicini?

—No. Uno de verdad, no para hacer teatro. Se pone un objeto en la cámara, se ajustan los controles, desaparece y reaparece en algún otro sitio. Le falta muy poco para completar un prototipo.

—¿Qué clase de lunático cree que el teletransporte puede ocurrir en la realidad?

—Los judíos lo llaman *Kefitzat Haderech*. Los musulmanes lo llaman *Tay-al-Ard*.

—Pero eso es misticismo. No puede ser científicamente posible.

—Lo es, Egon. Ha ocurrido en este edificio. Por supuesto que es difícil. No creo que nadie más que el profesor pudiera haberlo conseguido, ni siquiera Einstein. La cuestión es que no se trata solo de borrar al sujeto de un lugar y crear una copia en otro. Si se le hace eso a un ser humano, todo lo que se consigue es matar a alguien y reemplazarlo con un clon unos minutos más viejo. De esa forma, nadie que crea en la existencia del alma, como mis padres, por ejemplo, estaría nunca dispuesto a meterse dentro de un aparato de teletransporte. Así que, en vez de ello, lo que hay que hacer es mover el propio objeto, moverlo de verdad. Pero no se puede mover a través del espacio intermedio. Tiene que estar en un lugar y después, zas, de repente en otro. Tiene que cambiar su posición por completo en un instante. En fin, ¿qué es después de todo la posición? No es una función del espacio. No existe algo llamado espacio más de lo que existe una cosa llamada éter. El espacio es solo objetos y la posición es una función de esos objetos. Así que si puedes (el profesor me previene siempre sobre la falacia patética, pero a veces es difícil evitarla), si puedes hacer que un objeto olvide su posición anterior y después convencerlo de su nueva posición, eso es el teletransporte. Y, ¿cómo se hace eso? Pues el profesor me dijo una vez: «Adele, ¿cuál es la única cosa en este mundo que puede desenraizar casi todo?».

—¿Y cuál es?

—No me dijo la respuesta. A veces es muy reservado. Pero yo lo sé. Lo he averiguado. Es el amor, Egon. El amor puede desenraizar prácticamente todo.

—¿Crees que el amor hace funcionar el dispositivo de teletransporte?

—Sí. La razón por la que funciona es que... ¡Oh, Egon, le amo!

—¿A quién?

—Al profesor, por supuesto. ¡Le amo! Es el hombre más increíble que he conocido nunca. Es tan inteligente y amable y honrado y devoto... —Solamente el hablar sobre ello parecía hacerle retorcerse de placer, como alguien que se prueba por primera vez un abrigo nuevo de pieles—. Y ahora sé que también es valiente. Ya has visto cómo estaba después de lo que ocurrió. Y después de que tú te fueras yo empecé a llorar y él subió y supo exactamente qué decirme. Le quiero mucho. Me fui a la cama pensando en él y me he levantado pensando en él y ahora se me permite pasar toda la tarde con él. Soy muy afortunada de que trabaje aquí también los fines de semana. No puedo soportar mis días libres.

—¿Te lo estás follando?

—¡No, no lo estoy haciendo, so lagarto! —bufó ella—. Ni siquiera hemos cruzado miradas en ese sentido. Él no sabe lo que siento.

—¿Y por qué no se lo dices?

—No podría. Sería demasiado humillante. Yo sé que a un genio como él no puede interesarle una chica como yo. Si él se enterara sería muy cortés, sin duda, pero yo me querría morir.

—Pero, Adele, tú eres la chica más delicada que he conocido nunca. Y él no es más que un científico soso.

—Eso demuestra lo superficial que eres, Egon. Es un gran hombre. Ha inventado un dispositivo de teletransporte.

—Y yo, para el caso.

—Pero éste va a cambiar el curso de la historia.

—Y funciona porque tú estás muy enamorada de él. Así que... ¿de quién está él enamorado?

—De nadie —replicó Adele, mostrando un atisbo de celos hipotéticos—. Está casado con la ciencia.

—Entonces, ¿cómo es que le funciona a él?

Adele se mordió el labio.

—No le funciona.

—¿No le funciona?

—No.

—Pero si se activa con amor y si él no sabe que le amas, ¿cómo explica él el hecho de que funcione contigo y no con él?

—No lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

Ahora ella no era capaz de mirarle a los ojos.

—Él cree que funciona por él. Yo siempre ejecuto los experimentos por él y él es tan adorable y despistado que a veces, cuando no presta atención, yo...

—¿Falsificas los resultados?

—Sí. Egon, por Dios, no me mires así. Fuerzo los resultados un poco porque no puedo soportar que se desanime. No lo estoy engañando, en serio. Él cree que el dispositivo de teletransporte funciona y es cierto, funciona. Yo lo sé porque lo pruebo cada noche. Pongo cosas dentro y desaparecen, exactamente como debería ser.

—¿Y cómo sabes que no hay alguien más entrometiéndose en el experimento cuando te das la vuelta?

—Eso no es posible. Te lo enseñaré.

Bajó de la mesa y lo condujo al fondo de la habitación y abrió una pesada puerta de acero que parecía haber sido instalada después que los demás accesorios del laboratorio. Daba paso a una cámara del tamaño de un aseo. Sus paredes, suelo y techo estaban forrados de paneles de goma grisácea y en el centro había una pequeña plataforma.

—¿Puedo entrar? —preguntó Loeser.

—Solo un momento.

—¿Qué sentido tiene toda esta goma?

—Aislamiento eléctrico. Y tras la goma hay plomo. El profesor aún no sabe qué efecto tendría la radiación en un cuerpo humano. Por eso la cerradura de la puerta tiene una apertura retardada.

—¿Como la cámara de un banco?

—Exacto. Una vez cerrada solo puede abrirse una vez se ha completado el ciclo. Así nadie podría entrar accidentalmente.

Se le ocurrió a Loeser que un prototipo de cámara teletransportadora sería un sitio bastante memorable para follarse a alguien.

—¿Así que si alguien la cerrara ahora estaríamos atrapados aquí dentro juntos durante horas?

—La apertura retardada está sincronizada con el acumulador ultramigratorio y ahora no hay ningún experimento en marcha, así que no funcionará. Solo quería que vieras cómo puedo estar segura de que nadie está interfiriendo con las cosas que coloco ahí dentro.

—¿A qué tipo de cosas te refieres, por cierto?

—Pues... cosas. No importa mucho. Pero funciona. Solo es una cuestión de hacer que funcione para el profesor tan a menudo como funciona para mí. Y ocurrirá, sé que ocurrirá si él aguanta un poco más sin que estos fallos mínimos le desanimen.

—Pero esas cosas que desaparecen, se supone que tienen que reaparecer. ¿No es ése el propósito del teletransporte?

—Y aparecen. En algún lugar, estoy segura. Pero por el momento no soy capaz de controlarlo, así que no sé dónde. Creo que es porque tampoco puedo controlar mi corazón.

—Antes eras como un pequeño diablo y ahora hablas como si fueras la esclava atontada de alguien. Si Bailey es Hefestos, tú eres una de sus doncellas robóticas.

—Bueno, al menos ya no me acuesto con otros hombres. ¿No era de eso de lo que

solías quejarte tanto?

—Sí, supongo que algo es algo. Pero has cambiado mucho, no me gusta, Adele.

—Es la promesa de este país, ¿no es así? Venid y reinventaos. Al menos es lo que suelo leer en la columna del *Herald*.

—¿Por qué querría reinventarme yo? Soy feliz tal como soy.

—No pareces demasiado feliz.

—Eso es temporal.

Excepto, se daba cuenta ahora, que se suponía que era temporal porque aún no había encontrado a Adele. Y ahora la había encontrado y no es que ella exactamente se hubiera arrojado a sus brazos. En fin, aunque no quisiera follar en la cámara teletransportadora, quizá un día él podría al menos hacerse unas rayas de coca en la plataforma.

—No deberías estar aquí dentro —dijo Adela, con cierta presciencia.

Loeser la siguió de vuelta al laboratorio.

—¿Sabe la policía quién mató a Marsh? —preguntó.

—No.

—Porque he estado pensando en ello. Ha sido Ziesel.

—¿Qué?

—Tiene que ser. Ziesel es un hombre destinado a que le ocurran cosas terribles. Es algo intrínseco a su carácter. Y sin embargo, aquí está con un empleo y una esposa, amado y respetado. No puede ser tan sencillo como eso. Tiene que haber algo más que no sabemos, que estropeará las cosas. Y esto encaja a la perfección. Él sin duda tiene una cierta obsesión por matar. La única razón por la que tiene en este momento una vida tan perfecta es que así le resultará mucho más doloroso cuando se vea arrastrado a un piojoso asilo de lunáticos.

—Suenas como si anhelaras que su vida se convirtiera en una catástrofe.

—No, no es así. No tengo nada en su contra. Solo quiero decir que hay gente para quien las cosas siempre deben salir mal, para quienes el universo no trabaja adecuadamente. Ziesel es uno de ellos. Es algo que se ve en cuanto lo conoces. Así que a menos que tenga otro secreto perturbador, él debe de ser el monstruo del CalTech.

—Pero, Egon, todo el mundo sabe que fue Slate.

—¿Únicamente por su cara bidimensional y su defecto de habla?

—No. Él asesinó a todos esos perros. Nunca hubo pruebas, en realidad, pero todo el mundo sabe que fue él. Y a todos los encontraron de la misma manera, con el pecho desgarrado y el corazón arrancado.

—¡Jesús! ¿A Marsh le habían arrancado el corazón?

—Sí. Slate no tiene coartada. Y yo lo sé mejor que nadie porque estoy siempre aquí por las noches y Slate está siempre aquí también. No está limpiando. Se limita a merodear y acechar. Se supone que no tiene que trabajar después de las seis, pero yo me lo he encontrado aquí a las dos de la madrugada. A veces intenta esconderse de

mí.

—¿Y no te da miedo?

—No. Sé que suena absurdo, pero por la forma en la que me mira sé que no me hará daño. Podría hacérselo a cualquier otro, pero no a mí. Estoy segura de ello.

—He visto al doctor Clarendon en el sótano.

—Sí. Él también trabaja a menudo hasta tarde. No entiendo cómo no está más asustado, allí abajo él solo, en la oscuridad, después de lo ocurrido esta mañana. — Miró el reloj—. Egon, necesito tomar más lecturas. Deberías volver a casa. Tú tampoco estás a salvo aquí.

—¿Ziesel se ha ido a casa?

—Sí.

—Entonces los dos estamos a salvo. No seas boba. No puede ser Slate. Eso sería demasiado obvio. Y definitivamente no me voy a casa. ¿Qué es eso? ¿Qué miras?

Loeser se giró y después produjo el tipo de ruido que hace un perro de Pomerania cuando le pisas la cola. Allí, en el umbral de la sala 11, estaba Slate, quien, por alguna razón, movió larga y lentamente la cabeza y después renqueó pasillo abajo, fuera de su vista.

—Creo que después de todo me iré a casa —dijo Loeser carraspeando. Se despidió de Adele, salió a toda prisa de los laboratorios Obediah y corrió hasta su bicicleta.

Mientras pedaleaba a lo largo del bulevar DelMar, pensó en el dispositivo de teletransporte de Bailey. ¿Sería posible que funcionara con el amor, como pretendía Adele? La idea le parecía insípida. Loeser no había estado enamorado desde los tiempos de la universidad y había olvidado hacía mucho tiempo lo que se sentía; para él la idea era tan abstracta como lo había sido cuando era un niño. Pero el deseo era otra cosa. Había sido el deseo, no el amor, lo que había desenraizado a Loeser y lo había llevado hasta California. El deseo, creía él, sí podía desenraizar casi cualquier cosa. Probablemente Adele confundía las dos cosas, como la mayoría de la gente. Pero si el dispositivo de teletransporte se alimentaba de deseo, eso implicaba que Adele sentía un tremendo voltaje de lujuria por el rechoncho profesor Bailey. Y eso no era plausible. Pero, si fuera así, ¿eso quería decir que él había llegado a ella demasiado tarde? Algo plomizo se asentó en su estómago ante ese pensamiento. ¿Qué utilidad tenía ahora *¡Damas! Cómo tirárselas?* Quizá, como decían en inglés, «el barco había zarpado». O quizá, en el caso de Adele, el barco nunca había atracado. Quizá no había barco. Quizá no había puerto. Quizá no había mar.

China City

En la esquina de Ord y Spring una inmensa verja de hierro conducía a una calle serpenteante que se hacía llamar Dragon Road. Pasada la verja, todos los tejados

tenían una pagoda, todas las superficies estaban pintadas de rojo o dorado y todos los clavos sostenían al menos una larga ristra de linternas de papel o de banderolas de seda. Hombres ataviados con sombreros cónicos arrastraban *rickshaws* arriba y abajo, buscando clientes a gritos.

—¿Qué es esto? —preguntó Loeser al bajar del autobús.

—China City —dijo Blimk—. Acaba de abrir y tenía ganas de visitarla.

La noche anterior, después de llegar a casa, Loeser no había podido dormir. El cuerpo descorazonado de Marsh bailoteaba en su mente, junto con Slate apoyado contra el quicio de la puerta, tanto que acabó casi deseando oír la ya familiar reyerta de su fantasma sobre su cabeza. Así que por la mañana, después de dar tantas vueltas que sus sábanas se habían arrugado en todas las permutaciones posibles y que, de hecho, estaban más estiradas al salir de la cama de lo que habían estado al entrar en ella, se vistió, fulminó una cafetera llena y tomó un tranvía temprano en dirección a la tienda de Blimk. Cuando llegó allí, había un fontanero que se afanaba en una cañería que goteaba junto al escritorio de Blimk. Hacía demasiado ruido como para que ninguno de los dos se concentrara en su lectura, así que decidieron cerrar la tienda por unas horas y tomar un autobús hacia el centro. Blimk tenía coche, pero respetaba la angustia de Loeser por el transporte.

Una de las consecuencias de que Harry Chandler empleara la influencia del *LA Times* para asegurarse de que Union Station se construyera en el Plaza, le explicó ahora Blimk, era que la vieja Chinatown, con sus burdeles y sus fumaderos de opio, había sido derribada en 1933 para dejar paso a la estación y durante cinco años la población china de Los Ángeles no había tenido un sitio especial para vivir. Pero ahora había dos barrios que competían por ser los elegidos: China City, construida por una mujer de la alta sociedad de San Francisco (y amiga de Harry Chandler) llamada Christine Sterling, que ya había convertido los alrededores de Olvera Street en una atracción turística «mexicana», y New Chinatown, unas cuantas manzanas hacia el noreste, construida por un hombre de negocios llamado Peter Hoo Soo, que era el presidente de la Asociación chino-americana. El proyecto de Sterling estaba mucho más adornado: había alquilado atrezo a Cecil B. de Mille y encargado la decoración del ayuntamiento a un diseñador de decorados llamado Wurtzel para que pareciera un barco de juncos pirata.

—¡Lo conocí en Berlín! —dijo Loeser.

—Trabaja en muchas de las películas de Goatloft ahora —explicó Blimk.

—Pero no acabo de ver a ningún chino aquí. Solo camareros y conductores de *rickshaw*.

—¿Tú vivirías aquí si fueras chino?

—No. Supongo que no.

En las fiestas de los Mutton, los judíos recién llegados siempre se quejaban de cómo al principio se los había echado de sus trabajos y después se los había echado de su país natal. Decían que se les había roto el corazón y juraban echar de menos

cualquier mínimo detalle de Berlín. Loeser se imaginaba ahora apiñándolos a todos en Germany City: un kilómetro cuadrado repleto de salones de cerveza recién pintados, de galerías de arte y *cabarets*, con su propia Postdamer Platz en miniatura y su propio café Romanisches en miniatura e incluso con su propia Haus Vaterland de Kempinski en miniatura (que, como la real, tendría dentro su propio bar de tema americano, que tendría dentro su propia Los Ángeles, que a su vez tendría su propia Germany City y así hasta el infinito). Probablemente les gustara más que Pacific Palisades. La China City de Christine Sterling, por lo que podía ver, era como se hubiera reconstruido París por un diseñador que solo se hubiera informado por Herbert Wolf Scramfield y *El hechicero de Venecia*; y aun así no parecía mucho más obviamente artificial que el resto de Los Ángeles, a pesar de que Los Ángeles no imitaba a nadie más que a sí misma. Un hombre con un ligero caso de agnosia como la de Gorge podría caminar por Dragon Road y creer que se encontraba verdaderamente en Pekín. ¿Y qué ocurriría si un literalista caminara por Sunset Boulevard? ¿Entendería esta cosmópolis mejor que nadie o se encontraría atrapado en una copia? Cuando Loeser escuchaba el lamento de los exiliados, a veces pensaba para sí que él también había sido echado de su vocación y expulsado de su tierra natal. Su vocación era el sexo. Su tierra natal era el cuerpo femenino. Se sentía tan perdido como ellos, pero nunca nadie se compadeció de él. Y cuando giraba a la izquierda con Blink hacia Lotus Road se le ocurrió que China City era a China lo que *Medianoche en la escuela de enfermería* era a una novia viva y coleando. La simulación puede parecer ridícula en un primer momento, pero quizá un inmigrante de Guandong, tras siete años lejos de su hogar, vendría aquí y lloraría con un alivio culpable porque, de lo que le quedaba, era lo más parecido a sus recuerdos. Pasaron por un restaurante que publicitaba que su chef sabía «100 formas diferentes de arreglar un pollo», pero no explicaba por qué el pollo debía ser sometido a un arreglo, y Loeser le preguntó a Blink si podrían entrar y tomar un *chop suey* porque nunca lo había probado. Blink le explicó que el *chop suey* ni siquiera existe en China. Y Loeser decidió que la comida china que habían inventado los americanos era exactamente lo que quería comer esa mañana.

—Un par de tipos vinieron a la tienda ayer —dijo Blink, después de que se hubieran sentado y pedido la comida. Loeser casi había pedido una sopa de tortuga como entrante pero se acordó después de Urashima Taro—. Querían saber cuánta renta pagaba, cuánto tiempo llevaba allí. Les pregunté quiénes eran y me dijeron que venían de la comisión de tráfico y que solo querían comprobar algunos datos. No acabo de entender qué tiene que ver mi alquiler con el tráfico. Si no supiera algo más, estaría preocupado por la expropiación forzosa.

—¿Qué es la expropiación forzosa? —dijo Loeser. Sonaba como un eufemismo anticuado para hablar del otro mundo.

—Es cuando el gobierno compra tu propiedad sin ni siquiera preguntarte para hacer una autopista o una carretera o algo así. Así es como echaron a los chinos de

Chinatown para construir Union Station. Si alguna vez pierdo mi tienda de esa manera, creo que me volvería a Brooklyn a vivir con mi hermana. No merece la pena que me realojen con lo que estoy ganando. Pero no puede ser una expropiación forzosa. Yo estoy en North Hollywood y allí ya está Union Station. Le pregunté a mi casero y él no sabe una mierda sobre esto. Probablemente solo quieren poner un impuesto sobre el aparcamiento o algo así.

—Probablemente —dijo Loeser. Y no fue hasta que llegaron sus cuencos de *chop suey* y que Loeser extendió la servilleta sobre su regazo, cuando se fijó en el dragón bordado en hilo negro y su forma le recordó al mapa que Plumridge había dibujado en una de las servilletas de Gorge en aquella cena en 1934: la red de las líneas de tranvías elevados que confluían en Hollywood, en la esquina de Sunset Boulevard y North Kings Road. No había vuelto a saber nada del mapa y supuso que la cosa había quedado en nada. Pero justo entonces, por primera vez, se dio cuenta de que la terminal que proponía Plumridge ocuparía exactamente la misma manzana que la librería de Blimk.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blimk—. ¿Se te ha quitado el hambre ahora que ves la comida de cerca?

La casa de los Gorge

El cigarro de Gorge soltaba un olor como el de una aldea arrasada por la infantería en retirada.

—Siéntate, Krauto —dijo—. ¿Fuiste al CalTech?

—Sí.

—¿Y?

—Parece que... —La frase era tan absurda que Loeser casi no podía terminarla—. Parece que el profesor Bailey intenta construir un dispositivo de teletransporte.

Gorge movió su mano con impaciencia.

—Lo sé. Lo sé desde el año 1936.

—Entonces, ¿para qué me ha enviado?

—Para saber si el jodido aparato funciona, claro.

—¿Por qué? —dijo Loeser. Y entonces todo se hizo evidente de golpe—. Cree que si Bailey termina su dispositivo de teletransporte éste sustituirá al coche. Quiere destruir a Bailey porque cree que Bailey destruirá su negocio de abrillantado de coches.

—¿Destruir a Bailey? ¡Vaya estupidez! Pongamos que el telecachivache de Bailey es real. Pongamos que lo destruyo. Al año siguiente tendría que hacer lo mismo con otro hijoputa. Al año siguiente, con una docena más. Si se inventa en un sitio se inventa en todas partes, es una regla general. No se puede hacer un carajo con eso.

—Y entonces, ¿qué hay de su negocio de abrillantar coches?

—Año 1948: telecachivache en todas las casas. Millones de ellos, por todo el país. ¿Crees que la gente no querrá que su cachivache esté brillante? ¿Crees que no querrán presumir de ellos todos los días? Venderé tantas latas como ahora. El cachivache no me costará ni un dólar.

—Entonces, ¿quiere saber si el aparato de teletransporte de Bailey es real —ésta era otra frase que le hacía hundir los codos en el marco de la puerta hasta que pudiera ser arrastrado al exterior—, para poder acorralar preventivamente el mercado de los abrillantadores de aparatos de teletransporte?

—Woodkin: ¿mongoloide?

—Muy al contrario, señor, creo que la inteligencia del señor Loeser está por encima de la media.

—Cuesta creerlo. Escucha, Krauto. ¿Recuerdas a Plumridge?

—Sí. Quería construir una red de tranvías elevados —dijo Loeser.

—No puede ser. Cuéntaselo, Woodkin.

—El coronel Gorge cree que hay dos razones por las que una red de tranvías elevados sería indeseable para Los Ángeles —dijo Woodkin—. La primera es que el tránsito de masas de cualquier tipo tiende a promover las tendencias socialistas autoritarias en sus usuarios, mientras que los conductores de automóviles suelen ser capitalistas devotos del libre mercado. El metro de Nueva York, que transporta más pasajeros que todos los demás sistemas de transporte sobre rieles de Norteamérica juntos, es solo un ejemplo de cómo un tránsito de masas ubicuo puede pervertir las tendencias políticas de una ciudad. Si alguna vez se produce un levantamiento marxista en este país, éste se iniciará en un vagón atestado. La segunda razón es que el coronel Gorge cree que las guerras del futuro se lucharán con armas tan poderosas que apenas podemos imaginarlas en el presente. Piense en una bomba tan potente que pudiera vaporizar una ciudad completa, tal vez recogiendo los rayos cósmicos o cualquier otra nueva chispa surgida de la fragua de Vulcano. Si se arroja esa bomba en el centro de Nueva York matará a millones. Si se arroja en el «centro» de Los Ángeles solo matará a unos pocos miles. En cualquier área urbana dada, el tránsito de masas de gran capacidad promueve la concentración. Los automóviles promueven la dispersión. Si Norteamérica quiere ganar la próxima guerra, que será tal vez contra Rusia o China, sin que la lastre un ataque sorpresa contra su población civil, debe extender sus áreas urbanas todo lo uniformemente que pueda. Puede que el señor Plumridge sea únicamente un funcionario de enlace de la comisión de tráfico, pero su cargo no expresa su significado real. Tras él hay intereses muy poderosos.

—Si tanto odia su plan, ¿por qué le invita a cenar? —dijo Loeser.

—Ten a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca, para que puedas ver lo que hay en su garganta —replicó Gorge—. Eso dice el proverbio.

—¿Y qué tiene que ver Bailey con Plumridge?

—El telecachivache funciona, no hacen falta tranvías. Sobran. Malo para

Plumridge, malo para los rojos, bueno para Norteamérica. El telecachivache no funciona, me toca a mí salvar a Norteamérica. No hay remedio. Pero no me vale con detener a Plumridge. Mismo principio que Bailey: una cola de otros cabrones detrás. Puedo gastar todo mi dinero y ayudaría, pero no sirve con este tipo de basura gubernamental. Retrasarlo es lo más que puedo hacer. Sería fácil si tuviera un periódico, pero no tengo y Harry Chandler odia mis cojones. Tengo que ir directamente a Norman Clowne.

—El secretario de la comisión de tráfico —intervino Woodkin.

—El único burócrata lo bastante poderoso para cargarse estos tranvías para siempre. Dice que lo hará, Clowne. Pero quiere a mi chica.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere casarse con mi hija. No se la merece. No hay otra forma, sin embargo.

—¿Va a conceder la mano de su hija a Clowne a cambio de que él sabotee el plan de tranvías elevados de Plumridge?

—Mi deber como patriota —dijo Gorge—. No significa que me guste. Por eso necesito saber si Bailey es un trilero o no. Telecachivache real, mando a Clowne a freír puñetas. Telecachivache un fracaso, empiezo a hacer el ajuar de Mildred. —Se inclinó hacia delante—. ¿Y pues?

Loeser recordaba una frase de un cuento de Lovecraft, *La sombra sobre Innsmouth*, el favorito de Blink entre las historias del difunto autor y el único que se había publicado en su propia edición en lugar de en una revista mensual: «No tenía coche, pero viajaba en tren, trolebús y autocar». El narrador se metía en líos justamente por eso. Pero aun así, Loeser sabía que un nuevo sistema de transporte público, como una ortopedia que corrigiera la mala postura de la ciudad, era lo único que haría que alguna vez Los Ángeles fuera un lugar tolerable para vivir. Debería simplemente decirle a Gorge lo que Adele le había dicho: el teletransportador funciona. Tanto si funcionaba realmente como si no, significaría que Plumridge podría seguir adelante con su plan sin que Gorge se molestara en derrotarlo con Clowne.

Pero eso también querría decir que Blink, el único amigo verdadero de Loeser ahí, perdería su tienda y probablemente se mudara a Brooklyn. Los tranvías harían Los Ángeles tolerable para cualquier otro berlinés, pero la harían intolerable para Loeser.

Además, Plumridge le había parecido un cretino total en aquella cena.

—¿Y bien, Krauto? —ladró Gorge.

—Lo siento, pero aún no lo sé —dijo Loeser—. Fui al laboratorio de Bailey y me lo presentaron y me presentaron a su ayudante. Pero no vi ninguno de sus experimentos por mí mismo. Así que es aún pronto para decirlo.

Gorge se recostó.

—Bien. Esperaba que dijeras eso. No quiero que finjas estar seguro cuando no lo estás. Vuelve cuando estés totalmente seguro. Ni un minuto antes. El coño de mi hija

está en juego.

La casa de Loeser

Clarendon abrió el candado de su pesada maleta y empezó a sacar todo el aparataje fasmatométrico.

—¿Se concentran las manifestaciones de su huésped en alguna parte especial de la residencia? —preguntó.

—La verdad es que no —respondió Loeser—, aunque suelo escucharla en el dormitorio.

—¿Escucharla?

—Es una corazonada mía. ¿Tuvo suerte con Marsh anoche?

—No he hecho ninguna medición kinética precisa —dijo Clarendon, inclinándose para enchufar una parte de su equipo fantasmal en una toma cercana a la puerta—. Pero las lecturas que tomé revelaban signos inconfundibles de su presencia.

—Aún me intriga por qué el Departamento de Estado tendría interés en sus experimentos. No creo que nadie pueda espiarnos aquí y ahora. Bueno, con la excepción del espectro de la casa...

Clarendon alzó la vista hasta él.

—¿A qué velocidad se está moviendo esta casa, señor Loeser?

Loeser miró por la ventana y recordó el bungaló de Sunset Boulevard.

—No estoy seguro de que se mueva en absoluto.

—Incorrecto. Sume la rotación de la tierra, el movimiento de la tierra alrededor del sol, el movimiento del sol a través de nuestra galaxia y el movimiento de nuestra galaxia a través del universo, y con relación a un determinado marco de trabajo arbitrario esta casa se mueve a casi tres millones de kilómetros por hora, o a casi un kilómetro por segundo. La razón por la que no nos quedamos atrás en el espacio es que, afortunadamente, todos nos movemos a la misma velocidad. El regalo más importante que le dio su madre fue el *momentum*. Sin embargo, no puede haber una transferencia de *momentum* entre un cadáver reciente y su fantasma afiliado, porque de ser así toda la energía acabaría eventualmente filtrándose de nuestro plano de existencia hacia el plano de existencia de los fantasmas, lo que, en cierto sentido, violaría la primera ley de la termodinámica. Por lo tanto, para acompañarse al lugar donde pena, un fantasma debe tener sus propios medios de aceleración hasta tres millones de kilómetros por hora (y, por supuesto, mantener esa velocidad, si es que el sustrato del plano fantasmal no carece de fricción), obteniendo energía de una fuente masiva, quizá infinita. Mi esperanza es que un día sea posible construir una máquina que atrape esa energía (algo a medio camino entre un molino y una turbina, que exista a medias entre nuestro plano y el plano fantasmal). La máquina ejercerá fricción sobre el fantasma pero, como el fantasma no puede ser frenado, el fantasma

transferirá constantemente energía a la máquina. Incluso aunque solo fuera posible exprimir una diminuta fracción de los terajulios del fantasma, calculo que unos pocos cientos de fantasmas serían suficientes para proveer de energía a todo el continente de Estados Unidos, dejando así nuestra producción anual de petróleo, gas y carbón a disposición de nuestras fuerzas armadas y a nuestras ciudades libres de contaminación. Como sin duda habrá visto ya, mis cálculos se basan en la suposición de que en la vida futura los fantasmas conservan una masa considerable. La prueba de esto es que se ha oído a víctimas de decapitación que transportan su cabeza cortada quejarse del peso de ésta.

—Ya veo. —La preocupación principal de Loeser en lo relativo a la expropiación forzosa era que allí podría encontrarse con todas sus exnovias y que no habría drogas que le ayudaran a pasar el trance—. ¿Cree que todo el mundo accede al otro mundo, incluso aunque no crean en él?

—Dios no permitirá que ningún hombre se escape de la recompensa o del castigo que merece —dijo Clarendon, poniendo un extraño acento, pensó Loeser, en la palabra «castigo»—. Así en la tierra como en el cielo. Ahora, si me disculpa, necesito concentrarme unos minutos mientras calibro el equipo.

—Tómese su tiempo. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

Loeser se sirvió un whisky con soda. En el exterior un camión de bomberos rugía bajando por Palmetto Drive. Pensó en Marsh. ¿Realmente habría un fantasma de laboratorio que se aparecería en el Instituto de Tecnología de California? Y después se dio cuenta de que Marsh no sería el único de la especie. Todo el estado de California era un laboratorio, una habitación para probar nuevas teorías, medir nuevas fuerzas, diseñar cacharros nuevos.

Y él mismo, Loeser, inquieto y pálido, distante y desplazado, una gota vertida de algo viejo y frío, ¿qué otra cosa era él también, mientras viviera allí, si no otro fantasma de laboratorio?

Después de un rato Clarendon frunció el ceño y dijo:

—Aquí no hay fantasmas.

—¿Qué quiere decir?

—Según mis lecturas, no hay ningún fantasma en esta casa.

—Pero he vivido con ella tres años. Estoy seguro. ¿No será que su equipo es inestable? —En ese momento sonó el teléfono. Loeser se disculpó con un gesto y fue a responder.

»—¿Hola?

—Soy Adele.

Cambio al alemán.

—¡Adele! No recuerdo haberte dado mi número de teléfono.

—Se lo he pedido a la señora Jones, en Throop Hall. Egon, creo que ya sé quién mató a Marsh.

—Creí que estabas segura de que había sido Slate.

—No ha sido Slate. No puede ser. Ha habido otros asesinatos.

—¿Cómo?

—El año pasado, uno de los cocineros de la cafetería. Y el año anterior, uno de los jardineros. Con el corazón arrancado, igual que Marsh. Millikan los encubrió ambas veces para no provocar el pánico. Pero no pudo hacer lo mismo con Marsh porque éramos muchos los que descubrimos el cadáver. Y ahora se están expandiendo los rumores. A mí me lo ha contado Dick. Cuando murió el cocinero, Slate ni siquiera estaba en California. Estaba visitando a su hermana, en Alaska. Llevaba fuera una semana y el cadáver tenía unas pocas horas cuando lo encontraron.

—¡Yo tenía razón! ¡Ha sido Ziesel!

—No. Ziesel no —dijo Adele. Y entonces pronunció las inevitables tres sílabas.

—¿Clarendon? —repitió Loeser sin pensar y después se mordió el labio. El fasmatometría probablemente no hablara alemán, pero por supuesto reconocería su propio nombre.

—Sí. Está construyendo una máquina alimentada por fantasmas y el Departamento de Estado lo está presionando para que termine la máquina antes de que empiece la guerra en Europa y necesita hacer pruebas primero y no puede esperar a que la gente muera en accidentes. ¡Creo que él mismo está matando a gente! ¡Cría fantasmas como los biólogos crían ratones!

—¿Cómo es que sabes tanto sobre su investigación?

—Me lo contó el profesor. Y escucha esto: Dick dice que todos los cuerpos han aparecido en los laboratorios Obediah o cerca de ellos. Clarendon trabaja allí. Ziesel está en la otra punta, en Robinson.

—Adele, está en mi casa.

—¿Qué quieres decir?

—Está aquí. Ahora. Conmigo. —Loeser no se atrevía a mirar a su alrededor.

—Dios mío, ¿por qué?

—Está buscando un fantasma aquí.

—¿Entonces tiene ahí todas sus máquinas? ¿Y estáis los dos solos? Loeser, ¿y si quiere matarte y capturarte con el fasmatrómetro?

—Adele, por Dios, ¡llama a la policía! ¡Diles que vengan aquí!

—Lo haré, pero puede que no lleguen a tiempo. Egon, tienes que sacarlo de tu casa.

Loeser colgó el teléfono y al volverse se topó con Clarendon, que estaba apenas a unos centímetros de distancia, sosteniendo la misma cizalla que llevaba la noche anterior en el sótano.

—Me preguntaba si podría abrir esa ventana —dijo Clarendon—. En ocasiones empleo una antena aérea para detectar posibles desviaciones electromagnéticas de la capa Heaviside. Es la forma más exacta de compensarlas.

Para abrir la ventana Loeser tendría que volver a darle la espalda a Clarendon. El

solo pensamiento lo acogotaba. Le pareció ver que Clarendon aferraba con más fuerza su herramienta.

—Creí que aquí no había fantasmas.

—Merece la pena un segundo intento. Yo confío en la estabilidad de mi aparato, pero en cualquier experimento hay factores imprevistos.

—Doctor Clarendon, no quisiera robarle más tiempo esta noche. Estoy seguro de que su instrumento lo captó correctamente la primera vez. Sin duda me he equivocado en lo que respecta al fantasma. Siempre he sido muy asustadizo. Pero resulta que hoy tengo una cena en casa para veinte invitados, así que me temo que...

—Me llevará apenas unos minutos, señor Loeser, si es tan amable de abrirme esa ventana. Yo no consigo hacerlo.

Durante un largo momento Loeser miró fijamente a Clarence, sopesando si podría reducirlo sin perder un dedo por el camino. El ritmo de su corazón parecía tamborilear: «por favor/que no me coma/por favor/que no me coma». Y entonces, por segunda vez aquel día, sonó el timbre de la puerta.

Ebrio de alivio, Loeser se precipitó hacia la puerta y la abrió de par en par con la esperanza de que fuera un robusto policía con una pistola, una porra y quizá, para que no falte de nada, algún tipo de alabarda medieval.

Pero no lo era. Era alguien aún más impresionante que todo eso. Era Dolores Mutton.

—¡Señora Mutton! —exclamó con alegría—. ¡Hola, hola!

—Buenas noches, señor Loeser. —Entró en la casa adelantándolo y observó a Clarendon de arriba abajo—. Veo que está acompañado.

—Le presento al doctor Clarendon.

—Un placer conocerle. Puedo asegurarle que no suelo irrumpir de esta manera, doctor Clarendon, pero tengo un asunto muy importante referente al Comité de Solidaridad Cultural que debo discutir con el señor Loeser. Le agradezco mucho que acorte su visita.

—De hecho esperaba quedarme y recoger algún...

—Se lo agradezco mucho —repitió Dolores Mutton, combinando la más atenta de las sonrisas con una voz que sugería que ella no necesitaría recurrir a la cizalla para cortarles limpiamente los pulgares. Clarendon se quedó blanco y empezó apresuradamente a empaquetar su equipo. Nadie dijo una palabra más hasta que terminó, después de lo cual se escabulló sin despedirse ni recoger su sombrero. Loeser estaba complacido pero en absoluto sorprendido al observar que ese ángel terrible tenía el mismo y eficaz efecto sobre otros hombres que tuvo una vez sobre él. En cuanto se cerró la puerta ella le dijo—: Creo que no me entendió bien por teléfono anoche.

—¿Sobre el profesor Bailey?

—Sí. Va a empezar a traerlo a nuestras fiestas.

—Ya le dije, señora Mutton, que no lo conozco suficientemente bien.

—No le estoy dando a elegir, Loeser. O lo hace o Jascha y yo le destrozaremos. Y debido a su predecible avaricia no necesitaremos recurrir a la violencia para ello. Ha estado sisando del Comité de Solidaridad Cultural de California durante los últimos tres años. A no ser que haga lo que le pedimos y consiga que el profesor Bailey sea nuestro amigo, entregaremos las pruebas a la policía y será juzgado y condenado, después de lo cual pasará algún tiempo en la cárcel y después será deportado a Alemania.

—¿Sisando? ¿Qué quiere decir?

—Se ha embolsado más de mil dólares de los fondos del Comité.

—¡Pero ése era mi sueldo!

—¿Por qué?

—Estoy en la junta. Usted dijo que necesitaban un miembro de la junta que fuera judío.

—Pero usted no es judío, ¿verdad, señor Loeser? Y nunca ha asistido a una reunión de la junta. De hecho, no hay ningún registro de que se le haya ofrecido ningún puesto dentro del Comité. Simplemente se aprovechó de la amistad de mi marido y la mía para traicionarnos mediante el robo.

—Usted me mandaba esos cheques cada mes.

—Es posible que no se diera cuenta, pero esos cheques están escritos de su puño y letra. Aparte de que no falsificaba demasiado bien mi «firma» en ellos. Cualquier buen grafólogo lo confirmará.

La impredecible alternancia entre lo amistoso y lo agresivo que había exhibido Dolores Mutton durante los últimos tres años había sido como una versión lenta de uno de los procedimientos avanzados del libro *¡Damas! Cómo tirárselas*, y Loeser apenas era capaz de procesarla pero, no obstante, en ese momento le asaltó un pensamiento triunfal.

—Así que copiaron mi caligrafía. O lo hizo Drabsfarben. ¿De dónde la copiaron?

—Hace varios años, en Berlín, mandó a Jascha una carta acerca de una obra. Quería que él escribiera la música.

—*El accidente del teletransporte*. Me dijo que no. Pero se trajo aquella vieja carta hasta Norteamérica.

—Jascha conserva un extenso archivo de muestras de escritura. Nos es útil muchas veces.

—No es usted tan lista como se cree, señora Mutton. Mi caligrafía ha cambiado desde entonces. Cualquier buen grafólogo lo confirmará también. Sus cheques no engañarán a nadie.

—En realidad, eso los hará aún más convincentes, porque parecerá como si usted intentara disfrazar su letra, pero no consiguiera enmascararla. En cualquier caso, si nuestros preparativos no funcionaran, sería una lástima pero no un problema. Haríamos lo que hubiéramos hecho antes. Correríamos el riesgo.

—¿Qué quiere decir?

—Jascha le matará y lo hará parecer un accidente. Buenas noches, Loeser. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—¡Espere! ¿Cuánto tiempo tengo?

—Como me dijo, acaba de conocer al profesor. Y somos gente razonable. Podemos darle seis meses.

—¿Por qué es esto tan importante? ¿Qué van a hacer con él? ¿Es por el dispositivo de teletransporte?

—No se preocupe por eso. Solo tráiganos a Bailey.

Cuando ella se marchó y cerró la puerta, Loeser se quedó paralizado tanto tiempo que aún no se había movido cuando su timbre sonó por tercera vez aquella noche. Abrió la puerta a un policía uniformado.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el policía—. Nos han informado de que hay un intruso en esta casa.

—Estoy bien. Aquí no hay nadie.

—¿No nos ha llamado usted?

—No. Lo siento. Tal vez haya sido una broma.

—¿Así que no hay problema aquí? —insistió el policía.

—No —dijo Loeser—. Aquí no hay ningún problema.

Y en ese momento, mientras el policía echaba un ojo a la casa por encima de su hombro, Loeser descubrió dos ciervos jóvenes que bajaban corriendo por Palmetto Drive, nacarados en el crepúsculo, fantasmas en un plano sin fricción.

Tercera parte.
Ésta es tu vida

6. Los Ángeles, 1939

Los agónicos sonidos finales del ensayo general dejaron a los intérpretes del Instituto de Tecnología de California sin nada más que hacer que quedarse quietos, callados e impotentes, pestañeando por encima de las candilejas de un auditorio casi vacío. Apenas se atrevieron a respirar cuando la delgada y solemne figura de su director emergió de los asientos desnudos para reunirse con ellos sobre el escenario, al tiempo que arrastraba ruidosamente de entre bambalinas una escalera de tijera y subía la mitad de sus escalones para volverse y decirles, sin siquiera un carraspeo preparatorio, que eran un grupo de gente sin una puñetera pizca de talento y un grupo de gente con el que era un horror trabajar.

—Vamos a empezar de nuevo —dijo—. Desde el principio. Y vamos a seguir hasta que nos salga bien.

No hubo murmullo alguno de desaliento tras estas palabras, ni el más leve contacto visual entre los intérpretes. Como esclavos azotados tantas veces que hubiesen olvidado cómo estremecerse, tan solo volvieron aturdidos a sus puestos para la primera escena. Loeser bajó de la escalera, la devolvió tras bambalinas y regresó a su asiento en la fila F.

—¿Preparado, Ziesel? —gritó.

—¡Preparado! —gritó Ziesel desde su cabina de técnico.

—*Auf geht's*.

Ziesel apagó las candilejas para que el auditorio quedase en completa oscuridad. El doctor Pelton, el mejor pianista *amateur* del CalTech, acometió una serie de espantosos acordes disonantes. Después un foco recorrió el escenario, mostrando a Adele Hister sobre una tarima en el centro. Llevaba un vestido negro ceñido con una especie de cuello asimétrico y hombros puntiagudos.

—¡Mira, abuelita —aulló, levantando un pedazo de mineral de magnesio por encima de su cabeza—, he agarrado un copo de nieve con la mano y no se derrite!

Se encendió otro foco, descubriendo esta vez a la señora Jones, una secretaria de Throop Hall, que bajaba en una silla de ruedas oxidada por una larga rampa de acero.

—Pero, querida —aulló en respuesta la señora Jones—, si ni siquiera está nevando fuera.

—Ya lo sé, pero ¡mira!

—Bueno, querida, espero que sepas lo que eso significa. Mi anciana y querida abuela me lo contó cuando era pequeña. Si coges un copo de nieve cuando no está nevando, puedes pedir un deseo. Y si el copo de nieve no se derrite, puedes pedir tres deseos.

—¡Tres deseos! —En este punto se encendió una hilera de tres luces más, que iluminaron intensamente la platea como si hubiese prisioneros fugados entre el público.

—Sí, querida. ¿Qué deseos van a ser?

—Caramba, abuelita, en primer lugar, deseo que tengamos una verdadera blanca Navidad. Nieve de verdad el día de Navidad, como en los cuentos. —Una de las tres luces se apagó y el doctor Pelton, en el foso de la orquesta, tañó una campana grave y fúnebre.

—¿Y?

—En segundo lugar, deseo que mami y papi consigan el dinero para comprar la medicina del pobrecito Nigger. —Una segunda luz se apagó y sonó una segunda campana. Al mismo tiempo se encendió una luz diferente, revelando la enorme reproducción en aluminio de un cráneo de perro con sus feroces mandíbulas abiertas, suspendida con cadenas desde el techo para representar la mascota enferma de la familia.

—¿Y?

—Y en tercer lugar, deseo que el malvado señor Parker no haga trabajar a papi en la fábrica el día de Navidad.

Una tercera luz se apagó y resonó una tercera campana. Al mismo tiempo, una prensa hidráulica mecánica que habían instalado delante del escenario se puso en marcha, produciendo un martilleo que hacía casi inaudible gran parte del diálogo que siguió.

—¿«Malvado»? Ésa no es forma de hablar de tu futuro suegro, querida —gritó la señora Jones.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo sabe que te gusta Chip Parker, querida. Ayer mismo estuviste besuqueándote con él en la cafetería.

Una obscena luz rosa empezó a parpadear.

—¡No era yo! ¿Cómo te enteraste? —Adele aún mantenía el magnesio levantado por encima de su cabeza y los codos le empezaban a temblar.

—No te preocupes por eso. Las abuelitas siempre se enteran de esas cosas. Mira, aquí llega tu mami, de vuelta de la ciudad.

La luz intermitente se apagó y una larga ráfaga de niebla de hielo seco nubló el escenario mientras la mujer del doctor Pelton, Martha, entraba sobre una cinta transportadora. Llevaba puesta una armadura de conquistador hecha de madera.

—¡Mami! —chilló Adele.

—Hola, pequeña.

—¿No hace frío hoy, mami?

—Claro que sí, pequeña, pero nada me hace entrar antes en calor que volver a este maravilloso y acogedor hogar. —Se encendieron muchas más luces, desvelando el resto del decorado, compuesto en su mayor parte por escaleras, poleas, cubos de

basura y espejos rotos.

—Oh, mami —dijo Adele, extendiendo sus brazos como si estuviera crucificada, mientras el doctor Pelton arañaba las cuerdas de su piano con un transportador de ángulos metálico—, ¿no es acaso la Navidad la época más hermosa del año?

Había habido cierta preocupación entre el profesorado porque *El copo de nieve*, de J. F. McGnaw, la obra que el doctor Millikan había elegido ese año para la función navideña del Instituto de Tecnología de California, no fuese compatible del todo con el peculiar estilo de dirección de Egon Loeser. Al parecer, se denominaba neoexpresionismo y para ser justos con la producción inaugural del auditorio Gorge de *La pequeña cerillera* el año anterior, habría que decir que había suscitado una buena cantidad de sano debate. No obstante, el rector de la universidad había puesto todas sus esperanzas en *El copo de nieve* y Loeser seguía siendo el único verdadero hombre de teatro que tenía algún tipo de vínculo con el claustro, así que, según se decía, ambos habían llegado al acuerdo de que si Millikan podía conseguir la obra que quisiera, Loeser podría dirigirla, por no hablar de escribir la música y diseñar el vestuario, sin ninguna interferencia en absoluto.

Bailey, que estaba sentado al fondo del auditorio, se había colado en el ensayo general de esa mañana para ver cómo le iba a su joven ayudante. Cuando los intérpretes prácticamente habían terminado el segundo repaso de la primera escena, decidió que ya había visto todo lo que su lealtad a Adele exigía, así que se levantó y volvió a salir al sol de diciembre. La luz de Los Ángeles no era en modo alguno una bestia que hibernase, pero a veces, solo por unos días en invierno, se volvía gorda y peluda y perezosa.

Bailey caminaba hacia los laboratorios Obediah cuando vio a un grupito de estudiantes reunidos cerca del centro Dabney de humanidades. Estaban mirando algo que había en el tejado. Miró hacia arriba y lo que vio le dejó sin respiración. Había un viejo Ford modelo T negro allí arriba, aparcado como si estuviese a punto de tirarse en plan suicida.

—Papá —dijo—, ¿cómo llegó eso ahí arriba?

—No lo sé, hijo —respondió su padre.

Como era su respetuosa costumbre cuando llegaban a un lugar desconocido, se habían apeado de sus bicicletas para llevarlas a pie. Ahí el suelo era pegajoso y había un olor dulzón en el aire, como si caminaran bajo una morera a finales de verano, solo que no había árboles al lado de la carretera. Debía de tener doce o trece años por aquel entonces y habían cruzado ya tantos pueblos de camino a Tiny Lustre que Bailey había pasado de tratar cada uno como una apasionante nueva frontera a tratarlos como a algún amigo de tu tío a quien te presentaban en un acto familiar: sabías que probablemente nunca volverías a verlos y que, por lo tanto, no merecían la inversión de tu finita curiosidad. Esa ciudad en concreto se llamaba Scarborough y solo tuvieron que avanzar un poco más por la calle Mayor antes de ver que había ocurrido allí algo espantoso.

Madera astillada, cristales rotos y toldos desgarrados; figuras humanas tumbadas en los porches, inmóviles, cubiertas con sábanas o, en un caso, ni siquiera con una sábana, sino con una vieja colcha de retales; un caballo había atravesado de cabeza la ventana de una taberna y sus patas traseras aún coceaban débilmente como las de un perro en sueños; un carro volcado con sangre y pelo pegados a una de sus ruedas; desde todas las direcciones, el sonido de gimoteos o chillidos; y aquel persistente olor nauseabundo, que se hacía más y más fuerte según avanzaban. En el límite norte del pueblo había una especie de fábrica y allí el desbarajuste era aún peor, con enfermeras, bomberos y policías corriendo de un lado a otro entre mirones como ellos. Bailey pensó primero que un tornado debía de haber cruzado la localidad, pero entonces su padre detuvo a un hombre con mandil de carnicero para preguntarle qué había pasado y se enteraron del accidente.

La fábrica era la planta embotelladora de la Compañía de Ginger Ale de Scarborough, la empresa que más gente empleaba de la ciudad y detrás de la cual había un ramal del ferrocarril de la línea Costa Atlántica. Hacía una hora, un tren del circo Mockton-Piney que se dirigía a Florence había hecho una parada de emergencia para revisar un eje recalentado en una de las plataformas. El maquinista de un tren vacío de la línea Costa Atlántica que venía detrás no había visto la señal del guardafrenos —debía de estar borracho o dormido, pero ahora nadie lo sabría nunca porque había muerto— y había embestido a toda máquina el vagón de cola del tren circense. El furgón de cola y los cuatro coches cama del final habían quedado destrozados y el vagón que transportaba al viejo elefante que actuaba en el circo se había soltado de sus enganches y, rodando pendiente abajo hacia el sur, había acabado en uno de los tanques de acero de medio millón de galones de la Compañía de Ginger Ale de Scarborough. El tanque había reventado, arrojando una inmensa ola de sirope de jengibre calle Mayor abajo como un auténtico apocalipsis, lo bastante alta como para subir aquel modelo de Ford T al tejado de aquel banco. Hasta el momento llevaban contados más de treinta muertos y más de cien heridos, demasiados para que cupiesen en el hospital del pueblo. Mientras el hombre les contaba esto, Bailey vio cómo sacaban de la planta embotelladora un cuerpo decapitado en una carretilla verde, empapado en su propia sangre, arrastrando las puntas de los dedos por el suelo. Lo único en que Bailey podía pensar era en que al pasar por Florence le había suplicado a su padre tomar un tren, un simple tren rural, lento e impopular, solo por una vez.

—«Cuando un gran naufragio sucede —dijo en voz baja su padre después de que se marchara el hombre del mandil de carnicero—, el poderoso mar suele arrojar de acá para allá bancadas, cuadernas, proas, vergas, mástiles y remos, para así, en todas las costas de las humanas tierras, dejar ver pedazos del casco a modo de advertencia a los mortales». Sigamos adelante, hijo, por favor.

—«De este modo —dijo Bailey—, si consideras los elementos en número finito y limitado, esparcidos así flotarán atraídos y repelidos por su misma materia, tal que

nunca, por la eternidad, juntarse podrán ni a unión alguna llegarán ni en ella podrán permanecer fijos ni tener aumento ni crecer». —Su padre llevaba ya dos años enseñándole a Lucrecio y sabía de memoria la mayor parte de los primeros dos libros de la traducción de *De rerum natura* de Cyril Bailey. Pronto estaría listo para Walt Whitman y William James.

—Exacto.

—Esa pobre gente... —dijo Bailey.

—¿Pobre gente? —repitió su padre, y Bailey supo de inmediato que se había equivocado. Todavía se equivocaba a menudo—. Hubo un accidente de tren mucho mayor en Washington hace solo un par de meses. ¿Están peor los hombres y mujeres de aquí que los hombres y mujeres de allí?

—No, papi.

—¿Hay alguna razón por la que debiéramos sentir más lástima por los hombres y mujeres de aquí, solo porque de casualidad estábamos cerca cuando ocurrió?

—No.

—¿Qué falacia sería ésa?

—Soberbia propinqua.

—Exacto. ¿Y en qué falacia incurrió la gente de Scarborough?

—No lo sé.

—Bien, supongo que la mayoría de ellos pensaban que solo porque algo como esto nunca había sucedido antes, no necesitaban preocuparse de que fuese a ocurrir alguna vez, así que no necesitaban tomar precauciones.

—Normalismo inductivo.

—Exacto.

Observaron las tareas de los rescatadores durante unos minutos más. La actividad era tan disciplinada y repetitiva a esas alturas que casi parecía que la fábrica había sido deliberadamente adaptada para un nuevo e innumerable propósito, como si toda aquella gente fuese a irse a su casa a las cinco para volver al día siguiente a las nueve y seguir trabajando allí hasta que se jubilara.

—¿Papi? —dijo Bailey, indeciso.

—¿Sí?

—¿Esto lo hicieron ellos? ¿Creyeron que podíamos estar en uno de esos trenes?

—No creo, hijo —dijo su padre—. Recuerda, ellos nos quieren con vida. —Y cuando se volvían para marcharse, Bailey oyó una vez más el chirriar de la carretilla verde...

Moviéndose como un autómata, Bailey se acercó a la muchedumbre de estudiantes del CalTech para poder oír lo que estaban diciendo sobre el coche del tejado de Dabney Hall.

—Deben de haberlo subido ahí con una grúa —sugirió alguien.

—¿De dónde iban a sacar una grúa tan alta?

—A lo mejor tenían una máquina de teletransporte.

Bailey miró con gesto sospechoso al autor de este último comentario, pero vio que el muchacho estaba bromeando, no sabía nada.

—Sois todos unos tontos del culo —dijo alguien más—. Lo desmontaron, subieron cargando las piezas por las escaleras de servicio y volvieron a montarlo. No hay otra manera de hacerlo.

—Eso les habría llevado toda la noche.

—Cualquier cosa que merezca la pena hacer lleva toda una noche. ¿No os acordáis de cuando tapiaron aquella puerta en Page y después pintaron por encima como si nunca hubiese estado allí?

—¿Dónde iban a conseguir siquiera un coche como ése? Debe de tener cincuenta años.

Así que solo era otra broma de estudiantes, pensó Bailey. A los chicos de ahí les encantaban las bromas: una vez, antes de su muerte, Marsh había decretado que tenían que vestir chaqueta y corbata para cenar y aquella noche habían llegado todos a cenar con chaqueta y corbata, pero sin pantalones ni zapatos. Tenía que haberlo sabido, desde luego, pero por un momento el coche sobre el tejado le había parecido una especie de malévolos lesión del tiempo. Hacía mucho que nada le recordaba aquel día. Para entonces algunos estudiantes ya se habían percatado de que Bailey estaba allí, así que los saludó secamente y siguió en dirección a Throop Hall. Al pasar por recepción, la señora Stiles lo saludó.

—Ah, profesor Bailey, estaba llamando a su laboratorio.

—Lo siento, señora Stiles, pero estaba en el auditorio Gorge.

—¿Cómo van avanzando los ensayos?

—Muy bien, creo yo. ¿Era por algo urgente?

—Hay alguien aquí que quiere verlo.

Bailey no veía a nadie esperando.

—¿Quién?

—Una anciana de color. Acaba de ir a empolvase la nariz. Dice que es una amiga de la familia.

No era posible.

—¿Le dio su nombre?

—Lucy —dijo la señora Stiles.

Bailey se quedó mirándola.

—Lucy —dijo otra vez su madre desde la puerta—. La señora Phenscot quiere hablar contigo sobre el almuerzo de mañana. Está en el invernáculo de las orquídeas.

—Sí, señora —dijo Lucy.

Posó el cuchillo con el que había estado deshuesando un pollo y fue a lavarse las manos. Solo entonces la madre de Bailey se dio cuenta de que el padre de Bailey estaba sentado en un taburete junto a la ventana de la cocina.

—Tom —dijo cortante, entrando en la cocina—. No sabía que estabas aquí abajo.

—Ay, mi vida, Lucy y Franklin y yo solo estábamos dándole un poco a la sin

hueso. ¿Verdad, hijo?

Bailey no apartó la vista de su máquina de vapor de juguete. Estaba dentro del tren tanto como fuera de él y el gran horno negro que tenía al lado era la caldera de carbón. A falta de Lucy, él tendría que alimentarlo. Su madre esperó a que la cocinera se fuera y entonces dijo:

—Me gustaría que no hicieras eso.

—¿Que no hiciera qué? —dijo su padre.

—Todas estas «conversaciones» con Lucy.

—Aprecio nuestras conversaciones.

Ella chasqueó la lengua, incrédula.

—Me crié con ella, Tom, la quiero tanto como cualquiera, pero los dos sabemos que la única razón por la que sigues trabajando aquí es para no tener que hablar con mi padre. Lamento que lo consideres tan insoportable.

—No veo por qué...

—En realidad, no, no lamento que lo consideres tan insoportable. No me importa lo que pienses de él. Solo lamento que ser grosero con mi familia te dé tanto gusto. ¿Crees que me gusta pedir disculpas por ti todo el rato?

—Oh, mi vida, ya sabes que no quiero ofender a tu papá más de lo necesario. Bajo aquí a hablar con Lucy porque me gusta hablar con Lucy. ¿Has hablado de Dios con ella alguna vez?

—No, Tom, da la casualidad de que nunca he hablado de Dios con la cocinera.

—¿Sabes que cree en todo? Lo digo en serio. En todo. Deidades africanas, espíritus de los pieles rojas, santos católicos... Para ella son todos lo mismo.

—¿Y eso te resulta fascinante?

—Sí. Porque ella no ve ninguna contradicción. Los curas de La Española enseñaron a sus abuelos que hay un Dios y todo tipo de ángeles diferentes. Es una especie de credulidad alegre y omnívora.

—Suenan como una religión de críos. —Su madre se quitó las gafas y las plegó, que era su manera de mostrar que se resignaba a llevar una conversación tediosa hasta el final. Bailey se preguntaba lo que se sentiría al pasar con las ruedas de su locomotora de vapor sobre la carne fresca del pollo de Lucy.

—Efectivamente, posee la honradez de un crío. Las otras religiones ocultan cosas. Todo lo que hay en la fe de Lucy está también en el catolicismo de tus padres, cariño. La diferencia es que el catolicismo de tus padres tiene que suprimir las partes que no le gustan. Lucy me contó que en La Española sus abuelos solían sacrificar ganado y, a veces, cuando las cosas se ponían desesperadas, alguien sacrificaba a un tullido. Ella dice que su familia no tomaba parte en eso, pero que ocurría. ¿No crees que eso está en el catolicismo? ¿Todo ese derramamiento de sangre? Pero está escondido. No muy bien escondido, la verdad... Ya has visto el crucifijo ese que tienen colgado de la pared que tanto asusta a Franklin. Y quién sabe lo que ocurre en esa capilla suya, ¿eh?

—Allí no «ocurre» nada. Es donde me bautizaron.

—Entonces, ¿por qué no me dejan entrar?

—Porque eres ateo. Es la capilla de la familia y ningún ateo ha puesto un pie en ella jamás. Ya lo sabes. Tienes suerte de que te dejen entrar siquiera en su casa. En especial cuando te comportas así.

—¿Ningún ateo? ¿Y qué hay de ti?

—Tom...

—¿No me vendrás con que has vuelto a cambiar de idea? ¿Que después de todo sí crees en su Dios? Después decidirás que quieres dejar que lo sometan a ese ritual de iniciación.

—La confirmación no es un ritual de iniciación.

—La confirmación es amedrentar a nuestro hijo para que se una a su secta cuando aún es demasiado joven para entender por qué podría no querer hacerlo.

—Nuestro hijo está aquí delante y cuando hablas así probablemente lo asustes mucho más que esa baratija de la pared. No quiero tener esta discusión otra vez.

—Vamos, cariño, me lo prometiste. Me vas a ayudar a asegurarme de que no lo hagan pasar por eso. Vas a hablar de ello con tu madre. ¿Por qué no vas ahora? Siempre está de buen humor cuando está con sus orquídeas.

Aquello fue tres semanas antes de que su madre desapareciera y su padre se lo llevara en mitad de la noche...

—¿Está usted bien, profesor Bailey? —preguntó la señora Stiles.

—Lo siento, señora Stiles, pero no tengo ninguna amiga de la familia que se llame Lucy y no tengo tiempo de verla hoy.

Bailey se dio media vuelta y se alejó tan rápido como pudo sin llegar a echarse a correr. Había ido allí para recoger unos apuntes mecanografiados por una de las chicas, pero en vez de eso siguió adelante hasta salir del campo de visión de la señora Stiles y se ocultó detrás de una columna para poder ver quién salía del aseo de mujeres al lado del mostrador de recepción. Y entonces, sin ninguna duda, allí estaba ella, aquella sombra desfasada. Ahora era vieja, por supuesto, probablemente tenía casi setenta años, caminaba con un bastón, pero no tenía un aspecto tan diferente. Saliendo a toda prisa de Throop Hall por las puertas del otro extremo, intentó fingir ante sí mismo que no la había visto, pero aquella era una ruptura en su historia mucho más difícil de negar que aquel Ford T sobre el tejado de Dabney Hall. Una especie de tanque de almacenamiento se había roto sobre su cabeza y ahora apenas podía impedir que los recuerdos se le saliesen a borbotones.

—¿Profesor Bailey? ¿Podría molestarle muy brevemente?

Bailey se detuvo. ¿Por qué no podían dejarlo hoy en paz? Ahí la intromisión provenía de un hombre rubio con acento inglés que parecía haber estado esperándole allí, junto a las escaleras de entrada de los laboratorios Obediah.

—¿Sí? —dijo.

—Me llamo Rupert Rackenham. Vivo en Venice Beach y soy un viejo amigo de

Berlín de Adele, su ayudante. Me han encargado que escriba sobre usted para el *Daily Telegraph* de Londres. Han oído que es usted una eminencia en su campo. Tenía la esperanza de concertar una entrevista con antelación, pero la señora de Throop Hall me dijo que tenía instrucciones de no pasarle ningún mensaje de ese tipo.

—Así es. Me temo que estoy demasiado ocupado. —A Bailey aquel nombre, Rupert Rackenham, le resultaba familiar de algún sitio, pero aún más familiar era aquella voz: no solo el acento, sino aquel encanto falso, ensayado, oportunista. Aun así, sabía que nunca había visto a aquel hombre—. Hay todo tipo de trabajos interesantes en marcha en el CalTech. Quizá podría hablar con uno de mis colegas. El doctor Carradine, por ejemplo.

—¿Qué hace el doctor Carradine? —preguntó Rackenham.

—Está construyendo una máquina para hacer puré de anguilas eléctricas que funciona gracias a las propias anguilas eléctricas. Un diseño elegante.

—Preferiría hablar con usted, profesor Bailey. Solo necesito una hora. Y el *Telegraph* pagará la comida. Lo he arreglado con el doctor Millikan. Cree que será buena publicidad para el Instituto. Empezaríamos por su historia familiar y después...

—No. Me temo que no. Este año no. —E intentó acelerar el paso hacia los laboratorios Obediah, pero el inglés, sin desanimarse, le puso una mano en el hombro para frenarlo.

—No toque a mi hijo, por favor —dijo el padre de Bailey.

—Oh, lo siento muchísimo —se disculpó el inglés con una sonrisa, retirando la mano sin demasiada prisa—. Es solo que me parece que a su hijo se le ha caído su juguete. No quisiera que lo perdiera. Es un objeto hermoso.

Bailey sintió un frío cosquilleo de vergüenza, consciente de que a los quince años ya era varios años mayor para llevar juguetes de cualquier tipo y no pudo mirar al inglés a los ojos cuando recogió su locomotora de vapor. Sin embargo reconoció al inglés y el inglés lo reconoció a él, porque se habían visto tres veces antes, en otras poblaciones de Wisconsin. Que su itinerario se cruzara más de una vez con el de otro viajero no era tan inusual: solo había un número limitado de rutas lógicas, por ejemplo, por la orilla occidental del lago Michigan. Al recorrer con la mirada las llanuras vacías de aquel estado desde su bicicleta, Bailey había pensado en Lucrecio a menudo. «Sin linde o límite el espacio se extiende por doquier, inmensurable, hacia los cuatro puntos. No se permite descanso a los cuerpos que atraviesan el profundo vacío, sino que más bien saturados por incesante y diverso movimiento, algunos cuando son a fuerza juntados con violencia se retiran hacia atrás, separándose un gran trecho; otros se ven también impelidos unos contra otros, evitando por poco el choque. Muchos, por demás yerran por el gran vacío, pues se les han negado las uniones de las cosas y tampoco tienen ningún lugar disponible al que ser llevados y al que así vincular sus movimientos». En realidad Bailey y su padre no habían unido sus pasos con el inglés, sino que habían deambulado juntos unos pocos días y al principio

Bailey supuso que era esa superficial proximidad lo que el inglés había tomado como un permiso para la inmediata camaradería de su comportamiento ahí en el pasillo del hotel. Solo después deduciría que el inglés adoptaba ese mismo comportamiento con todo el que se topaba.

—Veo que tenemos alojamientos contiguos —dijo el inglés. Le tendió la mano—. Bertram Renshaw. Arqueólogo.

Pero su padre ignoró la mano y metió a Bailey con prisa en su pequeña habitación doble.

—No hables con ese tipo.

—¿Por qué, papá?

—Hay algo extraño en él.

—¿Trabaja para ellos?

—Podría ser. Mejor nos vamos mañana temprano. Volveremos sobre nuestros pasos hacia Madison.

Los criterios de su padre para identificar a un extraño como agente, bien de los Phenscot, o bien de la Iglesia católica eran un misterio para Bailey. A veces ni siquiera tenían que encontrarse con una persona en distintas ciudades, como se habían encontrado con el inglés: un simple vistazo a distancia era bastante. Pero esta vez, Bailey no podía estar en desacuerdo con su padre. Había de verdad algo extraño en Renshaw. Muy probablemente su padre hubiera preferido que escaparan sin tardanza, pero llevaba casi dos semanas evitando hacerle caso a un flemón y en Sheboygan Falls había un dentista bueno y barato. Así que a las tres en punto, después de ponerle a Bailey sus problemas de álgebra del día, se marchó. Como era habitual, Bailey no podía dejar la habitación del hotel por ninguna razón, a menos que su padre no hubiese regresado en seis horas, en cuyo caso tenía que dar por hecho que habían capturado a su padre y seguir hacia Tiny Lustre solo.

El cielo estaba encapotado aquel día y por la ventana del hotel Bailey podía ver cuervos volando en lo alto como signos de puntuación en una página en blanco. Esperó quince minutos, después salió al pasillo y llamó a la puerta de la habitación del inglés. Cuando Renshaw abrió, le dijo:

—Lamento mucho importunarle, señor, pero me estaba preguntando si podría pedirle prestado un sacapuntas. No consigo encontrar el mío.

Renshaw parecía complacido.

—Por supuesto. Pasa y buscaré uno.

Durante los primeros años que había viajado con su padre, Bailey se había sentido temeroso de sus perseguidores. Pero últimamente pensaba cada vez más en cómo sería conocer a una de esas oscuras entidades. Y aquélla era la primera oportunidad que había tenido. Sabía que debía sentirse asustado, pero no lo estaba.

—¿Por qué no te sientas, muchacho? —dijo el inglés—. Puede que tarde un segundo o dos en encontrarlo. —Empezó a revolver en una maleta—. ¿De dónde sois tu padre y tú?

—De Filadelfia.

—Un camino muy largo para hacerlo en bicicleta.

—Me sacó del colegio por un año para que pudiera ver un poco de nuestro país.

—Una idea magnífica. Yo soy de Londres, pero he estado en todas partes por este continente. Siempre hay algo nuevo que ver. Yo viajo sobre todo en automóvil.

—¿Dijo usted que era arqueólogo, señor?

—Sí.

—¿Y va usted de un sitio a otro buscando huesos?

—A veces. Pero hoy en día soy más bien educador. La ciencia no sirve de nada si los científicos nos la guardamos toda para nosotros, ¿sabes?

—Entonces, ¿da usted conferencias?

—No muchas. Me he dado cuenta de que la masa general del público americano raras veces está preparada para los últimos descubrimientos. Prefiero organizar encuentros con individuos interesados de sensibilidad progresista. Ellos a su vez pueden usar sus influencias para sembrar las semillas de este nuevo conocimiento.

—¿Qué conocimiento es?

Renshaw sonrió. Por alguna razón aún no había localizado el sacapuntas.

—Oh, no estoy seguro de que un muchacho de tu edad haya avanzado lo suficiente en su educación.

Bailey dio la respuesta solicitada.

—Seguro que yo he avanzado lo suficiente en mi educación, señor.

—¿Estás totalmente seguro? —dijo Renshaw casi con coquetería.

—Sí, señor.

—En ese caso, hijo, ¿has oído hablar alguna vez de los trodonios?

—No.

—Me habría sorprendido que hubieras oído hablar de ellos. Ven y ayúdame con esto. —Otra de sus maletas era casi tan grande como una cocina económica y Bailey tuvo que ayudar a Renshaw a subirla a la cama. Después Renshaw abrió cuatro pesados cierres de latón que diseccionaban la maleta verticalmente, y Bailey vio que el lado izquierdo contenía la mitad superior de un esqueleto y el lado derecho contenía la mitad inferior, cada hueso sujeto cómodamente contra el forro de terciopelo negro por presillas de cuero, de forma que la maleta podía usarse a modo de vitrina expositora cuando se colgaba abierta del todo. La mayor parte del esqueleto parecía inequívocamente humanoide —los pies, las costillas y la pelvis—, pero el cráneo se parecía más al de un pájaro o al de un lagarto. Además, tenía también una cola y solo cuatro largos dedos en cada mano.

—¿Esto qué es? —preguntó Bailey.

—Supongo que te habrán contado que los pieles rojas fueron la primera civilización en habitar Norteamérica —dijo Renshaw—. Bien, pues no lo fueron. Los trodonios eran mucho más avanzados. Mientras los pieles rojas vivían aún en cuevas y comían gusanos, los trodonios ya arreaban manadas de ganado y comerciaban con

bienes.

—¿A qué se parecían?

—Evolucionaron de los dinosaurios, muchacho. Así que tenían piel escamosa y dientes afilados. Ponían huevos y no tenían glándulas mamarias, porque alimentaban a sus crías con comida regurgitada. Adoraban a un creador benevolente y vivían de acuerdo con los deseos de éste. Su lenguaje probablemente sonaba como el trino de un pájaro, pero además eran poderosos telépatas, por lo que se comunicaban sobre todo mediante el pensamiento. Por desgracia, aunque fueron una raza ingeniosa y ávida, también eran pacíficos. No existe cosa parecida a un arma trodonia. Así que cuando los pieles rojas decidieron apoderarse de las tierras trodonias, encontraron muy poca resistencia. Al final casi toda la raza fue destruida y todo lo que ahora nos queda son restos dispersos. Hay biólogos que argumentan que unos pocos trodonios supervivientes podrían haber sufrido una especie de reversión evolutiva a una forma más primitiva de lagarto, pequeño, cuadrúpedo y robusto, pero esa teoría no me parece muy creíble.

—¿Desenterró éste usted mismo?

—Lo encontró en Arizona uno de mis colegas.

—¿Y lo lleva usted de un sitio a otro para enseñárselo a la gente?

—No solo para enseñarlo, hijo. Eso sería egoísta. —Renshaw le explicó que ponía discretos anuncios en pequeños diarios regionales anunciando un descubrimiento arqueológico de relevancia histórica, con una dirección a la que los interesados podían escribir para recibir más información. Después visitaba los hogares de quienes habían respondido con un esqueleto de trodonio y, una vez que encontraba un buen hogar para ese esqueleto con un sagaz y caballeroso erudito, telegrafiaba a su colega de Arizona para que enviara un sustituto por ferrocarril para que él pudiera continuar su viaje. Y dado que su propósito era fundamentalmente educativo, casi regalaba cada esqueleto, pues pedía a cambio solo lo suficiente para ayudarlo a cubrir parte de los costes de las excavaciones. Nunca más de mil dólares. De hecho, para él estaba claro que Bailey y su padre eran ambos de temperamento culto e inquisitivo. ¿Quizá podría interesarles hacer una adquisición? No podrían transportar un esqueleto trodonio en bicicleta, por supuesto, pero podían enviarlo de vuelta a Filadelfia para que los esperara allí a su regreso. Y fue en este punto cuando Bailey por fin se dio cuenta de lo que era Renshaw en realidad.

De acuerdo con su padre, el estafador no era el tipo de ser humano más despreciable sobre el planeta. Era la víctima del estafador. Pero el propio estafador no dejaba de ser bastante malo. Desde que habían salido de Boston, el padre de Bailey había estado trabajando en su manuscrito, *Taxonomía completa de la inconsistencia cognitiva antrópica*. La cita introductoria era de Lucrecio: «Así como en una construcción, si la primera regla está torcida y si la escuadra está mal y viola la línea recta, si el nivel se aparta un ápice en cualquier parte, de ley será que el edificio salga defectuoso y torcido y así unas partes parecerán prontas a su caída y otras caerán,

traicionadas todas ellas por las erróneas medidas primeras; así, por fuerza tendrá que ser tu razonamiento torcido y falso si es que todo él se asienta en percepciones erróneas». Y la introducción prometía que cualquier hombre que se entrenara a sí mismo siguiendo rigurosamente el libro sería invulnerable a las depredaciones de estafadores, vendedores de perritos calientes, comerciales, políticos, moralistas, estetas, mendigos, periódicos baratos, novelas románticas, mujeres lloronas y, por encima de todo, curas.

—¿Dónde está tu padre en este momento? —preguntó Renshaw—. ¿Está en la puerta de al lado?

—Está en el dentista —respondió Bailey—. No sé cuándo volverá.

—Ya veo. —Renshaw tosió y se volvió hacia el esqueleto—. ¿Sabes, muchacho?, los trodonios tenían órganos genitales internos. Todo estaría metido en un pequeño conducto llamado cloaca.

—Oh.

—Mientras que los mamíferos como tú y yo tenemos la fortuna de poseer genitales externos. —Posó una mano sobre el muslo de Bailey; sus dedos temblaban como las patas de un animal nervioso—. Todo está... Todo está... —No parecía capaz de terminar su frase—. Quizá te gustaría...

Llamaron a la puerta con insistencia.

—¿Franklin? —gritó su padre. La puerta tenía el cerrojo echado, así que Bailey tuvo que levantarse y correr a abrirlo desde dentro—. Sabía que podía oírte —dijo su padre lanzándole una mirada furiosa al inglés—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Su hijo vino a pedir un sacapuntas.

—Él tiene un sacapuntas.

—No lo encontraba, papá.

—Vámonos, Franklin.

Volvieron a su habitación.

—Hace menos de una hora que te dije que había algo extraño en ese tipo. No tenías que haber entrado ahí.

—Pero no es un detective ni nada de eso, papá.

—Eso ahora puede parecerle tan obvio que sientes como si lo supieras en el momento en que tomaste la decisión. Pero no lo sabías. ¿Qué falacia es ésta?

—Confortación retrospectiva.

—Exacto.

El padre de Bailey nunca lo castigaba, porque durante los últimos cinco años su responsabilidad había sido enseñar a su hijo a comportarse racionalmente en toda circunstancia y creía que el fracaso de un alumno era por definición igual al fracaso de un maestro. Pero no habló con su hijo durante el resto de la tarde, excepto para informarle de que el dentista estaba demasiado ocupado para atenderlo aquella tarde, así que tendría que probar otra vez al otro día. A la mañana siguiente, Bailey lo acompañó al dentista y esperó sentado mientras a su padre le sacaban el diente.

Abandonaron Sheboygan Falls justo después; su padre con la boca aún llena de algodón ensangrentado y Bailey no volvió a ver al inglés...

El acumulador de ultramigración ya estaba calentando, así que debía de haber entrado en su laboratorio y haberlo encendido. Ni siquiera podía recordar cómo se había desprendido de Rackenham. Era posible, pensó con calma, que estuviese experimentando una especie de episodio disociativo y debería marcharse a casa antes de que fuera a peor. ¿De dónde venía aquella compulsión a recaer siempre en el pasado? Pero la última fase de sus experimentos estaba llegando a su conclusión y al ver el Ford sobre el tejado había tomado la determinación de completarla tan pronto como le fuera posible. Se puso a trabajar. Después de casi una hora llegó Adele.

—¿Cómo te fue el ensayo, querida?

Ella torció el gesto.

—No preguntes.

—Vi un par de escenas y quedé muy impresionado.

—Allá en Berlín la gente solía decir que Egon tenía un poquitín de talento y que algún día haría algo importante, pero que no se le podía decir porque se hincharía como un pavo real. No sé qué les parecería *El copo de nieve*.

—Hablando de Berlín, acabo de conocer a un tipo ahora mismo que dice que es un viejo amigo tuyo.

—Oh, ¿te refieres a Rupert?

—Así es. Rupert Rackenham. ¿Cómo lo adivinaste?

—Me he cruzado con él justo ahora de camino hacia aquí.

—¿Aún está merodeando ahí fuera?

—Eso me temo. De todas formas me alegro de que por fin lo hayas conocido.

—¿Por qué dices «por fin»? ¿Quién es?

—Haz memoria. Escribió aquel libro que te gustó.

—¿Un libro sobre qué?

—Lavicini —dijo Adele.

—¿Quién es Lavicini? —preguntó Bailey.

Alguien lo apartó de un codazo para abrirse paso hacia la barra y parte de su zumo de pomelo se derramó sobre la alfombra, pero estaba tan abatido que apenas se dio cuenta. ¿Podía ser que el teletransporte ya se hubiese logrado en Alemania y que la noticia no hubiese llegado aún a Estados Unidos? ¿Podía ser que algún ingeniero italiano que trabajara para Siemens se le hubiese adelantado? Para empezar, él ni siquiera había mencionado el teletransporte a aquella chica singular y de hecho no estaba seguro en absoluto de qué hacía ella en el cóctel del club Athenaeum: con solo mirarla quedaba claro que no era novia de ningún estudiante y tenía acento alemán. Pero entonces Adele le habló del accidente del teletransporte de 1679.

—¿Cómo sabes todo eso? —le dijo él cuando terminó.

—Un amigo mío publicó una novela sobre Lavicini. Y yo salía en ella. Era la bailarina que moría, solo que en realidad era una princesa.

De inmediato, con la fuerza irrefutable de una revelación religiosa, Bailey estaba seguro de dos cosas. La primera era que la historia de Lavicini era la llave que abriría la puerta final de su investigación sobre el teletransporte, la puerta a la que llevaba llamando tantos años. Y la segunda era que aquella chica —la bailarina, la princesa, la mensajera— tenía que convertirse en su ayudante. Era probable que no supiera nada de física, pero eso no importaba. Parecía brillante. Podía aprender.

El teletransporte había llegado a Bailey como una fantasía cuando aún estaba viajando con su padre. No podían tomar trenes o tranvías o vapores porque podrían reconocer sus caras; no podían alquilar un automóvil porque podrían rastrear su matrícula y ni siquiera podían tomar una ruta directa de este a oeste con sus bicicletas porque podrían anticipar su siguiente parada. A medida que pasaban los años sobre ruedas, Bailey empezó a preguntarse si alguna vez llegarían a California. Y, sin embargo, en sueños miraba por una ventana y ya estaba allí. Lucrecio hacía que todo pareciera posible si entendías la naturaleza de las cosas. ¿No podía haber una máquina que pudiese lanzar un cuerpo al otro lado de un continente como un teléfono podía lanzar una voz?

Pero Bailey no tuvo su primera revelación sobre cómo podría funcionar en realidad el teletransporte hasta que llegó solo a Los Ángeles en 1915. Boston, Chicago y Nueva York, las ciudades que había visto con su padre, eran cuerpos con órganos, pero este territorio, como el propio espacio, era todavía un saco gigante de citoplasma. Tenía una capacidad casi ilimitada y sus habitantes estaban dispuestos a conducir distancias casi ilimitadas. Si uno intentaba decidir dónde construir una casa o un restaurante o una granja de avestruces, por lo tanto, no tenía suelo real sobre el que hacerlo: aquí, la ubicación era una propiedad insignificante y arbitraria. Todas las coordenadas espaciales eran equivalentes. Y así era como funcionaría el teletransporte. Un dispositivo de teletransporte tendría que convencer al objeto de la cámara de que simplemente no importaría si estuviese en otro sitio. (Solo un par de meses antes de aquella fiesta en el club Athenaeum, estaba volviendo de Venice Beach cuando quedó atrapado en el atasco más infernal en que se había visto nunca. Debía de haber un accidente delante, porque no vio a nadie avanzar ni un centímetro en veinte minutos o más. Las bocinas graznaban en vano. Bailey había recordado a Lucrecio: «Todas las cosas no se mantienen apretadas lado a lado por la naturaleza del cuerpo, pues en esas cosas mismas hay vacío. Pues si no hubiese vacío, en modo alguno podrían las cosas moverse; y dado que tal es la función del cuerpo, irritar y causar dificultad, en todo momento estaría presente para todas las cosas; nada, por lo tanto, podría avanzar, dado que nada podría dar el ejemplo de ceder su lugar». Entonces vio que el conductor de un Chevrolet verde abollado que iba delante abría su puerta, salía y simplemente se iba caminando calle abajo y algo en su manera de andar dejaba claro que no tenía intención de volver. Le llovieron los insultos, porque si su coche se quedaba allí sin conductor el atasco tardaría aún más tiempo en despejarse, pero él no miró atrás en ningún momento. Y lo único en lo que Bailey

podía pensar era en el teletransporte. Las coordenadas espaciales de una partícula eran el chasis de acero en el que esa partícula estaba atrapada. Para escapar de ellas, la partícula solo tenía que salir y caminar).

Bailey no era, desde luego, el único físico interesado en el teletransporte. Con el paso de los años conoció a unos cuantos que habían leído *La máquina desintegradora* de Arthur Conan Doyle cuando eran niños, o *El hombre sin cuerpo* de Edward Page Mitchell (también autor de *El reloj que marchaba hacia atrás*) y nunca lo habían olvidado. Pero sabía que nunca llegarían a ninguna parte, porque no habían pensado en ello con suficiente ahínco. No parecían darse cuenta, por ejemplo, de que cuando un objeto abandona el dispositivo de teletransporte no puede dejar solo un vacío detrás y cuando llega a su nuevo destino, no puede desplazar simplemente la materia que ya estaba ahí. Las leyes de la física no lo permitirían. El teletransporte tiene que ser un intercambio. Si preparas el dispositivo de forma correcta, un cuerpo humano es permutado por un volumen de aire de la misma forma exacta. Pero si uno se equivocaba en unos cuantos centímetros, el sujeto podría encontrarse parcialmente empotrado en un muro, como aquel caballo arrojado a través de la ventana del bar en Scarborough y en la cámara del dispositivo de teletransporte se encontraría una especie de bajorrelieve. Es más, si se teletransportara un cadáver desnudo al interior de un bloque de mármol, se podría obtener una escultura precisa hasta en la última espinilla.

El lunes después de conocer a Adele en la fiesta del club Athenaeum, Bailey pidió una copia de *El hechicero de Venecia* y cuando lo terminó, fue a la biblioteca pública de Los Ángeles a buscar cualquier otra cosa que pudiese encontrar sobre Lavicini. Cada nuevo detalle lo hacía sentirse más seguro de que allí estaba el secreto del teletransporte. Así que cuando aquella misma semana un hombre de voz suave del Departamento de Estado vino a decirle que, por orden de Cordell Hull, ahora sería él quien dirigiera su trabajo científico de acuerdo con los recientes descubrimientos de un oscuro autor de Rhode Island llamado H. P. Lovecraft, Bailey no se sorprendió ni la mitad de lo que el hombre parecía esperar. Cuando echó un vistazo a los resúmenes del Departamento de Estado sobre las historias de Lovecraft, lo que oyó fue un acorde de reconocimiento. Lovecraft lo entendía todo. Bailey le citó a Lucrecio a aquel hombre: «Pues igual que los niños tiemblan y se asustan de todo en la cegadora oscuridad, así a veces tememos a plena luz cosas que no han de ser más temidas que aquellas que en la oscuridad hacen a los niños estremecerse e imaginar que llegarán a ocurrir. Este terror, esta oscuridad de la mente, necesita ser disipado no por los rayos y el luminoso relumbrar del día, sino por la visión de lo externo y la ley interna de la naturaleza». El hombre asintió y luego le contó a Bailey que solo quedaba en pie un pequeño obstáculo: había sido imposible conseguir una autorización adecuada para Bailey porque por alguna razón los investigadores del Departamento de Estado no habían sido capaces de hallar ningún rastro de su existencia anterior a 1915, cuando Bailey se había inscrito en lo que entonces se llamaba Facultad de Tecnología

Throop. Era de suponer, dijo el hombre, que habría una explicación simple. Pero Bailey se limitó a mirar al hombre en silencio hasta que por fin éste carraspeó y se levantó para irse. El asunto de la autorización no volvió a salir a colación, aunque le dijeron que ahora era tan valioso para el Gobierno americano que ya no se le podía permitir que viajara en avión.

A partir de entonces, el Departamento de Estado enviaba a Bailey toda nueva historia que publicaba Lovecraft y también extractos mecanografiados de sus cartas, que a menudo interceptaban y abrían con vapor. Pronto empezó a sentir que en otras circunstancias podría haber sido buen amigo suyo. No le sorprendió enterarse de que también Lovecraft había leído a Lucrecio en su juventud: hasta los pavorosos dioses de Lovecraft eran rigurosamente materialistas y suponía una creencia propia de Lucrecio en el ilimitado alcance de la investigación empírica escribir que «las ciencias, esforzándose cada una en su propio camino, hasta ahora poco nos han perjudicado; pero algún día el ensamblaje de conocimientos desligados abrirá tan terroríficas visiones de la realidad y de nuestra espantosa posición en ella, que o bien enloqueceremos por la revelación, o bien huiremos de la mortífera luz hacia la paz y seguridad de una nueva edad oscura». Bailey pensó que a Lovecraft le habría complacido mucho la *Taxonomía completa de la inconsistencia cognitiva antrópica*.

Bien pensado, Lovecraft parecía tener una maligna obsesión con negros y judíos, que habría estado prohibida por el libro del padre de Bailey. «O los encerramos fuera de la vista —escribió a un amigo—, o los matamos». Era una lectura cargante, pero Lovecraft no estaba solo. Una gran cantidad de los americanos más admirados por Bailey estaban, o habían estado, preocupados con el precario futuro de la noble raza blanca. Robert Millikan, el fundador del CalTech. William Cowper Brann, el martirizado editor de la revista de librepensadores *El iconoclasta*. Edward Alsworth Ross, el sociólogo que culpaba del reemplazo de los taxis privados por tranvías públicos a las altas tasas de mestizaje en las áreas urbanas de Estados Unidos. Y Henry Ford, como era bien sabido. Bueno, quizá las otras razas fuesen realmente inferiores y peligrosas. Quizá no lo fuesen. Bailey no lo sabía; no le interesaba...

—¿Lo pasaste bien en la fiesta de anoche? —preguntó Adele.

Por un momento pensó que debía de estar hablando del club Athenaeum en 1935. Pero, por supuesto, se refería a la fiesta de la noche anterior en casa de los Mutton, en Pacific Palisades. Loeser le había fastidiado durante meses para que fuese a una y aún no estaba seguro del porqué. Pero aquella primera vez le había sorprendido encontrar a tantos científicos alemanes y austríacos presentes que aún no tenían plazas fijas en el país y algunos de ellos habían oído rumores sobre los últimos avances graduales en física de partículas que ni siquiera habían llegado al CalTech. Además, los anfitriones parecían estar encantados por su presencia de una manera con la que no estaba familiarizado (una vez, Dolores Mutton había llegado incluso a invitarle a nadar a la luz de la luna con ella y con otros invitados, pero tuvo que declinar porque a los cuarenta y un años ni siquiera había aprendido aún a mantenerse a flote en el agua).

Así que había vuelto por voluntad propia tres o cuatro veces desde entonces.

—Oh, no lo pasé demasiado mal —dijo. Eran casi las siete y el acumulador de ultramigración había terminado un ciclo—. ¿Por qué no te vas a casa, Adele? Debes de estar cansada después de todos esos ensayos.

—En realidad no —dijo su ayudante.

—Insisto. No te vas a perder nada, no voy a hacer más experimentos por hoy.

No era cierto. Había unos pocos experimentos que, por varias razones, no se podían llevar a cabo en presencia de Adele. Lo que era una lástima, porque a Bailey le gustaba tenerla a su lado siempre que podía. La intuición que había tenido sobre ella en aquella fiesta hacía cuatro años había sido más correcta de lo que nunca hubiese esperado. No sabía por qué, pero siempre que era Adele quien manejaba el dispositivo de teletransporte, el prototipo parecía funcionar mucho mejor. Quizá en un campo tan voluble como el teletransporte fuera una ventaja la carencia de formación científica. Y se esforzaba en el trabajo. Su única particularidad molesta era que de cuando en cuando notaba que lo miraba durante tanto rato que él empezaba a pensar que debía de tener algo entre los dientes. Lo más probable era que estuviera abstraída en sus pensamientos. No había escapado a su atención que había unos cuantos hombres obsesionados eróticamente con la chica en el campus. Loeser, por ejemplo, no podría haber sido más descarado al respecto, como tampoco podría haberlo sido Slate. En cuanto a Bailey, a él nunca le había interesado en nada el sexo, ni siquiera de joven. La mayoría de lo que sabía de eso venía de Lucrecio, que no lo hacía parecer atractivo en absoluto. «Cuando los amantes se abrazan y degustan la flor de su edad, se oprimen estrechamente y causan dolor al cuerpo y a menudo cierran sus dientes sobre los labios y aprietan boca contra boca al besarse; si bien es todo por nada, dado que no pueden desgarrar nada allá, ni entrar dentro y partir, sumergiendo todo el cuerpo en la constitución del otro, pues a veces parecen esforzarse y forcejear para lograrlo. Ansían conocer lo que en verdad desean alcanzar, sin poder descubrir qué mecanismo podría conquistar su enfermedad; en tan profunda duda se desperdician bajo su secreta herida». ¿Por qué demonios querría nadie pasar por eso?

Poco después de que Adele se fuera, Bailey decidió salir a dar una vuelta. El aire fresco lo mantenía alerta. Pero al salir de los laboratorios Obediah se le cayó el alma a los pies al ver a Rupert Rackenham esperando justo en el mismo sitio, junto a un ciprés. El inglés tenía un cigarrillo en la boca y había sembrado todos sus alrededores de colillas.

—Profesor Bailey...

—¿Se ha quedado aquí todo este tiempo?

—Sí. Siento incordiarle así, pero, entre usted y yo, ya he gastado los honorarios por este artículo, así que me estaría haciendo un favor inigualable si pudiera prescindir de un minuto y medio como mucho para hablar de su trabajo.

—Señor Rackenham, si no fuese usted amigo de Adele llamaría al guardia de

seguridad de Throop Hall y le denunciaría por entrar sin permiso.

—No trates al caballero de esa forma, Franklin. Siempre fuiste un niño bien educado.

Bailey se volvió y allí estaba Lucy. Por un momento pensó que era otro de aquellos recuerdos alarmantemente vívidos que llevaban invadiéndole todo el día, pero su recuerdo de Lucy no habría llevado bastón ni habría tenido aquellas mejillas hundidas y llenas de manchas ni habría sido capaz de responder cuando Rackenham preguntó:

—¿Es usted amiga del profesor Bailey, señora?

—Desde que nació.

—No conozco a esta mujer —dijo Bailey.

—¡Franklin! —exclamó Lucy.

Rackenham arqueó sus cejas.

—No quiero ser impertinente, profesor Bailey, pero parece saber su nombre.

—Cualquiera podría averiguar mi nombre.

El año anterior el Departamento de Estado se había ofrecido a ayudar a reforzar la seguridad en el campus para proteger los esfuerzos de alto secreto de Bailey, Clarendon y sus colegas, pero Millikan había declinado diciendo que no quería que el Instituto tuviese el aire de una base militar. En aquel momento, Bailey se había sentido aliviado, pero ahora se daba cuenta de lo absurdo que era que realmente no hubiese nada en Throop Hall entre él y el resto del mundo, aparte de la señora Stiles. Bailey siempre había hecho todo lo posible por mantener en secreto su dispositivo de teletransporte, pero durante su largo peregrinaje con su padre había llegado a darse cuenta de que los secretos, al igual que la energía cinética, se disipaban continuamente, de forma que un secreto guardado por siempre no solo era improbable, como un dispositivo de teletransporte, sino inconcebible, como una máquina de movimiento perpetuo.

—Señora, ¿lleva usted aquí toda la tarde, como yo? —preguntó Rackenham.

—Sí —dijo Lucy—. Me dijeron que no quería verme. Pero yo tengo que verlo. Así que esperé. También estuve viéndolo a usted esperar.

—Debe de estar hambrienta. Yo, desde luego, lo estoy. ¿Me permitiría, quizá, invitarla a cenar en algún lugar cerca de aquí? No tiene que preocuparse —añadió Rackenham con una sonrisa—, no tengo intenciones canallescás. Pero podríamos hablar un poco del poco atento profesor Bailey.

—¡No tiene usted derecho! —dijo Bailey.

—¿De hacer qué? —preguntó Rackenham.

Lo último que a Bailey le apetecía era invitar a Lucy a su laboratorio, pero no tenía elección si quería apartarla de Rackenham.

—Lucy, ven dentro.

—Creía que no la conocía usted —dijo Rackenham.

—Ven dentro —repitió Bailey. Tomó a Lucy del brazo y la metió en los

laboratorios Obediah casi más deprisa de lo que ella podía avanzar con el bastón. Después cerró la puerta con llave. Ninguno de ellos habló hasta que volvieron a la sala 11, cuando Bailey preguntó—: ¿Cómo me has encontrado?

—Mi nieta vive en Pasadena —dijo Lucy entre pequeños jadeos—. Me vine a vivir con ella el año pasado, después de jubilarme. Un día te vi en la calle. Sabía que eras tú. No sé cómo lo supe, han pasado por lo menos treinta años, pero supe que eras tú. Mi pequeño Franklin. Pero no quise pararte allí mismo. Estaba demasiado nerviosa. Así que cogí un taxi y te seguí. Me enteré de que estabas en el Instituto. Me enteré de que ahora te llamabas Bailey.

—Mi nombre es Franklin Bailey y siempre lo ha sido.

—¿Qué te contó tu padre sobre tu mamá, Franklin? Siempre me pregunté qué te contaría. Recuerdas que falleció justo después de tener aquel jaleo con tu abuela por lo de tu confirmación. ¿Te contó tu padre que tu abuelo y tu abuela le hicieron algo a ella? ¿Te contó que tuvo que alejarte por si intentaban hacerte algo a ti?

El cerrojo de la puerta de la capilla. Las tallas del altar como canales de desagüe de una mesa de operaciones. El cáliz tan pulido que casi estaba demasiado limpio.

—Eres una anciana senil.

—Eso hizo, ¿verdad? Franklin, ¿no quieres saber lo que le pasó de verdad a tu mamá?

—Nadie sabe qué pasó. Desapareció y nunca la encontraron.

—Sí la encontraron, mi niño. No la habían encontrado cuando tu padre te llevó con él. Solo esperó un día. La encontraron después. Pero tú ya te habías ido, así que nunca lo supiste.

—Ya basta de sandeces, por favor.

Iba a contarle que su padre había asesinado a su madre. Iba a contarle que su padre había huido porque sabía que si no lo hacía, lo pillarían. Iba a contarle que su padre y él habían estado huyendo de la policía, no de los agentes de los Phenscot y la Iglesia católica. Era una embustera. Sabía que era una embustera. Lo sabía. Lo sabía. No lo sabía. Nunca lo había sabido. Pensó en Lucrecio. «Esos hombres, exiliados de su patria y desterrados de la visión de los hombres, manchados por algún repugnante crimen, asediados por toda forma de inquietud, siguen, con todo, viviendo y, a pesar de todo, cualquiera que sea el lugar al que en su miseria llegan, hacen sacrificio a los muertos y degüellan vacas negras y hacen ofrendas a los dioses de los muertos».

Lucy sonrió entristecida.

—Franklin, tu mamá se cayó por el hueco de un ascensor.

—¿Qué?

—Estaba en un hotel y no llevaba sus gafas, la puerta se abrió cuando no debía y ella avanzó hacia el hueco del ascensor. Se rompió su precioso cuello. No se dieron cuenta de que estaba allí abajo hasta un día y medio después. Tu papá se precipitó en sus conclusiones.

—¿Todavía adoras a los dioses de los muertos, Lucy? —preguntó Bailey.

—¿Me estás oyendo, mi niño?

—¿Todavía adoras a los dioses de los muertos? ¿Esos dioses que los sacerdotes le enseñaron a tus abuelos en la isla de donde viene tu gente?

—Ahora soy una buena católica, Franklin.

—Es una pena —dijo Bailey—. Tus abuelos estaban equivocados, no hay dioses de los muertos, pero aun así entendían más de lo que podrías imaginar.

—¿Profesor Bailey?

Levantó la vista. Clarendon estaba en la entrada de la sala 11. ¿Cuándo se habían convertido los laboratorios Obediah en Union Station? Y entonces, por primera vez, se preguntó si todo aquello había sucedido de verdad en un solo día; si, en realidad, no había sido hacía una semana cuando había visto el Ford en el tejado de Dabney Hall y hacía dos semanas cuando había visto a Adele en su ensayo; si había dejado que las transiciones cayeran de su memoria como una navaja en Studio City. Le resultaba difícil estar seguro. ¿Cómo era posible que una persona estuviese en un sitio y después en otro, o que estuviese en un momento y después en otro momento, sin que siquiera pareciese recorrer las distancias entre ellos?

—¿Sí, doctor Clarendon? —dijo.

—Pensé que podríamos tener ahora esa charla sobre el problema que he tenido últimamente con el fasmatómetro. Pero, esto... ya veo que está ocupado —dijo Clarendon, claramente desconcertado por la presencia de una anciana negra en el laboratorio de Bailey.

—No, no estoy ocupado. Esta señora solo se ha perdido. ¿Por qué no vuelve usted a su laboratorio y me paso por allí en unos minutos?

—Muy bien —Clarendon saludó a Lucy y luego se fue.

—¿Quién es ese hombre, Franklin? —preguntó Lucy.

—Un colega.

—Hay algo en él que me da escalofríos en los huesos.

—No es muy agradable, no.

—No sé si deberías quedarte a solas con él, mi niño.

Bailey se preguntó si Lucy habría oído los rumores sobre las muertes en el CalTech.

—He estado a solas con él cientos de veces. Es inofensivo. Ahora es hora de que te vayas. Será mejor que salgas por la puerta de atrás. No quiero que vuelvas aquí nunca y no quiero que le digas ni una palabra a ese inglés.

—Franklin, por favor...

—No te conozco. Tú no conociste a mis padres. Es probable que hayas venido aquí a sacarme algo de dinero y has entrado tan ilegalmente como Rackenham.

Después le dio la espalda y empezó a jugar con los controles del acumulador de ultramigración. Permanecería en esa posición para siempre si tenía que hacerlo, pero poco después la oyó soltar un largo suspiro y marcharse, cachazuda como una vaca negra.

Cuando el acumulador de ultramigración alcanzó su potencia plena, Bailey se metió su locomotora de vapor de juguete en el bolsillo y subió al laboratorio de Clarendon, donde el otro físico estaba desmontando su fasmatrómetro.

—Como puede ver, he añadido este par de bobinas de válvula —dijo cuando entró Bailey, como si en realidad estuviesen en medio de una conversación—. Puede que sea eso lo que está causando el problema, creo. ¿Qué piensa usted?

—Lo cierto es, doctor Clarendon, que hay algo que me gustaría mostrarle en Dabney Hall. Creo que tiene algo que ver con sus dificultades.

—¿Qué es?

—Se lo explicaré por el camino. Luego podemos revisar a fondo a sus bobinas de válvula cuando regresemos.

—Si de verdad se lo parece —dijo Clarendon y posó su destornillador a desgana. Salieron juntos de los laboratorios Obediah. Esta vez, para alivio de Clarendon, no había rastro de Rackenham, Lucy o ningún otro acosador.

—¿Sabe usted algo de Adriano Lavicini? —preguntó Bailey mientras caminaban.

—Poca cosa. Leí esa novela sobre él.

—*El hechicero de Venecia*. Sí. Entonces recuerda usted que Rackenham propone que la destrucción del Théâtre des Encornets fue resultado del sabotaje del dispositivo de teletransporte a manos de un tramoyista. Esa hipótesis es inverosímil, principalmente porque no ofrece explicación para los inusuales fenómenos registrados por varios miembros del público. La bajada de temperatura. El desagradable olor. Los tentáculos. He investigado bastante a Lavicini y creo saber qué provocó el accidente del teletransporte. La verdad es que no fue en absoluto un accidente. La destrucción del Théâtre des Encornets fue el propósito explícito del mecanismo extraordinario para el transporte casi instantáneo de personas de un lugar a otro.

Estaban ya en la entrada principal de Dabney Hall y Clarendon siguió como para ir dentro, pero Bailey movió la cabeza y dobló con él la esquina del edificio en dirección a la escalera de servicio.

—¿Por qué iba a querer Lavicini que muriese toda esa gente? —dijo Clarendon—. ¿Y qué tiene todo esto que ver con las bobinas de válvula?

—Recuerda usted, por supuesto, que la base de mi investigación sobre teletransporte es borrar las coordenadas físicas de una partícula y reemplazarlas con unas nuevas. Bien, en una ocasión le pregunté a Adele, mi ayudante: «¿Cuál es la única cosa en este mundo que puede desenraizar casi todo?». Como ayudante es muy buena, pero puede llegar a ser una sentimental y podría decirle por el gesto insulso de su rostro que la respuesta que tenía ella en mente era el amor, o algo por el estilo. Eso es lo que saldría en las películas. Pero no es el amor. El amor no hace nada. El amor solo es un tipo de inconsistencia cognitiva antrópica. Lo que desenraíza las cosas es la violencia. Usted ya ha comprendido eso, doctor Clarendon. Después de todo, un fantasma solo podría ser posible si una muerte violenta causara alguna distorsión

localizada de las leyes físicas del universo. Y ocurre. Por desgracia, no del modo que usted piensa. No existe tal cosa como un fantasma. Nadie fabricará nunca un fasmatrómetro que funcione. Toda su investigación ha sido en vano. Si fuera usted mejor físico quizá no hubiese derrochado tantos años.

Clarendon parecía desconcertado.

—Pero, profesor Bailey, siempre tuve la impresión...

—No era el momento apropiado para decírselo. Si hubiera dejado usted su investigación, el Departamento de Estado no habría tenido a nadie a quien importunar en el CalTech más que a mí y eso podría haber sido inconveniente. Ahora bien, Lavicini no sabía más de física que Lucrecio. Pero, como Lovecraft, llegó a la verdad por otros medios. Era París en la época de la corte de los milagros. Y el temperamento de Lavicini era el de un empirista, no el de un artista. Había trabajado como inventor en el Arsenal veneciano. El teatro solo era una diversión. Quería construir un dispositivo de teletransporte real, tanto como lo quiero yo. Y tuvo éxito. ¿Sabía usted que en 1684, cinco años después de que Lavicini supuestamente muriese en el accidente del teletransporte, se decía que lo habían vuelto a ver en Venecia?

Ahora estaban en lo alto de la escalera de servicio. Clarendon siguió a Bailey hacia el tejado, donde aún estaba aparcado el Ford T justo en el borde. Más allá se podía ver toda la distribución de los edificios del CalTech, como las partes del fasmatrómetro depositadas cuidadosamente sobre la mesa de Clarendon.

—¿Qué estamos haciendo aquí arriba? —preguntó Clarendon.

Bailey abrió la puerta del conductor del coche.

—Suba —dijo.

—¿Por qué?

—Suba. Ya verá usted por qué.

Clarendon hizo lo que le pedía. Bailey cerró la puerta, después fue al otro lado del coche y se sentó en el asiento del copiloto.

—Date prisa y cierra la puerta —dijo su padre.

El ruido de la lluvia sobre el techo del coche era tan fuerte que Bailey tenía que levantar la voz para que su padre lo oyera.

—No sabía que tenían tormentas como ésta en California.

—Aquí a veces tienen tornados, hijo. Granizo. Aludes. No todo es buen tiempo.

La lluvia había comenzado de repente, como si una parte del enladrillado del cielo se hubiese desplomado de golpe y les había sorprendido a la intemperie sin ningún refugio a mano aparte de unos pocos árboles insuficientes. Después su padre había visto el Ford T aparcado un poco más arriba, soltaron sus bicicletas y corrieron, apostando a que se encontrarían las puertas cerradas.

—¿Y si vuelve el hombre a quien pertenece el coche? —dijo Bailey. A sus pies había un mapa de carreteras de California del sur doblado y advirtió con sentimiento de culpa que el agua que goteaba de él ya lo había empapado. Podía oler que un perro grande viajaba a veces en aquel coche.

—No va a venir. No se puede conducir bajo esta lluvia.

—¿Recuerdas aquel Ford T que vimos sobre un tejado en aquella ciudad de Carolina del Sur aquella vez? ¿Cómo se llamaba?

—Scarborough. Me acuerdo.

Oyó un trueno no muy lejos.

—¿Qué vamos a hacer ahora, papá?

Aquella mañana, bajo uno de esos cielos cristalinos de marzo con unas pocas nubes grises de tormenta como manchas de hollín en el interior de una bombilla reventada, habían llegado por fin a Tiny Lustre. Cinco años les había llevado pedalear desde Boston hasta California; cinco años de volver sobre sus pasos y desviarse y dar otra vuelta y esconderse; cinco años como un garabato chiflado sobre un mapa del continente, como una mosca explorando un salón de baile bañado por el sol, un vector occidental tan vago que bien podría haber sido un accidente estadístico; cinco años evitando a los agentes de los Phenscot y de la Iglesia católica y los bullicios en los que esos agentes podían acechar; cinco años de hoteles y pinchazos y *De rerum natura*; cinco años para llegar a aquella colonia de librepensadores no lejos de Temecula donde podrían ocultarse seguros hasta que el despotismo de la religión hubiese sido derrocado. Cada pocos meses su padre había enviado cartas en clave a Tiny Lustre para poner al día a sus líderes sobre el progreso de su *clínamen*, pero por supuesto nunca podía revelar su ubicación actual por si acaso las cartas eran interceptadas y descubrían su código, así que nunca había recibido respuesta.

Se llegaba a la colonia por una carretera de tierra que avanzaba entre pinos. Según se iban acercando se habían bajado de sus bicicletas como hacían siempre y Bailey se había dado cuenta casi con incredulidad de que aquella podía ser la última vez que realizaran aquel pequeño ritual. Se suponía que Tiny Lustre tenía que ser autosuficiente, así que entre las cabañas de troncos había rediles de cabras, gallineros y huertos. Pero todo aquello parecía estar en un estado de cierta dejadez y no pudieron ver a un solo ser humano. En el otro extremo de la colonia había una gran sala de reuniones con una galería acristalada llena de grietas y se preguntaron si estaría todo el mundo allí reunido, pero cuando abrieron la puerta solo vieron dos diminutos roedores blancos que se escabullían entre los bancos como dados de *backgammon*. Si fuera cristiano pentecostal, pensó Bailey, probablemente supondría que había llegado el arrebatamiento. Pero los hombres y mujeres de Tiny Lustre eran todos ateos. ¿Habría también una especie de arrebatamiento para los ateos? ¿Podría ser tan poderoso el calor puro del escepticismo como para convertirte instantáneamente en rayos gamma?

—A lo mejor están todos nadando en el lago —dijo su padre—. ¿Hola? —gritó después—. ¿Hay alguien ahí?

Oyeron un ruido a sus espaldas y se volvieron. Había un anciano con pantalón de peto y una zanahoria fina como un cincel en la mano.

—¿Buscáis a Yoakum y a los demás? —preguntó.

—Sí.

—Se fueron. —Mordió la punta de la zanahoria—. Espero que no hayáis venido de lejos.

—¿Qué pasó?

—Nada de chismorreos a espaldas de la gente —dijo el viejo—. Es una regla de aquí. —Miró a su alrededor—. Pero supongo que las reglas ya no valen gran cosa. Bueno, en resumidas cuentas, Yoakum estaba teniendo relaciones con las esposas de otros hombres. Con tres de ellas por lo menos. Todo salió a la luz a la vez. Nada de violencia aquí, ésa es otra regla, así que simplemente lo echamos con sus cosas. Una semana después vino la policía de Temecula y dijo que habían recibido información de que manteníamos a las mujeres y a las niñas encadenadas a los árboles y cosas por el estilo. Debió de ser Yoakum. No encontraron nada, no había nada que buscar, pero empezaron a expulsarnos a todos. Decían que no teníamos derecho a cultivar esta tierra. Nunca les gustamos allá en la ciudad.

—Nosotros veníamos a vivir aquí —dijo el padre de Bailey.

—¿Sois los que habéis estado escribiendo a Yoakum? ¿Con el código especial?

—Sí.

—Hablabas de vosotros. La mayoría de las veces no le veía ni pies ni cabeza al código aquél, pero sabía que estabais en camino. Bueno, podéis quedaros por aquí el tiempo que queráis. Podéis elegir cabaña. Pero la policía tiene que volver en poco tiempo. Saben que aún estoy aquí y quieren que me vaya.

—En ese caso, no nos quedaremos. Hay otra comunidad como ésta en Ohio. No es tan grande, pero podemos ir allí. Gracias por tu ayuda.

Así que Bailey y su padre habían vuelto a montarse en las bicicletas y habían bajado hasta la carretera al pie de la pendiente arbolada. Entonces había empezado a llover y habían buscado cobijo en el Ford.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Bailey otra vez.

—Iremos a la colonia de Ohio, como le dije a ese hombre. Buscaremos refugio allí.

—¿Cuánto nos llevará llegar allí?

—No lo sé. Tendremos que tomar las mismas precauciones, claro está. Recuerda a aquel hombre que vimos en San Jacinto: no hay razón para creer que hayan relajado su vigilancia. ¿Qué falacia sería ésa?

Para Bailey, no contestar a la pregunta de su padre con el epígrafe correcto de la *Taxonomía completa de la inconsistencia cognitiva antrópica* era físicamente molesto. Pero en vez de hacerlo, dijo:

—Eso nos va a llevar años.

—Puede ser.

—No quiero hacerlo, papá. Quiero una vida. Quiero ir a la universidad.

—Ahora mismo no es posible.

—No voy a ir a Ohio contigo.

—¿Qué otra cosa sugieres que hagamos? ¿Que volvamos a Boston en tren? No te he protegido todo este tiempo para que ellos puedan hacerte lo que le hicieron a tu madre.

Sonó un trueno tan fuerte que Bailey casi pudo ver ondas en el aire.

—¿Qué le hicieron?

—Ya sabes que es mejor no darle vueltas a eso, hijo.

—Crees que ella fue un sacrificio humano. Crees que ellos la desangraron en aquella capilla porque iba a dejar su religión.

—Es mejor no obsesionarse con eso.

—Nunca lo dijiste alto y claro, pero eso es lo que siempre quisiste que pensara. Pero pudo haber sido cualquier otra cosa. Pudo haber sido un accidente. O quizá ella misma se quitó la vida.

—No hay ninguna prueba de eso —dijo su padre.

—O pudiste haberla matado tú mismo.

—Ya sé que estás decepcionado por lo de Tiny Lustre, hijo, yo también lo estoy, pero no es racional dejar que tu ira se apodere de ti.

—¿Es racional preocuparte más por tu madre que por una mujer de Mongolia? ¿Es racional llorar la muerte de tu propia madre cuando tantas otras como ella mueren a cada hora del día?

—Como sabes, abordo esa cuestión en profundidad en el tercer capítulo de la *Taxonomía* y mi conclusión es que...

—¿Y qué hay de tu padre? —preguntó Bailey—. ¿Es racional llorar la muerte de tu propio padre? ¿O no significa nada en absoluto si lo encuentran muerto en un coche al lado de una carretera?

—No entiendo de qué está hablando, profesor Bailey —dijo Clarendon—. Mi padre aún vive. Pensé que estábamos hablando sobre el accidente del teletransporte.

—Sí. Como le estaba diciendo, el accidente del teletransporte fue un acto de sacrificio humano. Igual que los que solían practicar los aztecas. Y los padres de Lucy en La Española. Y la corte de los milagros en París. Y la orden esotérica en Innsmouth. Salvo que Lavicini logró que funcionara. Él entendía lo que puede hacer la violencia. Y si hubiese nacido en este siglo, habría entendido, como hizo Wittgenstein en el *Tractatus*, que «fuerza gravitacional» y «carga eléctrica» y «constante de Planck» e incluso «causalidad» son justo lo mismo que Dagón y Tezcatlipoca y Yahweh y Ryujin, patrones que los hombres creen ver, cuando el patrón real es con mucho demasiado complejo para que lo vean, como un niño con una tiza que buscara formas divertidas en una tabla logarítmica. Fue un hombre brillante. Y en el momento en que toda aquella gente murió, él adquirió el poder de aparecer y desaparecer en cualquier lugar a voluntad, como puede hacer el mismo demonio, según la Biblia. Fue capaz de cambiar sus propias coordenadas espaciales para no ser aplastado bajo el Théâtre des Encornets. Mi dispositivo de teletransporte hará lo mismo con cualquier objeto. Ahora está usted prestando más ayuda al

Departamento de Estado, Clarendon, y más a su país, de lo que nunca hubiera podido hacer con su fasmatómetro. Había pensado en usar a Lucy esta noche, pero después usted me vio con ella y podría haber causado dificultades cuando la encontraran.

—No tiene usted buen aspecto, profesor Bailey. Creo que deberíamos volver abajo.

—Hay vacío en las cosas —dijo Bailey. Oía el chirriar de una carretilla verde—. ¿Lo ha visto? Yo lo he visto. Hay vacío en las cosas. Lo dice Lucrecio y yo lo he visto. —Estiró el brazo.

—¿Qué demonios estás haciendo, hijo?

—¡Hay vacío en las cosas! —empezó a gritar—. ¡Hay vacío en las cosas! ¡Hay vacío en las cosas! —Hacerlo sentados uno al lado del otro era incómodo y la suspensión del Ford no se había fabricado para ningún tipo de ajetreo dentro del coche y su padre intentaba separar los dedos de Bailey de su garganta y Clarendon golpeaba impotente su rostro como una polilla atrapada entre los cristales de una ventana, pero Bailey mantenía una firme presión asfixiante, sintiendo cómo se rompía obedientemente el hueso hioides bajo su pulgar izquierdo... Después de eso solo pasaron siete u ocho segundos más antes de que el hombre quedara laso y la lucha terminara. Bailey volvió a su asiento y descansó un poco, mirando cómo la última gota de sudor recorría casi toda la frente enrojecida de su padre antes de detenerse en el cerro de una vena hinchada. Luego se sacó la locomotora de juguete del bolsillo y la hincó una y otra vez en el torso de Clarendon hasta que al final rompió la caja torácica del físico. Metió la mano en el túnel que había practicado, empleó una suerte de brusco movimiento de sacacorchos para arrancar el corazón de Clarendon de su cavidad y lo mordió con fuerza inclinándose sobre el cadáver tibio para que la sangre no le goteara en los pantalones. Para desviar su atención del sabor, pensó en Lucrecio. «Porque está claro que nada podría ser aplastado sin vacío, ni roto o hendido en dos mediante un tajo, ni admitiría humedad ni, por lo mismo, la propagación del frío o la laceración de la llama, por los cuales medios toda cosa es llevada a su fin. Y cuanto más vacío guarda cada cosa en sí, mayores son las acometidas a su corazón por esta cosa y así empieza su zozobrar».

Cuando terminó, escupió sobre el salpicadero un último bocado de cartílago y se limpió la boca y las gafas con el pañuelo de Clarendon. Salió del coche, bajó por la escalera de servicio y volvió a su laboratorio para tomar unas cuantas mediciones del acumulador de ultramigración. Al día siguiente le pediría a Adele que hiciera algunas pruebas más en el dispositivo de teletransporte. Ya sabía que serían un éxito. Lo había visto en los ojos de su padre.

7. Los Ángeles, 1940

Fue poco después del amanecer cuando el ejército estadounidense atacó la casa de Loeser con gas venenoso y él aún estaba en la cama. Despertó con la nariz arrasada por un tufo mil millones de veces peor que cualquier cosa que hubiese olido en su vida, un endemoniado remolino de goma y ajo, disentería y asesinato, parecido quizá a lo que el público del Théâtre des Encornets empezó a detectar justo antes del accidente del teletransporte de 1679. Al recordar algo que había leído una vez sobre soldados británicos y proyectiles de cloro al principio de la anterior guerra, se lanzó a por una camiseta de algodón usada, la dobló dos veces, sacó el pene por la bragueta del pijama y meó hasta que la camiseta estuvo empapada de orina. Luego se la apretó bien contra la boca mientras atravesaba corriendo la sala de estar y salía de la casa todavía descalzo. Miró a su alrededor, pero no vio ningún bombardero en el cielo y hasta en el paseo Palmetto había una señora mayor paseando a su repolludo pug negro como si nada hubiese pasado. Se retiró la camiseta de la cara con cautela. Allí fuera el aire era tan ligero como siempre. Así que en realidad Loeser había sido el único objetivo. Estaba claro que el presidente Roosevelt, tan perezoso como cualquier otro americano moderno, había decidido dar comienzo a su venganza contra Alemania con el ciudadano de esa nación que tenía más a mano.

Cuando Woodkin abrió la puerta delantera de la mansión de Gorge, parecía llevar ya levantado y vestido tantas horas que solo mirarlo a los ojos bastó para darle a Loeser una ligera sensación de vértigo circadiano.

—Buenos días, señor Loeser.

—¿Habéis entrado en la guerra?

—¿Se refiere a Estados Unidos? Aún no, señor, aunque el coronel cree que solo es cuestión de tiempo. ¿Le apetecería entrar? ¿Quizá podría encargarme yo de eso?

Loeser se dio cuenta de que aún agarraba el guiñapo de camiseta orinada, como si quisiera hacerle a Gorge un bonito regalo y hubiese optado por una atrevida alternativa a los habituales botella de vino o ramo de flores. De camino hacia allí tenía la intención de preguntar si podía esconderse en la bodega de Gorge, pero en vez de eso dijo:

—¿Puedes venir conmigo a mi casa? Ha pasado algo.

—Faltaría más, señor Loeser.

Ni siquiera desde la puerta de entrada pudieron oler nada. Solo cuando cruzaron el umbral el horror dejó que se conociera su presencia.

—Creo que es gas venenoso —dijo Loeser, no del todo convencido—. Heptincarbonato de metilo o algo así.

Woodkin arrugó la nariz.

—Ha tenido usted muy mala suerte, señor. Es una mofeta.

—¿Una mofeta? No seas ridículo. Las mofetas echan unas gotitas de nada cada vez. Una mofeta tendría que tener el tamaño de un elefante indio para echar un pestazo como éste.

—No en todos los casos. Cuando una mofeta muere y empieza a descomponerse, en ocasiones sus glándulas se hinchan con gas microbiano y más tarde explotan. Solo me lo he encontrado una vez antes, pero uno no olvida el olor fácilmente.

—Puede que sea un descuido, pero creo que me habría dado cuenta si se hubiera muerto una mofeta en mi armario.

—Una casa como ésta tiene más huecos de los que usted cree. Puede haber ocurrido debajo del suelo. O dentro de las paredes.

Loeser pensó en su fantasma.

—¿O dentro del tejado? —dijo.

—Sí, señor. Una vez tuve un mapache que estableció su segunda vivienda en el hueco de mi tejado.

—¿Y qué puedo hacer?

—Haré que le envíen a alguien. Tendremos que confiar en que el cadáver de la mofeta esté disponible. En muchos casos no hay forma de acceder al animal sin demoler parte de la casa. Hasta entonces, le sugiero que saque unas escudillas de zumo de tomate y bicarbonato para absorber el olor. Me temo que puede encontrarse con que ya se ha extendido por sus pertenencias.

Loeser había puesto bastantes esperanzas en que un prelado de la religión de la limpieza tan veterano como Woodkin tuviera el poder de desterrar aquella peste con solo unas palabras mágicas.

—¿Y todas mis ropas van a oler para siempre a veneno de mofeta podrida?

—Podría ser peor, señor Loeser. Existe una rara enfermedad genética llamada...

—¡Pero yo ahora no tengo tiempo para lidiar con esto! ¡La primera función es esta noche!

Cerca de donde estaban era visible la señal en la pared de aquel día de septiembre en que Loeser había arrojado un diccionario alemán-inglés desde el otro lado de la habitación tras descubrir en *Los Angeles Herald* que Eric Goatloft, director de *Cicatrices de deseo*, planeaba filmar una adaptación de *El hechicero de Venecia*, de Rupert Rackenham, con Ruth Hussey en el papel de la princesa Anne Elisabeth, Tyrone Power en el de Adriano Lavicini, Charles Coburn en el de Auguste de Gorge y Gene Lockhart en el de Luis XIV. En la época en que abandonó Berlín, Loeser estaba decidido a presentar *El accidente del teletransporte* en cuanto volviese; incluso siete años después e incluso después de todo el éxito de la mezquina novela de Rackenham, seguía sintiendo que la historia de Lavicini le pertenecía y de ningún modo iba a permitir que en su primera representación dramática se le anticipara el señor No Resbales en la Oscuridad. Así que telefoneó a Millikan y le exigió que la

obra de Navidad del auditorio Gorge no fuese *Cuento de Navidad* como estaba planeado, sino que en su lugar fuese la *première* mundial de su obra maestra. Millikan le dijo que los estudiantes y el profesorado del Instituto preferirían ver algo adecuado para la época del año. Loeser le planteó un ultimátum, que ambos sabían era como mucho un penúltimátum o un antepenúltimátum. Las negociaciones avanzaban a saltos y al final se llegó a un acuerdo. Ese año, los intérpretes del Instituto de Tecnología de California representarían una edificante fábula histórica del escritor-director Egon Loeser titulada *El accidente del teletransporte de Navidad*.

A Loeser le incomodaba aquella solución de compromiso, pero apenas le sorprendió. Al fin y al cabo, trineos motorizados se deslizaban como tanques por las calles de Pasadena, hombres disfrazados de Papá Noel montaban guardia en las esquinas como soldados de infantería y desde altavoces atronaban los villancicos como himnos patrióticos. Por lo que había podido comprobar, ahí las navidades eran el equivalente a una suerte de ley marcial. Puede que fuese un afortunado al no tener ningún elfo alojado en casa.

Con la primera representación de *El accidente del teletransporte de Navidad*, Loeser estaba, sí, tentando al diablo. En octubre, de camino a una fiesta en casa de los Mutton, había mencionado la obra a Bailey y resultó que éste ya estaba familiarizado con la historia de Lavicini por *El hechicero de Venecia*. De hecho, el físico había llegado a preguntarle si podía ayudar con la producción; los laboratorios Obediah, dijo, estaban llenos de dispositivos que podían adaptarse fácilmente como innovadores efectos teatrales. Y aunque Loeser había decidido no intentar replicar el dispositivo mecánico de teletransporte que Klugweil había mejorado sexualmente allá en Berlín, lo cierto era que en todos los años que había trabajado en *Lavicini* nunca se había hecho una idea clara de cómo podría transmitir la destrucción culminante del Théâtre des Encornets. Así que le había dicho a Bailey que su ayuda era bienvenida. Y a esas alturas Bailey ya se había pasado una semana subido a escaleras y grúas en el auditorio Gorge, instalando su prototipo de escenografía experimental, pero todavía no había terminado y Loeser aún no sabía qué hacía aquello en realidad. Mientras tanto, su elenco de ese año estaba al borde del motín.

Por eso no debería pensar en nada más que en cómo asegurarse de que el estreno de esa noche no fuese una catástrofe absoluta. Con todo, después de que Woodkin se marchara, lo único en lo que podía pensar Loeser era en su fantasma. Si aquellos ruidos nocturnos sobre su cabeza no habían sido más que un mustélido okupa, la mitad de las razones para creer en él habían desaparecido. Puede que al final el difunto doctor Clarendon tuviese razón. Pero entonces a Loeser no le quedaba ninguna explicación para los femeninos *objets trouvés* que habían seguido apareciendo en su casa. Aquel antiguo baúl de madera era como una caja de muestras forenses mantenida por una especie de aberrante inspector de policía para investigar un crimen sexual que quizá nunca llegase a suceder. ¿De dónde provenía todo su contenido? ¿Cómo podían tantas cosas simplemente materializarse? Era casi como

si...

Telefoneó a Adele.

—Egon, ni siquiera he desayunado aún. Si estás a punto de decirme que has vuelto a reescribir la última escena, tendrás que buscarme una sustituta.

La oyó encenderse un cigarrillo. En *El accidente del teletransporte de Navidad*, Adele interpretaba el papel de la desafortunada bailarina (que, en esta versión, no era la princesa Anne Elisabeth disfrazada).

—Tú quieres follarme.

—¿Qué?

—Tú quieres follarme —repitió Loeser—. No quieres admitírtelo a ti misma, pero puedo demostrarlo. Sigues haciendo tus propios experimentos con el dispositivo de teletransporte, ¿verdad? ¿Esos experimentos nocturnos de los que Bailey no sabe nada? Yo sé lo que has estado metiendo en la cámara. Tus pequeños tributos románticos. Medias y sostenes y barras de labios y pañuelos y todo eso. —Adele se atragantó con el humo y Loeser supo que estaba en lo cierto—. Me dijiste que no podías controlar dónde acababan los objetos porque no puedes controlar tu propio corazón y el dispositivo de teletransporte funciona con amor. Pero no funciona con amor. Funciona con deseo. E inconscientemente tú quieres follarme, así que has estado enviando todo eso directo aquí. Quizá pienses que estás enamorada de Bailey, un amor casto y no correspondido, pero es el clásico desplazamiento freudiano. Mis padres eran psiquiatras, ¿te acuerdas? Sé de estas cosas. «El amor es una absurda sobrestimación de la mínima diferencia entre un objeto sexual y otro». Tú me dijiste eso una vez. Hay más que una mínima diferencia entre Bailey y yo, pero somos lo mismo en cierta manera. Cada uno de nosotros es un genio aislado que quiere construir un dispositivo de teletransporte. Solo te sientes confundida entre nosotros. Él es una parte del todo que soy yo. Al principio ni siquiera estaba seguro de que el dispositivo de teletransporte de Bailey funcionara. ¡Pero ahora ya sé que hice bien siguiéndote hasta Norteamérica!

—Eso es una tontería redomada —dijo Adele.

—Entonces, ¿cómo explicas todas esas cositas íntimas tuyas que todavía tengo en mi casa? ¿De qué otra forma podría yo saber lo que metiste en la cámara?

—Solo has hecho una buena suposición. Puede que hayas estado yendo a alguna clase nocturna sobre psicología femenina.

Tenía más razón de lo que ella creía, pensó Loeser, pero ¡*Damas! Cómo tirárselas* no había sido de ninguna ayuda en este caso en particular. Creyó oír una risa en la distancia, pero fuera en el paseo Palmetto no se movía ni un alma. Una vez Ziesel le había hablado de la muerte térmica del universo, en billones de años, cuando toda la energía termodinámica libre se hubiera disipado y de esta forma no volvería a haber nunca más movimiento o vida: muy a menudo el oeste de Pasadena parecía justo eso. Por lo visto, Millikan había argumentado que los rayos cósmicos eran el «grito del nacimiento» de los nuevos átomos que eran creados todo el tiempo por Dios para

retrasar esa muerte térmica, pero a Loeser le resultaba difícil creer que Dios fuese a estar abofeteando el rostro del universo para siempre, como un policía intentando impedir que un borracho se quedara dormido.

—Cenemos esta noche después de la representación —dijo él.

—Y supongo que si no me acuesto contigo, le dirás al profesor que he estado contaminando su dispositivo de teletransporte. Eres tan enfermo como Drabsfarben.

Loeser frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tiene que ver todo esto con Jascha?

—Entiendes perfectamente a qué me refiero. Tendría que haber imaginado que copiarías sus métodos antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Drabsfarben está intentando seducirte?

—No te hagas el tonto. Lo sabes todo sobre Drabsfarben y el profesor. ¿Qué me dices de aquellas fiestas en Palisades?

—Solo llevé alguna vez a Bailey a casa de los Mutton porque me lo pidió Dolores Mutton —dijo Loeser—. Sobre las tumbas de mis padres lo juro, si hay alguna intriga en marcha allí, no soy parte de ella. Vamos, dame un respiro. ¿Es por eso por lo que has estado de tan mala leche en todos los ensayos este año?

—¿De verdad que todavía no lo sabes?

—Adele, fumé cigarrillos durante cinco años antes de aprender a inhalar correctamente. No siempre... —buscó la expresión adecuada— «lo pillo todo» a la primera.

—Drabsfarben está chantajeando al profesor —dijo Adele.

—¿Qué?

—Dice que conoce algún secreto del pasado del profesor. Dice que si se lo cuenta a todos, el profesor estará acabado. Pero es un farol. El profesor nunca ha mentido sobre su pasado. ¿Por qué iba a hacerlo? En serio, Egon, no puedo soportar la idea de que una vez intenté irme a la cama con Drabsfarben. Ahora Berlín me parece como la vida de otra persona.

A Loeser no le parecía que hubiese pasado tanto tiempo.

—Adele, resulta que a mí también me está chantajeando Drabsfarben. Eso es lo que quiero decir sobre Dolores Mutton. Es evidente que es un extorsionador muy prolífico; un Balzac de la forma. ¿Puedo, por favor, hacer hincapié en que yo no voy a usar la misma táctica para acostarme contigo?

—Ya veremos qué pasa más tarde, cuando estés borracho.

—¿Y por qué no va Bailey a la policía con lo de Drabsfarben?

—Yo le digo que lo haga. Pero se niega a involucrarlos.

—¿Y qué quiere Drabsfarben de Bailey?

—No lo sé. El profesor no quiere contármelo.

—¿No tienes alguna idea?

Adele dudó.

—Una vez mencionó algo sobre Rusia.

—¿Rusia?

—Mira, Egon, tú me prohibiste específicamente entrar hoy en el laboratorio porque decías que tenía que estar relajada para la primera noche. Esta conversación no ha sido muy relajada. Te veré entre bastidores. Espero que para entonces hayas olvidado todo esto.

Colgó y Loeser se sintió como si los últimos cinco años de su vida empezasen por fin a desvelarse.

—¿Y no podía haber esperado? —dijo Dolores Mutton pocas horas después, cuando se sentó frente a Loeser en una banqueta tapizada de terciopelo rojo en el bar del Château Marmont. Él la había telefoneado para pedirle una reunión en privado y, como su marido estaba en casa, ella aceptó a regañadientes conducir hasta Hollywood —. Stent y yo vamos a ir después a ver su obra. ¿Y qué es ese olor?

—La muerte —respondió Loeser. Tomó un trago de su cerveza—. ¿Drabsfarben es un espía?

Cual bandada de mirlos justo antes de saber en qué dirección volar, sin haber tomado aún la decisión pero haciendo ya garabatos en el aire con las alas, el semblante de Dolores Mutton, en los tres o cuatro segundos que siguieron, pareció revelar todo el tránsito polifásico de sus deliberaciones; pero Loeser sabía que solo cuando estás enamorado de una mujer, o al menos has estado enamorado de ella una vez, puedes mirar y seguir el tránsito, leer las alas, unirte al vuelo. Y aunque Loeser hubiera hipotecado el tuétano de sus huesos por ver desnuda una sola vez a Dolores Mutton, no estaba enamorado de ella, así que no anticipó que fuese a llamar a un camarero, pedir un vodka doble, esperar con paciencia a que llegara y bebérselo casi todo antes de responder:

—Siempre que solía ensayar lo que diría cuando al final alguien fuese y me preguntase eso, acostumbraba a dar por sentado que sería Stent. O alguien del FBI. O alguien importante. Nunca pensé que sería alguien como usted. No ensayé para esto. Y ahora estoy intentando recordar por qué se supone que tengo que decir lo que se supone que tengo que decir. Pero esta mañana me he sentido como alguien a quien le importa todo un carajo. —Hizo un gesto como si acabara de notar el sabor del alcohol—. Ya sabe, ahora es difícil de imaginar, pero hubo una época en que yo creía de verdad en todo esto. Hace años, en Nueva York, cuando me echaron las zarpas por primera vez. Leí *El capital* de principio a fin... ¡Ni siquiera creo que Bill Foster se leyera *El capital* hasta el final! Y era feliz ayudando, aunque nunca fui su favorita porque no era una de esas chicas que se pintaba los labios y se tiraba a algún diplomático por el bien del Partido. Luego conocí a Stent y nos casamos y nos mudamos aquí. Y yo olvidé todo aquello. Hasta que un día de 1934 Drabsfarben vino a verme y dijo que le habían contado que yo era una leal amiga de la Internacional comunista.

Loeser siempre había pensado que aquello era un cuento. Asintió.

—Primero solo quería que Stent pusiera su nombre en unas peticiones. Después

fueron las cartas a los periódicos. Luego tuvimos que hacer aquel viaje a Moscú y Stent tuvo que escribir aquellos artículos. Y mientras tanto las novelas tenían que ser todas anticapitalistas, antiburguesas, antigubernamentales. A mí en realidad no me preocupaba nada de aquello. Aún parecía que era hacer el bien, a veces. Pero entonces Drabsfarben quiso que echáramos una mano de manera más directa. Tenía gente que venía a California. Gugelhupf fue el primero. ¿Cree que alguna vez quise vivir en esa ridícula caja de cristal? Puede que en Berlín sea un gesto político construir una casa como ésa. Aquí no es diferente de construir un castillo gótico o una choza tiki o cualquier otra puñeta. Excepto porque los constructores de aquí no saben qué hacer con los cianotipos que te da Gugelhupf, de forma que no hay una maldita cosa que encaje y hay clavos asomando por todos los lados. ¡Y la mayor parte del tiempo hace demasiado calor como para pensar! Pero Drabsfarben decía que teníamos que hacer que Gugelhupf nos construyera una casa porque era la manera más fácil de que se instalara en California. Lo necesitaban aquí. Aún no sé por qué. ¿Y cómo nos lo agradeció ese tonto del culo? Pues hizo un refrito de un viejo diseño. Después Drabsfarben me hizo montar el Comité de Solidaridad Cultural como tapadera. Empezamos a dar fiestas. Yo odiaba aquellas fiestas. Siempre las odié. Nunca en mi vida monté una fiesta antes de que Drabsfarben me lo dijera. ¿Sabe usted lo que me gusta hacer por la noche? Me gusta cocinar la cena con mi marido y luego hacer el amor en la playa. Pero Drabsfarben me hace llenar mi casa de extraños dos veces a la semana para así poder atraparlos en su trampa para langostas. Cada año empeora. Cada año Drabsfarben quiere más.

Loeser recordó aquella conversación que había malinterpretado hacía cinco años en la fiesta de los Mutton. Uno siempre se equivoca, pensaba ahora, siempre siempre se equivoca sobre cada pequeño detalle; si alguna vez algún primo joven era tan estúpido como para pedirle consejo sobre la vida, eso era lo único que sería capaz de decirle. La verdad correteaba de acá para allá sobre tu cabeza todas las noches, pero tú no alcanzabas a ver ni el color de su pellejo.

—¿Y qué opina su marido de todo esto? —preguntó él.

—¿Stent? ¡Nunca ha tenido ni idea! A él solo le gusta el modo en que me intereso por su trabajo. Le gusta que siempre tenga sugerencias y correcciones. Dice que soy el mejor editor que tuvo nunca un escritor. —Meneó la cabeza—. Ya no me preocupa lo que me pase. Me da igual que me encierren por espionaje. Ni siquiera me preocupa si Drabsfarben me pega un tiro y arroja mi cuerpo al océano. Pero Stent no puede saberlo. Amo a ese hombre más que a nada en el mundo. Amo tanto a ese hombre que hace que por la noche me rechinen los dientes. Si se entera de que he estado engañándole durante todo nuestro matrimonio... Por eso no puedo parar. Si dejo de hacer lo que dice Drabsfarben, él se asegurará de que Stent se entere de todo. Ya sabe usted que conocí a la esposa de Sinclair Lewis. Estaba en el mismo agujero que yo. Pero al final ella fue al FBI. Supongo que yo no soy tan valiente.

—¿Qué quiere Jascha de Bailey?

—Cuando el NKVD descubrió que Bailey estaba trabajando en teletransporte, le dijeron a Drabsfarben que querían que Bailey desertara. Se suponía que eso iba a ser su prioridad de aquel momento en adelante. Pero en verdad Drabsfarben solo conocía a artistas y escritores, músicos y arquitectos. Por aquel entonces él no tenía ningún contacto en el CalTech. Ni siquiera tenía contacto con algún contacto. Pero después le vimos a usted en la cena en casa de Gorge. Gorge se ganó un montón de influencia en el CalTech con aquel millón de dólares que donó para el teatro. Drabsfarben pensó que usted podría ser útil algún día.

Desde el momento en que se había fijado en Dolores Mutton, el barman, que se encontraba en el otro extremo de la habitación, había estado brillantando el mismo lado del mismo vaso con círculos cada vez más pequeños y rápidos.

—Así que por eso me llamó usted después y retiró todas sus amenazas y me ofreció un trabajo —dijo Loeser.

—Sí. Y a la larga funcionó de maravilla. Los planes de Dabsfarben casi siempre funcionan. Hicimos un poquito de presión y usted nos trajo a Bailey directamente. El NKVD estaba entusiasmado. Pero después de más o menos otro año, Drabsfarben decidió que Bailey no iba a desertar voluntariamente. Así que probó el chantaje.

—Adele me lo contó. ¿Cuál es ese secreto del pasado de Bailey?

—¿Quizá es un contrabandista de Dakota del Norte? No lo sé. Drabsfarben no me lo ha contado. Pero no es todo lo que sabe Drabsfarben. Tiene algo más contra Bailey. Algo mucho más grande. Algo tan grande que dice que es demasiado peligroso incluso para ponerlo ahora en juego. En cualquier caso, el chantaje tampoco ha funcionado. Y Drabsfarben está empezando a preocuparse. El NKVD ha desmontado el Comintern y ven a Drabsfarben como un hombre del Comintern de la cabeza a los pies. Eso significa que tiene que andarse con cuidado. Ahora se deja ver en público cada vez menos. ¿Oyó usted lo que le ocurrió a Willi Münzerberg?

—¿Quién es éste?

—¿No lo conoció usted en Berlín? Ascendió en el Comintern al mismo tiempo que Drabsfarben. Trabajaron juntos durante años. Solían dejarse paquetes el uno al otro en unas librerías de viejo.

—¡En Luni's!

—No lo sé. Pero hace un par de meses encontraron a Münzerberg colgado de un árbol delante de un campo de internamiento cerca de Lyons. Drabsfarben piensa que le podría ocurrir lo mismo a él. Cree que la única manera que tiene ahora de salvarse es llevar a Bailey a Moscú. Yo solo espero que fracase.

—¡Yo también! Se supone que Bailey tiene que controlar mi accidente del teletransporte esta noche. —Loeser terminó su cerveza—. ¿Me va a seguir pagando los treinta dólares cada mes? —dijo.

—No. Si el Comité de Solidaridad Cultural sigue adelante, quiero que beneficie honradamente a exiliados honrados.

—Ah. Bueno, vale, una última pregunta: ¿de verdad ha visto a Jascha matar a

alguien? —Por primera vez Loeser se preguntaba si Drabsfarben podía tener algo que ver con las muertes del CalTech.

—Puede que solo lo estuviera diciendo para asustarle a usted. Aunque, sea como sea, si susurra usted una sola palabra sobre alguna de estas cosas a cualquiera, tendrá muchísimo más de lo que preocuparse que por esos cheques falsificados.

—No tiene que preocuparse, señora Mutton. No se lo contaré a nadie. ¿A quién iba a contárselo?

La respuesta, por supuesto, era Blimk. Se lo contó a Blimk. Después de que Dolores Mutton lo dejara solo en el bar del Château Marmont, Loeser pagó la cuenta, caminó hasta la tienda donde aún pasaba la mayoría de sus tardes y repitió cada sensacional detalle.

—No creo haber visto antes una demostración más persuasiva de por qué no debería uno meterse en política —concluyó Loeser.

—Lo siento por la dama —dijo Blimk, que no había hecho ningún comentario sobre el tufo de Loeser, quizá porque, para lo que era habitual en los clientes regulares de la tienda, no era memorablemente desagradable.

—No debería seguir teniendo miedo de ella, pero lo tengo.

—¿Quieres el teléfono de mi compadre de Washington?

—¿Tu hombre Lovecraft en el Departamento de Estado? ¿Para qué?

—Seguro que es más fácil que llamar al FBI de buenas a primeras.

—¿Por qué iba yo a querer llamar al FBI?

—Para contarles lo que está pasando en Palisades.

—No voy a hablarle a nadie de esto, aparte de ti. Si es verdad que para Drabsfarben la última oportunidad de salvarse es llevarse a Bailey a Moscú, ya no puede obligarme a hacer nada por él. Ya no tengo que preocuparme más del tema. Puedo repanchingarme y ver qué pasa.

—Pero es un espía rojo. Probablemente quiere hundir todo el país.

—Pensaba que eras apolítico.

—Lo soy, pero un ciudadano tiene que asumir ciertas responsabilidades con el lugar donde vive.

—Yo no —dijo Loeser—. Yo soy lo que de vez en cuando se denomina un cosmopolita desarraigado. No tengo responsabilidades con Berlín y desde luego no tengo responsabilidades con Los Ángeles. De todas maneras, ¿y qué más da que Drabsfarben hunda el país? ¿Qué íbamos a echar de menos? ¿La ensalada de gelatina con mahonesa?

—Llevas cinco años aquí y ¿sigues fingiendo que odias este sitio? Cinco años y ¿sigue preocupándote lo que dirían tus amigotes de allá si te oyesen reconocer que te gusta un poquito?

Blimk nunca le había hablado antes con tanta aspereza.

—Mira, el año pasado leí en *The Nation* un artículo de un escritor inglés —dijo Loeser— en el que decía: «Si me viese obligado a elegir entre traicionar a mi país»,

bueno, no es que éste sea mi país, pero de todas formas... «si me viese obligado a elegir entre traicionar a mi país y traicionar a un amigo», bueno, no es que Drabsfarben sea mi amigo, pero aun así... «si me viese obligado a elegir entre traicionar a mi país y traicionar a un amigo, creo que...», bueno, no me acuerdo exactamente de cómo terminaba, pero la idea era... que hasta que no hayas visto a Dolores Mutton con un vestido rojo no podrás entender la situación en que me encuentro.

—¿Y crees que te va a dar igual si los rojos se llevan al tipo del teletransporte? ¿No has leído nada sobre todos esos tratos que andan haciendo Hitler y Stalin?

—Intento no prestar atención a nada de eso.

Blink posó su taza de café.

—Lárgate de mi tienda.

—¿Qué?

—Puede que no ame a mi país como debería, pero me gusta bastante y creo que te ha tratado mejor de lo que te mereces.

—¿Te seguiría gustando tanto tu país si te quitasen tu tienda?

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Se ha vuelto a pasar por aquí algún tipo de esos de la comisión de tráfico últimamente?

—¿Y qué si se han pasado?

Loeser estuvo a punto de contarle a Blink todo lo de la terminal del tranvía elevado, pero sabía que la información era demasiado importante para soltarla con prisas.

—Solo digo que puede que algún día cambies de opinión.

—Te he dicho que te largues de mi tienda. Fuera.

Loeser decidió que no tenía las facultades internas para solucionar una disputa con su mejor amigo el mismo día del estreno de *El accidente del teletransporte de Navidad*; pero no podía ir directamente al auditorio Gorge, porque siempre había optado por una especie de enfoque idealista berkeleyano para los estrenos, creyendo que los problemas no iban a empezar a multiplicarse en serio hasta que el director estuviese allí para encargarse de ellos; y no quería irse a casa por la mofeta. Así que se sentó en una droguería junto al parque Elysian, lo bastante lejos para llegar al CalTech con solo una hora de antelación, no más que lo suficiente para hacerle pasar al nuevo efecto teatral de Bailey la prueba de funcionamiento que llevaba esperando tanto tiempo. Pero al pasar junto a los laboratorios Obediah de camino al auditorio Gorge, a Loeser se le cayó el alma a los pies al ver a Bailey entrando allí. Siguió al físico escaleras arriba hasta la sala 11, demasiado impaciente para llamar a la puerta.

—¿Profesor Bailey? Siento interrumpirle, pero los dos deberíamos estar ya mismo en el teatro.

—Solo un minuto, señor Loeser. —Bailey ya se había inclinado sobre los controles del acomplejador ultramarino o comoquiera que se llamara aquello. Loeser

suspiró y echó un vistazo a su alrededor. Allí cerca, sobre un escritorio, estaba la locomotora de juguete de Bailey y debajo Loeser vio un librito blanco con una familiar ilustración amarilla de una hilera de casuchas: *La sombra sobre Innsmouth*, de H. P. Lovecraft.

—¡No tenía ni idea de que fuera usted admirador de Lovecraft, profesor!

—¿Qué? —Bailey levantó la vista de su máquina y un gesto de desagrado le cruzó el rostro al ver la novelita en manos de Loeser—. ¿Le importaría volver a dejar eso en su sitio, por favor?

Al hojear el libro, Loeser descubrió que Bailey incluso había anotado a lápiz algunas páginas. Nunca había visto una escritura tan diminuta y garrapata.

—Debería presentarle a... —Estuvo a punto de decir «mi amigo Blink», pero se detuvo, arrepentido—. Ya conoce toda la historia de Lavicini, ¿verdad? —dijo en cambio—. No solo lo que Rackenham metió en su caricatura.

—Sí.

—Los tentáculos y el olor y todo eso. ¿No le parece a veces como si Lovecraft pudiera haber escrito la historia del accidente del teletransporte?

—No puedo decir que haya advertido ningún punto común —dijo Bailey—. Ahora, señor Loeser, acabo de venir del teatro y desde luego que volveré a toda prisa directamente, pero si me disculpa, necesito un poco más de tiempo para poner este experimento en marcha.

Loeser dejó el libro.

—¡Es el día del estreno! ¿Por qué está haciendo un experimento ahora?

—Le prometo que no me distraerá del accidente del teletransporte de esta noche. Pero creo que Adele y los demás tenían muchas ganas de verle a usted. Al parecer no sabían qué hacer con Lavicini.

—¿A qué se refiere?

—Oh, daba por hecho que lo sabía... Ha habido algún problema con su protagonista. No me enteré de todos los detalles.

En Berlín, desde el inicio de su carrera, Loeser había observado que incluso entre los más pendencieros de los neoexpresionistas había que esperar cierto grado de nerviosismo antes de cualquier estreno, pero el ambiente que encontró entre bambalinas en el auditorio Gorge daba la impresión de un elenco y un equipo técnico que esperaban al público como pecadores que aguardaban un juicio apocalíptico. Adele se precipitó hacia él.

—Egon, idiota, ¿dónde has estado? ¡Hemos estado llamándote a casa durante tres horas! ¿Y qué es ese olor?

—No estaba en casa. Olvídate del olor. Cuéntame qué ha pasado.

—Dick está en el hospital.

—¿Qué?

—Hubo un accidente. Él pasaba caminando cerca de esa panadería de Lake Avenue y un coche hizo un giro brusco para esquivar a una chiquilla que cruzaba

corriendo...

—Por Dios santo, ¿que a Dick lo ha atropellado un coche?

—No, el coche se empotró en la panadería y tiró aquel gran mojicón de *papier-mâché* y el mojicón se estrelló directamente contra Dick. Tiene una conmoción cerebral y no lo van a dejar salir hasta mañana por la mañana. ¿Quién va a interpretar a Lavicini? —Loeser pensó en aquella vez que Hecht había organizado una representación de *Cada cual* que había consistido en informar al público media hora después de la hora marcada para el inicio de la obra de que el protagonista se había ahogado en un pozo (falso) y no se les iba a reembolsar el importe de sus entradas (verdadero)—. Pensé que quizá podíamos pedírselo a Rackenham —añadió Adele.

—No se sabría el papel.

—Pero es tan encantador que casi no importaría.

—Rotundamente, no. —Loeser se enderezó en toda su altura—. Tendré que hacer yo de Lavicini.

—¡Oh, Egon, no!

—Bueno, ¿pues quién si no? No creo que vayamos a ponernos de acuerdo en que lo haga Ziesel. Solo necesito echarle un último vistazo al texto. Diles a todos que no se preocupen. Por cierto, quiero devolverte algo que me prestaste. —Loeser se sacó del bolsillo el par de tijeritas de uñas con mango de nácar que había cogido de su casa y se las alargó a Adele con una engreída floritura.

—Eso no me pertenece.

—Sí te pertenece.

—Nunca lo había visto.

Y con todo lo crucial que era que Adele le mintiese al respecto, parecía que le estaba diciendo la verdad. Desanimado, Loeser dejó las tijeritas de uñas sobre la mesa de utilería y dejó que fuera a maquillarse. Media hora después, él salía de un camerino con una indumentaria que parecía un tanto decepcionada por la ausencia de los grandes hombros de surfista de Dick, pero que por lo demás no le quedaba demasiado mal. Encorvada en una esquina cercana, la señora Jones, que interpretaba a Montand travestida de hombre, repetía para sí sus tres líneas una y otra vez, con un énfasis tan marcado que parecía querer excluir la posibilidad de cualquier otra oración gramáticamente válida que hubiera formulado en inglés cualquier persona. Echando un vistazo por el costado del telón en el lado derecho del escenario, Loeser observó que el público ya estaba sentándose. Los Mutton habían quedado con los Millikan para tomar unos cócteles en el club Athenaeum antes del espectáculo y ahora los cuatro se sentaban juntos en primera fila, junto con Jascha Drabsfarben. De igual modo que si estuviera ante su pintura favorita tras consultar por primera vez un ensayo sobre su simbolismo, Loeser intentó hallar en los rasgos familiares de Drabsfarben todo lo que ahora había aprendido sobre su viejo conocido. Pero a Loeser el espía seguía pareciéndole un compositor.

Más atrás, Gould, Hecht y Wurtzel se pasaban de una mano a otra una bolsa de

cacahuetes. Incluso estaba allí Plumridge con su esposa. Loeser no logró localizar a Rackenham ni a Gorge, pero sí vio a Woodkin, que estaba diciéndole algo a una chica que había a su lado y que enseguida llamó la atención de Loeser. Tendría unos veintidós o veintitrés años, con el pelo brillante del color castaño rojizo de las plumas del cuello de un gallo y los ojos oscuros y rasgados y mostraba una expresión de aburrimiento tan fría, insondable y autoritaria que si uno la observaba casualmente en un acontecimiento público como aquél, no solo se sentía estúpido por disfrutar lo que ella no estaba disfrutando sino a la vez, feo y culpable. Loeser no podía apartar la mirada, hasta que recordó que en un rato iba a tener que salir a escena delante de ella.

Con todo, Loeser no estaba nervioso. Él era Lavicini. Siempre lo había sido. Ya podía ver las luces del Arsenal reflejadas en la laguna. Igual ya ni siquiera dejaba que Dick retomara su papel para las cuatro funciones restantes. Faltaba aún un poco antes de que se alzara el telón, así que fue a buscar a Bailey y enseguida lo encontró charlando con Adele cerca de la mesa de utilería.

—¿Está todo preparado para el accidente del teletransporte, profesor?

—Efectivamente —dijo Bailey.

—¿Está seguro? No hemos tenido oportunidad de probarlo.

—Tienes que confiar en el profesor, Egon —dijo Adele.

—¿Puede al menos describírmelo?

—Bien, dado que solo hay cuatro personas en escena en ese momento, pero Lavicini mata a veinticinco personas y un gato, pensé que la mejor manera de representar...

—¿«Mata»?

—¿Discúlpeme?

—Dijo usted que Lavicini mata a veinticinco personas. Lavicini no mata a nadie. El dispositivo de teletransporte funciona mal y como resultado mueren veinticinco personas. Por eso se llama el accidente del teletransporte.

—Ah, sí, por supuesto —dijo Bailey—. Me expresé mal.

—No quiero resultar pedante, pero es solo que si Lavicini destruyese el Théâtre des Encornets deliberadamente —Loeser tosió— sería... sería una obra muy diferente.

Aquella tos, más que un cascabeleo mortal, era la débil e involuntaria expresión laríngea de una crisis interna vasta e imperativa, porque fue justo en ese momento cuando Loeser hizo una deducción sobre Bailey —llegando a tal deducción como una especie de parto de nalgas, cabeza abajo, de forma que tenía las conclusiones en su fórceps antes de poder considerar las premisas— al darse cuenta, de golpe, de que Bailey creía realmente que Lavicini había destruido el Théâtre des Encornets a propósito; que Bailey planeaba hacer lo mismo con el auditorio Gorge; que Bailey debía de haber matado a Marsh y a Clarendon, a Pelton y a todos los demás... y solo después pudo recordar tantísimos hechos separados que ya conocía, pero nunca había puesto juntos: que el Departamento de Estado estaba trabajando con Bailey en nuevas

—Si tanto pánico escénico tenías, Egon, podías haberte... —empezó Ziesel antes de que Loeser lo agarrase del brazo y lo empujase hacia una salida. A una velocidad respetable corrieron juntos por el césped hacia los laboratorios Obediah y después subieron las escaleras hasta la sala 11. Loeser abrió la puerta de un empujón.

—Ni un paso más, por favor, señor Loeser —dijo Bailey. Con una mano cubría la boca de su ayudante para sofocar sus gritos y con la otra sostenía las tijeritas de mango de nácar contra su arteria carótida, con las dos hojas medio abiertas como un compás preparado para trazar un circulito sobre el pálido plano de su cuello. Detrás de él, la pesada puerta de acero de la cámara de teletransporte estaba abierta de par en par y el acordeonista ultrasónico hacía un ruido como el de una aspiradora portátil. Loeser creyó sentir un picor estático en el vello de sus brazos.

—Hemos evacuado el teatro —dijo Loeser—. No sé qué era realmente su «innovador efecto teatral», pero ya no hará daño a nadie.

—Entonces la señorita Hister tendrá que ser el único sujeto de este experimento —dijo Bailey—. Hay vacío en las cosas. Recuerde eso, señor Loeser, pase lo que pase. Hay vacío en las cosas. Cruce este país en carretilla y lo verá. —Con paso vacilante, como si estuviese practicando un desmañado nuevo paso de baile con una compañera reacia, empezó a tirar de Adele hacia atrás en dirección a la cámara de teletransporte. Loeser había cerrado ambas manos por el pánico, pero no sabía qué más hacer aparte de permanecer al lado de Ziesel y observar. Conocía a Adele desde hacía doce años, más que a ninguna otra persona en ese continente, e iba a ser convertida en sacrificio humano justo delante de él.

Entonces Bailey, al no ver hacia dónde iba, se golpeó la parte de atrás del muslo contra el canto de un escritorio. Y aflojó un poco la fuerza con que sujetaba a Adele, pero no lo suficiente para que ella se liberara... hasta que ella se arrojó hacia un lado, agarró la locomotora de juguete del escritorio en el que Loeser la había dejado antes y la empujó con fuerza hacia atrás contra el ojo izquierdo de Bailey.

Bailey soltó un grito sorprendentemente femenino y le clavó las tijeritas de uñas a Adele en el costado.

—¡Adele! —gritó Loeser. Y fue cuando Ziesel inclinó la cabeza hacia delante, cargó de frente como un jugador de rugby y lanzó a Bailey de espaldas al interior de la cámara de teletransporte.

—Dieter, no dejes que cierre la puerta —gritó Adele con lágrimas de dolor en los ojos—. ¡Hay una cerradura de relojería! ¡Quedarías atrapado ahí dentro con él!

Así que Loeser, galvanizado por fin, se lanzó hacia delante a toda prisa. Pero justo cuando las yemas de sus dedos rozaban el picaporte, la puerta de la cámara de teletransporte se cerró con un golpe terminal. Con una mano, Ziesel había estado intentando arrancar las tijeras de uñas de la mano de Bailey. Con la otra, se había encerrado a sí mismo allí dentro.

Loeser aporreó la puerta frustrado y después se dejó caer de rodillas para atender a Adele, que yacía encogida de costado. Las heridas gemelas de las tijeritas, como el

mordisco de un vampiro, no parecían especialmente profundas y Loeser estaba agradecido de haber sido él quien diseñara el vestido de bailarina de Adele con recio cuero de raya neoexpresionista en lugar de la más tradicional seda. Cerca de allí estaba la locomotora de juguete, con su maquinista de hojalata pringoso de fluidos ópticos.

—Me pondré bien —dijo Adele—. Pero tenemos que salvar a Dieter.

Loeser pegó una oreja a la puerta de acero por un momento, pero no podía oír nada del otro lado.

—¿Cómo podemos entrar en la cámara?

—No lo sé. Corre. Ve a buscar a alguien.

Loeser la besó en los labios por segunda vez en su vida y después hizo lo que le pedía. En el exterior, una muchedumbre pululaba a las puertas del auditorio Gorge. La señora Jones, vestida aún para la función, permanecía abrazada a un extintor sin utilidad. Corrió hacia los Mutton.

—Egon, ¿qué es lo que está pasando? —preguntó Stent Mutton.

—Necesitamos ayuda. No sabemos qué hacer.

Cuando Loeser regresó a la sala 11 con los Mutton, Adele estaba sentada contra la pared con la mano apretada contra los pinchazos. Les explicó a los Mutton lo de Ziesel y la cerradura de relojería.

—¿No podemos romper el mecanismo de alguna manera? —preguntó Stent Mutton.

—Aunque pudiéramos, está en el lado de dentro de la puerta —respondió Adele.

—¿Y si lo desconectamos del dispositivo de Bailey? —propuso Loeser.

—El temporizador ya ha empezado... Eso no servirá de nada.

—Entonces necesitamos uno de esos sopletes de oxi-tal-y-cual —dijo Mutton—. Como el que usaban mis ladrones de bancos en *Alarma silenciosa*.

—El doctor Pelton tenía uno de éstos para desmontar sus viejos prototipos de cohete —dijo Adele.

—¿Dónde estará ahora?

—No lo sé. Vacieron su laboratorio después de que él... Después de que el profesor...

—Separémonos y busquemos —dijo Mutton.

De modo que Loeser bajó al sótano, pero probó todas las taquillas de almacenamiento que no estaban cerradas con llave, incluida la antigua tumba de Marsh, sin éxito. Arriba, se encontró con Mutton, que volvía de una búsqueda igualmente infructuosa por los laboratorios cercanos.

—Tiene que haber otra manera.

—Yo sé có-có-cómo entrar ahí.

Loeser se volvió: era Slate.

Cojeando tan deprisa como podía, el conserje guió a Loeser por el pasillo, por un tramo de escaleras y por otro pasillo, donde había unos aseos con un candado en la

puerta y un cartel que decía «Fuera de servicio». Loeser se dio cuenta de que debían de estar justo encima de la sala 11. Con una llave del llavero que llevaba al cinturón, Slate les hizo entrar en los aseos, donde Loeser vio una escalera extensible de metal apoyada contra la pared y un nítido hueco cuadrado en el suelo de un metro de ancho en cada lado. Entonces Slate se puso a cuatro patas, metió el brazo por el agujero y sacó lo que Loeser reconoció por sus paneles grises recubiertos de goma como una sección del techo de la cámara de teletransporte. Era evidente que en realidad no se había recubierto de plomo cada centímetro de la cámara.

Aterrado, Loeser echó un vistazo a la sala de abajo. Ziesel estaba tumbado boca arriba cerca de la plataforma, con un halo de sangre alrededor de la cabeza, los ojos abiertos del todo, las tijeritas de uñas sobresaliéndole aún del cuello. La lucha probablemente había terminado un par de segundos después de que se cerrara la puerta.

Bailey, sin embargo, había desaparecido.

Sin nadie a quien rescatar y nadie a quien detener, Loeser se volvió hacia Slate.

—¿Preparaste tú todo esto? —dijo, señalando el agujero y la escalera.

Slate asintió.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a querer meterte ahí dentro cuando la cerradura de relojería estuviera cerrada?

Slate no respondió, sino que se dio la vuelta y salió de los aseos. Loeser lo siguió escaleras abajo hasta el sótano, donde Slate abrió el cerrojo de una taquilla en un rincón alejado con otra llave del llavero de su cinturón. Después, con un movimiento de manos extrañamente propio de un *showman*, se apartó a un lado.

Ahí, descubrió Loeser, se hallaba un extraño primo del antiguo baúl de madera que había en su propia casa, solo que éste se parecía menos a una caja para pruebas de la policía que a la colección de reliquias sagradas de alguna decrepita capilla del mar Negro. Slate había instalado seis estantes de madera dentro de la taquilla y ordenadas cuidadosamente sobre aquellos estantes estaba la misma variedad de menudencias íntimas femeninas con que Loeser mismo se había desconcertado durante cuatro años: bragas, medias, ligeros, sostenes, horquillas, pintalabios, lápices perfiladores de cejas, limas de uñas, botellitas de perfume, pañuelos, antifaces para dormir. Pero nada de joyería.

—¿Todas esas cosas pertenecen a Adele? —preguntó.

Slate asintió.

—¿Ella las pone en la cámara de teletransporte y después tú bajas por la escalera y las robas y las traes aquí?

Slate asintió.

—¿Estás enamorado de ella?

Slate se miró los pies.

—Mis condolencias —dijo Loeser. Dejando al conserje con su *Wunderkammer*, volvió a subir a la sala 11, donde Dolores Mutton estaba con Adele.

—Stent ha ido a buscar una camilla —dijo.

—¿Dónde está el profesor? —preguntó Adele.

—Se ha ido —contestó Loeser—. Ziesel está muerto, pero Bailey se ha ido.

—¿Cómo? —dijo Dolores Mutton—. ¿Había otra manera de salir de ese armario o lo que narices sea eso?

—No desde dentro. Pero quizá desde fuera. —Una parte de Loeser era reticente a decir nada más, pero si Adele sabía ahora que su amado era un lunático, ya no podría hacerle más daño enterarse de que sus experimentos con el dispositivo de teletransporte nunca habían funcionado de verdad—. Slate, el conserje, tenía una manera.

—Así que después de todo Jascha se hizo con él —dijo Dolores Mutton.

—¿A qué se refiere? —preguntó Loeser.

Dolores Mutton miró a Adele, luego hizo un gesto a Loeser para que saliese al pasillo donde no pudieran oírlos.

—Jascha estaba quedándose sin tiempo, ¿recuerda? —dijo ella en voz baja—. Quizá esta noche fuese su última oportunidad. Quizá él supiera que, pasara lo que pasase, mañana se habría ido. O bien regresaría a Moscú con Bailey, o bien acabaría encerrado en el maletero de un coche por algún agente del NKVD, que lo llevaría al desierto para su ejecución.

—Pero él estaba en el teatro con ustedes.

—Sí. Estaba. Pero entonces anunció usted su simulacro de incendio y para cuando llegamos afuera, él se había esfumado.

—¿Cómo pudo saber lo de la claraboya de Slate?

—Es probable que supiera algo del tal Slate. Como sabe algo de todo el mundo.

Drabsfarben pudo haber forzado el candado de los aseos, pensó Loeser, o simplemente usó una llave duplicada y después bajó la escalera para que Bailey pudiese escapar. Después de eso, pudo volver a colocarlo todo tal y como estaba. Habría tenido tiempo durante la búsqueda del soplete. Quizá hasta Slate había asegurado el retraso contándole a Loeser lo del cubículo de los aseos hasta que Drabsfarben hubiese escapado con Bailey. Subiendo y bajando por la trampilla era siempre la manera que tenía el diablo de hacer sus entradas y salidas.

—Pero si Drabsfarben se ha ido —dijo Loeser—, eso no prueba que llegase a estar cerca de Bailey. Puede que el NKVD escogiera esta noche para retirar a Drabsfarben. Puede que tengan a alguien más en el campus. Usted me contó que ahora se le veía en público cada vez menos. Puede que ésta fuese su mejor oportunidad.

—En cualquier otra circunstancia, si Jascha hubiera desaparecido simplemente así, sin avisar, eso es lo que yo habría pensado. Pero Bailey se ha ido. Usted dijo que no pudo haber salido desde dentro. Así que tiene que haber sido Jascha. No hay otra explicación. Jascha se salvó a sí mismo. Menudo hijo de perra.

—Voy a hablar otra vez con Slate. —Loeser volvió al sótano, donde el conserje

estaba ahora sentado fumando en un banco, con el cuerpo tensamente encorvado en torno al cigarrillo como si pensara que éste solo estaba medio muerto y todavía podía escapar de él.

—¿Se lo va-va-va-va-va a contar a Adele? —dijo Slate.

—Aún no lo sé. Pero escúchame, Slate, ¿Jascha Drabsfarben sabía algo de tu santuario? ¿Te chantajeó por eso? ¿Te hizo preguntas sobre Bailey? ¿Le hablaste alguna vez de tu trampilla secreta?

Slate se quedó mirándose los pies.

—Vamos, Slate, respóndeme. Jascha Drabsfarben.

—No sé quién-quién-quién-quién es.

—Dime la verdad. No tenías que enseñarme tu santuario. Pero creo que después parecías casi aliviado. ¿Fue porque Drabsfarben ya no puede presionarte más ahora que no es el único que lo sabe?

—No sé quién es ése —repitió Slate. Y Loeser no supo decir si ese excepcional autocontrol de su tartamudeo era señal de que estaba mintiendo o de que estaba diciendo la verdad. Volvió a subir a la sala 11 y, cuando entraba, oyó en la puerta de la cámara de teletransporte un sonido como el de un cerrojo al abrirse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dolores Mutton.

—El acumulador de ultramigración tendría que haber terminado ahora un ciclo básico —dijo Adele—, así que la cerradura de relojería se desactiva.

Loeser abrió la puerta de la cámara de teletransporte y dio un paso atrás cuando un borbotón de líquido se desbordó por el umbral. No se había dado cuenta antes, cuando estaba mirando desde el cuarto de arriba, pero toda la cámara estaba encharcada, como si alguien hubiese vaciado allí la mayor parte de una bañera llena de agua. Intrigado, se agachó, se mojó un dedo en el suelo y después lo lamió.

—Egon, ¿qué estás haciendo? —preguntó Adele.

—Sabe salada.

—Es probable que sea la sangre de Dieter. Vas a hacer que vomite.

—No, es más parecido a... agua de mar.

—Estamos a treinta kilómetros del océano. Debe de haber una fuga en alguna tubería o algo así.

—¿Por qué iba a haber agua salada aquí en las tuberías?

—El doctor Carradine y sus anguilas están arriba, quizá tiene algo que ver con eso. —Miró por el rabillo del ojo a la puerta abierta de la cámara de teletransporte—. Aún no me lo puedo creer. Lo del profesor.

—Yo me creo lo del profesor, pero lo que de verdad no me creo aún es lo de Ziesel. Cuando cerró la puerta tenía que saber que probablemente iba a morir ahí.

—Lo hizo para salvarnos a ti y a mí del profesor. Después de todos estos años de acosarlo... Deberías decirle algo bonito a Lornadette.

—¿A quién?

—A su mujer.

—Ah. Sí. —Loeser sabía que no lo haría nunca.

Adele miró fijamente a Dolores Mutton, después le hizo un gesto a Loeser para que se arrodillara a su lado para poder susurrarle al oído.

—Egon, ¿de verdad aún quieres follarme? —preguntó.

—¿Qué?

—Casi seguro que te lo permitiría, cuando me deje de doler y tú te hayas lavado. Me salvaste la vida tanto como Ziesel. Pero cuando me besaste antes, no parecía que realmente siguieras queriendo follarme. ¿Quieres?

¿Quería? Loeser se sentía como un arrugado y complaciente profesor de geometría euclidiana que había consentido en que le hicieran unas preguntas después de una conferencia y a quien habían preguntado, por primera vez en toda su carrera, cómo podía estar absolutamente seguro de que todos los ángulos rectos eran iguales unos a otros. Se balanceó en su atril con una mezcla de terror y gozo. Durante nueve años su deseo por Adele había sido el axioma básico del cual podían ser inferidas todas las otras verdades. Si eso era falso, entonces todo lo demás tenía que ser falso. Tenía que querer follársela. Tenía que querer.

Y ésa era, precisamente, la razón por la que no quería.

Loeser se dio cuenta de que la idea del cuerpo dispuesto de Adele no lo excitaba más de lo que le reconfortaba pensar en la igualdad de los ángulos rectos. Había sido algo tan profundo para él durante tanto tiempo que ya casi no significaba nada en absoluto. No hay música en el son de tus latidos, gusto ninguno en el sabor de tu propia boca. No había deseo en un axioma.

—Estoy muy confundido —dijo. Y entonces, como acompañándolo en el sentimiento, toda la sala se estremeció. Miró a Dolores Mutton—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Ha sonado como la explosión de una bomba.

Loeser salió corriendo y vio lo que Bailey había provocado. Parecía que habían dejado caer el auditorio Gorge desde la altura de un globo sonda y que acabara de estrellarse en ese mismo momento en medio del campus, de forma que el tejado había desaparecido, el muro del este había desaparecido, los otros muros aún se estaban derrumbando mientras observaba y un espeso collar de polvo gris se precipitaba tras el público de *El accidente del teletransporte de Navidad* mientras éste se dispersaba presa del pánico desde cerca de las puertas del teatro. Más allá tan solo podía divisar un brillo naranja, quizá un incendio que empezaba a extenderse por la tapicería de terciopelo de los asientos, un horno del que él mismo había robado la carne. No hubo tentáculos. Loeser miró su reloj: eran las ocho y media. En la obra, ésa era la hora exacta en que el Théâtre des Encornets habría sido destruido. Bailey debía de haber conectado su «innovador efecto teatral», así como su dispositivo de teletransporte, a un temporizador. Volvió a entrar en el laboratorio. Aunque con retraso, Adele se había desmayado.

Después de acompañarla hasta el pequeño hospital de Pasadena, decidió volver

directamente a casa caminando. Stent Mutton le había dicho que debía permanecer en el campus para responder a las preguntas de la policía, pero estaba seguro de que no tenían ninguna posibilidad de encontrar a Bailey, así que un retraso apenas importaría y después de todo lo que había pasado tenía mucha necesidad de un whisky solipsista. Pero cuando entró desde el paseo Palmetto en su propia calle vio las luces encendidas en su casa. ¿Acaso Woodkin era tan eficiente que ya había podido contratar a algún tipo de encargado de pompas fúnebres para mofetas?

Loeser abrió la puerta principal.

—¿Hola? —dijo.

—Ah, hola, Loeser —respondió Rackenham, que estaba desnudo en medio de la sala de estar—. No pensé que volverías hasta más tarde. ¿Tu obra no era esta noche?

Loeser cerró los ojos y se dijo a sí mismo que sería una reacción desmesurada juzgar que eso era lo peor con mucho que podía haberse encontrado en casa. Muchísimas otras cosas habrían sido peores. Un fantasma, por ejemplo; o una mofeta; o una mofeta fantasma gigante; o al vengativo y ahora ciclópeo profesor Franklin Bailey espoleando a una mofeta fantasma gigante como un lúgubre heraldo montado en el dios marino Dagón; o incluso su exnovia Marlene.

No. No había nada peor. No había una sola cosa peor que tener a Rupert Rackenham allí desnudo.

—¿Qué cojones estás haciendo en mi casa? —dijo Loeser en alemán.

—Puedo prometer que será mucho mejor para tu paz mental que no te lo cuente.

—Tú cuéntamelo. —Estaba intentando no mirar el pene de Rackenham, pero parecía ocupar unos dos tercios de su campo de visión.

—Bien, si necesitas saberlo: estaba con la mujer de Gorge. No sabíamos qué era el olor y a mí me fascinaría saberlo, dicho sea de paso, y no había tiempo para encontrar ningún otro sitio para ir antes de su cita con el psiquiatra, así que yo insistí en sacarle el mayor provecho. En Winchester dormí en una residencia con otros ocho chicos cada curso durante cinco años, así que esto me parece bastante leve. Pero cuando ya estábamos con los motores a punto, por decirlo de alguna manera, ella empezó a sentirse indispuesta. Así que se vistió y se fue. Yo también me habría ido, pero se me ocurrió que si la mácula del aire resultara ser indeleble, quizá yo no tendría otra ocasión de volver aquí de nuevo y al final tenía que encontrar las tijeras de uñas de Delia Sprague, así que me quedé. Son una especie de reliquia familiar muy valiosa y ella lleva semanas atosigándome. Las mujeres ricas aprenden a ser olvidadizas porque saben que todo se puede reemplazar de forma gratificante... solo que de vez en cuando no se puede. Si te soy sincero, cuando miré dentro de esa caja tuya, no podía creerme la cantidad y variedad de porquerías. Me sorprende que nunca te preguntaras de dónde venía todo.

—¡Claro que me lo preguntaba, joder! ¿Cuántas mujeres has traído aquí?

—Un buen puñado. Cuando estás fuera. Difícilmente pueden recibirme en casa, ¿no es cierto? Son esposas de millonarios. Los criados hablarían. Y mi casa de Venice

Beach está a una hora en coche. Los Ángeles está tan extendido... ¿Por qué crees que tenía tantas ganas de que te quedaras esta casa? ¿O por qué fui tan servicial al traerte la llave después de que me la diera Woodkin? Espero que no hayas olvidado que cuando te conseguí aquella primera invitación a cenar en casa de Gorge tú dijiste que me debías un favor.

Había muchas más preguntas que Loeser quería hacer, pero en su desconcierto solo acertó a decir:

—Pero ¿por qué estás desnudo todavía?

—Hace una noche templada para ser diciembre. Ahora, viejo compadre, de verdad tengo que encontrar esas tijeras de uñas... ¿No tendrás idea de dónde están?

—Puedo prometer que será mucho mejor para la paz mental de Delia Sprague que no te lo cuente. Ponte la ropa.

El colega de la mofeta recuperó sus ropas, fue al cuarto de baño a vestirse y volvió a salir.

—¿Sabes qué? Tal como están las cosas, podría beberme una tetera: supongo que antes de irme podría...

—No —dijo Loeser.

—Por cierto, ¿has oído lo de Brecht?

—¿Qué pasa con Brecht?

—Va a venir a Los Ángeles. Ahora está en Finlandia, pero va a pedir un visado.

—Por favor, sal de mi casa antes de decirme otra cosa más que me haga querer entrar caminando en el Pacífico.

Dado que el único visitante regular del bungalow de Loeser era el cartero, el sonido de los pasos de Rackenham al marcharse fue suficiente para recordarle que no había revisado su buzón aquel día. Salió y encontró dentro una carta con matasellos de Berlín. Cuando vio la dirección, reconoció la escritura y exhaló los vapores de un incontenible alivio.

Loeser nunca había respondido a aquella carta sobre el incidente del tranvía que Blumstein le había enviado en 1938. Pero su antiguo mentor había insistido en su intento de reparar su amistad y continuaba escribiendo cada tres o cuatro semanas. Cada vez, Loeser leía como un párrafo y luego, en cuanto Blumstein hacía cualquier referencia a la situación en Berlín, dejaba de leer y tiraba la carta. Loeser se decía que no había venido a vivir a casi diez mil kilómetros del teatro Allien solo para sufrir inconexas peticiones de comprensión de su irrelevante antiguo mentor. Las cartas comenzaron a ofenderlo cada vez más. Cada sobre de color marfil era como un pequeño emigrante andrajoso de la vida de Blumstein al que no se podía hacer dar la vuelta en la frontera porque tenía todos los sellos correctos de todos los funcionarios correctos, como un fastidioso preservativo fantasma, una carta francesa muerta, pringosa con el fluido tibio de todo lo que Loeser no había hecho pero seguramente debería, tan poco bienvenido en su buzón como cualquier yacimiento del espíritu doméstico en el que antes había creído. Según pasaban los meses, se hacía cada vez

más duro convencerse de que, cuando la vista de su propia dirección escrita por mano de Blumstein le hacía sentir como si su cabeza estuviese atrapada en un cepo para osos, era solo una combinación trivial de tedio y enojo, más que, por ejemplo, culpa: porque reconocer que se sentía culpable por las cartas de Blumstein o incluso admitir que había una razón cualquiera por la que pudiera esperar sentirse culpable, exigiría un reajuste interno de una magnitud en nada diferente a su reciente experiencia con Adele, solo que sin un sentimiento comparable de liberación. Nadie podía hacerle reconocer nada de eso, así que él tampoco.

Entonces las cartas dejaron de llegar.

Cuando Blumstein escribía cartas, Loeser quería que dejara de escribir cartas. Pero luego, cuando Blumstein dejó de escribir cartas, Loeser quería que empezara a escribir cartas de nuevo... y lo quería con diez veces más fuerza. Cuando Blumstein escribía cartas, Loeser tenía que obligarse a no pensar en Blumstein. Después, cuando Blumstein dejó de escribir cartas, Loeser aún seguía obligándose a no pensar en Blumstein... y tenía que obligarse con diez veces más fuerza. Muy a menudo soñaba con recibir más cartas, pero hasta hoy no había recibido ninguna.

Loeser cerró el buzón. Volvió dentro. Se sentó y rasgó el sobre. Vio que dentro no había nada.

Y por alguna razón la vista del sobre vacío le hizo pensar en Ziesel muerto en aquella cámara cerrada y tosió dos veces por el pestazo de la mofeta y se le inundaron los ojos de lágrimas y en aquel momento supo con seguridad que Blumstein iba a morir antes de volver a escribirle otra carta.

No era lógico, por supuesto. Había todo tipo de razones por las que un sobre podía haber llegado vacío. Blumstein podía haber tenido un despiste; o podía haberlo tenido su esposa, Emma; o podía no haber sido un error en absoluto, sino más bien una deliberada metáfora performativa del final de cualquier posibilidad de reconciliación; o algún funcionario postal podía haber abierto el sobre con vapor con propósitos de censura o espionaje y luego se le había olvidado devolver el contenido a su sitio. Todas aquellas explicaciones tenían cierto sentido, si bien no se podía extraer ninguna conexión causal entre un sobre vacío y el fenecimiento de Blumstein.

Sin embargo, Loeser estaba convencido. Nunca volvería a ver a Blumstein. No sin un fasmatómetro.

El teléfono sonó y Loeser fue a atenderlo. Exactamente igual que la primera vez que una carta de Blumstein había llegado a casa de Loeser, era Woodkin, que interrumpía misericordioso sus pensamientos con una convocatoria a la mansión.

No había visto a Gorge desde el verano y a la llegada de Loeser, Woodkin lo detuvo en la entrada.

—Antes de que llegue más lejos, señor Loeser, debo advertirle de que el estado de mi empleador ha seguido deteriorándose.

—¿De qué se trata ahora?

—Ya no puede leer.

—*Mein Gott*, ¿tan enfermo está?

—Por favor, no me malinterprete. El coronel Gorge aún es perfectamente capaz de interpretar las palabras de una página. Ése, diría usted, es justo el problema. Cuando el coronel lee la palabra «huracán» en un periódico, ahora cree a pie juntillas que él mismo está en presencia del huracán. Es una expansión en profundidad de su agnosia ontológica, la dificultad que tiene para distinguir entre las representaciones y los objetos de esas representaciones.

—Una vez me dijiste que leer no era una de las aficiones de Gorge.

—No, pero el coronel solía prestar mucha atención a los libros de contabilidad de Sky-Shine. Ahora, sin embargo, cuando lee «898.854,02 \$», por ejemplo, en realidad ve 898.854 dólares y dos centavos ahí delante de él, incluso aunque de hecho todo el efectivo esté prohibido en la residencia desde la tercera vez que el coronel tomó las armas para rescatar a George Washington de sus secuestradores. Y cuando lee «-898.854,02 \$», ve... bueno, en ese caso, después de que se recuperara del ataque, aún no era del todo capaz de describir la experiencia, pero por lo que puedo entender, es una especie de encarnación palpable y predatoria de un déficit de novecientos mil dólares. Desagradable para cualquier hombre de negocios. El coronel Gorge, como su compatriota el señor Gödel, es ahora un inflexible realista matemático. Como usted comprenderá, debe manejar sus asuntos por teléfono y recibir sus noticias de la radio.

—¿Y qué pasa cuando lee una palabra que significa un concepto abstracto? —preguntó Loeser—. Digamos «remordimiento». ¿Qué ve entonces?

—Por suerte, como el coronel me ha comentado con frecuencia, los conceptos abstractos no significan nada para él. Ésa es una de las cualidades personales a las que él atribuye su éxito.

A pesar de todo, Gorge no aparentaba estar en absoluto hundido cuando Loeser lo encontró en la sala de billares.

—¿Macbeth, Kartoffen?

—¿Disculpe?

—¿Dijeron Macbeth cuando no debían? —bromeó Gorge—. ¿Uno de sus actores?

—El profesor Bailey destruyó su teatro. No una maldición.

—Sí. Bailey. Dinamita, usó. Kilos y kilos, dice la policía. Bastante como para volar todo este siii... —Y entonces Gorge saltó como un comando sobre el costado de su sillón y se tendió en el suelo con las manos sobre la cabeza.

Tan versado estaba ya Loeser en la psicopatología de la agnosia ontológica que solo tardó un momento en entender que el magnate había empezado a hacer un gesto expansivo con la mano que significaba la hipotética destrucción de la mansión, había visto ese gesto de su propia mano, lo había confundido con la destrucción real de la mansión e intentaba ponerse a cubierto.

—Eso no fue una explosión, coronel, solo eran sus manos. —Un recurso tan grosero como la dinamita, pensó Loeser, era un pobre tributo a Lavicini por parte de

Bailey, aunque no del todo incompatible con el neoexpresionismo.

Gorge volvió a su asiento.

—¡Manos! Ya. Ruego me disculpe. De todas formas, parece que viene de familia, lo de que se caigan los teatros. No todo es malo. Sigue desgravando. Y no hay muertos. ¿Hay que agradecersele a usted, dice Woodkin?

—Asumo todo el mérito, sí.

—Y Bailey se ha esfumado, me dicen. Lo último que oiremos sobre su chisme teleportante. Entonces: veredicto. Suéltelo. ¿Real o no?

—Sin duda Bailey no lo había perfeccionado. Y ahora no hay nadie que continúe su trabajo.

—Eso no importa. Ya se lo dije a usted. No importa mucho el chisme teleportante de Bailey en concreto. Pero ¿si funciona? Significa que cualquiera puede hacer uno. Significa que harán uno, en un año o dos. Significa que no tengo que molestarme en machacar a Plumridge y sus malditos tranvías. ¿Y bien?

Loeser volvía a pensar en su discusión de aquella tarde con Blink. Si de verdad tenía responsabilidades con el lugar en que vivía, en ese caso tendría que asegurarle a Gorge que el teletransporte era posible. Eso significaría que Los Ángeles aún podría conseguir su red de tranvías, aún podría convertirse en un lugar tolerable para vivir. Pero eso también significaría que Blink podría perder su tienda. Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer él? ¿Traicionar a su país de adopción o traicionar a su amigo? De acuerdo con aquel escritor inglés de *The Nation*, debería escoger lo primero. Pero en este caso, su amigo le había dado órdenes específicas de ser patriótico, así que estaba traicionando a su amigo de cualquiera de las maneras.

Y entonces pensó en el sobre vacío de Blumstein y tomó una decisión. Quizá Blink tuviese razón hasta cierto punto, un hombre tenía ciertas responsabilidades con el lugar en que vivía. Pero ahora Loeser estaba empezando a pensar que la responsabilidad última de un hombre era mucho más simple. No seas un capullo integral con la gente que intenta ser maja contigo.

—El dispositivo de teletransporte de Bailey era una ficción —dijo—. Su ayudante falsificaba los resultados. Yo no vi prueba ninguna de que el teletransporte sea posible. —La mentira le supo a salitre en la lengua.

—No esperaba que dijera usted eso —dijo Gorge—. Pero, no tiene remedio. Como la mofeta podrida, por cierto. Apesta usted. No es por ser grosero.

Loeser se dio cuenta de que podía ser su última oportunidad. Hoy había visto asesinado a un viejo conocido, podría apañar una investigación incómoda.

—En efecto, es mofeta podrida. Ahora veamos, coronel Gorge, pasé más de dos años en el CalTech vigilando a Bailey para usted. No espero que me pague, porque ha sido usted generoso de muchas otras maneras, pero hay solo una cosa...

—Quieto ahí, Kartoffen. Sé lo que va a decir.

—No creo que lo sepa.

—Un libro mío quiere usted. Francés. Muy raro.

Loeser se quedó atónito.

—¿Cómo lo sabía?

—No es difícil de suponer después de que le preguntase a Woodkin por mis libros. Probablemente por eso vino usted a mí desde el principio.

Loeser estaba aún más atónito.

—Sí, fue por eso. —¿También había oído Gorge eso en él?

—Me dije que nunca me separaría de él. Pero ahora no me sirven de nada... los libros con palabras. Y no tengo hijo a quien dejárselo.

Loeser estuvo a punto de señalar que el texto de *Medianoche en la escuela de enfermería* no llegaba a más de unos pocos pies de foto sugerentes, pero se controló. Apenas podía creer que después de tanto tiempo ahora estuviese a solo un par de tics de reloj de aquella hora sagrada.

—¿Woodkin? —gritó Gorge.

El secretario personal entro en la sala de billares.

—¿Sí, señor?

—Lleve a Kartoffen al tesoro. Después llame a Clowne y dígale que puede poseer a Mildred.

—Sí, señor. Haga el favor de seguirme, señor Loeser.

Bajaron las escaleras hacia la bodega de la mansión, donde, por supuesto, no se guardaba nada de vino.

—Éste es un cuarto fortificado que contiene todos los artículos que el coronel Gorge más desearía proteger en caso de robo o insurrección anarquista —dijo Woodkin al abrir una pesada puerta, y Loeser se acordó a medias de la cámara de teletransporte y se acordó a medias de la taquilla de Slate. Al mismo tiempo, cayó en la cuenta de que en esto, como en todo, Gorge daba muestras de un buen sentido de los negocios. Si el imperio de la ley se resquebrajaba en algún momento, quizá después del gran terremoto, tanta gente habría tenido la idea de acumular oro o munición o melocotones en almíbar que esos bienes se devaluarían muchísimo en la economía de trueque resultante. Pero casi nadie habría pensado en aferrarse a los libros. No *Berlín Alexanderplatz*, ni *Ulises*, ni *El hechicero de Venecia*, ni *Cadena de montaje*, ninguno de éstos tendría valor cuando todo el mundo se olvidase de leer. Pero había ciertos tipos de material impreso que nunca perderían su valor intrínseco. Lo más inteligente durante esos primeros días sería saquear la tienda de Blimk.

Pero ahora Loeser sabía que la cámara del tesoro no estaba llena de estanterías, como esperaba. En vez de eso, dominaban el cuarto dos viejos sedanes con los parabrisas rotos y los parachoques retorcidos, aparcados allí bajo tierra como fugitivos de una chatarrería.

—¿Por qué está esto aquí? —preguntó Loeser.

—El coronel Gorge los adquirió en 1925 después de oír hablar sobre un accidente que había tenido lugar en Nevada. Fue una cálida mañana de domingo y por casualidad ambos conductores habían pasado la mañana sacando brillo

diligentemente a sus coches con Sky-Shine. Conducían en direcciones opuestas y, conforme se acercaban el uno al otro, ambos fueron deslumbrados por el reflejo del sol en el espejeante capó del otro. Hubo un volantazo y un choque. Ambos conductores sobrevivieron indemnes y el coronel Gorge tenía previsto utilizar los coches como parte de una exhibición publicitaria. Pero más tarde decidió no hacerlo.

—¿Por qué?

—En el accidente murieron tres niñas y un terrier. —Woodkin continuó con la visita—. Esto es una fotografía firmada por Marlene Dietrich. Esto es el coyote cuyas glándulas le fueron trasplantadas al coronel por el doctor Voronoff. Esto es el esqueleto auténtico de un cantante trodonio. Esto es un títere facineroso del espectáculo de títeres del tátara-tátara-tátara-tátarabuelo del coronel, descubierto el año pasado en un ático de Nueva Orleans. Esto es un dibujo que hizo la hija del coronel a los cinco años. Y éste es el libro que el coronel desea que tenga usted.

Era francés y era raro, pero no era *Medianoche en la escuela de enfermería*. No era para nada un álbum de fotos. Era un libro mucho más viejo y pequeño, encuadernado en cuero rojo oscuro como aquella copia del *Infierno* de Dante que Loeser había comprado en el Marais, titulada *Un rapport de la confession sur son lit de mort d'Adriano Lavicini comme elle a été dit à son ami Bernard Sauvage en l'an de grâce 1691*, un testimonio de la confesión en su lecho de muerte de Adriano Lavicini tal como se la transmitió a su amigo Bernard Sauvage en el año de gracia 1691.

—Pero el accidente de teletransporte fue en 1679 —dijo Loeser.

—Sí —dijo Woodkin—. Lavicini sobrevivió a ello, no obstante. Y cuando Auguste de Gorge, el tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátara-tátarabuelo de mi empleador, descubrió este hecho años después, tomó la resolución de vengarse del veneciano por destruir su teatro. Pero en aquel momento sus recursos eran escasos y para cuando descubrió dónde había estado escondido Lavicini, éste ya estaba muerto, así que el único consuelo de De Gorge fue una copia de este libro. Bernard Sauvage solo había imprimido una docena, destinada a sus compañeros más cercanos. Es una de las escasísimas posesiones heredadas que ha sobrevivido a todas las cambiantes fortunas de la línea paterna de los Gorge. Hoy no se conoce la existencia de más copias. Todos los secretos de Lavicini están aquí. —Woodkin hizo una pausa—. ¿Ocurre algo, señor Loeser?

—Oh, no. Nada en absoluto. —Loeser sabía que probablemente éste era el regalo más extraordinario que podía esperar recibir en toda su vida. Hizo todo lo que pudo para ocultar su decepción—. ¿Lavicini planeó de verdad el accidente del teletransporte? Creo que es lo que pensaba Bailey.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por una mujer —dijo Woodkin—. Fue a París por una mujer. Perpetró el accidente por una mujer. Regresó a Venecia por una mujer. Así lo afirma el

testamento.

—¿De verdad mató a toda aquella gente por una mujer?

—No es ése el caso exactamente, no. Espero que sepa perdonarme por sugerir que sería mejor que leyese usted la verdad por sí mismo, señor Loeser. Ahora, imagino que ha tenido una tarde agotadora y se me ocurre que quizá no haya tenido tiempo de atender a sus propias necesidades. Tengo entendido que Watatsumi está preparando una cena ligera para la hija del coronel. Quizá le gustaría acompañarla. Y quizá antes de eso le gustaría tomar un baño y cambiarse de ropa.

Loeser no había conocido a Mildred Gorge, pero cuando más tarde aquella noche fue conducido al comedor, la reconoció enseguida: era la pelirroja que había estado sentada en el público del auditorio Gorge, obligada a asistir, supuso él, por su padre, que no podía ir a su propio teatro por razones obvias. Woodkin los presentó. Él se sentó. Ella apenas reaccionó a su presencia. Y en media hora Loeser había decidido que estaba enamorado.

Como prolegómeno a una explicación de este sorprendente giro de los acontecimientos, se ofrece a continuación una lista parcial de temas tratados aquella noche en la conversación de Loeser con Mildred Gorge, que no consiguieron despertar la más mínima y perceptible cantidad de aprobación o interés en la heredera. Los deliciosos bistecs de atún sellado a la plancha con ensalada de alcachofa preparados por Watatsumi; cualquier cosa cocinada por Watatsumi; cualquier comida que hubiese comido ella; comida en general y también bebida; el tiempo en Los Ángeles; el tiempo en cualquier sitio; el sol en general y también la sombra; la generosa beca de posgrado que la Universidad de Cambridge le había ofrecido a ella para estudiar ciencias de la moral; el aprendizaje en general; la racionalidad en general y también la locura; Gran Bretaña; Europa; el mundo civilizado; viajar en general y también quedarse en casa; la mansión Gorge; la fortuna de su familia; el dinero en general y también cualquier cosa comprada con él; hipotéticos novios; los romances en general; la compañía humana en general y también la soledad; el teatro; el arte en general; su afortunada huida de una explosión que podía haberse llevado su vida y la vida de otros cientos de personas; su supervivencia continuada en general y también su muerte; veleros; cachorros de tigre; narcisos; canela; risa.

Lo cierto era que a ella no le gustaba nada. Y aunque esto casi podría haber sonado como una enfermedad, la verdad era que Mildred Gorge no parecía estar deprimida ni enfermiza ni anclada en la adolescencia: sus opiniones sobre el mundo no derivaban de un estado de ánimo o de un temperamento o de una actitud, sino más bien de una posición evaluadora racional. Nada había que descartara la posibilidad de que en algún punto del futuro, quizá solo en el espacio de unos momentos, pudiese sorprenderse y alegrarse como una niña por alguna idea, acontecimiento, objeto o ser humano, pero daba la casualidad de que, por el momento, todo parecía aburrirla. En otras palabras, aunque se podría suponer que una conversación con Mildred Gorge

hubiera sido como ketamina para los oídos, para Loeser fue todo lo opuesto al agobio. No había nada más atractivo que una chica difícil de impresionar. Y nunca había conocido a una chica más difícil de impresionar que Mildred Gorge. Era la perfecta negación de la ciudad en la que había nacido, un cálculo renal de color perla que había crecido en las entrañas de California, un solo movimiento de su cabeza era bastante para humillar las constantes afirmaciones de un millón de torres petroleras. Pensó en aquel dibujo que había visto en la cámara del tesoro: la lluvia cayendo sobre un anciano tullido y solo en una especie de cantera. Con cinco años y viviendo en Pasadena, eso era lo que ella había dibujado.

Loeser no había sentido tales deseos de casarse con algo en toda su vida.

—Es extraño que no nos hayamos conocido antes —dijo mientras una criada retiraba los platos. Woodkin seguía en la habitación, presumiblemente como carabina, pero Loeser conocía rodapiés que eran mayor obstáculo.

—En realidad no —dijo Mildred—. Desde que salí de Radcliffe he estado quedándome muy a menudo con mi amiga Goneril.

—Perdone, ¿ha dicho Goneril?

—Sí. ¿Por qué? ¿La conoce?

—No, pero mis padres son psiquiatras y una vez tuvieron un paciente que llamó a una de sus hijas Goneril y ahora tendría más o menos su edad y es un nombre tan inusual...

—Tiene una hermana que se llama Regan.

—Sí, ésa es.

—Y llamó a su yate Titanic y a su compañía Grupo Financiero Imperio Romano.

—Para demostrar que era amo de su propio destino. ¿Qué le sucedió?

—El yate se hundió, la compañía quebró y sus hijas lo inhabilitaron por motivos psicológicos.

—Ah.

—Por suerte Goneril tenía un poco de dinero de un tío suyo.

En paralelo a su toma de conciencia de que quería que Mildred Gorge fuese suya, dentro de Loeser bullía ahora otro nuevo conocimiento: que esta ciudad, para él, era su bungalow, el teatro Gorge, su anhelo por Adele, su cheque mensual del Comité de Solidaridad Cultural, las fiestas en casa de los Mutton, la ausencia definitiva de Bertolt Brecht... Pero ahora no podía apoyarse en ninguna de esas cosas. California era un paciente que nunca se había levantado de la mesa de operaciones del doctor Voronoff, que había aceptado un trasplante tras otro hasta que sus extremidades rebosaban de húmedas viñas de toda glándula extranjera imaginable, pero tras cinco años de infiltrar amargos jugos en su nuevo huésped, un xeroinjerto llamado Egon Loeser había sido finalmente rechazado. Y ahora no sabía qué hacer. Salvo que cuando Gorge llamó gritando a Woodkin y Woodkin salió de la habitación por primera vez desde que Loeser se había sentado, supo que tenía que decir algo.

—Tu padre te va a obligar a casarte con Norman Clowne —soltó.

—¿Quién es ése?

—El secretario de la comisión de tráfico de Los Ángeles.

—¿Por qué va a hacer que me case con el secretario de la comisión de tráfico de Los Ángeles?

—Porque le dije que el teletransporte no es real.

—Oh —dijo Mildred, aparentemente satisfecha con aquella explicación—. Yo no quiero casarme con el secretario de la comisión de tráfico de Los Ángeles.

—Yo tampoco quiero que lo hagas —dijo Loeser, envalentonado.

—Supongo que no tengo elección.

—Podrías escaparte. Podrías largarte de Los Ángeles.

—¿E ir adónde? ¿A Cambridge?

Loeser volvió a pensar en *¡Damas! Cómo tirárselas*. «Si ha tenido calenturas por una aterciopelada presa, pero el temporizador llega a su fin, puede que necesite atarse los machos y jugársela directamente con una fuga. Quizá piense que es una apuesta de uno entre un millón, pero en ocasiones la damita queda tan sorprendida que el cerebro le dará una vuelta y ella dirá sí y le besará. Ya ve, así es como la hizo Dios». ¿Podría funcionar eso de verdad? ¿Podría la glándula dar el salto y llevarse al cálculo renal sin que fuera necesaria la anestesia? Claro que si Mildred no estaba por la labor de casarse con Clowne, entonces Clowne no tendría razón para abandonar el proyecto de tranvía de Plumridge y aquello bien podría significar que Blimk perdiera su tienda. Pero era mucho más sencillo ceñirse a tediosas reglas como «No seas un capullo integral con la gente que intenta ser maja contigo» cuando no acababas (prácticamente) de enamorarte. Y si Lavicini pudo matar a veinticinco personas por una mujer, esto tampoco parecía tan malo en comparación. Nunca en su vida había intentado nada como esto, pero ahora sabía que tenía que abandonar Los Ángeles a toda costa. No tenía nada que perder.

—Nueva York —dijo—. Vente conmigo a Nueva York.

Mildred lo contempló un rato y después se encogió de hombros.

—Vale —dijo—. No es que ahora tenga nada mejor que hacer.

Cuarta parte.
Zeitgeisterbahnhöfe (cuatro finales)

8. Venecia, 1691

El gondolero llevaba puesta la máscara de doctor de la peste, con un largo pico blanco, y cuando negó con un movimiento de cabeza la gibosa luna relampagueó en el cristal rojo de los ojos de la máscara.

—Usted no quiere ir a Vignole.

—¿Por qué no? —dijo Sauvage.

—Es bastante agradable si la tarde es templada, pero allí no hay nada. Hace meses que no paso por allí. Le llevaré mejor a Murano. Mucho más placentero. Mucho más que hacer por la noche.

—Tengo negocios en la isla.

—¿Está negociando con un viejo lunático para comprarle un huerto estéril?

—Puede que sí.

—En serio, usted no quiere ir a Vignole. Si no se lo saco ahora de la cabeza, me echará usted la culpa después. Y será en justicia. Es usted francés, ¿verdad? En Venecia cuidamos de nuestros visitantes.

Sauvage, con su sencilla máscara *bauta* dorada que dejaba su boca sin cubrir, sacó dos *zecchini* de oro de su bolsa y los puso en la mano enguantada del gondolero.

—En ese caso, concédame el capricho, por favor.

El gondolero quedó en silencio por un momento y después hizo un gesto a Sauvage para que subiese a la embarcación. Según se internaban en la laguna, Sauvage observó las dos torres de guardia que se alzaban al oeste por encima de las murallas del Arsenal. Desde que llegara a Venecia, a menudo le había parecido que la ciudad no era una isla, sino una gran balsa mal amarrada, que solo se mantenía entera por los puentes, los tendedores y la complacencia de las palomas, siempre dispuesta a soltarse y flotar hacia el sur si en algún momento empezaba a perder interés en el continente.

—¿Por qué lleva esa máscara en concreto? —preguntó Sauvage.

—Las pestes entran a Venecia por el mar —dijo el gondolero—. Ahora hace tiempo que no, pero ya volverán. Los de las embarcaciones vivimos en el reino de la peste igual que cualquier doctor. —Remaba deprisa, pero no había rastro de esfuerzo en su voz—. Además, a mi sobrino le encanta.

Cuando llegaron a la otra orilla, un lobo allí sentado los observaba como algo cristalizado en un alambique salido del reflejo de la luz de la luna sobre la superficie del agua. Por un momento la belleza de aquello hizo que el espinazo de Sauvage resonara como un xilófono, pero después el gondolero golpeó varias veces con su remo contra el costado de la góndola y el lobo se levantó y se alejó trotando sin prisa

sobre sus patas larguiruchas.

—¿Me esperará aquí? —preguntó Sauvage cuando toparon contra el pequeño muelle.

—Será mejor que vaya con usted. No sabemos si puede haber toda una manada por aquí cerca.

—Nunca he oído que los lobos atacaran a un ser humano en Venecia.

—Por allí no —dijo el gondolero, orientando su pulgar en dirección al Arsenal—. Pero en Vignole no consiguen tantos desperdicios.

Así que Sauvage esperó mientras el gondolero amarraba su barca y luego caminaron los dos por la orilla hacia una iglesita, a la que solo le quedaba la base del campanario, junto a un soto.

—¿Sabe algo de ese lugar? —dijo Sauvage. Tras una semana en Venecia, le impresionaba el silencio de Vignole por la noche.

—No mucho. Creo que es viejo. Por lo menos de tiempos de Barbarigo. Pero durante la peste que mató a mi bisabuela, el cura de ahí empezó a dejar entrar a los enfermos. En poco tiempo se llenó y luego se murió el cura y después de que se fuera la peste no hubo nadie que quisiera encargarse.

En lugar de seguir derecho a la iglesia, Sauvage subió por la suave colina a su derecha y el gondolero lo siguió. Cuando alcanzaron la cima, Sauvage desdobló una hoja de papel que llevaba guardada en el bolsillo: un decente esbozo a lápiz de la vista desde la colina sobre la que estaban, con el Arsenal a la izquierda y las marismas extendiéndose a la derecha.

—Vine aquí para comprobar algo que no podía confirmar desde la otra orilla. Este dibujo lo hizo hace quince años un siamés que llegó a Venecia para aprender a pintar. La iglesia debería estar aquí en primer término, cerca de los árboles. Pero no está.

—A lo mejor se le olvidó. En el fondo los orientales son unos impíos.

—En realidad era cristiano y nunca se le olvidaba nada. Se lo pregunté.

—¿Lo conoció?

—Sí. Aún está en Venecia. Esto se lo compré a él y me hizo un regalo con ello. — Sauvage cogió un saquito de tela que llevaba al cinto y le mostró su contenido al gondolero.

—¿Qué es eso?

—¿Qué parecen?

—Frambuesas acorazadas.

—Se llaman lichis. Vienen del Siam.

—¿Y cómo hicieron todo el camino hasta Venecia?

—No lo sé. —Sauvage comió uno, luego peló otros tres y los dejó caer en la hierba—. Quizá los encuentren los lobos y les sirvan como parte de esos desperdicios que no consiguen. —Le entristecía pensar que en un centenar de años no quedarían ya animales salvajes en las ciudades.

Bajaron de la colina hacia la iglesia. Alrededor de la corteza de los árboles de

Judas brotaban flores rosas, como si sus troncos estuviesen a reventar.

—¿Por qué le interesa tanto esta iglesia? —preguntó el gondolero.

—Usted dijo que fue, ¡upa!, abandonada hace sesenta años —dijo Sauvage, a punto de tropezar con una enredadera muerta—. Y eso es lo que parece. Pero hace quince años no estaba aquí. ¿No cree que es interesante?

Según se acercaban, podían ver que no solo se había derrumbado el campanario, sino también la fachada frontal de la iglesia, dejando toda la estructura abierta como el toldo de un carromato. Dentro, no había más que bancos podridos de camino al altar y una vidriera en el extremo opuesto que no confiaba ninguno de sus colores a la luz de la luna.

—¿Alguna vez ha visto a alguien entrar o salir de esta iglesia? —preguntó Sauvage.

—Ya se lo dije, no acostumbro a venir a Vignole. Pero le puedo asegurar que nadie usa este lugar.

—¿Cómo puede estar seguro?

El gondolero señaló.

—Murciélagos. —En efecto, Sauvage pudo ver las siluetas de docenas de aquellas pequeñas criaturas colgadas cabeza abajo de las vigas, unas pocas agitándose o meciéndose en la penumbra. Bajo sus pies, la piedra tenía una costra de excremento seco—. A las ratas no les molesta la gente. Ni tampoco a los gatos o a los pájaros o a las arañas. Pero los murciélagos no soportan que los incordien con demasiada frecuencia.

—Vamos a ver si está en lo cierto —dijo Sauvage, internándose más en la iglesia. Habló más alto de lo habitual, intentando medir el eco.

—No deberíamos estar aquí. Mucha gente murió aquí mismo, donde estamos pisando.

—No me asustan los fantasmas.

—Deberíamos volver a la barca.

—Volveremos si me equivoco.

—Dé la vuelta.

—Todavía no.

—Te digo que des la vuelta, francés.

—¿O qué? —dijo Sauvage—. ¿Me picotearás con tu pico hasta matarme?

Sauvage quedó después tendido boca abajo sobre el suelo, con el gondolero arrodillado sobre su espalda y un filo de algún tipo apretado contra un costado de su cuello.

—Te envié De Gorge, ¿no es así? —gritó el gondolero.

—¡No! ¡De Gorge es mi enemigo!

—¿Cuántos otros tiene en Venecia? Dímelo o te mato.

—Mi nombre es Bernard Sauvage, hijo de Nicolas Sauvage.

—Creo que te voy a matar de todos modos.

Pero en aquel momento el propio aire pareció moverse a mayor velocidad de lo que Sauvage podía seguir, como si un tahúr estuviese preparando un engañoso juego de *bonneteau* y al mismo tiempo hubiese un sonido de engranajes girando y poleas corriendo, y después había una entrada delante de él donde antes solo había oscuridad y espacio vacío. De haber tenido la oportunidad de inhalar en aquel momento, que no la tenía, Sauvage habría quedado sin aliento de todas maneras.

—Suéltalo, Melchiorre.

La orden no fue mucho más que un graznido. Pero el gondolero hizo lo que le decía. Sauvage se puso en pie, frotándose un hombro dolorido. Probablemente, pensaba, fuese aquella *bauta* barata lo que le había salvado de romperse la nariz cuando le habían empujado desde atrás.

La estancia más allá de la entrada estaba iluminada por lámparas de aceite y era mucho más grande de lo que por derecho le correspondía. En el centro de la estancia había una cama y en la cama yacía un hombre enmascarado. La estructura de madera de la cama tenía unas bisagras en la mitad para que el hombre pudiese estar sentado, y había una mesa de dibujo suspendida en ángulo de una complicada especie de grúa esquelética delante del hombre para que pudiese trabajar sin cambiar de posición. En los extremos de la habitación había bancos de trabajo atestados de herramientas y pinceles y pintura y cordel y tela y metal.

—Entra, muchacho y siéntate —dijo el hombre de la cama, señalándole una banqueta. Al entrar en la estancia, Sauvage levantó instintivamente la mano para quitarse la *bauta* por respeto, pero el hombre lo detuvo—. No, déjate la máscara puesta —pidió—. Es Carnaval. Yo pretendo morir con la mía puesta.

—El Théâtre des Encornets —dijo Sauvage en voz baja mientras se acercaba.

—¿Lo reconoces?

—Por supuesto. Viví en París hasta el año en que fue destruido.

La máscara del hombre era una réplica dorada de la gran fachada del teatro de la ópera tal como era hasta 1679. La densidad de detalles era asombrosa, cien veces más exquisita que cualquier casa de muñecas o adorno arquitectónico que Sauvage hubiese visto nunca, de forma que se podía ver cada pezón de cada desnudo de cada friso de mármol; y aun así la máscara no era demasiado mimética, porque la fachada había sido artísticamente distorsionada para insinuar la forma de un rostro humano, pero el rostro de un hombre que había visitado varias veces el hogar de la infancia de Sauvage en París antes de la muerte de su padre.

—¿Fue difícil encontrarme? —preguntó Lavicini.

—Muy difícil —respondió Sauvage.

—Ahora ya conoces las profundidades a las que he venido a esconderme. Aun así, ¿no te preocupaste de a quién traías contigo?

Sauvage miró a Melchiorre.

—Me dijo que no había estado en Vignole en unos meses. Pero saltó a aquella tabla suelta del muelle sin mirar siquiera. Sabía que estaba mintiendo.

—Sí, Melchiorre ha sido muy leal.

—¿Cuándo construyó usted este lugar?

—Hace once años. Un par de temporadas después de irme de París.

—¿Por qué construir una iglesia falsa? ¿Por qué no una casita de campo falsa? ¿Un granero falso?

—Ya nadie mira una capilla y se pregunta qué oculta.

—¿Y los murciélagos?

—Melchiorre, muéstrale un murciélago —dijo Lavicini. Obediente, el gondolero recogió un objeto de uno de los bancos de trabajo y luego volvió para enseñárselo a Sauvage. El murciélago tenía esqueleto de hierro y alas de terciopelo negro, pero ni cara ni patas—. Cuelgan de un bastidor, y después de que Melchiorre hinche el fuelle, se mueven en sueños toda la noche.

—¿Y aquel lobo?

—Los lobos son reales. —Lavicini tosió como si sus pulmones estuviesen rebosantes de sebo caliente y Sauvage se alegró de su máscara porque no pudo evitar hacer una mueca—. ¿Es de conocimiento general que estoy vivo?

—De Gorge lo sabe, desde luego, pero no muchos más. Me costó mucho tiempo asegurarme.

—Sí. Nadie tenía que haberse enterado nunca. Pero después de que todo saliese mal, empecé a descuidarme. No me molestaba en tomar todas las precauciones que había planeado.

—¿A qué se refiere con que «todo saliese mal»?

—¿Aún no dedujiste lo que pasó en el Théâtre des Encornets?

—Sé la mayor parte, creo. Sé que usted lo planeó todo. Pero hay una cosa que nunca he sido capaz de entender.

—¿Qué?

Sauvage vaciló.

—Usted era amigo de mi padre. Él le creía un buen hombre. No puedo creer que haya dejado morir así a dos decenas de hombres y mujeres. No tiene sentido.

—No dejé morir a dos docenas de hombres y mujeres.

—Yo vi cómo sacaban los cuerpos la mañana siguiente.

—Has visto mis murciélagos y ¿aún te crees eso?

—Entonces, ¿no murió nadie aquella noche? —preguntó Sauvage.

El otro hombre movió la cabeza.

—Tampoco eso es demasiado correcto.

El acento circunflejo de la luz de las velas reflejadas en la gota de sirope de almendra que rezumaba morosa bajando por la pálida masa del buñuelo en la cremosa cima de la *croquebouche* de chocolate que fue servida una noche de verano de 1677 en la pastelería perteneciente al único chef pastelero parisino auténtico que había en Venecia: eso había sido Lavicini mientras se sentaba frente al noveno de los acaudalados emisarios de De Gorge en visitarlo desde que había dejado su trabajo en

el Arsenal para convertirse en diseñador para la ópera. También él, atrapado en aquella gota de sirope, dispuesto, si el gordo francés la lamía, a ser lamido con ella. Todas las ofertas previas de De Gorge las había rechazado de plano. No quería trabajar para un monstruo como aquél. Pero el día posterior a Pentecostés la única mujer a la que Lavicini había amado de verdad le había contado que Dios quería que ella volviese con su marido. Su amigo Foscolo, el dramaturgo, se había ahogado en la laguna el año anterior cuando una cortesana le había roto el corazón, pero Lavicini no estaba pensando seriamente en el suicidio. De todos modos, no podía soportar seguir viviendo en la misma ciudad que su Absentita, la estrella que había vuelto amargas las aguas. Ya no le preocupaba dónde estaba o qué tenía que hacer, siempre y cuando nunca más tuviese que preocuparse de verla por accidente al cruzar deprisa el puente del Rialto. Así que esperó a que el francés que tenía delante diese el primer bocado a su *croquembouche* y entonces anunció que esta vez estaba dispuesto a aceptar el trabajo de De Gorge. El lacayo soltó una risotada triunfante, salpicando de motas de nata toda la mesa y pidió brandy a voces. Dos semanas después, sin estar aún siquiera sobrio, Lavicini llegó a París.

Había estado casi un año en el Théâtre des Encornets antes de que su Absentita le escribiera. Le decía que había estado discutiendo con Dios día y noche desde que él se fuera. Y Dios sencillamente no daba marcha atrás. Seguía queriendo que ella fuese fiel. Pero a ella ya no le preocupaba tanto lo que Dios quisiera. Dios podía esperar. Si Lavicini volviese a Venecia y la perdonase por su indecisión, podrían volver a estar juntos.

Estuvo a punto de saltar a un caballo allí y en aquel momento. Pero le quedaban nueve años más de contrato y sabía que De Gorge defendía sus contratos como otros hombres defendían a sus hijas vírgenes. Podría andar a la fuga un par de semanas, pero al final sería capturado, apaleado y devuelto a París. La única manera de librarse del contrato era la muerte.

Y fue en torno a esa época cuando su amigo Villayer desapareció. Lavicini comprendió sin tardanza que Luis había ordenado el asesinato, pero hasta unas pocas semanas después no descubrió que había sido su propio empleador quien en realidad había pagado al asesino. Con frecuencia había en París negocios con los que Luis no quería ensuciar sus suaves manos, ni siquiera desde la distancia segura de Versalles, así que de vez en cuando De Gorge era convocado para hacer arreglos en su nombre y a cambio Luis seguía asistiendo al Théâtre des Encornets, asegurando así que continuara siendo el sitio más a la moda de la capital. Lavicini quería vengar a su amigo, pero hombres mucho más formidables que él se habían enfrentado a De Gorge y habían acabado cenándose sus propias narices y orejas. Además, él no era dado a la violencia. En vez de eso, decidió que tendría que encontrar un modo de escenificar su propia muerte que no solo embaucara del todo a De Gorge, sino que también destruyera del todo el sustento de De Gorge. Y unos meses después, cuando Nicolas Sauvage murió en las mismas circunstancias que Villayer, aquello redobló su

determinación.

La noche del estreno de *El príncipe lagarto*, veinticinco autómatas disfrazados se movían en sus asientos de los palcos privados. Lavicini se había visto obligado a comprar entradas a precio completo para todos bajo nombres falsos. Muchos años antes, cuando Luis XIV era aún un niño, un fabricante de juguetes llamado Camus había diseñado para él, según se cuenta, un pequeño carruaje con sus caballos mecánicos, su cochero mecánico, su paje mecánico y una pasajera mecánica, pero las creaciones de Lavicini eran tan avanzadas que él no creía que ni siquiera los expertos ojos del Rey Sol fueran capaces de reconocer lo que de verdad eran. Escondidos en el techo por encima de los autómatas, metidos en cajas junto con dos toneladas de hielo picado, estaban los veinticinco cadáveres que Lavicini había comprado a un portero de una escuela de anatomía en quiebra, explicándole que él era un tapicero que había recibido un inusual encargo de un aristócrata inglés. Y en sus sitios repartidos por todo el Théâtre des Encornets estaban los artilugios que se requerirían para dar la apariencia de que era el mismísimo diablo quien había destruido parte del Théâtre des Encornets al ir a cobrarse el alma de Adriano Lavicini, el hechicero de Venecia, mientras no dejaba rastro identificable de los autómatas.

Hacia el final del segundo acto, Lavicini asomó la cabeza apresurado en todos los cuartos entre bastidores para asegurarse de que estaban vacíos y luego se escabulló del teatro por una puerta lateral. Cierta intuición supersticiosa le impidió volverse a mirar cuando un apocalíptico retumbar se alzó dentro del edificio que tenía detrás. En cambio, se apresuró en dirección al convento de las Filles du Calvaire, frente al cual había un frío cuarto desocupado encima de una carnicería donde pretendía pasar su última noche en París.

Así, no fue hasta la mañana siguiente, al regresar disfrazado a las ruinas del Théâtre des Encornets, cuando oyó hablar sobre la bailarina muerta. Se movió entre la muchedumbre de curiosos, escuchando las conversaciones, por la necesidad de asegurarse de que no se sospechaba la verdad. Y lo cierto era que nadie sabía que Lavicini seguía aún con vida. Pero todos sabían que una bailarina llamada Marguerite había muerto. Tuvo que deambular un buen rato antes de poder completar la historia: ella se había desmayado nada más ver el mecanismo extraordinario y la habían llevado al camerino y la habían acostado en un diván, donde aún seguía tendida cuando el teatro de la ópera se derrumbó. Lavicini recordó entonces que el diván no estaba a la vista desde la puerta de aquel camerino. Por eso no la había visto en su inspección final entre bastidores. Nunca había hablado con Marguerite, pero recordaba su rostro, porque Montand siempre parecía prestarle una atención especial durante los ensayos.

Lavicini supo entonces que nunca más podría volver a ver a su Absentita. Había planeado vivir con ella en Venecia con un nombre falso hasta que muriese su marido y después huirían a algún lugar exótico donde nadie hubiese oído nunca el nombre de Lavicini. Pero ahora, si regresaba junto a ella, tendría que confesar que una chica

había muerto para ayudar a unirlos de nuevo, como sacrificada a su amor, delegada en el suicidio que Lavicini no había tenido convicción para cometer. El adulterio era una cosa, pero la culpa de ser parte de un asesinato haría perder el juicio a su Absentita. Ella no podía enterarse nunca. Pero él no podría ocultar la verdad si estaba con ella. Decidió que sería mejor si, como el resto del mundo, ella nunca se enteraba de que había sobrevivido a la destrucción del Théâtre des Encornets.

Sin embargo, regresó a Venecia. Si no podía tener a su Absentita, tendría por lo menos su hogar. En Vignole podía vivir su penitencia en una suerte de exilio, aún a la vista del Arsenal, donde había trabajado siendo un hombre más joven, más feliz. Y durante los meses de Carnaval podría vagar por la ciudad, como Hefestos retornado al Olimpo, con las máscaras que él mismo fabricaba y pintaba como diminutas escenografías durante el resto del año. Incluso si se abría camino al lado de su Absentita diez veces en un día, daría igual, porque nunca habría tenido que saber que era ella.

—¿Todo el camino de ida a París y todo el camino de vuelta por una mujer? —preguntó Sauvage cuando Lavicini terminó su relato.

—Por dos mujeres, en verdad. —Lavicini volvió a toser durante un buen rato—. ¿Por qué has venido aquí?

Sauvage hizo acopio de valor.

—He escrito una obra —dijo— y quiero que usted diseñe el escenario. Tuve que buscarle porque nadie más puede hacerlo.

—Tengo muchos sucesores de talento en París.

—No. La obra tiene lugar dos siglos y medio en el futuro. No creo que haya otro hombre con vida que pueda hacer que parezca real. Trata de un joven cuyos amigos están a punto de ser asesinados por un tirano igual que el Rey Sol. Pero en lugar de intentar salvarlos, él huye a una colonia en el Nuevo Mundo.

—¿Qué le sucede allí?

—Conoce a un hombre, que se ha hecho muy rico con la venta de almohazas, que lo envía en busca de un inventor que está intentando construir un mecanismo extraordinario para el transporte casi instantáneo de personas de un lugar a otro. Pero no es un dispositivo fingido como el suyo, es uno real. Una especie de milagro reproducible. El héroe encuentra al inventor, pero también encuentra a un agente del Imperio otomano que quiere llevarse al inventor de vuelta a Constantinopla.

—¿Consigue su propósito el agente?

—No lo he decidido aún. Lo importante es que el héroe llega a darse cuenta de su cobardía y vuelve a la tierra que lo vio nacer para derrocar al tirano. Pero es demasiado tarde para salvar a sus amigos.

—De Gorge siempre solía decirme que el héroe de una obra de éxito tenía que ser un hombre a quien el público invitaría a su casa a cenar de mil amores. De lo contrario nadie va a querer aguantar sentado todo el asunto. Tu «héroe», que abandona a sus amigos a la muerte, no me parece ese tipo de hombre.

—De Gorge no sabe más que un macarra de baja estofa.

—Un macarra de baja estofa muy astuto.

—La idea es que el héroe cambia su corazón. Se redime por su rebelión. Sin eso, la historia no tiene significado.

—Y entiendo que esperas alentar el mismo tipo de pensamiento en tu público.

—Luis mató a mi padre. No sé de qué otra forma tomarme la revancha. Yo no soy Cromwell. Soy un dramaturgo.

Lavicini meneó la cabeza.

—Lo siento, Bernard, pero no puedo diseñar tu escenografía. Estoy demasiado enfermo. Antes de que salgan más de dos lunas, voy a morir aquí, dentro del Théâtre des Encornets, justo como se suponía que tenía que hacer la primera vez. Tuviste suerte al encontrarme aún templado. Agradezco tu visita, pero me temo que te irás con las manos vacías. Cambia tu máscara con Melchiorre antes de irte. Si te han seguido, eso provocará algo de confusión.

—Desde luego que no me iré con las manos vacías.

—Si quieres el murciélago autómatas, puedes quedártelo.

—No —dijo Sauvage—. Me iré con su historia. Me ha contado una parte, pero quiero el resto, la totalidad, desde el principio. La escribiré y luego, después de que esté usted muerto, la publicaré y no se perderá. Ya sabe que mi padre quería escribir la historia de su vida. Pero nunca tuvo una oportunidad antes de morir.

—No voy a pretender que no me queda orgullo en este cuerpo lánguido, pero ¿estás bien seguro? —dijo Lavicini, divertido—. Hay mucho que contar.

—Por supuesto.

—Muy bien. Espero que no llegues a arrepentirte de la idea con el lento arrastrarse de las horas. Melchiorre, ¿serías tan amable de traerle a nuestro invitado papel, tinta y una pluma, y a mí un poco de agua? —El gondolero así lo hizo. Lavicini bebió y después se recostó en su almohada—. ¿Preparado, Bernard?

—Sí.

—Pues, entonces: nací en París en el año de gracia de 1648...

9. Washington D. C., 1947

PRESIDENTE: Llamo al orden al Comité. El siguiente testigo será Egon Loeser.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Cuándo y en qué país nació usted, señor Loeser?

SEÑOR LOESER: Nací en Berlín, Alemania, en 1907.

INVESTIGADOR EN JEFE: Y comparece usted ante el Comité en respuesta a una citación que se le entregó el martes 23 de septiembre, ¿es correcto?

SEÑOR LOESER: Sí.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Es usted ciudadano de Estados Unidos?

SEÑOR LOESER: No, no soy ciudadano. Por el momento solo tengo mis primeros documentos.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Cuándo adquirió sus primeros documentos?

SEÑOR LOESER: En 1935, cuando las olas me arrastraron a la orilla de este país.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Dónde vive ahora?

SEÑOR LOESER: En la ciudad de Nueva York con mi mujer.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿En qué dirección?

SEÑOR LOESER: En la calle West 73, número 36, cerca de Central Park. ¿Debo esperar una felicitación por Navidad?

INVESTIGADOR EN JEFE: Señor Loeser, ¿es usted ahora o ha sido alguna vez miembro del Partido Comunista?

SEÑOR LOESER: No. Pero tengo una pequeña declaración que me gustaría hacer.

PRESIDENTE: Señor Loeser, puede leer su declaración después de testificar.

SEÑOR LOESER: Me gustaría leerla ahora.

PRESIDENTE: Solo después de que haya terminado con las preguntas y las respuestas.

SEÑOR LOESER: Ya he dicho que no soy comunista. Nunca he tenido ninguna afiliación política. ¿Qué más hay que decir?

INVESTIGADOR EN JEFE: Señor Loeser, ha sido citado ante el Comité como testigo porque estamos investigando la naturaleza de la asociación desde el año 1934 hasta 1940 entre cierto agente soviético activo en Los Ángeles y el novelista y guionista Stenton Mutton, quien testificará mañana. ¿Es

correcto decir que tiene usted cierto conocimiento especial de tal asociación?

SEÑOR LOESER: La mayor parte del tiempo no tengo ni idea de lo que está pasando.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Pero conocía usted a ambas partes?

SEÑOR LOESER: Sí, conocía a Drabsfarben y conocía a Mutton. Bueno, aún conozco a Mutton.

PRESIDENTE: Discúlpeme, señor Loeser, pero ¿qué está haciendo?

SEÑOR LOESER: ¿Qué le parece que estoy haciendo?

PRESIDENTE: Parece que se ha quitado la corbata y está dándole vueltas por encima de su cabeza como las boleadoras de un gaucho.

SEÑOR LOESER: Sí. Quería ver si quedaría reflejado en la transcripción.

PRESIDENTE: ¿A qué se refiere?

SEÑOR LOESER: Lo extraño de una transcripción como ésta es que no contiene acotaciones de escena. Podría matarlo a usted a golpes con su propio martillo y la estenógrafa ni siquiera sería capaz de insinuar que eso ha ocurrido a menos que alguien se levante y diga: «Que conste en acta que el señor Loeser ha matado a golpes al presidente con su propio martillo».

PRESIDENTE: ¿Está profiriendo amenazas contra la vida de un funcionario congresual, señor Loeser?

SEÑOR LOESER: Solo estaba expresando un punto de vista teórico.

PRESIDENTE: Por favor, deje su corbata. ¿Debo recordarle que está usted ante un Comité del Congreso designado por ley?

SEÑOR LOESER: Pues no creo estar delante de nada parecido. No creo que yo esté en absoluto. Creo que estoy dormido en una cama del hotel Shoreham a unos cinco kilómetros del Capitolio.

PRESIDENTE: ¿Cómo podría justificar tal aseveración, señor Loeser?

Señor Loeser: Porque no recuerdo haber venido aquí. Todo lo que recuerdo es estar haciendo el amor con mi mujer un poco después de que la alarma del reloj nos despertara.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿En qué postura?

SEÑOR LOESER: Yo estaba encima de ella, con mi brazo derecho doblado bajo su rodilla izquierda para mantener su muslo levantado contra su estómago.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Y por qué no con los dos brazos debajo de sus dos rodillas?

SEÑOR LOESER: Eso es un montón de trabajo. Tengo cuarenta años. ¿Puedo continuar?

INVESTIGADOR EN JEFE: Por favor.

SEÑOR LOESER: Eyaculé, me retiré, giré sobre el costado, la besé en la nuca y cerré los ojos. Después, antes de que ella fuese al aseo a quitarse su pequeño casquete uterino de goma, me sacudió el hombro y dijo: «Egon, mejor que no te quedes frito otra vez, que ya son las nueve y tienes que estar en la otra punta de la ciudad dentro de una hora». Yo refunfuñé de total y sincero acuerdo. Después me quedé frito otra vez. Creo que aún debo de estar soñando.

PRESIDENTE: ¿A usted le parece esto un sueño?

SEÑOR LOESER: En realidad no. Pero eso no demuestra nada. Schopenhauer diría que todos tenemos un caso de agnosia ontológica crónica. «La vida y los sueños son páginas de un único y mismo libro». Nuestros sentidos nos dan destellos y zumbidos y cosquilleos y confundimos esas representaciones con objetos reales y experiencias reales, incluso aunque cada borrosa mañana nos recuerde que no podemos separar los sueños de la vida hasta que nos despertamos. La verdad es que ninguno de nosotros está un ápice más cuerdo que el coronel Gorge. Detesto a Brecht...

PRESIDENTE: El señor Brecht tiene programada su comparecencia ante este Comité en un par de semanas, así que, por favor, cíñase a un lenguaje respetuoso.

SEÑOR LOESER:... pero no puedo evitar admirar la forma en que hace imposible que el público olvide que solo está viendo a actores sobre un escenario. En el teatro desarrollamos una forma temporal y especial de agnosia ontológica y Brecht nos inyecta la cura contra nuestro deseo. Pero ¿quién puede darnos la misma inyección en dosis doblada cuando estamos fuera del teatro y caminamos por Broadway? Nadie lee ya a los filósofos.

INVESTIGADOR EN JEFE: Entonces, ¿lo que está afirmando, señor Loeser, es que la historia es una pesadilla de la que está usted intentando despertar?

SEÑOR LOESER: No. La historia es un despertador que quiero tirar por la ventana. ¿Puedo hacer mi declaración ahora?

INVESTIGADOR EN JEFE: Aún no. ¿Por qué vino a Estados Unidos?

SEÑOR LOESER: Por el bien de mi salud. Si hubiese caído muerto antes de dejar

Berlín, los doctores me habrían extirpado el bazo y lo habrían sostenido para que fuese fotografiado y habrían dicho: «¿Ve esas manchas aquí y aquí, el color y la textura de comida para perros podrida? El paciente solo tenía veintiséis años y aun así normalmente no esperaríamos encontrar tal acumulación tóxica de amargura y envidia en un hombre de menos de sesenta años». Eso y los ojos de Adele.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Qué dirá si se le hace la misma pregunta de nuevo un poco más tarde?

SEÑOR LOESER: No tengo ni idea. Por cierto, ¿estamos hablando en alemán o en inglés? No estoy seguro, lo que realmente implica que esto podría ser un sueño. Ustedes dos parecen estar a punto de admitirlo.

PRESIDENTE: Basta ya de ese tipo de charla, por favor.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Cuál es su profesión?

SEÑOR LOESER: No tengo ninguna. En el pasado fui escenógrafo.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Por qué abandonó?

SEÑOR LOESER: Después de leer el libro de Lavicini, ya no parecía tener ningún sentido. Él ya lo había hecho todo. Ese hombre fue quizá el segundo escenógrafo profesional de todos los tiempos, después de Torelli, y anticipó casi todos los avances de la historia de la escenografía. Hoy solo recordamos sus máquinas prestidigitadoras, pero no fue solo un técnico. Fue un vanguardista.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿De verdad ha adoptado usted como «modelo de conducta» a un hombre que abandonó la ciudad de su nacimiento y de todo su temprano éxito por una ruptura? No una muerte, ni siquiera un divorcio, sino una ruptura. ¿Es eso racional?

SEÑOR LOESER: Profundamente racional, sí. Estoy lleno de admiración hacia cualquiera que tenga semejante fuerza de carácter. A veces, cuando hay una mofeta muerta en tu tejado solo te queda declarar siniestro total el resto de la casa.

INVESTIGADOR EN JEFE: Si ya no es usted escenógrafo, ¿cómo se mantienen usted y su esposa?

SEÑOR LOESER: Durante la mayor parte de la guerra no tuvimos un centavo. El padre de Mildred le quitó su herencia cuando nos fuimos. Pero después un juez lo declaró, con efecto retroactivo, inhabilitado psicológicamente para redactar un testamento.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Por qué ocurrió eso?

SEÑOR LOESER: La agnosia ontológica de Gorge, que ya mencioné antes, se ha desarrollado hasta su inevitable estadio final. Ahora, le basta con oír una palabra dicha en voz alta y verá ante él cualquier cosa que la palabra represente. Es como si su enfermedad se hubiese vuelto tan extraña que diese toda la vuelta alrededor para volver a ser aburrida; apenas puedes distinguirlo de cualquier otro viejo delirante. Ni siquiera Woodkin puede hablarle más que en puras abstracciones, como la mala poesía trascendental. Mildred vuelve a Pasadena de vez en cuando para verlo.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Se reconciliaron?

SEÑOR LOESER: Sí. Él dice que solo cambió su testamento porque quería que ella volviera y que la ha perdonado por marcharse. Pero a mí todavía me llama Krauto. «Mi yerno, Krauto».

INVESTIGADOR EN JEFE: Ahora, por favor, relate las circunstancias en que recibió su citación.

SEÑOR LOESER: Estaba cenando con mi esposa y llamó a la puerta un hombre que se describió a sí mismo como suboficial de Estados Unidos. Quería darme un documento de algún tipo. No le di propina. Mi esposa y yo nos sentamos y yo le pasé el documento a ella y le pedí que me lo leyera.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿No podía leerlo usted mismo?

SEÑOR LOESER: Estaba disfrutando de mi bistec. Pero entonces ella dijo algo sobre el Congreso, algo sobre actividades antiamericanas y algo sobre ir a Washington a testificar, así que solté los cubiertos y le arranqué el documento de las manos.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Por qué se alarmó tanto?

SEÑOR LOESER: Durante unas semanas he tenido correspondencia con una bibliotecaria de la Biblioteca del Congreso acerca de su ejemplar de *Medianoche en la escuela de enfermería*. Me hacía pasar por investigador de la Universidad de Columbia, pero mi intención real era viajar a Washington, colarme osadamente en la biblioteca después de anochecer y robar el libro. Cuando llegó la citación, mi primera suposición fue que habían descubierto mi plan, de alguna forma que yo ni siquiera podía imaginar, porque evidentemente no había contado una palabra a nadie, y que me llamaban a juicio. No sabía qué hacer. Me quedé mirando la citación en silencio. (Nunca he conocido a nadie que esté más a gusto que Mildred con los silencios largos y sin explicación).

Al final mi esposa terminó de comer y encendió un cigarrillo. «Tenemos que ir a Washington», solté yo con un *glissando* adolescente.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Cuál fue su respuesta?

SEÑOR LOESER: Puso los ojos en blanco y al mismo tiempo soltó el humo de su cigarrillo por la comisura de la boca como si todo su rostro se elevara hacia la derecha. Esto solo ocurre una vez cada tantas semanas debido a la respectivas periodicidades de las dos acciones y a mí me parece de una soberbia hermosura.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Más hermoso que su sonrisa?

SEÑOR LOESER: Sí. De todas maneras, ella sonríe muy raras veces.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Más hermoso que su risa?

SEÑOR LOESER: Sí. De todas maneras, ella ríe muy muy raras veces. A menos que esté leyendo *Krazy Kat*.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Qué es *Krazy Kat*?

PRESIDENTE: Creo que es una historieta de un periódico.

Señor Loeser: De George Herriman, sí. El año pasado, en Navidad, por recomendación del librero Wallace Blink, le compré una antología de ciento noventa y dos páginas de *Krazy Kat* publicada en Nueva York por Henry Holt y Compañía con una introducción de E. E. Cummings. Nunca he entendido qué es lo que tiene de chistoso, pero muchas veces llego a casa y la encuentro tirada en un sofá con el libro en el regazo, moqueando y despeinada y ruborizada como alguien a quien acabaran de informar de la muerte de un familiar cercano.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿No le hace sentir celos de Herriman?

SEÑOR LOESER: Un poco, pero él murió en 1944. Y nunca, por lo que yo sé, le provocó un orgasmo a mi mujer.

INVESTIGADOR EN JEFE: Volviendo al tema que nos trae aquí, ¿durante cuánto tiempo estuvo usted confundido con respecto a la naturaleza de la citación?

SEÑOR LOESER: Todo el camino hasta Washington. A decir verdad, aún me sentía aplastado como una cucaracha ayer por la tarde, cuando salí del hotel para comprarle unas medias a mi esposa, que había olvidado traer un par de repuesto. Iba caminando por la calle Calvert cuando vi a alguien que tardé un momento en reconocer. No lo había visto en cerca de quince años. Era Hans Heijenoort, el compinche de Ziesel en Berlín. Nos dimos la mano y entramos a sentarnos en una cafetería.

»—¿Cuándo dejaste Alemania? —le pregunté nada más llegar mi chocolate caliente.

»—Al terminar la guerra —dijo Heijenhoort. Tiene rasgos fuertes, casi heroicos, pero su rostro es al mismo tiempo demasiado largo y, en la base, demasiado ancho, así que solo resulta casualmente apuesto cuando inclina la cabeza y sus proporciones trapezoidales se ven acortadas por la perspectiva, como en una parábola sobre la humildad.

»—¿Y vives en Washington? —dije.

»—No, vivo en Nuevo México. Estoy aquí por unas reuniones. ¿Todavía mantienes el contacto con alguien de la vieja panda de la universidad?

»Empezamos a repasarlos uno por uno, como hace la gente en estas situaciones.

»—¿Te enteraste de lo que le pasó a Ziesel? —le pregunté.

»—Sí. Terrible.

»—Yo estaba justo allí en la sala. ¿Y de Klugweil?

»—Sí, oí eso también —dijo Heijenhoort.

»—¡Yo no! ¿Qué le pasó?

»—Oh, es una historia bien interesante. Fue reclutado a la fuerza por la Wehrmacht y terminó trabajando para una unidad de propaganda del ejército en París. Al parecer nadie sabe todos los detalles, pero de algún modo allí, se vio involucrado en la Resistencia... por algo que ver con una chica. Y se convirtió en un traidor muy entusiasta. Pasaba información, por ejemplo, sobre dónde se suponía que iban a ser las siguientes avanzadillas de seguridad. Bien, pues un día se dio cuenta de que su oficial al mando había empezado a sospechar de él y huyó. La Resistencia lo escondió en una granja justo a las afueras de París y a la mañana siguiente iban a intentar sacarlo de Francia a hurtadillas. Pero esa misma noche las SS fueron a la granja; puede que la Resistencia tuviese su propio traidor. Le dieron una paliza, lo ataron a una silla y después prendieron fuego a la granja con queroseno. Le dijeron que iban a quemarlo vivo.

»—¿Y después? —Decidí que aquél no era un momento solemne para sacar aquella vez que, de un modo inaceptable, Klugweil empezó a acostarse con mi exnovia.

»—Después de que la granja quedara en su mayor parte reducida a cenizas, los hombres de las SS volvieron a entrar para echar un vistazo. Esperaban encontrar el esqueleto ennegrecido de Klugweil. Pero allí no había nada. Se había escapado por una ventana. Varios meses después

apareció en Suiza.

»—¿Qué había pasado?

»—Las SS saben cómo atar bien a un hombre, claro está. Incluso aunque pudieses dislocar tus propios brazos no habrías sido capaz de zafarte de esas cuerdas. Pero Klugweil lo consiguió. Oí que nunca quiso explicar exactamente cómo.

»—¿Y qué hay de Achleitner? —dije.

»—Murió en la Batalla de Berlín.

»—¿Y Blumstein?

»—Dora.

»—¿Quién es ésa?

»—Un campo de trabajos forzados.

»—Oh. —Quedé en silencio un momento. Después dije—: ¿Qué estuviste haciendo durante la guerra?

»—Física. Lo mismo que siempre.

»—¿Aún en la universidad?

»—No.

»—¿Dónde, entonces?

»Heijenhoort levantó su taza de café y después volvió a posarla sin beber un trago.

»—Durante cierto tiempo me asignaron al departamento de artillería.

»—¡No! ¿Trabajaste para la Wehrmacht?

»—Solo fue un accidente de estructura organizativa. Mi trabajo era sobre todo física teórica. No estaba fabricando cohetes bajo tierra con mano de obra esclava, como Von Braun.

»Me recliné en mi asiento, bañado en el calor del deleite.

»—¿Sabes qué, Heijenhoort? Siempre pensé que era antinatural lo indiscriminadamente amable y servicial que eras con todo el mundo, ¡y ahora sé que tenía razón! ¡Apuesto lo que quieras a que eras igual de indiscriminadamente amable y servicial con el Tercer Reich! La naturaleza bondadosa es una aberración, como siempre he dicho. Deberías conocer a mi esposa, podría enseñarte una o dos cosas.

»Heijenhoort se puso en pie y empezó a ponerse la bufanda.

»—No tuve elección, Loeser. Tú no lo entenderías. No estabas allí.

»—Oh, Hans, venga, ¡no te vayas! ¡No te he visto en quince años! —Sabía que no se sentiría tan seguro de sí mismo como para marcharse

después de pedirle que se quedara. Y como era de esperar volvió a sentarse—. ¿Cómo saliste de Alemania? —dije.

»—El último mes de abril de la guerra, fuimos evacuados del laboratorio. Terminamos escondiéndonos en las montañas. Ya no estábamos vigilados, pero temíamos que las SS nos dispararan a todos solo para que nadie se hiciera con nosotros. La siguiente cosa peor habrían sido los rusos. Podrían habernos llevado directamente a Moscú para torturarnos. Los ingleses y los franceses habrían estado bien. Pero fueron los americanos. Nos prepararon unos buenos huevos revueltos. Después nos metieron en barracones un par de semanas y luego en un avión a Boston y luego en un tren a Nuevo México.

»—¿Y ahora trabajas para el Departamento de Estado?

»—Sí.

»Me preguntaba qué diferente me habría resultado Norteamérica también a mí si mis primeros años hubiesen sido organizados al detalle por alguna oficina del Gobierno... y entonces, como una especie de teodicea de juguete, intenté imaginar los desconcertantes objetivos que habría tenido una oficina semejante para organizar mis primeros años allí tal y como habían sido en realidad.

»—¿Cordell Hull te hace leer mucho a H. P. Lovecraft? —dije.

»—¿Quién es H. P. Lovecraft? De todos modos, no, Hull ya no está allí. Renunció hace dos años. Sarcoidosis.

»—¿Y qué es lo que haces para ellos?

»—Lo siento, Loeser, pero estoy seguro de que entenderás que no puedo decir nada sobre el tema.

»—Es de suponer que el mismo tipo de cosas que estabas haciendo para el departamento de artillería —dije—. Por eso eres valioso. Pero ¿qué le importaba al departamento de artillería la física teórica? ¿Tenía algo que ver con la bomba atómica?

»—No.

»—Entonces, ¿qué? ¿Quieres hacer que lo adivine? No vale la pena. Pasé unos pocos años en el CalTech, pero no sé nada sobre los últimos avances. Aparte de fantasmas y robots y aquel tipo que intentaba construir una máquina para hacer puré de anguilas con anguilas eléctricas que sacaba la energía de las propias anguilas eléctricas, lo único que oí entonces fue que... —Me incliné hacia delante—. Oh, Dios mío. Teletransporte. Estabais trabajando en teletransporte, ¿verdad? Los nazis estaban intentando desarrollar el teletransporte como arma de

guerra.

»Esta vez, Heijenhoort me sostuvo la mirada.

»—Sí, Loeser. Es cierto. Y no lo hicimos tan mal. ¿Por qué crees que los soviéticos fingieron que los restos de Hitler fueron quemados y enterrados?

»—Por el Dios de los cielos, ¿me estás diciendo que Hitler se teletransportó a sí mismo fuera del búnker? —grité—. Entonces, ¿aún está vivo? —Hubo miradas de desconcierto desde los reservados cercanos.

»—Sí, Loeser. Ése es el pasmoso secreto que te estoy contando, aquí, en esta cafetería.

»—Ah, ¿estás siendo sarcástico?

»Heijenhoort volvió a levantarse.

»—Lo siento, Loeser, pero tengo que irme.

»—¿Cuándo desarrollaste la capacidad de ser sarcástico?

»—Cosas que pasan en la guerra.

»—Oye, escucha, deben de haberte contado un montón de secretos en Nuevo México, ¿no? —dije.

»—En realidad no. Seguimos siendo alemanes.

»—Pero ¿saben qué le ocurrió a Bailey?

»Heijenhoort asintió mientras dejaba un cuarto de dólar por su café.

»—Pasaron casi un año estudiando su dispositivo después de llevárselo del CalTech.

»—¿Y?

»—Adiós, Loeser. Nos vemos.

»—Vamos, ¡tienes que contármelo! ¿Lo rescató Drabsfarben de la cámara o se teletransportó él por accidente dentro del Pacífico?

»—La respuesta no es lo que piensas.

»—Pero si no te he contado lo que pienso. ¡Heijenhoort, alto! ¡Vuelve!

»Pero se había ido. Y no creo que vuelva a verlo más. Espero que la escenógrafa no tenga mucho problema con la puntuación del diálogo. ¿Puedo leer ahora mi declaración?

PRESIDENTE: Todavía no.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Cuándo descubrió la verdadera naturaleza de su comparecencia en Washington?

SEÑOR LOESER: No fui derecho a la habitación al volver al Shoreham con el par de medias. En vez de hacerlo, fui al bar y me senté allí solo y pedí un whisky. Todo el camino a Washington había estado rezando por algún tipo de aplazamiento milagroso, pero ahora solo quedaban diecisiete horas antes de que tuviese que testificar aquí y no veía de dónde podría llegar. Iba a tener que contarle a Mildred que habían pillado a su marido planeando el robo de un libro llamado *Medianoche en la escuela de enfermería* de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos; que iba a ser humillado delante de la prensa y del público; que probablemente iba a ser deportado. Acababa de terminar mi bebida y estaba pensando en pedir otra cuando Stent Mutton entró en el bar. No lo había visto desde el verano de 1943. Aquel mes de julio hubo la primera gran niebla tóxica en Los Ángeles, lo bastante espesa para humillar al sol, como si Absentita, la mofeta, estuviese muerta y podrida en el tejado del mundo y naturalmente todo el mundo entendió, igual que había hecho yo un par de años atrás, que aquello era un ataque de algún enemigo invisible. No. Solo eran los coches.

»—¡Loeser! —Llevaba un traje blanco con botones de coral—. ¿También se aloja usted aquí? Pensaba que no tenía que verle hasta mañana.

»—¿Mañana? —pregunté.

»—Sí. Voy a testificar en la sala del Comité justo después de usted. Pero eso usted ya lo sabe, claro.

»—¿Para la defensa o para la acusación? —pregunté.

»Él sonrió.

»—Muy gracioso.

»Pero yo estaba muy serio.

»—¿Creen que de alguna manera también estaba usted en el asunto?

»—¿En qué “asunto”?

»—*Medianoche en la escuela de enfermería*. La Biblioteca del Congreso. El robo.

»No les aburriré con la consiguiente resolución del embrollo o el alivio que sentí. Pero enseguida Mutton me estaba explicando que no sería necesario que ocultara ningún hecho cuando testificara hoy sobre su relación con Drabsfarben. Mi narración de los hechos no lo incriminaría a él (ni me incriminaría a mí) en mayor grado.

»—Pero ¿y usted? —dije cuando llegaba su bebida—. ¿Qué va a decirles?

»—Que nunca supe que Drabsfarben era un espía ni tampoco que lo era mi mujer. No pueden demostrar lo contrario. Dolores y yo tuvimos tantas horas de práctica en contar esa mentira en particular que podríamos entrar en alguna especie de conservatorio. Y la prueba final: ¿cómo demonios podríamos haber vivido en aquella casa si hubiésemos tenido algo que ocultar?

»—¿Y cuándo lo descubrió realmente?

»—Loeser, yo sabía que Drabsfarben estaba trabajando para los rusos desde la primera vez que vino a cenar a casa.

»—Eso es imposible. Justo antes de que me marchara de Los Ángeles su esposa me dijo que usted nunca había sospechado siquiera que ella estaba trabajando para el Comintern.

»—Eso esperaba. Nunca le dejé saber que yo lo sabía.

»—Pero ella lo estaba manipulando. Usted tenía que ir a Rusia y escribir todos aquellos artículos sobre lo mucho que los cachorros querían a Stalin.

»—Eso no fue tan difícil. Debe usted comprender que yo tenía elección. O bien era un poco tonto y un poco ciego pero seguía pensando que mi mujer era una diosa perfecta, o bien no era tan tonto ni tan ciego y me daba cuenta de que mi mujer había estado engañándome para mantener satisfecho a Moscú. Mi matrimonio sobrevivió a lo primero, pero nunca podría haber sobrevivido a lo último. Yo a Dolores le habría perdonado todo. Pero no creo que ella se hubiese permitido ser perdonada. Usted ahora está casado, Loeser, ya entiende cómo es. Alguna negociación tácita habrá hecho.

»Sí, puede que lo haya hecho.

»—¿Y estaba preparado para aguantar así siempre? —dije.

»—No. Pero podría decir que Drabsfarben no había durado tanto tiempo en Los Ángeles. Él no creaba el ambiente más propicio. ¿Sabe usted que Dolores y yo tenemos un hijo de seis años? Mi mujer quedó embarazada un par de meses después de que Drabsfarben desapareciese.

»—Así que hasta entonces ustedes no habían estado...

»—Oh, al contrario, llevábamos años intentándolo. Pero creo que el útero de Dolores se negaba a traer un niño a una mentira. Un órgano ético.

»—¿Aún viven todos en la caja de cristal?

»—Sí. Aunque no fue fácil durante la guerra. Nuestros vecinos, y cuando digo “vecinos” me refiero a extraños entrometidos que vivían a un

kilómetro playa abajo, presentaron una demanda. Pensaban que los pilotos japoneses usarían las luces de nuestra casa para la navegación en sus inminentísimas incursiones nocturnas. Al final la forramos entera con corteza de abedul. No era lo que Gugelhupf tenía pensado. Pero al infierno con Gugelhupf. ¿Sabe lo que hizo la mayor parte de la guerra? Consiguió un trabajo en el cuerpo de guerra química levantando réplicas de los edificios de Berlín llenos de réplicas de muebles de la Bauhaus en el desierto de Nuevo México. Los quemaban todos una y otra vez para mejorar el diseño de sus bombas incendiarias.

»Así que Germany City se había construido de verdad en Norteamérica, solo para ser arrasada cada semana como un tormento de la mitología griega. ¿Imitó Gugelhupf, me pregunté, las calles y plazas que más echaba de menos, para así poder pasear por ellas una vez más antes de que pudiesen en su prueba de fuego, o imitaba las calles y plazas que menos echaba de menos (todos tenemos un par de ellas marcadas en los mapas de nuestra memoria que asociamos para siempre con el rechazo o la desesperación) para que así su incendio fuese una venganza secreta? ¿Y desde entonces habrían recibido alguna vez Heijenhoort y sus colegas, en recompensa por su duro trabajo, un viaje en autocar desde su propio laboratorio cruzando el desierto naranja hasta el sitio de este discontinuo sueño de *Heimat*? Mutton y yo tomamos un par de copas más, me contó que ahora está escribiendo ciencia ficción, después subí a recoger a mi esposa, que se estaba vistiendo después de tomar un baño de espuma y cenamos todos juntos en un restaurante chino no lejos del hotel. El abogado de Mutton le había prohibido comer en el Shoreham por si acaso los camareros estuviesen fisgoneando para ustedes.

INVESTIGADOR EN JEFE: No empleamos a camareros.

PRESIDENTE: Pero sí pinchamos teléfonos.

INVESTIGADOR EN JEFE: Y Woodkin estuvo trabajando para nosotros todo este tiempo.

SEÑOR LOESER: ¿En serio?

PRESIDENTE: Con vistas a esta audiencia, sí.

INVESTIGADOR EN JEFE: Señor Loeser, una última cuestión. ¿Por qué es usted un capullo integral todo el rato?

SEÑOR LOESER: ¿Disculpe?

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Cree que tiene algo que ver con sus padres?

SEÑOR LOESER: «Algo que ver con mis padres». Con una perspicacia como ésa, debería ser usted psiquiatra.

INVESTIGADOR EN JEFE: Al parecer usted no piensa mucho en ellos ni habla de ellos a menudo.

SEÑOR LOESER: Eso es porque están muertos.

INVESTIGADOR EN JEFE: Sí. Por el accidente del teletransporte.

SEÑOR LOESER: No por un accidente del teletransporte. Solo fue un accidente de tráfico.

PRESIDENTE: Los accidentes, como las mujeres, insinúan. ¿Recuerda usted, señor Loeser, lo que dijo Nietzsche sobre la Revolución francesa? «Por fin el texto ha desaparecido bajo la interpretación». Así ocurre a menudo.

INVESTIGADOR EN JEFE: Mucha gente tuvo que morir para traerle a usted a Norteamérica. Sus padres y todos esos millones de judíos. Todo un adelanto con respecto a las dos docenas de Lavicini.

SEÑOR LOESER: Lo dice usted como si fueran sacrificios humanos. Pero yo no maté a nadie ni tampoco Lavicini (excepto a aquella única chica), y no hay una conexión causal en absoluto.

INVESTIGADOR EN JEFE: Quizá no. Pero murieron y a usted no parece preocuparle más que si fueran autómatas con mecanismos de relojería.

SEÑOR LOESER: Oh, madure ya. Todos somos autómatas con mecanismo de relojería.

PRESIDENTE: Señor Loeser, tengo que recordarle que es usted un invitado de esta nación.

INVESTIGADOR EN JEFE: ¿Siguió usted los procesos de Núremberg en los periódicos?

SEÑOR LOESER: No si podía evitarlo. ¿Puedo, por favor, leer mi declaración ahora?

PRESIDENTE: Sí, señor Loeser, ya puede leer su declaración.

SEÑOR LOESER: Vaya, lo siento, yo...

PRESIDENTE: ¿Ocurre algo?

SEÑOR LOESER: No entiendo lo que hay aquí escrito.

PRESIDENTE: Lo escribió usted mismo, ¿no es así?

SEÑOR LOESER: Sí, creía que sí, pero...

PRESIDENTE: ¿Y qué dice?

SEÑOR LOESER: Dice...

PRESIDENTE: ¿Sí?

SEÑOR LOESER: Dice: «Despierta, Egon, vas a llegar tarde. Ponte la ropa mientras llamo para que pidan un taxi. Despierta, Egon, ¿me oyes? Despierta. Despierta».

10. Berlín, 1962

Los herederos de Fitzgerald dicen que *Los afligidos nobles* es un fraude.

Un abogado de los herederos de F. Scott Fitzgerald emitió ayer una nota de prensa declarando que *Los afligidos nobles*, la supuesta obra perdida del fallecido autor, es una falsificación premeditada. La nota de prensa informa de que no hay referencia a *Los afligidos nobles* en ninguna de las cartas o libretas del señor Fitzgerald y que su hija, la señorita Frances Scott Fitzgerald Lanahan, no guarda recuerdo de que tal libro fuese mencionado alguna vez. Esto contradice las afirmaciones de Herbert Wolf Scramfield, un autodenominado antiguo amigo del señor Fitzgerald que consiguió notoriedad internacional la semana pasada cuando anunció que había estado guardando el manuscrito desde 1931.

En entrevista telefónica desde su casa en París, el señor Scramfield niega con rotundidad cualquier alegación de fraude. «El hecho es que Scott confió en mí para que decidiera cuándo estaba preparado el mundo para este libro —dijo el señor Scramfield—. Por eso ha sido un secreto todo este tiempo. Para ser honestos, me halaga que alguien piense que yo puedo escribir algo tan bueno como esto. Pero eso es absurdo. Nunca escribí un libro en mi vida, menos aún una obra maestra».

Sin embargo, una investigación de este periódico descubrió que en una etapa anterior de su carrera el señor Scramfield escribió un manual de seducción, *¡Damas! Cómo tirárselas*, publicado con pseudónimo en 1930 por la Prensa Muscular de Los Ángeles, California. Consultado ayer, el editor de la revista *Esquire*, Arnold Gingrich, dijo que ha cancelado los planes de publicar fragmentos de...

—¿Rupert?

Rackenhams levantó la vista de su periódico. Una mujer de más o menos su misma edad estaba allí delante en una postura como de haber dejado caer una frágil antigüedad.

—¿Sí? —dijo él.

—¿No me reconoces?

Rackenhams sonrió para disculparse.

—Prometiste que me llevarías en tu corazón hasta el fin de los tiempos.

—Oh. ¿Lo prometí, de verdad?

La mujer rompió a llorar. Rackenhams buscó en sus bolsillos un pañuelo limpio y en su memoria un nombre o por lo menos un contexto. No podía evitar sentir que ella se estaba comportando con una grosería extraordinaria. Por suerte, tras unos pocos minutos, pareció aceptar que no iba a pedirle que se sentara a su lado, pero antes de que lo dejara en paz, él tenía que apuntar su dirección y prometer que le escribiría una larga carta. Ni siquiera su nombre completo le sonó en lo más mínimo, así que, como suele suceder con estas cosas, hasta que ella no estaba saliendo del café, Rackenhams no tuvo ni idea. En la puerta, ella se volvió para mirar hacia su mesa, órfica, y mientras lo hacía en su rostro podía verse que ya estaba reprochándose su flaqueza y luego se volvió otra vez y se obligó a marcharse, pero con demasiada prisa, tanta que chocó con un tipo gordo y tuvo que disculparse en su mal alemán. Todo el lamentable trámite llevó a Rackenhams de vuelta a 1932 o 1934 o cuando quiera que fuese y por fin la recordó. Una noche ella le había pedido que la atara desnuda a un tendedero plegable con unos cordones de zapatos, pero aquello se había venido abajo y él había tenido que pagarle el repuesto a su casera.

Tenía aún unos pocos minutos antes de su cita, pero decidió que ahora que su tranquilidad había sido interrumpida, bien podía también pagar la cuenta. Fuera, en Kurfürstendamm, el cielo era de un gris adoquín de hormigón con las pocas manchas de pisadas de las nubes más oscuras y los gorriones patrullaban como de costumbre entre los turistas en busca de *pretzels* desatendidos. Torciendo a la derecha en el cine Astor, entró por un pasaje a un patio potencialmente agradable que se había vuelto bastante sombrío por un inmenso plátano con la ambición aparente de expandirse cual gas para llenar cada centímetro cúbico del espacio disponible. Encontró la puerta, tocó el timbre y subió las escaleras.

—Parece que nunca envejeces, Rackenhams —dijo Loeser cuando invitó a entrar al otro hombre—. Y no lo digo como un cumplido. Es siniestro.

—¿Vives aquí tú solo? —En realidad Rackenhams no necesitaba preguntar; en sus frecuencias resonantes aquel piso era tan parecido al suyo de Londres que podía decir de inmediato que ninguna mujer lo compartía. El lugar no estaba desordenado sino racionalizado de una manera precisa y estable para los hábitos de su ocupante: una botella de vodka en el suelo junto al sillón, una máquina de afeitar eléctrica metida en un diccionario etimológico, una chaqueta de pana en una percha colgada de la puerta de la caja de fusibles y luego, al lado de la ventana, crisantemos en un jarrón, vivos

pero marchitos, como una pequeña delegación de una tierra más femenina que supiese que su presencia en aquellas negociaciones era una vana formalidad diplomática.

—Mildred y yo nos divorciamos en el cincuenta y cuatro —dijo Loeser—. Por eso regresé a Berlín. Tengo una «novia», eso sí —añadió, señalando las flores—. La palabra suena ridícula, ya lo sé.

El año anterior, una prima de Rackenham, ETTY, había ido a su piso de Paddington a tomar un té y había adoptado tal tono de condolencia al mirar a su alrededor que provocó que le pidiera explicaciones.

—Es evidente que aquí no puedes ser feliz, Rupert —le había dicho ella—. Viviendo así. Totalmente solo.

Él le había asegurado que, por más que a ella le costase creerlo, era feliz, mucho más feliz, de hecho, que ella, con un marido y dos niños que estaban todos visiblemente asqueados del sonido de su voz. Pero no sabría decir si Loeser era feliz allí. Qué extraño, pensó, que Loeser hubiese estado casado con la chica de los Gorge, de forma que respecto a genealogía sexual Rackenham era para el alemán una especie de suegro. ¿Jodían la madre y la hija de la misma manera? Recordaba todas aquellas tardes con Amelia Gorge sobre el sofá de Loeser en Pasadena, los centavos fríos que besaban sus nudillos cuando palpaba entre los almohadones de cuero para hacerse con ellos, cuando se veía obligado a aceptar que nada de lo que le hiciera al cuerpo de ella igualaría el éxtasis que ella experimentaba por aquel nauseabundo rumor que él le ayudaba a propagar sobre el contenido de la bodega de su marido.

—¿Te gusta estar aquí de vuelta? —preguntó.

—Ya no consigo encontrar los antiguos barrios. Intenté robar a la hija de Ryujin de su palacio y cuando volví a casa sin ella todo estaba en ruinas, como si hubiesen pasado trescientos años. Puppenberg, Schlingesdorf, Strandow, Hochbegraben. ¿Qué les sucedió?

—Bombardeados. Demolidos. Tapiados.

—Pero no puede haber ocurrido eso con todos. No con todas y cada una de las calles. No tiene sentido. Tengo que decir, de todas formas, que ayer estuve en Kreuzberg y el viento formó uno de esos huracanes de flores y me hizo muy feliz estar allí. Había olvidado qué fecunda es esta ciudad. —Se sentó y le indicó a Rackenham que hiciera lo mismo—. He dedicado un buen rato a intentar comprender por qué querías verme. Pero no lo consigo.

—Estoy haciendo un documental para la televisión americana —dijo Rackenham—. Trata de cómo era Berlín en los últimos años antes de la guerra. La *Kristallnacht* y las arengas y la Gestapo y todo eso. Vine a ver si accedías a ser entrevistado. La idea es mezclar mis propios recuerdos con los de algún otro conocido mío importante.

—Pero si los dos nos fuimos en 1934. Nos perdimos lo peor.

—Eso la cadena no lo sabe, ni tampoco hay razón por la que debiera enterarse.

Loeser farfulló, escéptico.

—¿Cómo iba siquiera a saber qué decir?

—Oh, es fácil. «Fui a un cabaret y vi a un oficial de las SS de rostro maléfico abofetear a su amante por derramar una copa de champán y entonces supe que los buenos tiempos habían terminado para siempre». Ya sabes qué tipo de cosas.

—No, Rackenham. Rotundamente no.

—No hay una tarifa formal para una entrevista, pero el presupuesto en dietas es casi ilimitado. Podemos inventar algo. Les facturamos un unicornio esencial. — Rackenham podía ver que aquello sí interesaba a Loeser, así que dijo—: ¿Cómo te ganas la vida en estos tiempos?

—Estoy escribiendo un libro.

—¿Te hiciste con un anticipo?

—No. Aún no tengo editor. Pero tengo una beca de la Fundación Norb.

—¿Y de qué trata?

—El papel del transporte público en la *Endlösung der Judenfrage* —dijo Loeser.

—¿Estás de broma?

—No. El Tercer Reich movió a ocho millones de personas en mil seiscientos trenes con doscientos mil empleados de ferrocarril. Y eso mientras estaban librando una guerra en dos frentes. Es una proeza extraordinaria. Cuando la gente habla de los vagones de ganado, lo hacen siempre como si los nazis los usaran sobre todo como una especie de gesto simbólico de humillación. Pero aquellos vagones de ganado pueden decirnos mucho más si los entendemos como una necesidad logística. Ciento cincuenta personas por vagón, cincuenta y cinco vagones por tren, al menos cuatro días por viaje. Solo pudieron conseguirlo porque hubo mucha sobreproducción en la Deutsche Reichsbahn antes de la guerra y porque tenían muchísimo carbón y porque los ferrocarriles estatales franceses, holandeses y belgas fueron de mucha ayuda. — Loeser quedó en silencio un momento—. Ya sabes que cuando fui a Washington en el cuarenta y siete no había metro, pero ahora por fin están construyendo uno. Y la verdad es que quien esté planeando ahora un sistema de transporte público está intentando resolver los mismos problemas que tuvieron que resolver los nazis. Solo que con fines diferentes. Si un movimiento ilustrado se mantiene en marcha el tiempo suficiente, de una u otra manera acabará preocupándose por mover grandes cantidades de personas de un sitio a otro. ¿Estabas aún en Los Ángeles en el cuarenta y tres? ¿Cuando la primera gran niebla tóxica? Yo estaba de regreso en Pasadena aquella semana. Todo el mundo decía que eran los japoneses. No querían creer que eran sus propios coches vueltos contra ellos. Aquel mismo año los nazis empezaron a usar furgonetas de transporte donde el conductor podía apretar un interruptor para que los gases de combustión del motor fuesen bombeados hacia la parte trasera y asfixiasen a los pasajeros. Todas aquellas personas morían asesinadas durante el viaje (en realidad lo que las mataba era el peso de su propio cuerpo, ya que cuanto más pesadas fuesen, más combustible quemaría el motor. De hecho, como habían estado

pasando hambre durante meses, tuvieron unos minutos más de vida), una ecuación sobre calorías y masas como todo el resto de la historia...

Rackenham decidió no dejar que Loeser avanzara más por aquel camino.

—Nunca construyeron aquella red de tranvías en Los Ángeles —dijo.

—Cuando me fui, pensaba que lo harían. Me llevé a Mildred, así que Gorge no tenía nada que darle a Clowne, por lo que no había nada para detener a Plumridge.

—¿Qué sucedió?

—Plumridge fue reclutado. Fundó el cuerpo de transporte del ejército casi por cuenta propia en el cuarenta y dos. Y le gustó tanto el ejército que nunca regresó a California. Sin él no había nadie que pujara por la red de tranvías. Así que nada de lo que yo pudiera hacer habría marcado ninguna diferencia. Hace unos años empezaron a arrojar al mar los viejos tranvías cerca de la playa de Redondo para crear arrecifes artificiales para la pesca. Imagínatelos, todos sumergidos de aquella manera. ¿Sabes cuál es el único lugar de California que tiene auténtico transporte público? Disneylandia. En Disneylandia tienen tranvías y trenes de vapor y monorraíles y todo ello funciona a la perfección. —Suspiró—. Lo he puesto todo en el libro. Voy a tener que sacarlo todo otra vez.

—No esperaba encontrarte escribiendo un libro sobre el genocidio. —Rackenham quería cambiar de tema, pero también quería saber—. ¿Cuándo empezaste a...?

—¿Interesarme? —dijo Loeser.

—Sí.

—No lo sé. Sucedió poco a poco. Muy poco a poco. ¿Recuerdas el taxi aquel cuando aposté con Achleitner que Hitler no cambiaría ni un ápice mi vida? Yo tenía razón. Casi tenía razón. Todos esos años, toda aquella historia... Todos los demás iban apelotonados en un tranvía y yo iba en mi coche con el aire acondicionado en marcha y las ventanillas subidas y la radio encendida. Bueno, yo no era el único. Brecht fue siempre muy «político», pero nunca entendió lo que estaba pasando mejor que yo.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—He estado leyéndolo un poco desde que murió. La poesía no es tan mala. «Nos sabemos solo temporales y después de nosotros, nada de lo que merezca la pena hablar».

—Y esa otra sobre cómo LA es igualito al infierno.

—No se marchó de allí hasta el cuarenta y siete —dijo Loeser—. Mucho más tarde que yo.

—Tú llegaste antes.

—Sí. Pero nunca viví allí. No de una forma sincera. ¿Has oído alguna vez aquella pregunta que solía hacer Bailey? «¿Qué es la única cosa en el mundo que puede desarraigarlo casi todo?». Y eso era lo que creía que quería inventar. Pero lo que debería haber inventado era lo contrario a eso. Lo contrario a un dispositivo de teletransporte. Eso es lo que todos nosotros necesitamos. Algo que de verdad pueda

enraizar a un hombre en su entorno. Que elimine parte del lubricante.

—Un poco de *in-der-Welt-sein*.

—Nada de Heidegger en este apartamento, por favor. Ya me siento bastante *zum Tode* la mayor parte del tiempo.

—Creo que un hombre con un dispositivo de teletransporte podría hacer buenos negocios en una ciudad atravesada por un muro. —Rackenhams se fijó en un libro que había en el escritorio de Loeser, junto a un frasco de colonia—. ¿Estás releendo eso?

—¿*Berlín Alexanderplatz*? ¿Releerlo? No. Llevo leyéndolo treinta años. Solo me faltan treinta páginas para acabar. Espero terminarlo para el próximo otoño.

Rackenhams se levantó.

—¿Puedo abrir la ventana?

—Si quieres...

Así que Rackenhams abrió la ventana, cogió *Berlín Alexanderplatz* y lo tiró. El libro se deslizó entre el ramaje como una tórtola desmayada y después quedó encajado entre el tronco y una rama.

—¿Por qué demonios has hecho eso?

—Tuve la repentina convicción de que si alguna vez terminabas ese libro, caerías muerto de inmediato. Como algo de la medicina china Han. —Rackenhams cerró la ventana y se sentó. Lo cierto era que, a pesar de todo, le gustaba Loeser—. ¿Vas a participar en el documental o no?

Pero Loeser no hizo caso de la pregunta.

—Solo dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Hacer qué?

—¿Cómo te follaste a todas esas mujeres? Adele y la mujer de Gorge y un millón más. ¿Cuál era el secreto? Todavía quiero saberlo. Ya es demasiado tarde para que me sirva de algo, pero todavía quiero saberlo.

—Loeser, si de verdad existiera algún truco que yo pudiese poner en palabras, habría... bueno, supongo que habría escrito un manual o algo. Y me habría hecho rico. De todas formas, en realidad nunca me acosté con Adele.

—¿Qué quieres decir?

—Después de aquella fiesta en la fábrica de corsés o lo que quiera que fuese aquello. Me marché con ella, pero cambió de idea.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Me dijo que le recordaba demasiado a su padre.

—*Gott im Himmel!* ¡Si hubiese sabido eso, nunca me habría vuelto un obsesivo tan patológico! Nunca hubiera ido a París. O a Los Ángeles. Todo habría sido diferente.

—Vamos, no seas ridículo. Te marchaste de Berlín porque odiabas Berlín. Te habrías ido de todas formas. ¿Qué fue de ella al final?

—¿Adele? Se quedó en Los Ángeles. Se casó con Goatloft, el director aquel. Oí que es muy feliz. Mientras tanto, Brogmann acaba de ser nombrado ministro de Interior y Marlene se ha convertido en crítica cinematográfica en *Die Zeit*. Parece que todos los de aquellos tiempos lo hicieron todo bien para sí mismos. Todos los que sobrevivieron. El mes pasado estaba en Kurfürstendamm y creí ver con toda seguridad a Drabsfarben paseando un perro. No podía ser él, claro está.

Rackenhart sacó una cajetilla de Sobranies y le ofreció uno a Loeser, que lo rechazó.

—Tengo algo de coca —dijo mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Qué?

—Que tengo tres gramos de una coca realmente buena que le compré a mi cámara. Si participaras en mi documental, podrías conseguir tanta como quisieras, además de las «dietas». Podemos meternos un poco ahora si quieres.

—No he tomado coca en treinta años —dijo Loeser.

—Entonces será una maravillosa reunión sentimental. Vamos, tú solamente repite conmigo: «En 1938 fui a un cabaret y vi a un oficial de las SS de rostro maléfico abofetear a su amante por derramar una copa de champán y entonces supe que los buenos tiempos habían terminado para siempre». Una hora de eso mañana por la tarde. Es todo lo que nos va a hacer falta.

Loeser no contestó inmediatamente y durante un rato los dos hombres se quedaron sentados mirándose uno al otro en silencio. Fuera, la brisa cambió y *Berlín Alexanderplatz* cayó del árbol.

11. Los Ángeles, 19310

El gondolero llevaba gafas de hueso de manatí, con grabados pornográficos en el puente del hocico y cuando ladeó la cabeza hacia la derecha, en el gesto trodonio que significa negación, el sol de la tarde destelló en el cristal ahumado de las lentes de las gafas.

—Usted no quiere ir a los templos.

—¿Por qué no? —pensó Mordechai.

—Anguilas eléctricas —pensó el gondolero—. Las anguilas eléctricas más grandes que haya visto nunca. Pueden electrocutarlo hasta convertirlo en cenizas. Que se me cierre la rajita si miento. —Gorjeó en alto el voto para darle énfasis.

—Puedo negociar. Tengo maná.

—No me importa. No voy a llevarlo a esas aguas. Precio la vida que Dios me dio.

Así que Mordechai dejó inconsciente al gondolero y le robó la embarcación.

Según remaba, observó la superficie turquesa de la laguna, consciente de que las anguilas eléctricas tenían la chapucera obligación de asomar cada cierto tiempo para respirar. Había lamido el rostro de la muerte tantas veces que se podía contar como un soldado del este, así que no estaba asustado, pero no quería que lo pillaran desprevenido. Para refrescarse, cada poco tiempo golpeaba el agua con la cola para mojarse el hocico, después sacudía las plumas de su papada para que no quedaran demasiado incrustadas de sal. En la distancia, a través de su membrana de cálido resplandor, los sarmentosos tejados blancos de los templos asomaban por encima del agua como costillares a medio hundir en un estanque de roca y a su izquierda estaban las rías del continente, con sus pendientes borrosas por los sotos de árboles del lichi. Muchos octaetéridos atrás, antes de que llegara el medio pez Dagón-Ryujin, cuando los trodonios tenían aún tiempo libre para indagar sobre su propio mundo, los arqueólogos y los dramaturgos vivían en pueblos de esta costa y buceaban cada día entre las conurbaciones sumergidas de los simios. Pero ahora todos habían desaparecido, por lo que las anguilas eléctricas habían empezado a proliferar de forma tan amenazante en la laguna, despreocupadas de cazadores o tramperos.

Como todo trodonio, aparte de unos pocos miles de repugnantes herejes que se habían pasado a Dagón-Ryujin, Mordechai entendía que todo el tiempo era un instante; todo el espacio, un punto; que solo Dios tenía el privilegio de la extensión y su creación solo era la puntita de una garra; que cualquier apariencia en sentido contrario era solo una suerte de ilusión estereoscópica. Y así, como todo trodonio, lidiaba con la paradoja de cómo podía ser que en la época del medio pez, Dios

quisiese que ellos lucharan, y en cambio en la época de los simios, Dios había querido que ellos mismos se humillaran como cuadrúpedos reducidos, cuando los dos períodos eran, por supuesto, no solo equivalentes, sino también simultáneos. Sin embargo, él sabía que ahora Dios quería que lucharan y que ahora Dios quería que ganaran. Y era por eso por lo que él, Mordechai, había abandonado a sus camaradas y había cruzado un continente hasta esta laguna. Dijeran lo que dijeren sus eruditos, los trodonios estaban perdiendo la guerra y si les quedaba alguna esperanza de devolver a los medio peces al mar, necesitarían o bien una intercesión directa de Dios, o bien alguna inimaginable nueva arma. Puesto que no se atrevía a confiar en lo primero, Mordechai había acudido a esos templos para buscar lo segundo. Los simios no habían tenido mucho entendimiento, pero de luchar sí habían entendido. Quizá ahí hubiese algo, olvidado en las ruinas, un legado accidental de una especie no llorada y sin testamento. Las posibilidades eran irrisoriamente pequeñas. Pero tenía que intentarlo, porque nadie más lo haría. Se hallaba absorto en estos pensamientos y en el ritmo de su remada, cuando su barca fue volcada como una vaina seca.

Chocando contra el agua, sacudiendo las extremidades, soltando burbujas por el hocico porque estaba demasiado sorprendido para contener la respiración, Mordechai miró por un momento el monstruoso ojo derecho de la anguila. La mayor parte de su gigantesco cuerpo era gris oscuro, pero su vientre era naranja moteado, similar al color de sus propias escamas intertarsianas. Empezó una oración que sabía que no tendría tiempo de terminar.

Solo que, de alguna manera, la terminó. Abrió los ojos y no estaba muerto.

Y entonces se dio cuenta de que quizá para aquella bestia él no era ni amenaza ni alimento. La anguila no se tomaría la molestia de disparar su órgano de voltaje solo porque había tropezado con algo al subir para respirar. Gracias a Dios, él había perdido el remo cuando había caído, pues habría sido lo bastante estúpido para intentar usarlo como arma. Se mantuvo todo lo quieto que pudo sin hundirse más y justo cuando el rechinar de sus pulmones vacíos se estaba volviendo insoportable, la anguila se alejó nadando en el agua turbia, con larga aleta anal ondeándose como una sombra coagulada en una delicada membrana. El gorro de punto de Mordechai daba vueltas en su estela y después también se perdió de vista. Desde los propios medio peces no se había cruzado con una criatura que tan clara lealtad debiera a Dagón-Ryujin como aquel largo esófago con cara.

Flotó, mientras jadeaba y daba arcadas, en la superficie hasta que reunió de nuevo fuerzas suficientes para enderezar la barca robada. En el casco había aparecido una pequeña filtración, no tenía nada con lo que remar y se había hecho un feo rasguño en el codo al saltar por el borde. Pero ya no faltaba tanto para llegar hasta los templos. Maldiciéndose por haber llegado hasta ahí en una embarcación tan endeble, maldiciendo al gondolero por tener tanta razón, maldiciendo al sol por su redondez, empezó a bracear.

Y fue entonces cuando lo vio. La solitaria figura de pie en el tejado del templo

más cercano por su derecha, como un monologuista en un escenario elevado. Un animal que no había caminado por la tierra de Dios en más de ocho veces ocho veces ocho generaciones.

Un simio.

Mordechai empezó a bracear tan fuerte como pudo, con el codo escociendo con cada salpicadura de salitre. Cuanto más se acercaba, con más detalle percibía al simio. Tenía un rostro lampiño, rosado, sin hocico, con una dispersa pelambre gris en la parte de arriba de su cabeza y, como un cantante trodonio, llevaba ropa tejida que cubría casi todo su cuerpo. El tejido de sus ropas parecía estar empapado, pero con la marea baja ahí la laguna ni siquiera se acercaba al nivel del tejado, así que el simio debía de haber ascendido de alguna sección más baja del templo. Y en el lugar del ojo izquierdo, el simio tenía un túnel en carne viva, aunque Mordechai no tenía forma de estar seguro de si aquello era una herida o solo una característica de su especie, un órgano sensorial colateral o un orificio suplementario.

El simio vociferaba con ganas y, por supuesto, el ruido no significaba nada para Mordechai. Pero para cuando la proa de su barca tocó el muro, agrietado y lleno de percebes, del templo, ya estaba lo bastante cerca para oír al mamífero relictos dentro de su propia cabeza.

«No sé dónde estoy —estaba pensando el simio—. No sé dónde estoy. No sé dónde estoy. No sé dónde estoy. No sé dónde estoy. No sé dónde estoy.»